

El velo de Aracné

Juan Manuel Malda Barrera



Copit-arXives

Copyright 2012 por Juan Malda
Publicado en 2012 por Coplt-arXives

CD0004ES ebook

Todos los derechos de propiedad intelectual pertenecen al autor quién; sin embargo, autoriza al lector para copiar, imprimir y distribuir su obra libremente, en partes o completa con la condición de que (i) el nombre del autor y el título sean respetados y citados siempre, (ii) el texto no sea modificado de ninguna manera y (iii) el uso final de este texto no tenga fines de lucro.

Este libro ha sido producido electrónicamente acorde a una filosofía de acceso libre para publicaciones académicas.

Pintura de la portada cortesía de Aslam Narváez Parra.

Coplt-arXives

Ciudad de México ◦ Cuernavaca ◦ Madrid
Curitiba ◦ Viçosa ◦ Washington DC ◦ Sheffield

<http://scifunam.fisica.unam.mx/mir/copit/>

Con el apoyo de la
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

El velo de Aracné

Por Juan Manuel Malda Barrera

A la memoria de Manuel Malda Béjar y Alberto Usigli Wainer, quienes conocieron bien los años '40

Para mi Su

CRÓNICAS PREVIAS

“Buena parte de las catástrofes de este mundo podrían evitarse cambiando conscientemente nuestro proceso de socialización.”

Isaac Gossman

“...no eran hombres lo que tú querías: era un mundo.”

Friedrich Hölderlin

Quince minutos antes

Le gustaba afeitarse con navaja. No era como esos mequetrefes que compran cremas depiladoras en *Liverpool* cuidando su apariencia tanto como una modelo *Gucci*. Su navaja la había fabricado un traficante de Intermuros, alguien que como él, padecía la nostalgia incurable de recordar lo no vivido. “Antes había sexos, hoy, sólo sexo”, comentó el artesano aquella tarde lluviosa, al tiempo que le entregaba su obra: una hoja de acero inoxidable, tan bruñido, que parecía espejo. Alberto Cruz estaba de acuerdo; hombres y mujeres usaban los mismos cosméticos, la misma ropa y tenían las mismas aficiones. Era un anticuado, le atraían las mujeres *mujeres*. La transmutación del sustantivo en adjetivo se daba como necesidad ineludible para distinguir a unas de otras. Esas *otras* que despertaban el deseo, en especial si lucían tetas prominentes, caderas grandes y pelo largo. Quizás por eso estaba solo; situación que no obstante gozaba. ¿Quién habría disfrutado como él de su pequeño departamento en Cuicuilco? Vivía en el doceavo piso de un edificio sin elevadores públicos. Los once restantes estaban ocupados por oficinas de mañana a tarde y casi siempre, al final del día, la demanda de electricidad de sus computadoras, holovisores, sintetizadores de alimento, purificadores atmosféricos y demás chucherías tecnológicas, a las que había de sumar sus excluyentes ascensores privados, dejaban sin carga las baterías del inmueble. De modo que no era raro que en la noche él tuviera que entrar a su casa a oscuras, luego de haber subido escaleras interminables, atravesando corredores tenebrosos, llenos de ecos separados por silencio.

Desde tiempo atrás vivía en una sobriedad poco común: no tenía computadora

central, mucho menos holovisor. Su única tecnología era una cocineta solar, con frigorífico y estufa, aparte de su teléfono móvil, antigüedad que por otro lado, invariablemente apagaba al llegar a su refugio sombrío. Con todo, casi siempre podía lograr que el interruptor de la entrada lo recibiera con la tenue luz azul del tapiz led orgánico, suficiente para no tropezar con el desorden natural de su habitación de soltero. Claro, se las ingeniaba y poseía una batería propia que jamás pensaba registrar. Cosa irregular por completo, pues en esa época de progreso democrático, nadie podía obtener electricidad del viento o la luz solar sin pagar cuota a la Comisión de Energía. Pero él sabía que las reglas se hacen para ser violadas. Por ejemplo, allí estaban las fotoceldas de rodopsina que obstruían la vista del gran ventanal de su sala. Además de ser ilegales estaban hechas en Singapur. Ese detalle de manufactura constituía el “pelo en la sopa” o quizás, “el demonio del Sistema”. Porque el Estado, o *el Sistema* como le nombraban tanto defensores como detractores, siempre cobraba algo por cualquier omisión o evasión de la ley; más aún en un mundo controlado por el *Planet Management*. Esos artefactos orientales eran lo único que podía comprar con su escaso salario, así que padeciendo el castigo del ubicuo demonio del *Sistema*, pasaba más tiempo reparándolos que usándolos. Y es que la rodopsina, si bien poseía cualidades teóricas que la hacían eficientísima para transformar luz en electricidad, resultaba muy inestable sin el cobijo de una estructura biológica. Para resolver el problema, los constructores incluían en sus paneles sendos acuarios pletóricos de bacterias. Aunque fuera escrupuloso para mantener los estanques de cultivo en buenas condiciones, la electricidad estática solía acumularse de tal modo que interfería con el crecimiento celular, provocando incluso sobrecargas que fundían diodos y condensadores. Por si

fuera poco, aquella tecnología apenas le servía para mantener su batería llena, iluminar unas cuantas lámparas led y alimentar a su arcaico teléfono móvil: comunicador, agenda, minicomputador y confidente; todo a la vez.

Despreocupado y casi orgulloso de sus carencias, con calma preparó la espuma de afeitar. La taza de porcelana donde agitaba la brocha de pelo de camello era de Damasco. Eso le había dicho el traficante de Intermuros. ¿Quién iba a saber si el pelo era de nylon? Al menos él jamás había visto un camello. Y peor, ¿cómo saber si la taza era de porcelana o si la habrían fabricado en Damasco? Jamás había ido a Damasco y no era experto en porcelanas. Mejor se entretuvo agitando el agua tibia con la ralladura de jabón: otra de sus manías. En la oficina le guardaban los pedacitos de jabón que sobraban al final de cada semana. Ahora mismo le quedaban muy pocos, apenas suficientes para esa mañana, pero los había molido hasta lograr el polvo con qué hacer esa espuma tan cremosa, tan parecida a la que hacía unos cien años usaban los *hombres*. Porque en esta época, como bien comentara el traficante, “ya no hay *sexos*, sólo sexo”. Reflexión muy cierta a su parecer.

“Pinche sexo, cómo lo necesitamos”, se dijo mientras untaba la mezcla en su cara. Friccionó la brocha contra los pequeños pelos, que como púas, le tapizaban más de la mitad del rostro. Era incómodo tener una barba tan cerrada, especialmente en los tiempos actuales, pues ninguna mujer ve con buenos ojos un rostro que no sea liso como nalga de princesa. “Nalga de princesa”, meditó Alberto y se sonrió. “Ya no hay princesas, ¿cómo habrá sido la nalga de una princesa?”... uno más de los enigmas de la vida. Pensando así, en los enigmas de la vida, cogió la navaja, la afiló sobre la banda de cuero que colgaba de la pared del baño y procedió a segar aquel césped piloso, tan

repugnante para las damas modernas, por otro lado, tan modernas como poco parecidas a una dama. Por ejemplo, ahí tenemos a la Jefa, Marta Rosa Grajales. Un perfecto ejemplo de virilidad. Casi igual de alta que él, aunque tal vez más fuerte: esa mandíbula cuadrada sería capaz de soportar el puñetazo del peor golpeador de Intermuros. Pero hay que decirlo, no todas las damas son tan modernas ni tan damas. De hecho, su afición por internarse en la peligrosidad de Intermuros surgió de su gusto primitivo por las simples mujeres. No es que allí abunden, pero de perdida puedes encontrar alguna con caderas amplias, culo levantado y sobre todo, tetas grandes. Ejercen la muy bien llamada “profesión más vieja del mundo”, por supuesto ilegal y repugnante. Pero en Intermuros nadie sabe qué quiere decir ilegal y menos “repugnante”, palabras que para Alberto Cruz tampoco significan gran cosa.

Por un momento la ausencia de significados dejó su mente en blanco: estaba absorto en la minuciosa labor que le exigía aquella pulcritud de caballero. La navaja hacía muy bien su trabajo. Parsimoniosamente sumergía la hoja metálica en el lavabo lleno hasta el tope de agua tibia -un lujo inesperado, por compartir con los demás inquilinos el calentador solar de todo el edificio- dejando la espuma salpicada de minúsculas motas color negro. La superficie del líquido se agitaba, cubriéndose de aquella nata blanquecina donde nadaban los despojos de su barba. La afeitada parecía impecable, a primera vista ni una cortada, ni una traza que mostrara nada más que aquella sombra azulosa, único vestigio que evidenciaba la notable pilosidad de su rostro. “Pinches ancestros gachupines”, pensó, pero debía aceptar que estaba orgulloso de su apariencia. Le gustaba distanciarse del estereotipo de belleza que buscaban los “hombres”: un cuerpo alto, delgadísimo, lampiño, moreno. Él era lo opuesto: fornido,

peludo y rubicundo. Cierto, no era chaparro, medía poco más de 2 metros, y con todo se distinguía, pues nadie envidiaba un aspecto así, lleno de *animalidad*, pese a tan codiciada estatura.

Mientras en el cerebro le fluían tales pensamientos, sus manos en cuenco se llenaron con el agua aún más fluida del grifo. Se mojó el rostro, limpiando todo rastro de espuma. Miró obsesivamente en el espejo, buscando algún defecto, alguna cortada que hubiera pasado inadvertida. Satisfecho, Alberto se secó la cara, luego destapó la botella de vidrio donde tenía preparada su loción: alcohol con eucalipto; otra joya de Intermuros. Aspiró el aroma picante y fresco, se untó las palmas y sin dilación frotó la piel recién afeitada. El ligero ardor lo tonificó, poniéndole de muy buen humor. Hay días que comienzan bien y éste prometía ser uno de ellos.

Futuros ayudantes

Bruno Almaraz y Salvador Contreras nacieron en el '23. Su generación fue particularmente frágil; como a la mayoría de mexicanos de su tiempo les tocó vivir una infancia penosa. El país había comenzado el siglo yendo de una crisis a otra. Los festejos del 2010, en lugar de ser oasis para el regocijo nacional, se convirtieron en semillero de ambientes sombríos. La llamada “guerra contra el crimen organizado”, emprendida como instrumento “legitimador” de un gobierno sobre el que recaían las dudas del fraude, sólo logró dismantelar la ya de por sí maltrecha trama social preparando el escenario para lo que algún analista de la época bautizaría como “panamanización de la patria”. Los gobiernos, más que nunca, fueron manipulados desde Washington y la seguridad nacional quedó prácticamente en manos de los *marines*. Con la economía deshecha y el espíritu abúlico, México dejó de ser el hogar de gente alegre y despreocupada que pintaban las películas del siglo pasado; de hecho el cine nacional imaginaba un futuro aciago. Todos sufrieron, incluso quienes más tenían. Los Almaraz y los Contreras pertenecían a una capa muy delgada de la clase media. Sus padres eran intelectuales de abolengo, privilegiados en tanto que percibían ingresos fijos y seguros; en tanto que además habían heredado una pequeña fortuna de su añejo linaje de burócratas universitarios. La “Reforma de la Educación Superior”, que anuló la autonomía de la UNAM, dejó intacto su pináculo de intelectuales orgánicos. La catástrofe del '36 los golpeó con una dureza atenuada; al menos en lo económico padecieron poco, porque en lo emocional, el optimismo ligero propio de su clase se tornó pesimismo crónico; desde entonces eje del carácter familiar y rasgo

definitivo de su nueva identidad. A principios de los '40, cuando la violencia desatada por el coreano Lu Yen arrasó lo poco que quedaba de la vieja estructura social del D.F., cierta sensación de vacuidad desamparada oprimió el alma de muchos adolescentes. Sobre todo porque en el resto del mundo, a su manera, esa vacuidad reinaba como nunca. Las redes sociales, que por algún tiempo habían servido de refugio a generaciones de solitarios desencantados, cayeron en desuso luego del éxito de los *e-friends* inventados por un oscuro joven chileno. Julio César Tomasini modificó cierto programa de inteligencia artificial muy en boga; logró que millones de usuarios del entonces popular *FaceBook* se hicieran amigos de “compañeros virtuales” generados por computadora. Al principio el invento fue un éxito, pero en menos de cinco años el aburrimiento y la predictibilidad de aquellos “lazos” acabó por convertir a *FaceBook* en un artilugio solipsista, lugar de diálogos cibernéticos entre máquinas donde ningún humano era necesario. Detrás de cada “amigo” estaban una maraña de circuitos electrónicos y algoritmos, vanos, sin chiste. Se intentaron infinidad de alternativas para paliar el tedio, desde complejos juegos holográficos hasta estimuladores biónicos. Pero el sinsentido llegó a ser parte de la cotidianidad irremediable de todos.

Bruno y Chava, pues, no escaparon al malestar de su generación; pese a ser estudiantes prodigio, aunque a los 18 años ya habían terminado el doctorado en física aplicada abriéndose un futuro prometedor para que, con algún posdoc, cumplieran la costumbre familiar. El primero en mostrar los síntomas de la melancolía fue Chava, y la ruta que le llevó a hundirse en la bruma de la *facies nigra* surgió de un sitio del todo imprevisto.

Transcurría febrero del 2042, Salvador, junto a su amigo de infancia, realizaba

el proyecto postdoctoral. Bruno y Chava eran expertos en autómatas celulares y su investigación se dirigía al diseño de Sistemas de Inteligencia Artificial. Para idear atajos a los cálculos de sus modelos, Chava se dedicó a buscar inspiración en lugares poco comunes. En el campo de las Ciencias Sociales, la brasileña Ivonne Faustsch había generado un paradigma novedoso en Teoría de Redes. A su propuesta se le conocía como TETEC, “Teoría de Tejidos Económicos”. Ella era un ejemplo a seguir: en el 2018, con apenas 20 años, su tesis doctoral ganó fama por ser la primera versión de una teoría revolucionaria.

La aplicación en Física Social no le interesaba particularmente, lo que apasionó a Chava fue el modelo matemático subyacente. Mientras Bruno intentaba descifrar las ecuaciones de la doctora Faustsch, preguntándose cómo las habría ideado a tan temprana edad, Chava siguió el consejo de su asesor en la universidad y comenzó a leer un libro de divulgación sobre el tema: “Introducción a la TETEC: *a beginners handbook*” de César Arana. El ahínco que Salvador ponía en la investigación tenía su origen más en las ganas de distraerse que en el entusiasmo. Alguien se preguntará con razón ¿de qué podría querer distraer su atención un muchacho tan brillante? Como muchos del tedio, pero sobre todo, del vacío. Desde los 13 años, el vapor insidioso de la época acabó impregnando su interior. Ahora, pasados los 20, ese vapor de confines imprecisos se había sedimentado en cada aspecto de su vida. Todo era opaco, ni el sol se salvaba de emitir un brillo mate, deprimente, pero sobre todo *igual*. Porque a Chava, todo le parecía *igual*. El tiempo estaba enfermo y su flujo se parecía cada vez más al cuerpo inmóvil de un témpano.

Bruno no lucía mejor, pero al menos, conservaba un ánimo mucho más infantil.

Todavía se entusiasmaba con una ecuación resuelta, con un modelo simétrico. Aunque en la vida diaria el mismo vapor traicionero hubiese dejado su estela maligna a él le brindó los frutos vulgares e inocuos de la tristeza. En Bruno, ese ánimo le dio el impulso suficiente para satisfacer un deseo postergado por años: poder sentir en carne propia el alivio carnal y directo de sus órganos sexuales penetrando el misterio de una vagina. Y es que con su metro sesenta, la cintura abultada y los músculos bofos, tenía poco éxito con las mujeres; vaya, ni a otros hombres atraía. ¿Qué podría hacer alguien como él en una época de hombres y mujeres idénticos, delgados, lampiños, artificiales? Apelar a la tecnología sin duda.

A finales del siglo XX, Pedro Miramontes, de la Facultad de Ciencias en la aún existente UNAM, acuñó el término “simulación *in silico*”, para referirse a procesos complejos emulados en computadora. Bruno encontró consuelo para sus deseos gracias a las maravillas de una representación *in silico* muy depurada, bastante superior a los balbuceos del chileno Tomasini. El holovisor le proveía de imágenes realistas, tridimensionales. Luego, valiéndose de un buen programa de realidad virtual, podía generar mujeres *mujeres* dignas de ser admiradas como si estuvieran frente a él. Todo era tan fácil como a continuación conectarse a la interfase biónica para que aquellas bellezas lo tocaran deliciosamente, conduciéndolo de múltiples formas al éxtasis.

Pero como todos sabían, los emuladores cibernéticos, por más que integraran interfases biónicas de gran realismo, siempre dejaban esa sensación de artificio, de falsedad, que encierra lo previsible. Y ¿qué puede ser más previsible que una máquina? Así que un día tuvo valor para ir a Intermuros, para buscar una prostituta y para pedir que lo iniciara en el acto más primitivo y placentero al que puede entregarse un

humano. El sexo. Al menos eso pensaba *antes* de haber consumado su primer coito, porque *después* la gracia se perdió, aunque el deseo aumentara. Y la verdad era que a Bruno le gustaba un tipo de mujer muy raro: cabellera larga, busto grande, cintura estrecha y trasero abundante. Las prostitutas seguras, con tarjeta de salud al día, se ajustaban al estereotipo de moda: pelo cortísimo, cuerpo delgado, tetas pequeñas, piernas largas y nalgas exiguas. Las piernas largas le atraían pero todo lo demás no; sus aficiones eran difíciles de lograr. Aunque de vez en cuando, si se juntaban suficientes clientes, podía conseguirse alguna *mamazota*, como decían los entendidos. Así que cada fin de semana Bruno iba a Intermuros, soportando la demora y conformándose con los cariños de alguna flaquita, a sabiendas de que la esperanza muere al último. Con todo, la nueva rutina justificaba cualquier retraso. Un sentido de aventura vivificaba a Bruno, quien desde los 17, se consideraba un anciano prematuro.

Chava no se sentía viejo, el vigor de su juventud fluía con intensidad haciendo aún más terrible esa sensación de estar perdiendo algo ¿la propia juventud? ¿el tiempo? ¿la vida? Lo que sin duda ya había perdido era *el sentido de la existencia*. En ese ánimo leyó a Arana. El librito de divulgación tenía encantos insólitos para un texto técnico; estaba a punto de ser seducido de una forma que después descubriría como estereotipada. A Salvador le sorprendieron algunas frases: “La realidad no es una cárcel infalible, sus barrotes son las tramas de interacción de los procesos de socialización”, “(...) desconocemos las fuerzas internas que dan cohesión a nuestro ser, somos nudos formados por los hilos de una trama que está fuera y sin embargo, no sólo somos eso”, “(...) como el rocío atrapado en la telaraña, nuestro ser se apega a la red social, pero el rocío no es la telaraña: es triste agua encarcelada”.

¿El malestar brotaba por desconocer su interior? ¿quién era? Todo en su vida, como decía Arana, estaba definido por el exterior. El enigma venía de adentro, tan insondable como un abismo; con seguridad la fuente del vacío, que al fin, no podía ser sino *un enigma*. Era indispensable penetrar el enigma. Buscó otros libros de Arana en la misma base de datos. No halló nada. Sin pensar que tendría éxito, buscó el nombre “César Arana” en general. Dio con un filósofo, místico decían unos, chamán otros. Indagando en su biografía pudo saber que el autor de “Introducción a la TETEC” y el metafísico eran el mismo personaje. Lo que pasó después le pareció maravilloso, como una serie de casualidades verdaderamente mágicas, únicas, dirigidas por algún oscuro motivo exclusivamente a él. Con gran desilusión, años más tarde se daría cuenta de que la historia que estaba por iniciar sería casi idéntica a la de muchos otros. Pero entonces se sentía *especial*, testigo de *señales* secretas.

Ante la que parecía una misteriosa coincidencia de autores continuó la búsqueda fuera del área de ciencia y tecnología. Se topó con un libro que le fascinó desde la primera línea: “Memorias de un Ignorante”. Lo leyó con tal intensidad que incluso su amigo Bruno llegaría a creerle un fanático. En la introducción, Arana decía “yo siempre fui un ignorante; ignoraba lo que tenía más irremediabilmente cerca: mi propio interior”. Con la guía de su nuevo Gurú, Chava se dio a la tarea de explorar *el enigma*. En un par de años acabaría sintiéndose decepcionado. Paradójicamente su coqueteo con el misticismo habría de encaminarlo no tanto a conocer su interior como la infinita y laberíntica trama en la que todos los interiores quedan atrapados: la seductora telaraña de la sociedad.

Cuatro años antes

Estaban en la azotea. El paisaje, de tendederos y tinacos, distaba mucho de la pulcritud del vecino Sector del Valle. Los árboles eran escasos y los edificios viejos exponían su piel de cemento descuidado sin recato. De abajo llegaba el olor de los puestos de fritangas y era cierto, la apariencia de las callejuelas no podría catalogarse de hermosa. Pero había una ventaja: la vista podía vagar sin obstáculos hacia los confines de la capital. Desde esa azotea se veían, muy lejos, los volcanes. Ramiro recordaba que en su niñez eran invisibles: la contaminación formaba una niebla espesa y amarillenta, impenetrable. Pero aún en ese entonces estando cerca, por ejemplo desde Amecameca, la presencia de las montañas nevadas era impactante. Ahora, a pesar de la distancia, los volcanes se dejaban ver. Con la dictadura, quién iba a negarlo, toda la atmósfera parecía limpia y la ciudad era muy distinta.

Los pocos autos que existían eran pequeños, alimentados por luz solar y si no, a partir de hidrógeno; un gas producido con la orina de los casi 7 millones de habitantes del Distrito Federal, algo que presumía al mundo el dictador Ugalde. Había que aceptarlo, a partir de que la Ciudad de México se reestructuró, cumpliendo con los lineamientos del *Planet Management*, la contaminación del aire terminó. Ramiro pensaba que en perversa compensación, el envenenamiento del espíritu había alcanzado un punto sin retorno, pero el aire... el aire era más transparente. Aún así, un detalle nimio recordaba lo tardío y superficial de ese cambio. El Popo y el Izta lucían en la distancia un azul violáceo *uniforme*, sin traza de nieve en sus altísimos picos. Acaso en invierno se lograra divisar, rara vez, un escaso penacho blanquecino, no más.

-¿En qué piensas?

Ramiro vio fijamente al doctor. Sabía que iba a ser muy difícil convencerlo del plan, con todo, también sabía que en caso de negarse, su amistad permanecería intacta. Y él, a fin de cuentas, tendría que actuar solo.

-Pienso en Intermuros doctor.

-Yo también suelo hacerlo. Me siento culpable, aunque por otro lado sé bien que hice lo que *tenía* que hacer. El terremoto tuvo causas muy confusas y dejó secuelas más graves de las que puedas imaginar; si digo que todo era confuso la verdad me quedo corto. Salvé vidas en un tiempo en que se habrían podido perder muchas más. Nunca imaginé lo que vendría, pero sé de cierto que hice lo correcto. Al menos yo creo que fue el momento justo.

Ramiro no estaba tan seguro en eso del “momento justo”. En cuanto a que había salvado vidas, pues, dependía qué se entendiera por vida.

-¿Crees que la gente vive en Intermuros? Es más ¿*viven* los que están en los Sectores privilegiados? ¿Vives tú doctor?

-A veces estoy en el Sector Santa Fe, a veces en el Condesa -se quedó pensativo, luego continuó-. Mis decisiones son limitadas, muy limitadas. Para vivir hay que ejercer decisión; gracias a ello muchos se salvaron. En mi caso decidí permanecer aquí -dijo

enigmáticamente, después agregó- aunque sí, mi vida es precaria, lo acepto.

-Si la vida es decisión, en Intermuros *vivimos* de a deveras.

Exageraba. Él también era esclavo de un ambiente restringido. Sin embargo si de algo estaba orgulloso, era de la determinación con la que seguía sus decisiones. Decidir no era cuestión de capricho. Era algo serio, profundo. Tomar una decisión costaba tiempo, mucho tiempo. Pero una vez asumida, la decisión era irrevocable, aunque llevarla a cabo implicara entregar la vida. La vida, ni más ni menos. Estaba fregado.

-Todos nos chingamos desde hace mucho doctor. Ni caso tiene andarse con culpas. Acá vivimos como si ustedes no existieran: los muros *no nos dejan* verlos. Allá viven como si los *de acá* no existiéramos: los muros nos ocultan. Cuando Walter Benjamin, hace unos cien años, escribía sobre el modo en que la arquitectura controla nuestra forma de percibir el mundo, no creo que imaginara extremos como el planeado por Don Pedro cuando ideó Intermuros –Ramiro miró al horizonte, guardó un breve silencio y continuó en tono sombrío-. Me has dicho que la vida es como un río y que nosotros sólo somos agua que pasa. Yo también lo creo así: lo que importa es el río y si el río es río, es por el agua que pasa. Nosotros pasamos, esa es *nuestra vida*.

-Ya te estás poniendo entre filosófico y cursi. Eso me da miedo. Andas por soltar algo duro ¿no es cierto? Lo que dices es rebuscado pero sobre todo melancólico. ¿Qué te traes entre manos?

Otra vez, Ramiro liberó su vista y la dejó vagar por el horizonte. Luego se enfocó en los edificios cercanos, la mayoría en ruinas y aún así habitados. Gradualmente, las paredes agrietadas de las casas iban dejando espacio a un gran baldío. Hacia el poniente, el llano que había quedado desde la destrucción de muchas vecindades en el '40 parecía aún zona de guerra. Paredes derruidas se alternaban con agujeros cubiertos de agua sucia y entre los escombros, esqueletos oxidados de viejos y enormes automóviles servían como juegos grotescos a los niños. Aquella planicie terminaba en la Gran Barda, detrás de la cual estaban los cuarteles de policía. Se decía que los macabros *aviones de la muerte* habían despegado desde allí con su carga atroz. Esa era sin duda una zona tenebrosa: en el confín opuesto al cuartel se extendía el viejísimo Panteón Francés, frontera por demás simbólica que recordaba a los habitantes del “otro lado”, el Sector del Valle, que en Intermuros reinaba La Parca, La Chingada, La Calaca sin más, vaya, La Muerte. Recorriendo con la vista la Gran Barda, a Ramiro le deleitó el paisaje, pues en el fondo, la altura imponente del Ajusco resaltaba la pequeñez de la arrogancia humana. Aquella montaña, aún verde si bien pelada en su pico, daba cuenta de la insignificancia de cualquier frontera artificial. Mejor regresó a la contemplación del firmamento. El cielo era azul intenso hacia el cénit y conforme se extendía a lontananza aclaraba sutilmente, tomando un tono pastel hasta llegar a una especie de bruma blanquecina. Entre las serranías lejanas y la azotea donde vivía, un mar de asfalto y concreto desplegaba su oleaje antinatural. Los valles y las crestas no eran sinuosos, sus contornos lineales formaban esa geometría tan típica de las urbes: una matriz de pirámides rectangulares, de alturas desiguales; una estructura que no tenía la regularidad de un cristal, pero tampoco la belleza continua de

una curva. Si alguna forma no humana se pudiera parecer a aquella, esa sería sin duda la morfología amenazante de una célula infestada por virus. Las ciudades eran engendros alarmantes y a quien más afectaban era al propio hombre. El ejercicio del poder inapelable, arbitrario, era sino del individuo urbano. Por eso se había propuesto hacer algo. Ya había tomado esa *decisión*. Pero para tener éxito rotundo necesitaba del doctor. ¿Cómo decirle que le ayudara? El doctor era un filósofo en el peor de los sentidos. Marx había advertido que la filosofía que no provoca cambios es prescindible y el doctor sólo creía -y vaya si creía en ello- en las patrañas asépticas de que “todo está en la mente”. Sin embargo era su amigo, le conocía y sabía de sus dudas. Lo mejor era andarse sin rodeos.

-Quiero que nos ayudes. Tú conoces gente en el Ministerio de Salud, me has dicho que eres amigo del Ministro Méndez. Méndez gusta de hacer fiestecitas especiales a las que asisten el dictadorzuelo Ugalde y su gabinete. Eduardo Sánchez del Río me ha dicho que una está por celebrarse muy pronto. Podrías lograr que ellos se pusieran una de tus *vacunas* y ya nosotros nos encargáramos de lo demás.

-Sería una locura.

-*Es* una locura.

Intermuros

La fama de Don Pedro estaba destinada a ser póstuma. Miembro de una familia de hidalgos, Grande de España y Criollo novohispano de viejísima cepa, Don Pedro Sánchez del Río y Álvarez Amezcua vivió toda su vida en relativa pobreza. Las cuantiosas propiedades de su familia fueron incapaces de soportar la merma de dos siglos de expropiaciones. Primero fue la guerra con Estados Unidos, cuando las haciendas texanas se perdieron sin remedio; luego los decretos juaristas que desmembraron los ranchos de Coahuila y Sonora; por último la Reforma Agraria post-revolucionaria, a la que sólo sobrevivió la Hacienda de Tonacapan, lugar que Don Ezequiel su padre, veneraba con fervor. Fue allí donde el niño que sería bautizado como Pedro Alfonso Ezequiel, vio la luz un 16 de septiembre de 1953. Don Pedro afirmaba que lugar y fecha tan singulares le impedían olvidar su origen y compromiso: “ser mexicano hasta las cachas”. Aficionado a la charrería, los buenos vinos y las mujeres, el futuro urbanista podría haberse confundido con un personaje de la época de oro del cine nacional; sin embargo, su linaje le dio siempre un toque aristocrático. En 1975, tras la muerte del dictador Francisco Franco, fue invitado a la coronación del rey Juan Carlos I de España. No obstante su juventud y dificultades económicas, el gesto se debió al gran cariño que le profesara la reina madre, íntima amiga de Don Ezequiel. Ella proporcionó a la familia Sánchez del Río no sólo los pasajes de avión y la estancia en Villa Giralda, sino el frac que Pedro usaría en la ceremonia. Esa relación con la realeza se mantendría de por vida.

Pese a tan distinguidos nexos, el joven Pedro tuvo que esforzarse mucho para

conseguir el respeto con el que sería honrada su memoria. Mientras su padre se dedicaba penosamente a la administración de la Hacienda, él tuvo que sostener buena parte de la propia formación profesional trabajando incluso como chofer en la empresa Ingenieros Civiles Asociados, presidida por Don Bernardo Quintana, quien lo conocía desde niño. Estudió arquitectura en la UNAM, doctorándose a la larga en urbanismo en la prestigiosa Universidad de Cornell. Antes de terminar la carrera se casó con Ofelia Pérez Sarro y Anaya, una joven tan aristocrática como él mismo. Siempre fue un innovador y las responsabilidades maritales no alteraron su desarrollo académico ni un ápice. Su tesis de licenciatura, “Patrones geométricos en el diseño urbano”, marcó la línea que le obsesionaría a lo largo de toda la vida: el modo en que las interacciones sociales determinan la distribución y geometría de los elementos que componen una ciudad. Años después, el nacimiento de su único hijo, Eduardo, pareció impulsarle a tomar rutas cada vez más creativas en el terreno de las disertaciones arquitectónicas. Teorizando más que nunca, Don Pedro se interesó profundamente en la ekística. Escribió una tesis de maestría que luego llegaría a ser un clásico, “Vectores humanos y actores urbanos: una historia ekística del *City Planning*”. Con esa obra, Sánchez del Río obtuvo el reconocimiento definitivo de Don Bernardo Quintana, quien desde entonces le consideró su consejero en cuestiones de urbanismo. Todos los proyectos de ese tipo que emprendió ICA fueron remitidos a Don Pedro, cuyo dictamen se convirtió en inapelable. Fue ICA la empresa que le impulsó para continuar hasta el exitoso doctorado *cum laude*, que Don Bernardo, poco antes de morir, presumía siempre como “una de las inversiones más importantes de la empresa”. El joven graduado encarnaba lo que alguna vez dijo de él el Consejo Nacional de Hombres de Negocios: “el talento

empresarial en su máxima expresión: liderazgo, creatividad, inteligencia y personalidad”. A partir de entonces, cada proyecto realizado por ICA era precedido por su “embajador”, lo que le relacionó con arquitectos de la talla de Christopher Hibbert, François Le Jeune y Gustavo Munizaga. Aún con sus éxitos, la fama de Sánchez del Río apenas abarcaba al pequeñísimo mundo de la academia y al excluyente dominio de los hombres de negocios. Así, por largo tiempo, su vida transcurrió en una paz relativa, casi anónima, sólo perturbada por la personalidad rebelde de su hijo Eduardo: a la larga un verdadero dolor de cabeza.

Con casi 70 años, poco antes de pensar en el retiro, un hecho casi fortuito le condujo a escribir la obra que le daría renombre internacional: su encuentro en Estocolmo, a principios de los '20, con el urbanista Tigran Haas. En mucho coincidían los dos teóricos: el retorno a la costumbre de “*walk to live*” -como decían ambos- diseñando para evitar en lo posible el uso de vehículos; la convicción de que las ciudades podrían “revigorizarse” -el famoso “*reinvigoration process*”- haciéndolas habitables y eliminando el caótico recurso del *suburbio*. En plena madurez, Don Pedro se entusiasmó a tal grado que emprendió la escritura de lo que consideraba “el legado de toda una vida dedicada al urbanismo”. Fue la época en que el Partido Mexicano, dirigido entonces por Martín Ugalde, acababa de ganar las elecciones en el D.F. cuando Don Pedro, ya retirado, escribía en su hacienda el ahora famoso “Rediseñando Anáhuac”.

Como amigo que era de la familia, Luis Romero Vázquez, arquitecto y Ministro de Desarrollo Urbano en el gobierno del D.F., leyó el borrador donde Don Pedro proponía una novedosa “revigorización” de todo el Distrito Federal. Usando la

terminología de “vectores humanos”, Sánchez del Río explicaba el modo en que las interacciones sociales “donde los individuos humanos representan vectores cuantificables”, hacían emerger estructuras urbanas, con límites y simetrías precisos. Esos “objetos urbanos, llámense plazas, centros de culto, vías de transporte, etcétera” son auténticos “actores urbanos”, responsables de la dinámica que da estabilidad o incertidumbre a la ciudad. Según el urbanista, “las ciudades son sistemas complejos, donde las redes de interacción han de sujetarse a normas precisas y códigos replicables”. La economía y la seguridad son parte de las redes de interacción más sensibles al desorden, por eso, luego de un exhaustivo análisis matemático, Don Pedro proponía cómo “una reestructuración de los actores urbanos como la que he propuesto, conlleva el necesario rediseño de las redes de seguridad -interacciones que evitan el caos entre los vectores humanos- mismas que deben acoplarse en línea al algoritmo que ya describí al explicar las redes económicas -también fuente potencial de caos vectorial y por tanto de interferencia”.

Sin considerar deficiencias o posibles virtudes teóricas, el texto llamó la atención de Romero Vázquez, pues daba bases argumentales al plan de reordenamiento urbano que le había encargado el presidente del país, al grado que a partir de entonces, se le bautizaría oficialmente como “Plan de Revigorización de la Ciudad”. Uno de los puntos más destacados que interesó al gobierno fue la propuesta de un sistema bipartita en la administración y patrocinio de los cuerpos de seguridad. Ugalde, ex ministro de justicia, secreto aspirante presidencial -que desde su puesto vitalicio como dirigente del partido esperaba el momento oportuno para lanzar su candidatura-, hombre ligado a los cuerpos policíacos y empresario de numerosas compañías privadas de seguridad,

vio con buenos ojos un modelo urbanístico en el que la policía dejara de ser sufragada exclusivamente por el estado. El texto de Sánchez del Río decía: “La naturaleza de las interacciones económicas ligada a los patrones caóticos que representa toda economía informal, exigen una reestructuración racional de los cuerpos de seguridad. Éstos no pueden estar sólo a cargo del estado, pues ello propicia aún más la perturbación caótica en forma de corrupción. Es indispensable la participación ciudadana, que al emplear con recursos propios a una parte significativa de los cuerpos de seguridad, se convierte en “jefe” definitivo, capaz de anular cualquier contrato ineficiente”. Para que el nuevo esquema fuera aplicable, Don Pedro revisó los patrones geométricos emergentes en la Ciudad de México, luego cruzó múltiples variables que incluían desde datos económicos y demográficos hasta aquellos relacionados con servicios de salud, esparcimiento y configuración geológica del territorio. Así, con algoritmos por él diseñados, propuso una reordenación “en los sectores naturales que afloran como grandes actores urbanos del Valle de México, garantes de que Anáhuac alcance un *buen arreglo* de sus estructuras, algo que los geómetras llaman *eutacticidad*”.

Su propuesta subdividía a la ciudad en 13 Sectores, mismos que habrían de ser aislados por muros para garantizar el orden y la seguridad de los ciudadanos. En torno a esas barreras, abrazando sus cimientos, Sánchez del Río proponía usar el sistema de blindaje de anillos de concreto inventado por uno de sus alumnos, el Ingeniero Roberto Cruz. Así, la retícula de aquella albarrada serviría además como dispositivo de protección contra terremotos, pues según el arquitecto “la interferencia entre ondas sísmicas debilitará su energía hasta hacerlas inocuas”.

Con tales vallas, la estructura del DF adquiriría la fisonomía de un rompecabezas

poligonal, “que en el caso de los sismos genera una saludable interferencia, pero en cambio, en el caso de la estructura urbana, posee subunidades interactoras *libres de interferencia*, equivalentes a los *campos* de la física teórica: los Sectores. El arreglo *eutáctico* de los Sectores permite que la infraestructura de seguridad y servicios -la *dinámica de interacción*- se despliegue como la red vascular del cuerpo humano”. Don Pedro se refería con esta última metáfora a Intermuros, una zona de amortiguamiento extendida de manera continua por todo el perímetro de los Sectores, aprovechando la infraestructura vial preexistente y vinculando por completo a toda la ciudad. Al modo de una gran arteria en circuito, separada de los Sectores por barreras, Intermuros permitía conectar con vehículos eléctricos convencionales cualquier punto de la ciudad en menos de una hora; además, dadas sus dimensiones -una longitud de centenares de kilómetros, con una anchura mínima de 50 metros y una máxima de casi un kilómetro- era sitio ideal para el asentamiento, con todo y familia, de los cuerpos de seguridad y servicio. Como resultado nacía una urbe donde el transporte privado se hacía casi innecesario, donde las grandes vialidades sólo serían usadas por los cuerpos de servicio (limpieza y salud pública) y por los cuerpos de seguridad (policía y eventualmente ejército). A su vez, los diversos centros laborales serían enlazados por medio del sistema subterráneo de transporte, en una serie de itinerarios coordinados que, como mecanismo de relojería, impedirían aglomeraciones innecesarias, gracias a que las horas de entrada y salida de los trabajadores se habrían calculado de manera escalonada. Además, el modo en que habrían de ubicarse los centros de trabajo con respecto al sitio donde habitaba el trabajador, sólo consideraba rutas óptimas. Sánchez del Río proponía una reubicación donde calculaba costos y beneficios, de modo que en

teoría, cualquier empresario abatiría ineficiencias y pérdidas.

Con todo el apoyo del gobierno y a pesar de la argumentación minuciosa de Don Pedro, el conocido popularmente como “Proyecto Intermuros” fue criticado con fiereza. Académicos como la doctora Ivonne Faustsch, aunque valoraban en mucho la “profunda intuición” de Sánchez del Río, descartaban que “las arbitrariedades y errores matemáticos elementales” de su propuesta pudiesen siquiera suponerla viable. Aquella joven prodigio, usando toda su fama y autoridad, escribió: “Sánchez del Río pretende que la subdivisión en *Sectores* sea “eutáctica” haciéndola análoga a los *Campos* definidos físicamente por Nikos Salíngaros. ¡No! a lo único que equivale su pretensión es a un completo sin sentido, en el mejor de los casos es una mala copia de las supuestas *áreas naturales* que propusiera McKenzie a mediados del siglo pasado”.

Ya en el terreno político, los problemas implícitos a una reforma tan radical se mostraban fatales: los grupos conservadores no estaban dispuestos al gasto extremo que suponía reubicar sus empresas, los grupos populares nunca se moverían de las colonias en que habían vivido por generaciones y los grupos más críticos de la sociedad denunciaban “los oscuros nexos” del proyecto con el casi vitalicio dirigente del Partido Mexicano, Martín Ugalde, amén de los núcleos de corrupción que lejos de corregir fomentaría esa propuesta, agravando aún más la inconveniente condición en la que se hallaba la ciudad más grande del mundo.

Don Pedro Sánchez del Río, a sus ochenta y tantos años de edad, luego de una vida discreta, acostumbrado al respeto que infundían su persona y su linaje, súbitamente se convertía en una figura pública enredada al escándalo vulgar de los medios. Acusado de ineptitud por los académicos más severos y de corrupción por los

críticos más radicales, visto con recelo por sus compañeros del ámbito empresarial - sobre todo a partir de que su hijo Eduardo se vinculara a rebeldes y opositores del régimen- el anciano urbanista entró en una fuerte depresión. Al fin, el 6 de agosto del 2035, un ataque apopléjico seguido de falla cardiopulmonar acabó con su vida. La intensa discusión que por casi diez años generara su libro ya estaba por desvanecerse, cuando en el 2036, los terribles sismos que destruyeron buena parte de la ciudad revivieron el “Proyecto Intermuros”. Un año atrás Ugalde había renunciado a la dirección de su partido para postularse al fin como candidato presidencial. Su olfato político le impulsó a decidirse, y no estaba equivocado. En un ardid publicitario, por un lado explotó el descontento que los *marines* despertaban y por otro su conocida simpatía hacia el Proyecto Intermuros como catapultas para su campaña.

Póstumamente, la fama del arquitecto adquirió renombre. Se afirmó que tanto la retícula formada por la extensa muralla como sus cimientos con blindaje anillado de concreto, podrían haber evitado la catástrofe que siguió al terremoto. Con promesas de “nunca más otra catástrofe igual” y “fuera *marines* de nuestro país”, Ugalde ganó la presidencia de la república de manera avasallante. Intermuros revivió y como soñara algún día el polémico urbanista, “Anáhuac quedó renovada”. Los términos “*Urban Reinvigoration Process*”, “*Intermuros*”, “*Walk to Live*”, comenzaron a ser de uso común en el *City Planning* y al cabo, el nombre de Don Pedro, más que el de cualquiera de sus ilustres ancestros, tuvo el destino de ser conocido por todo el mundo.

Tres años antes

Fanny, sentada al borde de un risco, distrajo su vista del horizonte al suelo contundente que la sostenía. Lo miró con atención. La roca era rojiza, formada por infinidad de piedras pequeñas y angulosas de variados colores. Eran pardas, negras, zarcas, todas cementadas por aquella matriz bermeja tan antigua como la mismísima Tierra. César le había asegurado que era una “brecha del precámbrico”; entonces ella tendría unos 18 años y él 33, “la edad de Cristo cuando murió” le dijo allí mismo, sonriéndole con aquel rostro aniñado que encantaba a todo aquel que lo conocía. Luego pasaron cosas. Ella se fue y César se convirtió en *maestro*. Ella intentó hallarle sentido a la vida. Se casó, se divorció. Fue abnegada y fue manipuladora. Trató de embarazarse, pero al fin, la vida parecía burlarse, como diciendo “no me mereces”. Optó por el suicidio y entonces, mágicamente, de nuevo apareció César. Ella encontró el sentido. Un sentido ligado al *guía* César Arana. Ahora, ¿qué había sido de él?

Regresó la mirada al horizonte y vio cómo la línea distante que separa al cielo de la tierra se comenzaba a deformar, haciéndose borrosa. Estaba perdiendo sobriedad. Tuvo que secarse el llanto, las lágrimas le brotaban en silencio y unos minúsculos espasmos evidenciaban que no era tan fuerte como suponía. César había muerto. César, su maestro, su amigo, su amante.

Allí, en la orilla del precipicio, Fanny pensó si debía hacer lo mismo que sus compañeras. Se levantó y ceremoniosamente, fue despojándose de la ropa. El viento soplaba con fuerza en aquellas alturas, y aunque era verano, aunque el sol calentaba, ella sintió que los finísimos vellos de su cuerpo se erizaban con el frío. Temblorosa y

desnuda, sintiendo cómo el aire le agitaba el pelo largo, cómo la aspereza de la roca le encajaba sus aristas sobre las plantas de los pies, extendió los brazos. Sus senos pequeños aún eran firmes, no parecían los de una mujer madura. Su cuerpo entero se mostraba enérgico como el de una muchacha. Eso era natural, ella pertenecía al círculo de *Las Vinculantes*. Tenía la integridad humana que únicamente las mujeres pueden lograr. César acostumbraba decir “sólo las mujeres están completas, nosotros tenemos un cromosoma mocho. Su aura también está enterita, nosotros tenemos como un mordisco justo encima de la cabeza”. Él le había enseñado a controlar cada célula de su cuerpo, le dio el secreto de la *intensión* y el fruto de su voluntad inflexible le permitió acceder a la fuente misma de la vida. Por eso permanecía joven, por eso era *Vinculante*. Pero ahora que César había muerto, sin la presencia inteligente de Alicia, sin la belleza de Aretta, ¿qué sentido tenía su juventud madura? ¿qué sentido ese cuerpo fuerte? Se miró el pubis, antesala de “la puerta a otros mundos” decía César. ¿Podría usar la fuerza de su útero para hallar una línea transversal? ¿podría *vincularse* a otros mundos? Y en esa red infinita ¿acaso encontraría a César? No. Ella lo había visto expirar. Con el cuerpo débil, viejo, fue incapaz de dar *el salto*. ¿Acaso ella sí podría *saltar*? Fanny estaba segura del poder. Lo que empantanaba su propósito era la soledad, la tristeza. Los vínculos con César la tenían atada a este mundo; como un papalote que volara muy lejos sin poder soltarse de la cuerda. Porque igual que un cometa sin cuerda, si ella se soltaba perdería el equilibrio y caería sin remedio, patéticamente. ¿Qué le quedaba? ¿morir sería digno?

Miró de nuevo al horizonte. Sus oídos sentían el peculiar tacto del silencio. Reconfortada, puso toda la atención en el trance de escuchar. Un murmullo a su

izquierda la sobresaltó, le dio tanto miedo que tuvo la necesidad de hacer un esfuerzo enorme para voltear. Tensa por el súbito cambio de sus emociones, movió la cabeza lentamente, disponiéndose a lo que fuera. El sonido persistía, era como un viento, como un soplo grave y continuo, igual al canto del aire cuando atraviesa las hojas agudas de un pino. La oscilación de su cabeza fue tan gradual que pudo sentir sin dificultad el pulso de cada fibra muscular al contraerse, regulando la maquinaria de tendones y huesos como un reloj, para establecer ese giro vulgar y a la vez maravilloso: el simple voltear de la cabeza. Confiada en el vigor acumulado por años de ejercitar la memoria consciente de los arreglos corporales, se sintió preparada para afrontar su destino. Una mancha oscura, borrosa, estaba allí, a menos de un metro de ella. Enfocó rápidamente y se dio cuenta de qué era. Un Cóndor gigantesco, planeando, despreocupado, estático, con la vista fija en algún punto allá abajo, en el valle. Ella rió y ese ruido sobresaltó al ave, que al igual que Fanny un poco antes, se tornó sorprendida y temerosa. Batió las alas inmensas, Fanny sintió la ráfaga que producían como una brisa en el rostro. El animal alcanzó altura muy pronto, se alejó en círculos, subiendo y sin despegar la vista del cuerpo desnudo de Fanny. ¿César habría saltado sin que ella se diera cuenta? ¿Sería César aquel magnífico Cóndor? “Estamos rodeados de maravillas; nunca abarcaremos cabalmente a este universo tan lleno de belleza e indiferencia”. Recordó con tal nitidez las palabras de César que, sin duda, escuchó su voz.

Se dio media vuelta. Recogió su ropa dispersa, la hizo un ovillo, separando la falda. Con ella improvisó un precario lecho para luego tenderse sobre él. Recostada, miró al cielo. Pasaron unos minutos. Se quedó dormida.

Justo abajo y al mismo tiempo, en el extenso valle apenas habitado, una minúscula cabaña albergaba a otra mujer. A diferencia de Fanny, ella centraba la fuerza de su vida en la atención sedante del intelecto. Sabía bien que el misterio nos rodea, pero confiaba en que parte de él podía ser entendido. Sólo se necesitaba creer en la crudeza de los sentidos y en la pequeñez de la razón. Y sin embargo, de vez en vez, Ivonne decidía dejarse arrastrar por el flujo rebelde de las emociones. Ese era el motivo de que estuviera allí, en la pequeña construcción de adobe hecha por su propio abuelo. Los recuerdos de niñez persistían por todas partes y las interminables historias del querido alsaciano seguían, como las siglas de un diccionario infinito al que podía acceder sin importar el tiempo, con el simple recurso del cariño.

“Yo sería anarquista de no ser un pesimista” le había dicho poco antes de morir el viejo, cuando ella acababa de terminar el doctorado. Y es que ese abuelo suyo había admirado a Rafael Barrett, el padre de su maestro y también mejor amigo, Alejandro Barrett; por él conoció a Lucinda Ferreira, de la que cayó enamorado desde el primer momento. Ese hecho casual permitió que João Faustsch, su padre, pudiera existir. Pero su propia existencia no estaba aún garantizada; otra casualidad sorprendente sería la causa de que ella, Ivonne, hubiera nacido.

En 1973, época de dictaduras en Brasil y buena parte de Latinoamérica, Monica Colliers, íntima amiga de Soledad Barrett, la hija de Alejandro Barrett, se salvó de la muerte. Soledad y Monica pertenecían a una célula subversiva, trabajaban en una boutique de Recife. El 8 de enero, Monica, recién aliviada de su primer parto, fue convencida por Soledad para quedarse en casa. La pequeña bebé había estado enferma y ella insistió en que la cuidara al menos ese día. Más tarde, ya en la boutique, un

grupo de policías apresaba a Soledad. Esa misma noche, junto al compañero de Monica, Jarbas Pereira, fue asesinada. Pese al dolor, Monica sabía que Soledad la había salvado, pero esa salvación tenía mucho sentido, pues de lo contrario, su pequeña hija, sin duda habría muerto: uno de los policías captores fue Anselmo dos Santos, el compañero de Soledad. Ella estaba embarazada de él, cosa que no obstaculizó en lo más mínimo el asesinato; el de Soledad y su propio hijo no nato. ¿Qué no habría sido capaz de hacer el execrable Anselmo?

Para proteger a su pequeña de la dictadura en Brasil, Monica tuvo que renunciar al apellido Pereira, bautizándola como Ivonne Colliers: Anselmo, ahora incondicional policía del estado, la buscaba. Transcurrieron muchos años, la dictadura militar terminó, Anselmo pasó al olvido y cierta tarde, un 9 de enero de 1996, João Faustsch, de visita en Recife, durante un homenaje que se celebraba en memoria de Soledad Barrett, conoce a una hermosa mulata: Ivonne Colliers. João e Ivonne terminan casándose y el 10 de enero de 1998 nace Ivonne Fautsch, la misma que esa tarde reflexionaba en los misteriosos nexos que hay entre la casualidad y la causalidad.

Su razón, intentando hallar patrones legibles, se topó con regularidades incómodas. Soledad Barrett, la que salvó la vida de su madre, nació *el 6 de enero* de 1945 en Paraguay. Rafael Barrett, el padre del mejor amigo de su abuelo, nació *el 7 de enero* de 1876, en Torrelavega, España. La propia Soledad es asesinada *el 8 de enero* de 1973. Los padres de Ivonne se conocen un *9 de enero*, en Recife y ella misma, la nieta consentida del abuelo alsaciano, nace un *10 de enero*, en Madrid. Los Barrett y los Faustsch ya habían sido enlazados, sin remedio, por coincidencias misteriosas. Casualidades que a su vez entrañan causalidades.

“¿Será que la causalidad no es más que una casualidad fecunda?” se preguntaba Ivonne aquella tarde, al mismo tiempo que, casualmente, en las montañas que podía contemplar desde la ventana, Fanny Loof dormía en paz, reconciliada con la trama incognoscible que sostiene al universo.

El Century

Hombre envuelto siempre en polémicas, Leonard Lumlitz atravesó la más riesgosa de su vida a fines de los años '30. Apenas saliendo de la adolescencia, hacia el 2020, ya era una celebridad; sus interpretaciones de Shakespeare lo habían encumbrado como el actor más brillante de su generación. Una década más tarde, en 2031, inicia su breve carrera fílmica en la bizarra producción de Bubba Lovelace: “White Otel@”. El guión de Lovelace pronto es modificado por Lumlitz: versifica los parlamentos de una forma novedosa y rítmica, recordando la cadencia del Rap de principios de siglo, pero con un aliento que trasciende el ámbito de las artes escénicas. El '32, año del estreno, Leonard Lumlitz recibe por la versión métrica de “White Otel@” el *Dylan Thomas Prize*, uno de los máximos galardones en la poesía de lengua inglesa. Inmediatamente después, Leonard anuncia su retiro del mundo del espectáculo. Hay quien especula si el conocer a Jared Leto habrá influido en ese cambio. El actor principal de “Chapter 27”, siendo aún muy joven, literalmente transformó su cuerpo para encarnar al asesino de John Lennon. A Leto no le importó subir de peso, incluso enfermar física y psíquicamente. Sus charlas con él deben haber convencido a Leonard del compromiso total al que ha de entregarse todo actor. En un giro muy extraño que sin duda se relaciona con la personalidad de Leto, Lumlitz se matricula en Harvard, iniciando una carrera médica vertiginosa e impactante. Gracias a su capacidad y aprovechando el audaz programa de alumnos avanzados en Harvard, en apenas tres años se convierte en uno de los cirujanos plásticos más innovadores de la época, imponiendo además un récord por la rapidez en que consiguió su especialidad. Es entonces cuando inicia una

breve pero decisiva trayectoria como dramaturgo. Su personalidad excéntrica y talentosa le abre las puertas del Broadway Opera House. Allí representará en febrero del '38, "The Sense", obra experimental que luego de casi 2 años de ensayos y misterio, se cancela inmediatamente después del estreno, conduciendo al arresto de Lumlitz y al internamiento temporal en un hospital psiquiátrico de la actriz principal. Es en la cárcel que Leonard escribe "Personae Theater", ensayo radical sobre el significado y práctica del teatro. Basándose en argumentos clásicos, Lumlitz insiste en que "no hay sentido sin máscara", refiriéndose al cariz original de la palabra *persona*. En cuanto al fundamento del *verdadero actor*, habla por primera vez de la palabra *Phersu*, el vocablo etrusco de donde proviene *persona*. La novedad es que Lumlitz insiste en que el actor puro "ha de comprometerse con su máscara de tal manera, que ésta se convierta en auténtica piel" y agrega, en un pasaje casi filosófico, "una piel que no ha de ser metafórica sino real, con tejidos, con sangre y vida: vida humana -esa en la que cada quien juega un papel- y vida animal -esa en la que cada existente *adviene* en un continuo- fusionadas en el compromiso libertario del arte".

En "The Sense", Martha, el personaje principal, encarna *literalmente* a una dramaturga que enuncia los principios expresados por Lumlitz, de manera detallada, en su "Personae Theater". La obra transcurre mientras escribe la parte final de un monólogo, donde una lesbiana como ella misma, decide *re-crearse* en el cuerpo de un hombre. Para lograrlo acude a Stephan, interpretado por el propio Lumlitz, un médico experto en cirugías de cambio de sexo. Martha, intentando ser consecuente con sus propias teorías estéticas, se convierte en el *phersu* de su personaje y elige que sea *sú cuerpo* el escenario biológico de *sú decisión*. Se planta en el consultorio de Stephan. El

diálogo entre ambos -inspirado en la forma griega del *agón*- se convirtió más tarde en un poema *queer* muy famoso y el estribillo, *let my mask to be*, sirvió de tema para la memorable película “*Phersu*” de Naoki Arita.

El día de la representación de “*The Sense*”, cuando el público esperaba ya el final, ante el asombro generalizado Lumlitz realiza la operación en el escenario. Pantallas gigantes colocadas en los costados del teatro muestran los detalles de la cirugía. Luego Stephan, inclinando la mesa de operaciones hacia el público, expone el resultado diciendo “este pene y estos testículos son plenamente funcionales: Martha ha cumplido su sueño, ella podrá engendrar hijos en cualquier mujer”. El parecer de la mayoría fue, que más allá de un innegable realismo, el trabajo de Lumlitz había sido algo decepcionante y muy fatigoso: la obra entera duró casi seis horas. Sin embargo el anuncio de que dado el cambio de sexo del personaje principal, el mismo día del estreno se hacía necesario concluir la temporada, condujo a que autoridades sanitarias inspeccionaran tras bambalinas. El escándalo fue mayúsculo, pues no había sido una representación *in silico*: la cirugía se había efectuado en verdad. Se temió por la salud mental de la actriz y sin dilación se dio pie a un proceso judicial. Días más tarde Irma Alonso, actriz que representaba a Martha, ya recuperada pero aún bajo inspección psiquiátrica, insistió en que no había ningún delito que perseguir, que ella era una *actriz comprometida* y como tal, *había encarnado* el personaje de Martha; había sido Martha. Su salud física y mental, corroborada por especialistas, era impecable. Un año atrás, el condado de Manhattan había aprobado su solicitud de cambio de sexo y los documentos estaban en orden. Ahora poseía los órganos genitales masculinos y debía pensar en cosas serias, no en arbitrariedades legales como la demanda “por dolo” que

le exigían sus abogados. Centraba su atención en actos definitivos y simples como por ejemplo, cambiarse de nombre. “Dado que la ley sigue imponiendo que sólo haya dos géneros, ahora soy un hombre; no puedo más ser Irma, pero Peter es un nombre que me gusta”, dijo sin el menor asomo de extrañeza.

El escándalo tomó un nuevo curso. La actitud del flamante Peter Alonso impidió cualquier acción legal, pues Lumlitz era un cirujano autorizado y las condiciones del escenario habían sido modificadas para cumplir con todas las normas sanitarias. La única falta estaba en el ámbito de la legislación sobre espectáculos, pues Lumlitz no había solicitado permiso para hacer público un procedimiento quirúrgico. La multa: cien dólares. En Estados Unidos Lumlitz fue visto de manera ambivalente, unos le consideraban genio, otros, psicópata. Para diciembre del 2038 la Asociación de Cirujanos Plásticos le retira la licencia. En enero del 2039 el Sindicato de Artes Escénicas le expulsa, impidiéndole la actuación, pero sobre todo, la dirección o la posibilidad de llevar cualquier obra al público. Aquel veto parecía fatal. Samuel Finkelstein, conmovido, pensó tornar la tragedia del artista en gran negocio. Empresario mexicano muy próximo al gobierno del presidente Ugalde, vio un potencial inmenso en las teorías y sobre todo, en las habilidades quirúrgicas de Lumlitz. Tenía rato planeando recrear un gran *night club* al estilo de hacía cien años, incluso ya había elegido su nombre: “Century”. Le contó su proyecto a Lumlitz y le dijo “acá en México tenemos gente muy talentosa y abierta. Hay actores que conozco, totalmente seducidos con sus ideas visionarias y verdaderamente sinceras. Uno de ellos se siente Ingrid Bergman, otro Clark Gable. Me han dicho que desean encarnar esos personajes, usando sus palabras Maestro, quieren ser *phersues*”. Leonard se emocionó,

recobró el ánimo y de inmediato quiso conocer a artistas tan comprometidos. Fue así que se involucró en el proyecto más ambicioso del “Century”: llevar el *Personae Theater* al mundo de todos los días.

El 31 de diciembre del 2039, ante el pasmo de cientos de invitados especiales, el “Century”, en una memorable fiesta de Año Nuevo, tuvo como anfitriones de su inauguración a Clark Gable, Ingrid Bergman, Marlene Dietrich y Charlie Chaplin. Con éxito tan definitivo, el nuevo *Night Club* logró convertirse en emblemático de la renovada y ultramoderna capital mexicana.

Los flamantes empresarios compraron una propiedad en Cuernavaca, “El Paraíso”, y juntos se dieron a numerosos proyectos. Lumlitz se interesó por incorporar perfiles genómicos a sus *phersues* y Finkelstein le proveyó de un escenario ideal para la experimentación creativa en su propia finca. Con el reciente descubrimiento de ADN en el ayate de la Virgen de Guadalupe y la posterior secuenciación que rehizo la apariencia de Juan Diego, Lumlitz rebasó el ámbito del *Show Bussines* penetrando al mundo escénico de las tradiciones populares. Juan Diego pudo ser visto por millones de fieles, pudo ser tocado en la plenitud de su carne y hueso. Fue, sin duda, el *phersu* más querido de todos.

Desde entonces, Leo Lumlitz y Sam Finkelstein se convirtieron en mucho más que socios.

Primera Parte

“...entre la nada y el infinito se encuentra enclavado el mundo, reconocido y creado por el hombre...”
Hermann Broch

“No hay un solo mundo. Múltiples universos coexisten. En cada instante, la realidad se bifurca. Lo que llamamos “mundo”, “realidad”, “universo”, es un emergente decodificado de los patrones de interferencia. La percepción va ligada a dicho patrón; sus constructos son compartidos intersubjetivamente porque los procesos de socialización hacen entrar en fase a los flujos bosónicos que he descrito”.
(“Teoría Holográfica: percepción y mundo”. Isaac Gossmann, Universidad Nacional de México, 2030)

En las neuronas, los microtúbulos conducen flujos coherentes de bosones, los llamados “flujos de Gossmann”. (“El vuelo del espíritu”. César Arana, Nous House. 2040)

El día espléndido se desplegaba bajo el cielo azul, sin mácula. Un sol brillante iniciaba apenas su marcha implacable por el firmamento; la luz clara y algo amarillenta de la mañana proyectaba sombras larguísimas y era una delicia ver cómo se movían éstas frente a sus poseedores, como en una danza misteriosa, o detrás de ellos, persiguiéndoles sin descanso igual que un reptil de instintos perrunos. Alberto acababa de salir de su casa. Caminando por la rúa Universidad le maravillaba que ese día aún los biplazas automatizados lucieran tan estéticos. Se paró en una esquina a esperar su tranvía y miró a uno de los pequeños autos de diseño “retro” -color rojo y tordo beige- que circulaban robóticamente en una de las vialidades teleguiadas más modernas del mundo. Iba por el carril derecho, a muy baja velocidad. Lo ocupaba una sola persona, abstraída en manipular un producto que anunciaban en el holovisor. En ese instante el tranvía que estaba esperando apareció en el carril izquierdo de la rúa. Le hizo la parada y el vehículo público cambió de riel, poniéndose delante del biplaza. Como no estaba exactamente en la caseta de espera, Alberto quedó muy retrasado con respecto al tranvía, de hecho, quedó justo frente al cochecito rojo. Antes de decidirse a andar hacia la puerta del tren, echó un vistazo al pasajero. Se dio cuenta de que era una mujer hermosísima. Pensó en cuánto le habría favorecido traer el pelo largo; se notaba que aquel cabello cortado casi al rape era capaz de extenderse como un río negro y turbulento por el dorso curvilíneo. Alberto imaginó, al notar que bajo la blusa se apretaban unos senos generosos, el magnífico trasero en que debía terminar la deliciosa espalda. Supuso que la chica tendría que esforzarse mucho en ocultar dones tan poco apreciados por la moda. Siguió imaginando las caderas amplias, los muslos

neumáticos, el suave y discreto bulto del pubis, meditó tanto en aquellas formas que el tiempo pasó y el tranvía se fue. El auto reanudó su marcha y la muchacha dejó al objeto virtual flotando en el aire. Al fin lo miró a él, distraída, impersonalmente. “Cómo necesito una mujer”, pensó Alberto. Un viento muy suave le tocó el rostro, recordándole la belleza de aquel día. “Qué caso tiene seguir pensando”, pensó otra vez, decidido a que ese fuera el último pensamiento de la mañana.

Con la mente casi en blanco decidió ir caminando hasta el café donde desayunaba cada día. Abandonó la rúa y sus vehículos automáticos, agradeciendo ser un humano capaz de decidir el curso de su andar. La calle estrecha por la que iba desembocó en el Paseo Chimalistac, una vía peatonal con adoquines que interrumpían la continuidad del césped, con grandes fresnos extendiendo sus ramas hacia el cielo matutino, tiñendo su follaje de aquel tono ámbar que, como bálsamo, le hacía sentir la alegría de estar vivo. A ambos lados del Paseo, viejas casonas de piedra, cubiertas de musgo y líquen, recordaban que la ciudad tenía memoria, que no todo era escenografía y engaño. El buen ánimo regresó a Alberto. Aspiró el aire húmedo y dejó que sus ojos se perdieran en el juego contrastado de sombras y luz que proyectaba la continua carrera del viento agitando las hojas iluminadas por el sol.

Llegó a la avenida Miguel Ángel de Quevedo. Se alegró de que no fuera una rúa, así que disfrutó caminar por aquel bulevar sin banquetas, por donde no transitaba ni uno sólo de los vehículos automáticos que le obligaban a recordar que habitaba el siglo XXI. Se sentó un momento en una de las bancas de madera que había en el camellón. Cerró los ojos y escuchó el lejano *clac clac* de las mulitas tirando del tranvía que conectaba, a lo largo de toda la avenida, varias de las rúas automatizadas del

Sector Coyoacán. “Hay que aceptarlo” -pensó muy a disgusto- “que Ugalde haya convertido Coyoacán en un parque temático tiene sus encantos”. Fastidiado de su incapacidad para suspender aquel diálogo interno decidió seguir andando. Fue hacia la rúa Insurgentes y muy pronto asomó, entre las copas de los árboles, la cruz estilizada del monumento a Cristo Rey. Avanzó rumbo a la orilla derecha de la avenida, dispuesto a contemplar aquella escultura monumental de Antonio Plá. “No cabe duda de que es un charlatán” -pensó sin remedio- “que todos aplaudan como obra de arte esa chatarra de cromo y concreto..., por lo menos el pinche pederasta ya está bien guardadito en la cárcel”. A decir verdad, aparte de la pederastia lo que más molestaba a Alberto era lo que representaba la obra de Plá. En lo que antes había sido el monumento a Álvaro Obregón se extendían dos iconos que negaban la memoria: el Monumento a Cristo Rey y el Café “La Bombilla”. Como si nada hubiese pasado desde un siglo atrás, el café donde habían asesinado a Obregón fue reproducido hasta el detalle. Lo más desafiante, sin embargo, era la propia escultura del catalán: su emplazamiento era el mismo que había ocupado el monumento al presidente muerto a tiros por Toral, un cristero al que ahora se homenajeara con una placa: “A los caídos por defender el espíritu”. Los pensamientos volvieron a la mente de Alberto “Qué desfachatez, honrar a un asesino como *defensor del espíritu*. Y conste que eso de que allí mismo hubiera estado el monumento a una mano putrefacta ya era de por sí patético”.

Alberto continuó la rutina que repetía cada mañana: caminar, pensar, enojarse y al fin, sentir en las tripas la urgencia por satisfacer el hambre. Olvidando toda crítica, todo pensamiento y amargura, enfiló a La Bombilla, guiado nada más por el instinto

primordial de una de sus entrañas más queridas: el estómago.

II

-¡Buenos días Alberto!! Disculpe pero usted es muy predecible. Son las 8 en punto y va llegando sin ningún retraso. Ande, siéntese, ya pedí su desayuno. Machaca con huevo, jugo de zanahoria y café con leche, lo de siempre.

Alberto jamás habría imaginado encontrarse a la jefa Grajales esperándolo en La Bombilla. Estaba en el Patio de Las Pérgolas, en el privadito de su predilección: el más alejado, en una esquina donde la sombra de un gran Ginkgo daba una sensación muy fresca y húmeda, casi fría aún en aquella mañana de junio. Que ella lo sorprendiera sin aviso pero sobre todo, que lo saludara hablándole de usted y haciendo la pantomima de tenerle preparado el desayuno, le parecieron hechos que en conjunto, se revelaban como muy mal síntoma. Por un lado, Marta Rosa subrayaba que era *su jefa*, por otro que él era *transparente*, o sea, vulnerable. Si seguía tratándolo de “usted” las cosas irían mal. Tuvo el presentimiento de que todo el optimismo con el que su día había comenzado estaba por tornarse pesimismo, perdurable y ominoso. Saludó con pocas palabras y se mostró cauto.

-No se apure -dijo Grajales- le acompaño, desayunaré lo mismo que usted. La Bombilla es un lugar bonito e ideal para nosotros. Todos los meseros tienen registro ante la Secretaría Federal de Seguridad, todos vienen del Sector Narvarte, el mismo donde viven la mayoría de policías judiciales. *Tienen* que ser discretos, no les queda de otra.

El mesero que permanecía a un lado, al oír a la jefa se dirigió a la entrada de la pérgola. Era preferible no escuchar lo que discutían policías como aquellos. Cerró la puerta de cristal y se mantuvo afuera, atento a lo que con ademanes pudieran pedir sus comensales, pero completamente sordo a lo que decían.

-Muy astuto desayunar diariamente aquí -dijo pensativa. Es algo que yo misma haría de no vivir en el Sector Santa Fe. Su elección me gusta. Incluso el café que pide es de mi agrado: veracruzano bien tostado. Bueno, basta de palabrería, por lo pronto no voy a entrar en detalles, ahorita a desayunar, ya después iremos a un sitio que quiero que investigue sin dilación. Provechito, nomás échele un ojo a este expediente y empiece. Ande, dele un buen sorbo a su café. Lo va a necesitar.

A Alberto le incomodaban todos los artefactos electrónicos, pero si algo detestaba más eran los Expedientes. En cuanto sus dedos tocaron la superficie del lector lcd, un ligero cosquilleo le recordó que su ADN estaba siendo escaneado. Tal intromisión definitiva a su intimidad molecular le parecía uno más de los incontables actos denigrantes a los que *tenía* que someterse el “nuevo hombre del milenio”, ese al que tanto aludían los políticos. Cuando la pantalla se encendió, el Expediente gimió con su aguda voz artificial “reconocimiento positivo”. La comisionada Grajales le ordenó: “quite los sonidos, lo que va a leer está en un orden estrictamente confidencial”. Alberto se topó con una lista de publicaciones especializadas, todas en el ramo de la Neurofísica. El autor de ellas era Isaac Gossmann.

-Desde hace cuatro años Gossmann desapareció. Caso cerrado ¿no es cierto? Pues este fin de semana recibimos instrucciones de iniciar la investigación *a fondo* y ¿sabe de dónde vino la orden? ¡De la CIS!

Su condición de Jefa de Seguridad en el Sector Coyoacán le daba privilegios tan grandes, que rara vez se percataba de que era una simple *subordinada* del Sistema. No estaba acostumbrada a recibir órdenes. Grajales sabía que le era imposible objetar algo a la Comisión Internacional de Seguridad, la temible CIS, uno de los brazos más fuertes del *Planet Management*. Eso sin más, se erguía como recordatorio de que *ella* tenía un poder muy limitado.

-No sé si felicitarlo o compadecerlo, pero su nombramiento como investigador en jefe del Expediente que está por leer, fue idea de la Comisión. Le recuerdo que por el simple hecho de haberlo abierto ya se comprometió a aceptar el caso.

Alberto, muy molesto, se ruborizó, percibió cómo un calor extraordinario le trepaba a la cabeza. ¿Acaso hubiese podido elegir? Ni modo, a diferencia de Grajales él reconocía que obedecer era su trabajo. Tuvo la convicción de que *debía permanecer callado*, ¿para qué hablar si era un sirviente?

-A partir de este momento queda relevado de toda responsabilidad en la oficina. Usted decidirá el cómo y cuándo de su investigación. Nosotros tenemos la orden de auxiliarlo

sin límite. Aunque ya sabe, el peso de sus actos es cosa suya, de nadie más. Si algo sale mal o incomoda a peces gordos, el único en sufrir las consecuencias será usted.

Ante tales argumentos Alberto se sintió como sentenciado. Un poco para distraerse y otro para ver qué le esperaba, leyó la lista:

“Nanorobots nefrófilos: una herramienta para la investigación *in vivo* de los campos bosónicos cerebrales”

“Control electrónico de comportamientos sociopáticos: un enfoque nanotecnológico”

“Teoría Holográfica: percepción y mundo”.

“La deuda de la Psicofísica con David Bohm y David Hull.”

La lista era enorme, pero esos cuatro textos estaban al principio, en letras rojas, indicando que la investigación exigía que los leyera de inmediato.

-Sólo usted podría entender tal fárrago de ideas y ecuaciones rebuscadas... yo creo que por eso lo eligieron. Lo que puedo decirle sin embargo, es que para mí, el caso de la desaparición de Gossmann es un vulgar asesinato. No me queda duda de que él era un *pinche argentino*. Yo no necesitaría leer nada para iniciar la investigación y comenzar a interrogar sospechosos, el mundillo de los *ches* es semillero de soplones.

Grajales era así, contundente. Confiaba en sus corazonadas con ferocidad. Alberto temió que eso sería un surtidor desagradable de dificultades.

-De hecho tengo la prerrogativa de decidir el primer paso en este proceso. Por eso

quiero que apenas termine su desayuno, me acompañe al Century. Echaremos un vistazo a sus famosos sótanos.

Había perdido el apetito. Grajales seguía hablándole de usted, ella decidía donde iniciar *su* investigación y él no estaba de humor para replicar. Marta Rosa ya se había hecho una imagen clara de todo el caso. Estaba segura de que Gossmann era un *che*. Idea simplona y antipática por muchos motivos. El primero y menos grave estaba en el simple apelativo de *che* o su contraparte despectiva: *pinche argentino*. Los Ciber Hedonígenos, mejor conocidos por su abreviación “*CHE*” habían dado lugar a la categoría más elitista de los narcos: los “*pinches argentinos*”. ¿Qué culpa tenían los verdaderos argentinos para que ahora su patronímico pasara a sinónimo de delincuente? Creer que un científico de la talla de Gossmann fuera un simple *che* le parecía bobo. Las nanosondas inventadas por él, era cierto, constituían el vehículo para generar las alucinaciones colectivas de los *ciberaves*. Sin embargo relacionar al científico que las concibió con el narcotráfico era como culpar a Einstein de Hiroshima. Pero conociendo lo necia que era Grajales debía prepararse. Definitivamente el día se había arruinado y ahora tenía la boca amarga. Dejó el plato y con un ademán le indicó al mesero, que se mantenía discreto y servicial a la entrada de la pérgola, que trajera la cuenta.

-¿Terminó? Bien mister silencioso, desperdicie sin pena, al fin que la cuenta la paga el Estado. A partir de ahora, comidas, hospedaje, transportes, personal ¡todo lo que desee, señor jefe de investigación!

El tono irónico de Grajales revelaba cierta envidia, pero a la vez *compasión*: ella también había dejado intacto el desayuno.

Al salir de La Bombilla subieron al biplaza de la Comisionada, que de antemano ya tenía programada la ruta a seguir. Mientras avanzaban por la rúa Insurgentes rumbo al Sector Condesa y la comisionada destilaba su enojo por sentirse sometida a órdenes inapelables, Alberto prefirió ya no ponerle atención. Era mejor concentrarse en el contenido de los artículos enlistados. El de los “nanorobots nefrófilos” describía las bondades metodológicas de utilizar sondas intracelulares para estudiar el comportamiento neuronal. Ponderaba las dificultades de interferir con los procesos mentales a la hora de hacer mediciones y la ventaja que representaba limitar la acción directa del experimentador a sólo unos instantes. Las nanosondas, una vez cumplida su labor, se dirigían automáticamente a los riñones. De allí pasaban a las nefronas, donde sus componentes estaban programados para desmontarse hasta el nivel molecular, ionizándose de tal modo que se facilitaba su expulsión a través de la orina. El proceso guiado por una computadora de ADN no duraba más de 10 minutos.

El segundo artículo le produjo una sensación agrídulce. Por un lado le despertó nostalgia; por otro enojo. Había sido escrito en la época en que era estudiante del doctorado en física, una época en la cual la Universidad Nacional dejó de ser autónoma y pasó a una administración privada. Recordó los actos de protesta en los que participó, el escándalo, la paulatina pérdida de interés general en los líderes del MODU (Movimiento de Defensa Universitaria) y al fin su personal caída en desgracia: un encarcelamiento, su ignominiosa liberación, su total destierro del medio académico,

una enfermedad que casi le cuesta la vida y al fin, la triste tablita de salvación que representó el ofrecimiento de trabajo que le hiciera el entonces Procurador General y Ministro de Justicia, Antonio Romo, fiel amigo de infancia: un puesto en la Policía Judicial Federal. En cuanto al contenido, éste lo remitió a una vieja polémica del ámbito legal. A principios de siglo, la sobrepoblación en cárceles generó problemas terribles; la masacre del 2027, originada en el reclusorio de Phoenix extendiéndose a toda la ciudad o el estado de sitio *de facto* que impusieran los reos de Ciudad Juárez en febrero del 2029. La tecnología disponible para controlar motines, los cañones electrostáticos, tuvo que usarse a toda su potencia: las descargas de electricidad estática no paralizaron a los rebeldes, *los mataron*. A la controversia resultante siguió un buen pretexto para desarrollos tecnológicos alternos.

El Centro de Física Aplicada de la casi disuelta UNAM, en un esfuerzo por justificar su existencia, elaboró ese mismo año un artefacto nanotecnológico que generaba conexiones con las redes neuronales. El diseñador de la máquina fue Isaac Gossmann, entonces director del departamento de neurofísica aplicada. El artículo detallaba las peculiaridades técnicas y las supuestas bondades sociales de la novedosa tecnología. Un implante con nanoprocesadores robóticos se colocaba en los reos, logrando un monitoreo continuo de la actividad cerebral, en especial aquella del sistema límbico ligada a comportamientos agresivos. Automáticamente, cualquier anomalía era corregida con descargas que modificaban los campos bosónicos en la red neuronal. El artefacto, al cambiar el marco perceptual de los criminales, permitía mantener en perfecto orden las prisiones. Pero muy pronto se debatió sobre el atropello a la dignidad personal que entrañaban tales artefactos. Alberto fue protagonista de las

manifestaciones que al fin derogaron su uso en el 2032. Los cañones electrostáticos regresaron a su estatus de “armas preventivas” y sólo se legisló para que sus descargas no fueran letales.

-Parece interesado. Sigue sin decir palabra y no le quita el ojo al expediente. A su manera se le presenta la oportunidad de regresar a sus intereses académicos, o quizás la dulce idea de saborear una venganza bien fría ¿no?

-Un momento Marta Rosa, ya estuvo suave, deja de ser irónica.

Alberto hacía un esfuerzo tremendo por controlarse, su carácter explosivo y algo violento no era ningún problema cuando interrogaba sospechosos; pero perder los estribos con su jefa... Se concentró, apretó los puños y fue relajándose.

-Marta Rosa, no he querido hablar ni molestarte, sólo obedecer órdenes, pero ya estuvo suave, deveras. Me das un caso al que no puedo negarme, te burlas de mí, me hablas de usted, ¿no te basta con el lío en que me estás metiendo?

-Yo no te estoy metiendo en nada chiquito, te mete *El Sistema*.

“El Sistema”, sustituto de dios: omnipotente, omnipresente y a la vez invisible; complejo e incognoscible pero idiota. La veterana Jefa y el flamante Jefe de Investigación se sintieron apabullados. Cualquier palabra estaba de más.

III

Durante el verano del '43, cuando Arana anunció que daría un taller de *Intensionalidad* en la Ciudad de México, Chava imaginó que estaba por iniciar, auténticamente, la primera incursión exitosa en su abismo personal; jamás habría supuesto que apenas si estaba dando el primer paso para avanzar con firmeza hacia la mundanidad superficial del “Century”.

Meses atrás, en su primer intento por cursar los talleres de Arana, viajó hasta Los Ángeles. Frustrado, tuvo que aceptar que carecía del requisito indispensable: llevar una constancia en *Fitness Medium Level*. Le dieron un folleto con la lista autorizada de asociaciones deportivas para cumplir con la exigencia. Pudo percatarse que el término *fitness* era muy amplio; no había predilección por ninguna disciplina en particular, éstas abarcaban desde los Aeróbicos hasta el Tai Chi. En el instructivo se decía que además de seguir rigurosamente la disciplina que exigía el ejercicio elegido, el aspirante habría de adentrarse en la “*actitud intensional*”, guía inflexible durante todo el proceso de entrenamiento. Los detalles se explicaban en un libro de Arana, “Eutacticidad y Jornadas Óticas”. Sólo se vendía en el Auditorio de Griffith Park, sitio donde los elegidos ya se iniciaban en los misterios de la *Intensionalidad*. Pero no cualquiera podía comprarlo. Antes fue interrogado arduamente por una mujer muy joven, quien decidiría si era digno para comprometerse con un acto “definitivo e irreversible” a su decir. Por fin le cobró 500 dólares, considerándolo merecedor de leer texto tan exclusivo. “¿Sabes? -le dijo luego de dárselo- eres el segundo en este día al que le he ofrecido el libro. Al otro se lo regalé”. Con una sonrisa encantadora agregó

“tú tienes una sintaxis ligada al dinero, te hablo en el único lenguaje que entiendes por ahora”. Aquella mujer, a diferencia de la mayoría, llevaba el pelo muy largo y no era delgada. Tampoco era hermosa, pero el rostro poseía cierto aire elegante que matizaba su tremenda juventud: no más de 17 o 18 años. Sin saberlo por lo pronto, había conocido a Mariel Sheehan, la *Vinculante Nodal*, una de las mujeres más importantes del grupo de Arana.

Cuando regresó a México ya había leído el libro. Comprendió que el objetivo de todo ese entrenamiento corporal era lograr consciencia del aspecto más básico y elemental del interior humano: el cuerpo físico. Se describían una serie de ejercicios de concentración que habrían de realizarse antes, durante y después de cada práctica deportiva. Gracias a ellos era posible entrar en sintonía con la estructura arquitectónica del cuerpo humano. Como siempre hacía con las lecturas que le apasionaban, Chava subrayó en rojo la frase que más le impactó: “la memoria es un Patrón Persistente”. Otras partes permitían, a su juicio, revelar el significado de oración tan categórica. Por ejemplo: “Los recuerdos existen no sólo en la red neuronal, cualquier estructura tiene memoria, pues ésta es el componente más básico de información que garantiza la estabilidad morfológica”. Cuando estudiaba cristalografía, él mismo tuvo intuiciones que le parecían similares. Arana decía: “Un grano de sal es cúbico pues sus átomos *almacenan en la propia estructura* la información inflexible que les obliga a formar enlaces químicos que, al fin, generan un cristal cúbico”. De todo el libro, algo permanecería para siempre en su repertorio de frases célebres, aún después de que el mismísimo nombre de César Arana, después de muchísimos años, llegase a caer en cierto olvido: “Memoria es necesidad; necesidad es forma”.

Si Chava estaba a muy poco de convertirse en místico, Bruno ya era uno de los mayores expertos en programación de nanosondas experimentales. Indirectamente trabajó en un proyecto de investigación de Isaac Gossmann. Su labor fue diseñar el software que guiaría a los nanorobots hasta sitios específicos del cerebro, pero más difícil, hasta neuronas puntuales a las que éstos tenían que ingresar sin violencia, para al fin, iniciar su delicada labor en los microtúbulos. Años atrás el propio Gossmann había diseñado un controvertido prototipo, pero la nanosonda, al guiarse a control remoto, generaba alteraciones indeseables en los campos. Sólo la computadora de ADN encargada de la degradación del propio artefacto funcionaba sin interferir. Por eso le contrataron: para preparar un software molecular en la renovada y totalmente autónoma computadora de ADN. Sin conocer en persona al doctor Gossmann, Bruno sabía de su fama y pese a que sus experimentos solían ser despreciados por el medio académico, él encontraba estimulante resolver todos los problemas planteados por un artefacto que se dedicaría a manipular campos bosónicos. El nuevo trabajo le apasionaba, aunque también le atemorizara un poco. Ésta era la primera investigación que realizaba solo; desde principios del '43, no veía a Chava. Le preocupaba su creciente interés por prácticas del todo irracionales. Nunca imaginó que justo debido a tales prácticas y a su propia actividad en el equipo del Dr. Gossmann, volverían a trabajar juntos en torno a un problema que sólo podría resolverse con el uso meticuloso de la razón.

Sin embargo, aquel verano del '43 la preocupación de Bruno no era injustificada. Por adentrarse en las prácticas aranescas, Chava descuidó a tal punto el posdoc que era casi irremediable que lo corrieran. Siempre le inventaba coartadas, pero

ya nadie las creía: que si su amigo estaba elaborando un modelo matemático muy complejo, que si se había enfermado, que si estaba deprimido... Y todo eso, a Chava le daba igual. Porque para él, lo que estaba en juego era ni más ni menos que el sentido de la vida.

Iniciado en los misterios de la Eutacticidad, a Chava le urgía comenzar con las *Jornadas Óticas*. Éstas sólo le serían develadas cuando cursara el taller de Intensionalidad, por ahora sólo estaba familiarizado con los principios generales. Como físico sabía que la eutacticidad se relaciona con propiedades de polítopos regulares, era algo que se estudiaba rutinariamente en los cursos de morfología teórica. Lo interesante del enfoque aranesco consistía en llevarla a un plano más inmediato, perceptual, relacionado con el ámbito del propio cuerpo humano. Estrictamente hablando, *eutacticidad* quiere decir “buen arreglo”. Eso implica que hay un conjunto organizado de partes o elementos susceptibles de acomodo. Para lograr ese “buen arreglo” el primer paso es el reconocimiento de los elementos a arreglar. Chava no era ajeno a los procedimientos matemáticos que permitían tal cosa, pero a lo largo de su entrenamiento pudo percatarse de que había una raíz común entre las ecuaciones de la regularidad matemática y la “actitud intensional” sugerida por Arana.

Desde su regreso de Los Ángeles, para cumplir los requisitos exigidos, Chava se había inscrito a cursos de yoga. En ellos aplicó la “actitud intensional”, es decir que cada ejercicio era realizado con la voluntad enfocada en hacer conscientes cada uno de los elementos involucrados en las acciones del cuerpo. Esa conciencia era el primer paso para lograr el “buen arreglo”. De hecho, Chava descubrió que toda la práctica del yoga consideraba importante ese tipo de atención. No era el esfuerzo

erudito de un anatomista, tampoco la disciplina deportiva de un atleta. Se trataba de *darse cuenta* al hacer cada ejercicio, de la sensación producida *por las partes* del cuerpo involucradas hasta en el más ínfimo movimiento. Era la experiencia de percibir, en su propio organismo, el *sentido* de la eutacticidad: permitir a cada músculo, tendón, hueso, disfrutar del arreglo que les permite actuar en conjunto. Fue tan tenaz en sus prácticas que en pocos meses logró el reconocimiento *Fitness Medium Level*. Y ese *saber*, tal como le había anunciado la *Vinculante*, tuvo consecuencias definitivas y perdurables. Algunas frívolas, es cierto. Por ejemplo, la adquisición de un cuerpo muy esbelto, que aunando la estatura y su costumbre de andar a rape, le habían tornado en alguien muy atractivo y a la moda. Pero él sabía que las modas eran una más de las “cuerdas que nos atan a la red social”, como decía Arana. Por eso prefería atender a esas otras consecuencias, las más profundas, aquellas que sólo se notaban al ver con otros ojos lo ya sabido. En efecto, ya nunca volvió a realizar los cálculos de regularidad matemática con la actitud neutral de antes: sabía que esos cálculos eran la contraparte *exacta* de los ejercicios que su cuerpo había practicado, pero sobre todo, *sentido*. El principio de *universalidad* de la cibernética se aplicaba, como en una función matemática, a la *Eutacticidad aranesca*.

Gracias al “saber corporal” adquirido, Chava fue aceptado en el taller de Intensionalidad. Allí realizó la parte más ardua y fascinante de toda su aventura con Arana. Aprendió por ejemplo, que el mismísimo aire que respiramos tiene una estructura energética muy sutil. Los indios le llamaron *prana*, pero César se conformaba con decirle “aliento”. Lograr que el *prana* fluyera hasta el tercer chakra, el *Manipura*, acrecentando de paso su conciencia, fue una de las primeras técnicas que

dominó; Arana llamaba a tal práctica, “El Banquete del Espíritu”, pues sin ese alimento las *Jornadas* serían impensables.

Aunque los cursos eran impartidos por varios practicantes, las *Jornadas Óticas* estuvieron a cargo de César Arana en persona. *Grosso modo* y en conjunto, las “jornadas” eran una serie de ejercicios destinados a *recordar*. La memoria estimulada, meramente corporal, iba mucho más allá de la geometría inmediata de la anatomía. El iniciado intentaba entrar a planos de meditación gracias a los cuales, su cuerpo “fluía” hacia memorias ancestrales: los recuerdos de aquellos seres de los que proviene la humanidad. Con las *Jornadas Óticas* Chava pudo sentir los arreglos de su cuerpo tal y como los habría sentido en su momento, algún ancestro arborícola. Cada juego de movimientos era como un ejercicio de “*memoria filética*”, pues, insistía Arana, “lo que hace mucho dijera un embriólogo es correcto, *la ontogenia recapitula la filogenia*”. Pero esa recapitulación ordenada por la memoria corporal tenía un destino, lograr el tránsito por todos los estadios de la evolución. Al inicio, Chava aprendió a dejar que su cuerpo anduviera por la copa de los árboles con la misma cadencia con que se anda en cualquier calle. Pero al poco supo reptar igual que un lagarto y más de una vez su organismo tomó las riendas, permitiéndole nadar con la facilidad de un pez. El impulso de la recapitulación le llevaría hasta el ancestro más antiguo, justo antes de que se perdiera la simetría original de toda la *Jornada*; antes de que la complejidad sistémica multicelular se disolviera en la estructura básica de una sola célula. Ese último estadio, análogo al de los tunicados -“esos animalitos marinos parecidos a una bolsa anclada sobre el borde rugoso de las piedras” decía Arana- implicaba el arreglo arquitectónico de una ascidia: las vísceras representaban la conciencia suprema. Toda

extremidad se olvidaba, toda estructura juvenil se perdía. Era el reino del “animal visceral” de Romer; su triunfo sobre el “animal somático”. Los pocos que lograron la proeza pudieron sentir un cuerpo donde el cerebro no existía, donde la vida se limitaba al flujo de alimentos y oxígeno atravesando los laberintos de cada entraña. Incursionaron así a la última etapa que permitiría las llamadas “*Enseñanzas de Vinculación*”, impartidas por *Las Vinculantes*, y que tenían por objeto “liberarnos de la cárcel socializadora donde vive *El Emergente*”.

Para Arana y su grupo, *El Emergente* era la psique: ella nos vinculaba a este mundo; de ella surgían los acuerdos que sostenían la realidad: “esa red de interacciones tan parecida a un velo y de la que no obstante, surge *el mundo*”. El Universo era mucho más que *el mundo* o *la realidad*; su estructura infinita implicaba interacciones igualmente infinitas enredadas en una trama también infinita: bruma vertiginosa de nudos y redes extendidos en cualquier dirección hacia dimensiones inimaginables. Las *Vinculantes* eran capaces de usar la memoria íntegra de su soma para alcanzar nudos alternos, eligiendo de aquel infinito, las cuerdas que al fin darían coherencia a un mundo. Cada una tenía una habilidad específica: Carla Gotti podía vincularse con cuerdas de interacción horizontal: era la *Vinculante Horizontal*. Ida Higgs tenía habilidades para los planos de interacción vertical: era la *Vinculante Vertical*. Pero los términos eran inexactos. “Horizontal” y “vertical” implicaban dentro de sí planos dimensionales infinitos. De los nudos donde se enredaba tal maraña de cuerdas inconcebibles podía surgir un mundo alternativo. Cada nudo era un *Nodo*; Mariel Sheehan se vinculaba a *Nodos*, de tal forma que la *Vinculante Nodal* habitaba cualquier nodo, es decir que vivía en *Mundos Alternos* secuencial o simultáneamente. Arana

decía que nadie, ni él mismo, sabían lo que *sabía* Mariel. Fanny Loof, la *Vinculante Transversal*, tenía una maestría única: al transcurrir transversalmente por los planos de interacción, abarcaba por igual el ámbito de cada una de sus compañeras; pero su estructura interna no era del todo eutáctica; su *Emergente* era como un hilo enredado al nodo donde había nacido, de manera que estaba sujeta con firmeza a él. En otras palabras, mientras que Arana y las demás *Vinculantes* abrigaban el propósito de algún día saltar definitivamente hacia *otros mundos*, Fanny *tenía* que vivir anclada sin remedio a *este mundo*.

Muchas veces, durante su entrenamiento místico, Chava se preguntó si él mismo, como Fanny, estaría anclado a *este mundo*. Pero esta vez, como físico, su referente no era Arana sino la doctora Faustsch. Ella también creía que de las redes de interacción surge un “emergente”; por supuesto que sin los visos misteriosos del descrito por Arana. El emergente de Faustsch es el *Sistema Social*. Éste, todopoderoso e idiota, determina la mayor parte de los actos del hombre. Sólo los propios humanos que le engendran serían capaces de darle sentido. Pero al parecer se conformaban con dejar las cosas tal como estaban. Justamente por eso, desesperado, Chava buscaba el sentido en otra parte. El Sistema se mostraba sólido, imbécil e invencible. Irónicamente, las prácticas de Arana, encaminadas a liberar de la imposición absurda de los procesos de socialización, pronto le convencerían de que nadie es capaz de salir de esa telaraña.

IV

Alberto Cruz seguía concentrado en la lectura del Expediente Gossmann. Guardaba un silencio que le protegía de la perorata amarga de la jefa Grajales. Pasaron unos minutos durante los que Marta Rosa dejó de hablar. Al ver que Alberto permanecía inmutable, con tono suave intentó iniciar un diálogo.

-Alberto, ¿puedo preguntarte algo personal?

Él volteó a mirarla algo extrañado, en verdad no había puesto atención a lo dicho, salvo a la novedad de que lo estaba tuteando.

-Que si puedo preguntarte algo personal.

-Depende

-Es muy simple y obvio: tú tienes resentimientos hacia el medio académico pero te esfuerzas en negarlo, ¿verdad?

-No

-Mientes, te conozco, he escuchado muchos de tus comentarios sarcásticos cuando se hace referencia a algún personaje de la universidad, bueno, a cualquiera que se autonombre intelectual.

-Son pedantes.

-Sí, pero tú destilas hiel cuando se toca el tema.

-Me cagan, eso es todo.

-Pero tú fuiste físico.

-Ni siquiera tengo título. Soy policía.

-No mames Al.

La jefa le había dicho Al. En ella, los modos del lenguaje tenían significados precisos y evidentes. Le decía Al cuando intentaba demostrarle su aprecio. No sólo le estaba hablando de tú, ahora le decía Al. ¿Sería sincera?

-Mira, te voy a hablar como amiga. Perdona mi actitud de antes pero estaba enojada y me desquité contigo. Ni modo, soy tu jefa y tengo derecho a hablarte de usted ¿no? Pero también soy tu amiga ¿no?

Alberto la miró y asintió levemente. ¿Qué se traería entre manos? Pensar que ella le considerara “amigo”, así, con cariño, ¿sería cierto? ¿sería una argucia para embaucarlo? En tal caso, ¿qué tramaba?

-Yo creo que todos llevamos cargas en nuestro pasado -dijo ella mirándolo con la mejor expresión de sinceridad que era capaz-. Las peores son las que se relacionan con

el odio. En mi caso, nunca conservo odios más de unos minutos. Los jefes de la Comisión Internacional de Seguridad me envenenaron desde hace más de 24 horas. Estoy intoxicada, por eso reniego. Pero renegar es como un vómito y ya me siento mejor. En cambio tú. Al, llevas años intoxicado.

-No es cierto, ni siquiera sé de qué me hablas.

-No te hagas güey. Odias el grupito al que perteneció Gossmann.

-¡Ni siquiera lo conocía!

-No mames. ¡Claro que lo conociste! ¿Te lo recuerdo? Primero cuando estudiabas, hasta lo buscaste para que te asesorara en una tesis sobre campos bosónicos, luego, cuando andabas de revoltoso lo viste más de una vez. ¿Qué pasó? Nada, que los académicos “respetables” de la universidad, entre ellos por supuesto que Gossmann, publicaron un desplegado en la red. ¿Te sigo refrescando la memoria chiquito? No los bajaban de bárbaros, de enemigos del saber, de que se necesitaba aplicar “todo el peso de la ley. Mano dura”. A los pocos días las redadas llevaron a los líderes a la cárcel. Tú estuviste en el reclusorio, no te lo debería recordar.

-Y eso a qué viene.

-Sigues como el tío lolo Alcito. Sabes bien que Gossmann fue uno de los que firmaron aquel panfleto.

Era cierto. Sin embargo, no se le escapaba que los departamentos universitarios exigieron la firma de sus agremiados. La privatización ya era un hecho y de haberse

negado, sus trabajos e investigaciones habrían quedado suspendidos. Estaba seguro de que Gossmann era un egoísta, nada más. Alguna vez habló con él, de manera muy impersonal, sobre los campos bosónicos. Luego tocaron el tema de la autonomía universitaria, del MODU. De hecho el doctor simpatizaba con el movimiento, pero era cínico. Más o menos le había dicho “mira mano, la ciencia en este país siempre está bajo la espada. Si no le entramos al juego de la lana, nos quedamos fuera. Yo he conseguido mucho en los últimos años, tanto que tengo un laboratorio que envidian la mayoría de investigadores en el extranjero. Si dijera abiertamente lo que pienso de la privatización echaría años de esfuerzo por la borda. Si fuera como Lalito Sánchez del Río, a lo mejor y me metía al borlote, pero no soy aristócrata y mucho menos millonario. Ni modo, yo no creo en la justicia divina. Admiro tu posición, pero deberías considerar lo que te digo. Hay que ser listo y adaptarse. Eso no te hace bueno pero te permite lograr cosas mejores. Ser mártir es estéril”.

-Qué tanto piensas. De seguro has de estar justificándolo -le dijo la jefa-. Pero ¿sabes? No te das cuenta de lo afortunado que eres ahorita. Has cargado con amarguras desde aquel entonces y hoy, por fin, podrías aliviarte.

-Qué quieres decir.

-Sigues de pendejo o te haces. Es tu oportunidad de vengarte de esos ojetes.

-Marta Rosa, de verdad no tengo ni idea a qué te refieres -Alberto regresó la vista a los artículos que estaba leyendo.

-Simple ¡Ya deja en paz ese Expediente y hazme caso! La desaparición de Gossmann

es un asesinato. Los motivos vinculan a la *elite* de los intelectuales con la *elite* de los narcos. Para ser un *che* se necesita mucha lana, pero además, afición por lo sofisticado. Los CJ's siempre son intelectuales: los hay desde escritores hasta científicos, todos “muy cultos”.

El día que comenzara tan bien ya era un desastre. Es más, quién sabe cuánto tiempo tuviese que pasar antes de volver a sentir la paz que apenas unas horas antes había sentido. Tarde o temprano la investigación que le imponía Marta Rosa lo embarraría con la frivolidad de los *ciberaves*. Ese mundito era despreciable. Los “CJ's” -siglas para abreviar el desagradable vocablo *Ciberhedonic Jokey*- eran seres frívolos y afeminados cuando no perversos y mediocres. Disfrutaban manipulando emociones con nanosondas interactivas, generando alucinaciones, haciendo que masas enteras se comportaran como títeres de pasiones sobre las que *ellos* tenían pleno control; ese era justamente el encanto clandestino de los sótanos del Century: sus *ciberaves*. Alberto esperaba poder aplazar al máximo su inevitable encuentro con los *ches*, pero Marta Rosa parecía empeñarse en lo contrario.

-El nombre de un CJ rara vez sale a la luz -continuó explicando la jefa- pero cuando se cometen pendejadas, ni modito. Nomás recuerda a Jamie Apajian. Uno de tantos peces gordos aficionado a *ciberaves* privados. Él no usaba *ches*, usaba “vacunas”. El “aristócrata” -Marta Rosa usó los dedos de ambas manos para enfatizar las comillas- se creía muy chistoso al rebautizarlas: “vacunas contra el aburrimiento”. Pero se le pasó

la mano en una de sus orgías y mató a la hijita de un ministro. Muy director del Centro de Metagenómica y todo, pero del tambo no se salvó. O qué tal el caso del pintor Toño Plá, cuando lo cacharon *in fraganti* oficiando el *Happennig* clandestino en su “centro cultural” de Los Cabos; usando niños *nice* que él había pervertido para que ejercieran como consumados CJ's.

Alberto sabía que el nombre de “vacuna” para referirse a los ciberhedonígenos no lo había inventado Apajian. Era una palabra de Intermuros. Allí los *ches* se usaban poco, pero cuando se necesitaban eran “vacunas contra la chinga”. Jamie era mariconcito además de plagiario. Y de Plá, ni hablar. Pero ¿por qué tanta insistencia en ligar a Gossmann con los *ches*?

-Eres muy tortuosa, ¿qué relación tiene todo eso con la desaparición de Gossmann?

-Ay papacito. Gossmann era judío, de *loft* en el Condesa y caserón en Santa Fe, podrido en lana aunque quisiera pasar por pobre. ¿Crees que no conoció a Finkelstein? Bah! Todos los judíos se ayudan entre sí. El doctorcito diseñó sin duda la cámara de los CJ's y toda la tecnología asociada a los ciberhedonígenos.

-¿Puedes probarlo?

-Esto no es un laboratorio, es la realidad. La cámara de CJ's del Century es una variación de sus propias cámaras de investigación en campos bosónicos. Los mismísimos *che* son adaptaciones de las máquinatas que él inventó: una vez que cumplen su labor narcotizante van directito a la orina sin dejar rastro de las fechorías

que han causado. No necesito ser técnica para saber que Gossmann era un *pinche argentino*. Es más, te apuesto unas fotoceldas decentes a que el mustio era accionista del Century.

-¿Lo dices en serio?

-Claro, y si ganas te compro unas fotoceldas LG registradas, de última generación, legalitas y con permisos para 10 años; muy distintas a tus chunches de rodopsina que más parecen un cultivo de agua puerca que tecnología decente. Pero si pierdes... si pierdes me tendrías que conceder un deseo con tus contactos en Intermuros.

-No creo que me estés entendiendo, te pregunto si dices en serio lo de que Gossmann estaba en el negocio de los ciberhedonígenos.

-Eso es obvio, lo que digo en serio es la apuesta.

-Lo que consideras obvio puede ser *falso*. Y que siquiera imagines que voy a arriesgar en un jueguito pueril a mis amigos de Intermuros, es una fantasía boba.

-¿Dudas de que Gossmann fuera un *che*?

-Por supuesto.

-¿Teniendo su *loft* a pocas calles del Century? ¿habiendo fotografías que lo muestran como asiduo de las exclusivas fiestas de año nuevo del club? ¿existiendo evidencia de que la cámara del CJ del Century tiene uno de los chips originales del prototipo de campos bosónicos diseñado por Gossmann?

-Evidencias circunstanciales, no contundentes.

-¿Y sus nexos con la DEA? Peor tantito, ¿sus “asesorías” a *Hughes Aeronautics*?

Alberto puso una cara de extrañeza.

-Busca en el expediente.

Así era. Un capítulo entero describía los nexos de Gossmann con la DEA, pero lo más inquietante era su relación con *Hughes Aeronautics*. El resumen tenía palabras clave: “uso táctico de implantes intracelulares”.

-Control de la mente, Al. Los *ciberaves* son la parte ñoña del trabajo del doctorcito, allí el CJ juega con las emociones de los parroquianos, los hace alucinar en una fiestecita colectiva hecha a la medida de la depravación de cada uno de ellos. Pero esa misma tecnología tiene un evidente potencial militar. Los nanorobots de Gossmann serían capaces de controlar las percepciones del enemigo: su eficacia para cambiar todo marco de referencia sensorial a placer del atacante les convierte en armas terribles. En plena batalla el adversario podría súbitamente encontrarse en la playa tomando un Martini. O si la perversidad de los generales lo deseaba, un batallón entero podría entrar de inmediato al infierno, conocer al mismísimo Lucifer mientras una cohorte de diablos les picaba el culo con trinchas envenenados. No seas ingenuo, esa es la idea detrás de los ciberhedonígenos: el control de las percepciones. Y Gossmann hizo investigación pionera en el campo, diseñó el prototipo de los nanorobots que al fin se perfeccionaron para abrir el exitoso mercado de los *ches*. Te hablo con bases, conozco

a varios de los técnicos que le ayudaron con los chunches esos de las nanosondas. Al, te voy a ahorrar mucho trabajo ahora que visitemos el Century, ya lo verás. Gossmann no fue cualquier *checito*, Gossmann fue el arquetipo del *pinche argentino*.

-Marta, ¿debo recordarte que Gossmann era un científico privilegiado? Tenía todo lo que necesitaba ¿para qué le serviría involucrarse con un ambiente tan mediocre como el de los Ches?

-Yo que sé, eso ya lo irás descubriendo tú mismo. Ahorita te estoy echando una manota al venir a catear el Century, precisamente *hoy por la mañana*. Nadie había podido entrar jamás a hacer cateos, mucho menos en una ocasión *tan especial*. Pero la orden de la CIS es inapelable. Al, te tengo una sorpresa. Ya te había dicho que los *ches* son unos soplones natos, claro, se creían invulnerables hasta hoy pues los protegía Ugalde. Pero eso ya cambió. Ayer deben habérsela pasado bomba. Me informaron que el mismísimo Toño Plá iba a ser el CJ. No, no pongas esa cara, tú sabes bien que peces gordos como Plá tienen sus privilegios. Sí señor, el *ciberave* de anoche ha de haber sido antológico.

Mira nomás, prepárate Alcito -Marta Rosa señaló al enorme edificio *art nouveau* que ocupaba toda la cuadra formada por Tamaulipas, Nuevo León, Cadereyta y Juan Escutia-. Hemos llegado al Century y esos chiquitos no saben la que les espera.

A Alberto, el “Century” le traía recuerdos encontrados. La víspera de su primera visita, justo cuando lo inauguraron, todos en la ciudad habían padecido catástrofes próximas. Los terremotos de años atrás seguían dejando secuelas que no parecían resolverse. Y con todo, él se destacaba, pues su vida era un desastre magnífico. Apenas dos años antes, en marzo del '37, el reclusorio le había liberado. Las imputaciones originales, “conspiración y daños a los bienes culturales de la Nación”, se cambiaron por “asociación culposa”. Salía de la cárcel con un cargo menor que exigía el pago de una fianza, misma que el Ministerio de Justicia ya había tramitado, obligándole a aportar una cuota mensual muy considerable por 15 años. El diseñador de semejante sutileza legal fue Antonio Romo, flamante Ministro de Justicia y amigo de Alberto, quien por cierto, jamás había pedido su intervención. De hecho, cuando se enteró del nuevo veredicto, se negó a dejar el reclusorio. Como activista de toda la vida, pese a estar enfermo, en noviembre del '36 se enlistó en uno de los grupos de reos voluntarios que auxiliaban las labores de rescate y reconstrucción. Estaba comprometido con su actividad y la consideraba una obligación moral. Como siempre, los más pobres eran los que más padecían, no sólo por el desastre que fue el sismo en sí, sino sobre todo por su peor consecuencia: la epidemia. Pero el fallo del Ministerio de Justicia era inapelable. Luego de 5 meses como “reos en trabajo social” se vio en la calle, dado de alta al considerar que no padecía infección viral y por tanto convalecía de una enfermedad “inocua”. Un vehículo oficial le llevó a *su casa*. No lo podía creer, había recuperado *su casa*.

Desde que comenzó a participar en el MODU su condición de paria había ido consolidándose. Su vieja madre, Doña Angelita de Cruz y De la Concha, lo desheredó. El edificio de Cuicuilco, máximo logro del Ingeniero Roberto Cruz, su padre, pasaría a ser propiedad del Vaticano cuando muriera ella: aunque Alberto fuera su hijo, renegaba del propio linaje; ya nada podía pertenecerle. Aquel hecho se convirtió en motivo de orgullo: ante sus amigos era un héroe desposeído, especialmente en octubre del '35, cuando el deceso de su aristocrática progenitora consumó lo ya anunciado. Sin negar el dolor de una pérdida que lo sorprendía estando preso, Alberto se reconfortaba al saber que jamás había claudicado de sus ideas. Pero las cosas cambiaron cuando los terremotos.

Antonio Romo no cejaba en sus intentos por ayudar a Alberto, pese a los desaires y a su talante de mártir. Fue entonces cuando el temblor del '36 abrió la puerta legal que le permitiría lograr dos propósitos: apoyar al amigo necio y sentar precedentes para facilitar las labores de reconstrucción de la ciudad. Ante la catástrofe por la que pasaba el D.F., el Ministro de Justicia revivió la vieja legislación que prohibía heredar a extranjeros. En el proceso de reestructurar una ciudad que había quedado en ruinas, el caso de Alberto abrió la serie de juicios que permitieron recuperar para el Estado numerosas propiedades que, de manera turbia, “pertenecían” al Vaticano y otras organizaciones foráneas. Hubo negociaciones por cierto, pero el Estado ganó propiedades y dinero en un momento muy crítico. Preparando a la opinión pública, los medios destacaron “el temperamento de un hombre como el Ingeniero Roberto Cruz, precursor de técnicas que habrían salvado vidas”. Se decía con insistencia que el Ingeniero Cruz había sido el alumno predilecto del más famoso

urbanista mexicano, Don Pedro Sanchez del Río y Álvarez Amezcuca, “visionario diseñador de un proyecto menospreciado en México, aunque muy estimado en todo el mundo, que de haber sido aprobado antes en nuestro país, hubiese salvado innumerables vidas, y que hoy mismo podría guiar el esfuerzo de reconstrucción de la ciudad: Intermuros”. El ingenio de Don Roberto se ponderaba no sólo para apoyar la legislación expropiatoria, sino también para impulsar la aprobación de Intermuros.

Alberto Cruz, hijo del sabio, heredero legítimo, fue fotografiado frente al heroico edificio que, en medio de los escombros, se mantuvo sin una sola grieta ante la furia tectónica: el blindaje de anillos de concreto en torno a la cimentación había cumplido bien su propósito. Cruz no se negó lo más mínimo a la fotografía, estaba cansado de negarse a todo, además se sentía enfermo, triste. Nadie hizo referencia a su reciente liberación ni mucho menos a la causa de su encarcelamiento, tampoco se mencionó ni una palabra sobre los nexos que el hijo de Sánchez del Río, Eduardo, tuvo con el MODU.

Al mismo tiempo que el rostro de Alberto ganaba una fama efímera e inesperada, el ex-activista se estrenaba como policía judicial “ilustrado”. De paria orgulloso regresaba a su vieja y odiada condición de clasemediero. Tenía un departamento propio y una renta segura que sufragaría sin problemas la notable deuda de su fianza. Las cosas no le gustaban, pero el ánimo taciturno y su mala salud le impedían encender aquel fuego que algún día le ardiera en el alma. En septiembre del 2037, a pocos meses de su liberación, se inició el infructuoso proceso de adaptarse al cargo de policía judicial. Tenía el físico apropiado y su mal carácter lo hacía temible, pero ¿él de policía? El 2038, entre una salud que no lo dejaba en paz y un trabajo que

detestaba, Alberto decidió renunciar. Con el excedente de las rentas viviría, muy a penas, pero cualquier cosa le parecía mejor. Fue entonces cuando apareció la Jefa Grajales, ofreciéndole dejar el puesto de policía judicial para integrarse a su equipo de “investigadores especializados” en la Jefatura de Seguridad de lo que después sería el Sector Coyacán, en ese entonces aún parte del viejo sistema de Delegaciones. La nueva rutina le sentó bien y pese a su salud frágil, era casi feliz: no tenía que interrogar ni usar la fuerza muy a menudo y si lo hacía, siempre era con mequetrefes acomodados, ladronzuelos de poca monta o gente que ignoraba los principios de solidaridad con los que él simpatizaba. Cumplía puntual sus 8 horas en la oficina y el resto del día lo usaba a su antojo. Era un hecho que ese ritmo de vida le aburriría tarde o temprano, pero por lo pronto no estaba tan mal.

El 2039 fue un año de cambios para todos en el D.F. La campaña mediática iniciada por los ministerios de Justicia y de Desarrollo Urbano dio frutos: se inauguraba Intermuros con el apoyo entusiasta de todos los ciudadanos. La gente volvía a creer en que el futuro podría llegar a ser mejor y se imaginaba liberada. Aunque era evidente que la salida de los *marines* del país no implicaba que el flamante gobierno se hubiese escapado de la intervención yanqui, el ambiente daba cierta ilusión de independencia: un nuevo cuerpo policiaco totalmente nacional comenzaría a actuar, primero en el D.F. y luego en el resto de la República. El último día de diciembre, otro gran debut simbolizaría el inicio de una “Nueva Época de Urbanismo”, como había dicho el presidente Martín Ugalde: recién electo y supuesto adalid de la democracia.

Antonio, con el pretexto de celebrar la instauración del renovado sistema

policíaco del D.F., invitó a Alberto a la gran fiesta de Año Nuevo en el “Máximo *Night Club* de toda América”, el Century. Aprovechando el predio que quedó luego de la demolición del Auditorio Plaza Condesa, se construyó un gran edificio *art nouveau* que ocuparía una cuadra entera, con su gran reja a la Gaudí sobre la calle Juan Escutia. Situado en el corazón del Sector Condesa, en el llamado “*Corredor Nice*” que abarcaba también los magníficos Sectores San Ángel y Coyoacán, el original *Night Club* recrearía lo mejor del mundo del entretenimiento al estilo de cien años atrás. A tal grado gustó la idea que el Parque España, al que miraba su fachada, fue rebautizado “Centenario”, como acentuando el hecho de que en aquel rincón del Condesa, el tiempo había marchado hacia atrás. Cada año nuevo sería celebrado desde entonces en el Century por lo más selecto de la sociedad, con réplicas exactas de la ambientación de los años '40 del siglo XX. La decoración, la música, la comida, *todo*, al estilo del siglo anterior; incluso las actividades ilegales –que se celebraban por supuesto en el sótano-, claro que éstas, con un toque de modernidad bastante perverso. Aquella celebración fue el colmo para el ánimo de Cruz. La frivolidad, el cinismo y la *falsedad* de un ambiente que le pareció del todo artificial le asquearon. No esperó mucho para irse. Jamás vio el Show, aunque de reojo, pudo notar que entre las mesas Charlie Chaplin y Dolores del Río saludaban a los comensales. Era demasiado.

A un mes de su visita al Century Alberto enfermó gravemente. La fragilidad de su salud se debía a una hepatitis mal tratada en prisión. Ésta le dejó secuelas que estuvieron a punto de costarle la vida; aunque, pensaba a veces, la misma enfermedad se la salvó. El mes de enero del '40, confinado a una sala de terapia intensiva, esperó un trasplante. Maltrecho y febril apenas se daba cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

En febrero, las gestiones de Antonio Romo permitieron que un nuevo hígado desarrollado con su propio ADN estuviera disponible. Romo estuvo en el hospital mientras lo operaban, al otro día renunció a su cargo y en pocos meses salió rumbo a España, en un exilio que duraría muchísimos años. Hasta tiempo después, Alberto sabría que mientras deliraba, un caos nunca visto en Tepito, para entonces incorporado por completo a Intermuros, desataba la peor ola de violencia en toda la historia de la ciudad. Luego vino la masacre en nombre de “la seguridad nacional”, pero él permanecía grave e inconsciente. Su restablecimiento fue lentísimo, hubo complicaciones, y lo dieron de alta hasta la primavera del '41. Era seguro que de haber estado consciente, se habría involucrado hasta las últimas consecuencias en los movimientos de protesta que despiadadamente reprimió el gobierno de Ugalde. Al decretar “Estado de excepción, dadas las condiciones de ingobernabilidad que sufre la capital del país” Ugalde se autoproclamó “Presidente Vitalicio de la República” y los opositores tuvieron que aceptarlo o sufrir las consecuencias. Antonio Romo, anticipándose a represalias por su negativa a legitimar la dictadura, salió del país. Pero muchos murieron, tantos que hay quien dice que Ugalde sería el más atroz asesino en masa de toda la historia humana. Alberto habría sido un número más para sumar a su cuenta.

El caso es que para cuando estuvo del todo sano, el DF ya era otro, el país entero había cambiado y bueno, la gente, la gente estaba conforme pues, decían, “al fin vivimos en paz”. Era significativo que las grandes corporaciones vieran en México un modelo a seguir, “un valiente país que se ha atrevido a encarar los retos del *Planet Management*”, decían. Pero los sectores críticos de la sociedad veían en Ugalde a un

tirano sanguinario. Alberto no intentó siquiera reconstruir lo sucedido; su cuerpo gozaba un bienestar que poco antes había creído imposible, de modo que hizo un esfuerzo para que su mente disfrutara la fresca salud que ya tenía. Pero fue inútil. Con todo un consuelo le quedaba, algo que le permitía olvidar un poco el pasado, salir casi de la depresión: sus incursiones a Intermuros. Allí conoció a Silvia, bailarina de “El Foco al Aire”. Su amante, su amiga, la única. Ella solía invitarlo a dormir y entonces, en ese minúsculo departamento, en aquella cama pequeña, estaba a sus anchas. Silvia le hacía soportable la vida, otorgando el sustituto casi perfecto del hogar perdido: su amor.

VI

El biplaza andando por Avenida Tamaulipas, viró en Juan Escutia para quedar frente a la reja estilo Gaudí con las enormes “C” enmarcadas en frondas y zarcillos de hierro. Inmediatamente, un microbus de conducción autónoma de la policía federal torció desde Avenida Nuevo León, entrando en sentido contrario y a gran velocidad por la misma Juan Escutia. Con un rechinado de llantas se estacionó al lado de la Jefa Grajales y Alberto Cruz.

-¿Cómo ves Alcito? Vengo bien preparada.

Alberto no dijo nada, bajó del auto. Eso de “Alcito” era nuevo, ya se lo había dicho varias veces en la última hora y supuso que significaba algo así como “ya somos colegas”. Ni modo, era cierto. Con la Jefa y un par de gorilas de la federal entraron a los jardines del Century. Les abrió el encargado, que sin duda conocía a Grajales.

-¡Martita, qué milagro! ¿qué le trae tan de madrugada?

-Nene, ya te darás cuenta de que ésta no es una visita de cortesía.

-Martita, esta es su casa, ya sabe. Pasen por favor. Mmm, caballeros -dijo mientras miraba los pertrechos de los agentes- no es política de nuestro club permitir que los clientes porten armas.

El gorila más próximo desenfundó su pistola con parsimonia, la miró un

momento y luego volteó hacia Grajales. Ella le sonrió e hizo un movimiento levísimo con la barbilla. Acto seguido el gorila cortó cartucho y puso el cañón en la frente del encargado. Marta fingió sorpresa y luego dijo en tono divertido.

-Nene, mira nomás lo que haz hecho. El oficial Ramírez tiene un genio de los demonios, está muy apegado a su Magnum 44, una antigüedad que no deja ni para dormir. Verás, de chiquito sus papis eran muy pobres y no tenían para comprarle osito de peluche. Por eso su pá le prestaba la Magnum, con ella se arrullaba ¿no te parece tierno? Es un recuerdo de familia del que no puede desprenderse. No querrás que Ramírez vaya a hacer un berrinchito ¿verdad?

Ramírez se rió con un tono muy grave, agitando su corpachón con aquellos estertores. A Alberto la historia de Marta Rosa le pareció ridícula y bastante pueril, pero el encargado la celebró como gran chiste y acabó carcajéandose.

-Oficial Ramírez -dijo él riéndose todavía, confiando en que la situación era controlable- lo último que yo quisiera sería arruinar sus gustos. Pase por favor. Pasen, pasen sin problemas. Disculparán el desorden pero estamos en plena limpieza. Si gustan les podemos traer la carta, faltaba más. ¿Puedo sugerirles algo?

-No nene, no sugieras nada. Ni somos clientes ni tenemos mucho tiempo. Mira, aquí el Jefe Cruz está a cargo, él tiene un genio peor que el de Ramírez y la verdad el Century no es de su agrado. A lo que viene es a revisar los sótanos, así que ahora mismo nos llevas allí.

Mientras hablaba, Marta Rosa se oprimió levemente la garganta. Como la mayoría de ciudadanos, Marta tenía un implante de comunicación que se activaba con ese gesto. Los policías del minibús ya habrían escuchado lo dicho por la Jefa, así que era cuestión de segundos que se hicieran presentes.

-Pero Martita, ¡eso es imposible! No pueden entrar a los sótanos.

-¿No?

Los policías ya estaban en el recibidor, con las armas listas y esperando la orden de entrar. El encargado seguía suplicando.

-Martita, por favor, eso sí que no puede ser. Te advierto que ahora menos que nunca pueden entrar. Créeme, no te conviene.

-Tú no me vas a decir qué me conviene o no, basurita. ¡Y no me tutees! -Marta, haciendo uso de su corpulencia, le dió un empujón tal que el pobre fue a parar al suelo, desde donde seguía implorando.

-¡Jefa Grajales! Se lo digo como amigo, no sabe quiénes están ahorita.

-¡Claro que lo sé pendejito! ¿por qué crees que traigo esta orden de cateo?

La jefa le aventó el oficio y simultáneamente, todos se dirigieron hacia los famosos sótanos del Century. El encargado, casi arrastrándose los siguió, al fin logró incorporarse, pero un par de gorilas lo tomaron de ambos brazos y levantándolo en vilo

se lo llevaron. La comitiva escuchaba a lo lejos sus súplicas. Mientras tanto, el resto de empleados, amedrentado por las armas enhiestas del grupo, sólo se hacía a un lado. La jefa conocía muy bien el lugar, los guió abriendo puertas y avanzando sin titubeos por aquel laberinto. Al fin llegaron a un corredor que terminaba en un gran portón de hierro, custodiado por varios guardias armados que al ver al pelotón aproximándose dudaron entre sacar sus armas o de plano, ceder el paso. La jefa gritó fuerte y sin asomo de duda.

-¡Abran de inmediato! Tenemos orden de cateo y todo el club está rodeado, no opongan resistencia, la cosa no es con ustedes.

-¿Marta Rosa Grajales? -dijo uno de los guardias; la jefa adelantó el rostro y frunció el seño como intentando reconocerle.

-¡Ángel de la Mora!! Qué haces por acá Gordo. Bonito lugar para encontrarnos, ya platicaremos luego, ahora dile nomás a tus achichincles que no la hagan cardíaca. Vamos a entrar.

-Marta, es que allí hay...

-Sí, sí, ya lo sé. Está Toñito Plá y selecta compañía.

-¿Lo sabes?

-¡Claro! ¿A poco crees que yo vendría en persona a hacer un *simple* arresto? Traigo órdenes directas de la CIS.

La jefa le pasó su libreta electrónica, al reconocer el ADN del vigilante, desplegó en pantalla el código de la CIS y la orden de cateo. El amigo de Marta Rosa

se puso pálido. Hizo una seña a sus subalternos murmurando: “esto ya se chingó”. Oprimió un botón al tiempo que se tocaba la garganta diciendo “Van a entrar agentes de la CIS. Es en serio, de la Internacional de Seguridad. No opongan resistencia, traen orden de cateo”.

-Marta -le dijo- a nosotros nomás nos contrataron, es la primera vez que venimos a trabajar aquí.

-No te apures Morita. Nomás que tú y los tuyos se me quedan aquí plantados, bien quietecitos mientras hacemos la inspección y detenemos a esos pilluelos. No va a pasar nada, esto es confidencial. Gordo, óyeme bien, toma mucho en cuenta lo de *confidencial* ¿eh?

La puerta de acero se abrió. Alberto, que jamás había entrado a los sótanos, sintió cierta curiosidad ¿cómo sería la cámara del CJ? Le habían contado que no se distinguía de la que diseñara Gossmann, con otros propósitos, a finales de los '20. Y luego, ¿cómo sería el salón del *ciberave*? Se lo imaginaba vulgar, con cortinas rojas, alfombras violeta y muebles tapizados como cebra. Pronto se aclararía el secreto, los guardias, dóciles y cooperativos les llevaron hasta el último acceso. Era un portón de dos hojas, de color rojo, con un par de ventanas circulares enmarcadas por un bisel de latón.

-Jefa -le dijo el que parecía dirigir a esos guardias, hablando en susurros-, llevan ahí más de 6 horas. Me dijeron que no los interrumpiera, que los ruidos pueden ser

riesgosos.

-Qué riesgosos ni que nada. Ahora sí que me salieron más putitos de lo que creí. ¡A ver, Domínguez! Abran ese portón con estilo, ¡dénle un pinche patín como si tuvieran huevos!

Grajales era muy querida en la Dirección de Seguridad por su afición a desplantes como aquel. Los gorilas la veían como una madre: regañona pero cariñosa; enojona pero divertida. Igual que niños obedientes, se pusieron las armas al hombro y de dos patadas destrozaron las hojas de la puerta. Eran de un triplay delgado, casi de utilería. Ante sus ojos, un galerón enorme, parecido a una bodega, se extendía en una longitud no menor a unos veinte o treinta metros. El ancho del recinto era más o menos de iguales dimensiones, todo iluminado por lámparas industriales que emitían una luz azul muy tenue. En hileras rectas se veía la sombra de algún mobiliario impreciso. A la izquierda, una especie de oficinita de grandes ventanales exhibía algún tipo de artefactos electrónicos. En general, los míticos Sótanos del Century parecían las instalaciones de una fábrica, feas y sin chiste. En la oficinita se distinguían los paneles destelleantes de cierta máquina que a Alberto le recordó, de inmediato, a los procesadores de Campos Bosónicos de Gossmann. El silencio total lograba que el lugar desprendiera un hálito tenebroso. Aquello era muy distinto a lo que había imaginado. Grajales, ajena a ese tipo de reflexiones, hacía señas a su comando.

-Domínguez, abre allí donde está el CJ -dijo señalando a la oficina de los aparatos electrónicos-. Y tú Ramírez, con tu gente veme despertando a los cabroncitos que están

allá, en sus divanes. Ya veremos quienes son. ¡Ah!, y no nos molesten, Alcito y yo vamos a entrar a platicar con Toñito Plá a su “oficina”. Se me hace que acá mi amigo no le va a tener mucha paciencia, le cagan sus esculturas ¿No es cierto mi Al?

Grajales tenía todo planeado: “conversarían” con Plá. Sabía lo mucho que Alberto le despreciaba, así que éste se fue preparando, era un hecho que tendrían que interrogarlo y la Jefa confiaba en su rudeza. Alberto, para darse ánimos, pensó en la pederastia del escultor, en su prepotencia, en todo aquello que le permitiría golpearle sin remordimientos. Apenas entraron y Alberto reconoció lo que le habían dicho: al centro de la habitación, de no más de 6 por 6, estaba el tubo inconfundible del inductor-transmisor de campos bosónicos. Ésa debía ser la “cámara del CJ”. El artefacto, parecido a un arcaico aparato de tomografías, alojaba en su interior a Toño Plá. A los lados estaban las computadoras encargadas de inducir la decoherencia compartida de superposiciones probabilísticas cuánticas, responsables de dar sentido a las alucinaciones que debían estar disfrutando los parroquianos. Sin embargo, algo raro mostraban los paneles de monitoreo. Alberto se acercó y se sorprendió ante lo que estaba viendo.

-Marta Rosa -dijo pensativo- estas computadoras se desactivaron poco más de media hora atrás. El *ciberave* terminó hace buen rato.

-¿Qué dices? ¿Y la cámara del CJ sigue activa?

-No. Pero parece que sí hay alguien dentro. Los seguros siguen puestos.

-¿Sabes manejar estos chunches? -le dijo a Alberto y luego, sin pausa, se puso a un

lado del tubo del CJ gritando- ¡Ey, Toño! ¿Nos oyes? Ya se te acabó el jueguito, sal de ahí huevón, o te sacamos.

No hubo respuesta. Marta Rosa mumuró “maricón”, ordenándole a Alberto que activara la secuencia para abrir la cámara. Cruz tardó un poco en reconocer los controles, hacía más de 10 años que no estaba ante un inductor de campos bosónicos y además, aquel artefacto era más complejo pues también servía para controlar a las nanosondas de los que participaban en el *ciberave*.

-Me voy a tardar un poco Marta.

-Tómate tu tiempo -dijo calmada, luego, dirigiéndose al tubo del CJ gritó- ¡Te vamos a sacar Toñito! Ya conocerás al agente Cruz. Se me hace que luego de la charla que tengan, vas a extrañar de veras tu celda en el reclusorio.

-Creo que ya le entendí. A ver Marta, házte a un lado, me parece que la plancha donde está Plá se va a deslizar hacia tí.

En efecto, la cámara del CJ ronroneó suavemente y en el extremo donde estaba Marta Rosa fue deslizándose el diván donde Plá recién había realizado sus manipulaciones emocionales. Apareció el extremo donde esperaban ver los pies del escultor ¿estaría desnudo? Alberto recordaba que en los experimentos de los años '30, las inducciones exigían que el sujeto se desnudara. Iba a ser desagradable ver el cuerpo viejo y perverso de Antonio Plá, sobre todo porque su anatomía odiosa y corrompida era la primera atrocidad con la que atormentaba a los pobres niños que le servían como

simples objetos de placer. Alberto ya iba sintiendo cómo le hervía la sangre. Estaba listo para interrogar a ese miserable. Unos toquidos insistentes en la puerta los distrajeron por un momento del lento deslizarse de la plancha del CJ. La jefa reaccionó con violencia.

-¿Qué no entienden animales? ¡Les ordené que no molestaran! ¡Vamos a interrogar a este maricón, así que largo!

Los toquidos cesaron, pero los policías permanecieron allí, con una mirada extraña que intrigó a Alberto. Ramírez le hacía gestos urgentes, señalando hacia el gran salón. Cruz estaba por acercarse a la puerta para entender por qué tanto alboroto, cuando Grajales, en voz muy alta dijo algo.

-¡Qué chingados es ésto! Alberto, abre la puerta, que vengan Domínguez y los otros, las cosas están mucho más cabronas de lo que imaginé.

Cruz volteó hacia la plancha totalmente desplegada donde se suponía debía estar el escultor. En su lugar apenas si eran distinguibles un par de bultos imprecisos. Marta Rosa no dejaba de decir “qué pinches perversos” y Alberto, cuando al fin pudo definir lo que era aquello quedó impresionado. El bulto más grande estaba en la parte superior de la plancha. Era *un fragmento* de Antonio Plá: la cabeza intacta, parte del tronco y el brazo derecho entero. Alguien había cortado el cuerpo transversalmente, con una precisión absoluta, impecable. El otro bulto era un pedazo de pierna,

seccionado de manera idéntica.

-Es como si lo hubiera cercenado una navaja descomunal -dijo Marta.

-Más bien es como el corte de un microtomo gigantesco -dijo Alberto.

-Fíjate Al, no hay ni una gota de sangre. Fuera cual fuera el arma que usaron, cauterizó las heridas. ¿Habrán sellado las arterias?

-No lo creo Marta. El rostro está pálido, la piel es como de cera. No parece que este despojo tenga una sola gota de sangre.

Alberto miró más de cerca. Los huesos, al igual que la piel y los músculos, no estaban desgarrados. El tronco mostraba los órganos internos impecablemente seccionados. Los bordes de cada corte eran muy lisos. Alberto podía apostar que el análisis microscópico haría evidente un trabajo de precisión milimétrica, hasta imaginó que las mismísimas células habrían sido partidas a la mitad, mostrando los organelos intactos, embebidos en un citoplasma pasmosamente coagulado.

-¿Sabes a qué me recuerda esto? Hace años fui a una exposición muy rara -explicó Grajales- en el Museo de Arte Moderno. Eran cuerpos humanos conservados con soluciones plásticas. Algunos estaban seccionados y mostraban la estructura interna del corazón, o de los pulmones. Mira nomás esto: se ven las traqueolas de Plá sin ningún problema. Estos cortes los tuvo que hacer un muy buen cirujano.

-No Marta. Ningún cirujano podría hacer esto. Las preparaciones que viste en el museo fueron posibles porque los cuerpos ya habían sido perfundidos, quiero decir que los

tejidos ya no eran orgánicos, sustituyeron sus moléculas por materiales sintéticos susceptibles de ser seccionados con láser. Lo que tenemos aquí es único. Estos *son tejidos orgánicos*.

-¿Cómo estás tan seguro? Qué tal que estos perversos montaron una exposición con maniquís. ¡Claro! Pinche Plá ¡Nos ha engañado!

-No, no Marta. ¿Acaso no hueles? Es el olor inconfundible de la carne fresca. Parece como si aquí hubiera habido, hace unos minutos, el ritual de un carnicero Kosher.

-¿Qué has dicho? ¡Kosher, claro, eso es! Finkelstein y Gossman hacen rituales Kosher con humanos: por eso Plá no está completo ¡se lo comieron! Ese doctorcito me salió peor de lo que creí.

-Marta, pero qué dices. No hay nada que inculpe a nadie. Sólo tenemos el cuerpo del delito, no sabemos ni el móvil ni los instrumentos con los que fue ejecutado. Yo solo usaba una metáfora.

-Jefa, perdonen -Ramírez, que había esperado pacientemente a la puerta del cuartito, los interrumpió con timidez-. Es que acá también hay cuerpos mutilados. En un diván está la cabeza del general Leyva.

Se dirigieron al salón. Entre los divanes, fragmentos de torsos, manos, cabezas, aparecían aquí y allá, todos con el mismo método de corte impecable, todos sin una sola gota de sangre. Y sí, la cabeza del Ministro de Defensa era uno de tantos despojos. Estaban ante un asesinato masivo, misterioso y gravísimo. ¿La masacre tendría alguna relación con el caso Gossman? Aunque la jefa Grajales así lo creyera, Alberto, presa de otra intuición gratuita, estaba seguro que no; al menos de manera directa. Como

fuera, muy pronto se percatarían que la investigación iba a quedar lejos de la competencia de cualquiera de los dos. No habrían pasado ni cinco minutos luego del tético descubrimiento, cuando personal del Ministerio de Defensa entraba al Century. Desarmó a los policías, incluyendo a la jefa Grajales y a Alberto Cruz. Las protestas de la primera fueron inútiles. Estaba enfurecida, el encargado de ese *antro* la había delatado con el Ministerio ¿quién si no? Pero eso no podía quedarse así: ella seguía órdenes *directas* de la CIS. Con voz autoritaria les advirtió “¡todos ustedes responderán por esto ante una corte internacional!”. El militar a cargo, un general de alto rango, le dijo a Marta Rosa. “Jefa, la CIS será muy importante en el mundo, pero aquí todavía seguimos en México. La misión del ejército es proteger la soberanía de la Nación. Por encima de cualquier organización internacional está la autonomía de los países, hace mucho que de aquí sacamos a los *marines*. Señora, ¿no querrá usted traicionar a la patria verdad?”.

Muy a su pesar Marta Rosa guardó silencio. Por su parte, Alberto se alegró de quedar al margen de hechos tan macabros. Sin embargo en su mente persistía la duda ¿tendrían alguna relación con el caso Gossmann?

Segunda Parte

Hay universos semejantes. Si la bifurcación ha sido próxima, éstos pueden ser tan parecidos como para diferir tan sólo en la disposición de un único árbol o en la forma de cierta nube. Pero en bifurcaciones distantes los universos pueden variar a tal punto que las leyes físicas sean distintas o incluso ni siquiera existan. (“Teoría Holográfica: percepción y mundo”. Isaac Gossmann, Universidad Nacional de México, 2030)

Los trabajos de Gossmann sobre el citoesqueleto explican con claridad el modo en que actúan los campos bosónicos en los organismos multicelulares. En conjunto, el citoesqueleto de todas las células del cuerpo forma una red que se extiende en dimensiones superiores a la propia de nuestra percepción cotidiana. Uno de sus nodos más importantes es capaz de concentrar la energía vital en ese plano multidimensional y coincide en tres dimensiones con el páncreas. (“El vuelo del espíritu”. César Arana, Nous House. 2040).

Se ha demostrado que los patrones de interferencia decodificados por redes neuronales, tienen una huella compartida que se determina, a su vez, por los patrones de socialización de cada cultura. (Idem.)

Marta Rosa estaba al borde de un colapso de ira. Los *ches*, ni duda cabe, eran unos soplones sin dignidad. Del mismo modo que le pasaron la información para hallar *in fraganti* a Plá y sus contactos en el gobierno, la delataron ante los militares. “Canallas”, pensó, “me dijeron que había peces gordos, pero jamás que uno de ellos era el Ministro de Defensa”. Los *ches* tenían que saber lo del general Leyva, es más, seguro que ellos proyectaron o de plano cometieron la masacre, pensó. Era indispensable que hablara con el secretario particular de Ugalde, Lucho Cevallos. Pero los imbéciles de la Policía Militar echaban a perder cualquier propósito razonable, por lo pronto ya habían boicoteado sus intentos de comunicación con la Secretaría de Gobierno. Qué días, primero la CIS y luego el Ministerio de Defensa: todos se confabulaban para remacharle que no era autónoma.

Ella seguía rumiando su enojo mientras el biplaza circulaba a la máxima velocidad posible por la rúa Insurgentes, traía la torreta encendida y la sirena aullaba advirtiendo a cualquier transeúnte que evitara cruzar la calle. Grajales había ordenado a su automóvil que la llevara en calidad prioritaria hasta su casa en el Sector Santa Fe. Estaba harta, tenía hambre y mucho, muchísimo coraje. Necesitaba con urgencia un whisky. Quitó la torreta, bajó la velocidad y al llegar al cruce con la rúa Baja California, se detuvo en Le Vin. Compró un *Edradour 10 años*, un vaso *Riedel Sommelier* y subió a su auto. Otra vez dio el comando de calidad prioritaria y mientras se servía un trago habló a su casa, con la cocinera. Le dijo que tuviera listo alguno de sus platos favoritos, debía ir abriendo desde ya el *Château Neuf du Pape* y ay de ella si

no le preparaba el postre de trufas con la cocoa que le trajeron de Suiza, amén del indispensable Orujo como digestivo. Luego llamó a su oficina. Con peores modos de los que acostumbraba, ordenó al pobre que contestó que buscara de inmediato a Salvador Contreras y a Bruno Almaraz; debían estar en su casa de Santa Fe a más tardar en dos horas. Se sirvió otro whisky y comenzó a sentirse bien. Dar órdenes y beber un poco eran la mejor medicina para los nervios que conocía.

El auto pasó sin problemas la frontera de Intermuros en el antiguo viaducto Piedad. Esa avenida sólo podía ser usada por vehículos oficiales así que siempre estaba despejada. Relevó la orden de calidad prioritaria a sabiendas de que aún a baja velocidad, llegaría a casa en no más de quince minutos. Al subir a una de las vialidades de Segundo Piso contempló la ciudad, vio los lejanos volcanes y con la mente más clara comenzó a fraguar un plan. Lo primero era tener un enlace directo con Alberto Cruz, para eso iba a mandarle a Chava y a Bruno. Esos muchachitos eran hijos de buenos amigos. Los Almaraz vivían en Santa Fe, eran sus vecinos. José Alfredo Contreras era viudo y había sido su compañero en el Liceo; siempre había estado enamorado de ella. Ese recuerdo la hizo sonreír. Conocía a aquellos chamacos desde que nacieron; hasta habían ido a la escuela con su Hermilito. “Qué cabroncito me salió, lo huevón es herencia del padre y como mi difunto Hermilo me tiene bien tomada la medida” reflexionó Marta, a sabiendas de que sólo a su hijo podía perdonarle todo: que viviera tan lejos, que sólo le hablara para pedir dinero y que la avergonzara con su comportamiento. Pero eso no iba a pasar con los chavos que vería después de comer. Con el pretexto de ayudarlos a conseguir un puesto en los laboratorios de la Federal de Seguridad, los usaría para que espieran los movimientos de Alberto Cruz.

Dados los numerosos obstáculos sufridos por Marta Rosa aquel día, la verdad es que se daba sus mañas. La orden que recibiera de la CIS le exigía “facilitar personal calificado al Inspector Cruz”. Eso hacía ni más ni menos. En cuanto llegaran, les ordenaría que esperaran a Alcito en su departamento de Cuicuilco. Tendrían que aguardar el tiempo que fuese necesario; les daría un Expediente con órdenes explícitas autorizadas por la CIS.

Lo segundo era resolver el problema de su enlace con Ceballos. Pero bueno, eso podría esperar un poco. Ya estaba llegando a su casa y lo que más deseaba era comer acompañada por una buena botella de vino. Después de todo tanto la Jefa Grajales como Alberto Cruz seguían sin chistar las demandas de sus entrañas.

**

Ni Marta Rosa Grajales ni Fanny Loof sabían lo cerca que vivían la una de la otra. La *Vinculante* había rentado un mes atrás la casa de la calle Bernardo Quintana, en Santa Fe, con la intención de hacer una vida nueva, alejada de cualquier relación pasada con Arana. Aunque en verdad, alquilaba aquel sitio por su gran jardín y la vista a la cañada. Ese espacio le recordaba mucho a Aretta; a la casa que compartieran poco después de la desaparición de Gossmann. Pero Aretta, como el propio Gossmann, como César, se había ido. Fanny estaba sola y no le quedaba más que ver en los viejos árboles, una sombra de la felicidad compartida con aquella mujer.

“¿Acaso tiene sentido *la felicidad* para una *Vinculante*?” Años atrás, Mariel le había hecho aquella pregunta, y en una actitud típica, Carla Gotti respondió, pues su

condición de *Vinculante Horizontal* le permitía hallar el momento justo para todo aquello que transcurriese *en* el tiempo: “La felicidad es propia de la sintaxis de *éste nodo* en el que permanecemos; para nosotras la felicidad no tiene sentido, pero para Fanny es *el único sentido*”.

Cierto. Ella estaba unida, era parte, se adhería sin remedio a *éste nodo*. Y la belleza de Aretta -como antes la inteligencia de La Licha- poseía esa estructura *vinculante* que resumía, en patrones sensoriales, todo el orden posible de este mundo. Porque si algo caracteriza *este mundo* es la bizarra coexistencia del caos y el orden, pero es *éste último*, el único capaz de ser entendido, de ser amado y por tanto, de querer ser poseído.

Eso. Para Fanny no existían diferencias entre el amor y la posesión. Consecuentemente, la inteligencia de La Licha, al oponerse a la posesión, le obligó a usar toda su fuerza con tal de someter, de incluir dentro de sí, aquella mente clara. Fue terrible y triste. La Licha no soportó el embate de tanto poder; murió. Y a Fanny no le quedó más que apropiarse de su energía; en *este mundo* rescató del caos al órgano que, *en el mundo de mundos*, acumulaba la fuerza de la vida. “¿Será igual con Aretta?” Se preguntó más de una vez antes de intentar siquiera aproximársele. Las advertencias de César la contuvieron, “su unión con Isaac es definitiva, sólo que él salga de *este nodo* ella quedará libre”. Pero ¿cómo salir del mundo? Únicamente Mariel sabía hacerlo, y eso le había costado la cordura. Centenares de chamanes, al intentar salir del mundo, al querer trasladarse de un nodo a otro, habían muerto sin remedio. César insistía una y otra vez: “La 'Calzada de los Muertos' en Teotihuacan es un recordatorio del precio que se paga cuando, pese a la Eutacticidad, pese a la *Intensión*, no se tiene éxito en la

aventura de saltar a otro nodo”.

Años más tarde, sin César ni Aretta a su lado, había decidido permanecer *para siempre* en éste nodo. “El mundo, como la telaraña, nos envuelve en un capullo imposible de abrir”, fueron las palabras finales de Fanny Loof ante sus alumnos en el último taller de Eutacticidad, dos meses después de la desaparición de César Arana. Para entonces, su resolución de iniciar otra vida estaba en marcha.

Varias cosas habrían de pasar sin embargo antes de que lograra alejarse en definitiva del círculo aranesco; antes de abandonar su condición de *Vinculante*, antes de intentar convertirse en una mortal común, corriente, invisible. Pero aquel verano del 2048, cuando todas esas cosas *ya habían sucedido*, integrada por completo al nodo compartido por todos, Fanny alquiló la casa de Bernardo Quintana haciéndose vecina, sin saberlo, de Marta Rosa Grajales, otra mujer más, enredada al capullo hermético de este pobre mundo.

II

Bruno estaba indeciso ¿despertaría a su amigo? Un transporte de la Federal de Seguridad pasaría por ellos en menos de media hora. Salvador llevaba poco tiempo durmiendo pero era necesario despertarlo. Tantos escrúpulos ante ese acto trivial se debían a la larguísima confesión que acababa de hacerle. Entre otras cosas, llevaba casi tres días sin pegar ojo. Se la había pasado viajando desde Los Ángeles, desilusionado de su aventura esotérica con el grupo de César Arana; aventura que le costó casi cuatro años de vida. Los cambios en Chava eran radicales. Ahora estaba convencido de que la “Eutacticidad”, las “Jornadas Óticas”, la “Intensionalidad” y demás faramallas, no eran sino “anzuelos misticoides, trampas para tontos”. Incluso, Chava comparó a César Arana con el conocido charlatán Rory Long, autoproclamado “pastor” de una iglesia que no era más que negocio para explotar incautos. Justo así se podía calificar al “Centro de Eutacticidad” en el que había perdido su tiempo.

Como pasaba con la mayoría, la seducción de Arana y “Las Vinculantes” acabaron debilitando su voluntad, haciéndole creer “único”. Pero su historia, en cada detalle, era *idéntica* a la de muchos otros: la sorpresa de que César fuera a la vez un místico y un físico social, el deslumbramiento ante sus textos, la creencia de que cada capricho de las “Vinculantes” obedecía a propósitos elevados. Y luego, cuando los despliegues egolátricos del grupo eran innegables, la convicción en que detrás de ellos se ocultaba alguna “enseñanza”. Al principio se tragó el cuento de que Arana, en el '45, no habría muerto sino “cambiado de mundo”. Luego que en el '46, *Las Vinculantes* no se habrían suicidado, sino que “abandonaron su arreglo material”. Así de ingenuo y

estúpido trabajó de gratis, aún después de la muerte del gurú, engordando el bolsillo de los administradores de *InnerSpace*, la empresa fundada por Arana para administrar los Centros de Eutacticidad en todo el mundo. Estaba arrepentido, sobre todo porque esa aventura lo había excluido por completo del posdoc; se sentía como un paria, unapestado al que jamás perdonaría el riguroso mundo de la academia.

Bruno por su parte tenía que hacer otras confesiones a Chava, pero no había logrado ni el tiempo ni los ánimos. Por ejemplo, debía revelarle su debilidad por los prostíbulos de Intermuros, pero sobre todo el efecto que tal vicio le había provocado. Sus incursiones tan frecuentes a ese mundo marginal y las resacas que le dejaban, hicieron pasar a último término las citas con su director de Tesis. Éste, sin ningún reparo, llevó el caso al Consejo Universitario, que de manera expedita emitió un veredicto: la expulsión del postdoctorado en nanotecnología. No sólo eso, ya no tenía ni un centavo. El trabajo en el laboratorio de Gossmann, debido a su desaparición, rapto o lo que fuera, cesó desde hacía casi un año y la beca que aún recibía, en ceremonia ignominiosa, se la habían quitado apenas el día anterior. Así pues, ambos eran unos desamparados, tráfugas, desertores y demás epítetos degradantes que alcanzaran a dar una idea del drama que se les avecinaba.

Pero todo había cambiado minutos atrás, cuando a las 5:47 en punto, un oficial de la Federal de Seguridad, apersonado en su departamento con toda pompa, llegara para anunciarle que la Jefa Marta Rosa Grajales les enviaría un auto. Habrían de presentarse a firmar *ipso facto* el contrato para la Sección de Investigaciones Especiales de la Comisión de Seguridad del Sector Coyoacán. El mismo oficial le había advertido que fueran preparados, pues al parecer, aunque la cita era en casa de la

jefa, esa misma noche comenzarían sus obligaciones. Así que el tiempo escaseaba. Bruno tuvo que despertar a su amigo, pues el biplaza sería puntual y sus servocontroles no entendían de esperas.

Pese al café cargado, Chava tenía muy mala pinta. La pasó cabeceando casi todo el trayecto . Al llegar, Bruno tuvo que sarandearlo un poco y Chava, utilizando la pausa en el recibidor, aprovechó para entrar al baño y echarse un buen chorro de agua helada en el rostro. Un poco más espabilado, se sentó junto a su compañero y estaba por preguntarle en qué consistía el trabajo, cuando Marta Rosa llegó y con efusividad extrema los abrazó, levantándolos prácticamente del suelo, haciendo uso de aquella fuerza tan proverbial de la que tanto hablaban sus padres.

-¡Chamacos! Pero vean nomás, qué grandes están. Chavita, te ves demacrado. Ah que muchacho este, si estás muy guapo. Has de haber andado de cabroncito toda la noche, pilluelo -y al decir ésto Marta Rosa le pellizcó los cachetes sin clemencia-. Y tú Brunito, pero si te ves todo formalote y serio. Mi Hermilito siempre pregunta por ustedes; se me hace que en cuanto sepa que van a trabajar conmigo hasta se viene para acá desde Madrid. Ya lo verán, ándenle, pónganse bien contentos. Estoy bien informada, sé de sus problemas y la verdad, no tienen de qué preocuparse. Son unos chicos inteligentes, tal como los necesitamos en la Comisión. ¿Para qué perder el tiempo con los blandengues de la universidad? ¡Tienen mucha suerte de que los hayan corrido esos maestrillos arrogantes! Son parásitos inútiles, sin creatividad como ustedes. De hecho, Salvador, Bruno, pienso que los dos serían ideales para entrarle desde el mero principio, al diseño del Laboratorio de Nanotecnología Forense. Pero

vengan conmigo, anden, síganme. Antes deben firmar el contrato y por eso ¡hay que brindar!

Entre extrañados y alegres, los dos la siguieron. Ella habló todo el rato. Les preguntó por sus padres, rememoró anécdotas chistosas de cuando eran niños y al fin, luego de ofrecerles sendos vasos de whisky, brindó con ellos y les pasó el documento del contrato. Ellos ni siquiera lo leyeron, estaban así de entusiasmados.

-Bueno chicos, ahora, ¡a trabajar se ha dicho! Fíjense bien, ya he arreglado todo para que estén bien a gusto. Desde hoy mismo podrán disponer de lana -les dio a cada uno su tarjeta de crédito- nomás no se me vayan a exceder que los intereses los dejarían secos aún antes de engordar -les dijo en medio de carcajadas-. Les he conseguido un depa bonito, más o menos cerca de la oficina, en Chimalistac. Ya lo visitarán mañana y tendrán tiempo para mudarse. Verán lo conveniente de ese lugar, pues queda a media calle de donde vive el que será su jefe, el Inspector Alberto Cruz De la Concha. Miren, necesitan ir adquiriendo experiencia para la enorme responsabilidad que les voy a conferir. Imagínense ¡fundar ustedes todo un laboratorio! No habrá límites para el equipo que pidan, vaya, si estarán involucrados hasta en el diseño del edificio. Pero bueno para eso es necesario que se “empapen”, por así decirlo, del trabajo policiaco. Qué mejor que ser los ayudantes de un investigador tan eficiente como Alberto Cruz. Él estudió física ¿saben? Es un hombre muy culto e inteligente, un buenazo para las matemáticas. Se van a entender bien. Le ayudarán con una investigación muy importante, *prioritaria* a decir verdad. Deben darse cuenta, es un *privilegio* que les

otorgo, no sólo por la amistad que me une con sus padres, sino porque confío en su capacidad y porque sé que no me van a decepcionar.

Marta Rosa, muy solemne, sacó del armario un estuche de cuero. Lo puso sobre una mesa y les hizo un ademán para que se acercaran. Luego fue hasta la puerta del salón y la cerró. Se tocó la garganta y dijo con mucha claridad “no quiero que nadie nos moleste, estoy en una reunión de trabajo, ay de aquel que me interrumpa”. Miró a los muchachos y les sonrió al tiempo que abría el maletín y sacaba de él un artefacto electrónico.

-Este aparato, como bien deben saber, es un Expediente. Contiene datos de confidencialidad tan extrema que sólo puede abrirse con un código de reconocimiento genético. Ustedes ya forman parte de la Comisión de Seguridad, su dossier se ha formado en el mismísimo instante en que firmaron el contrato, de modo que están listos para que el Expediente escanee su ADN. Se los voy a dar, pero no lo abran todavía. Hay un biplaza que los espera afuera. Irán de inmediato a casa de Alberto Cruz. Tienen que esperarlo. Él está en una parte muy delicada de su misión ahora mismo y ni yo sé por donde ande. De modo que lo esperan allí el tiempo que sea necesario. No se muevan ni tantito de su puerta. En cuanto lo vean le reconocerán, es un tipo de más de dos metros y de un carácter pésimo. Si les habla mal o les hace un gesto agresivo no se apuren, sólo muéstrenle el Expediente y él ya sabrá que es lo que sigue: las instrucciones precisas están allí.

Marta Rosa fue de nuevo al armario. Los muchachos se dieron cuenta que allí guardaba multitud de aparatos sofisticados. Ésta vez sacó una cajita metálica. Parsimoniosamente extrajo una hipodérmica neumática. Se acercó a Chava y se la puso en el cuello, al leve bufido de la máquina siguió un gesto de dolor. Sin dar tiempo para réplicas hizo lo mismo con Bruno.

-Ahora tienen un intercomunicador y aunque parezca de esos que están de moda, sí que es diferente. No es un implante como ya vieron, es nanotecnología de última generación, se autoinstala y crea claves que es imposible decodificar; nadie podrá interceptar sus llamadas. Lo único que van a hacer para activarlo es cerrar la glotis al tiempo que se tocan la garganta. La secuencia es *exactamente esa*: primero cierran la glotis y luego se tocan la garganta. Para interrumpir la comunicación basta con cerrar la glotis. Anden, prueben.

Un curioso cosquilleo les recorrió el cuello mientras las nanosondas se autoinstalaban en torno a la tráquea. Cuando la sensación pasó, se dedicaron casi diez minutos a probar los intercomunicadores. Al principio no se acomodaban para activarlos, pero luego se dieron cuenta de que eran fáciles de usar. Cuando Marta Rosa quedó satisfecha siguió dándoles indicaciones.

-Bueno, como se dieron cuenta, cualquiera que los vea usarlos creerá que traen un implante común y corriente. Si quieren desactivar el artefacto por completo (digamos que temen que se accione accidentalmente o que el curso de algún procedimiento exija

que no haya comunicación) lo único que hacen es usar este control. Con el mismo direccionan la comunicación y acceden a las otras maravillas de estos chunchecitos.

Marta Rosa les dio un llaverito, en él un minúsculo control, protegido por una tapa electrónica, tenía un display con pequeños botones que explícitamente mostraban todas las funciones del telecomunicador. De nueva cuenta hizo que practicasen una y otra vez su uso. Cuando quedó satisfecha, continuó.

-Bueno, ahora están listos. Ya tienen sus instrucciones. No vayan a abrir el Expediente hasta que lleguen con el inspector Cruz y por favor, no usen innecesariamente el intercomunicador. Ya saben, han de esperarlo el tiempo que sea necesario. Y ya, ¡váyanse!

Chava estaba por preguntar algo y Bruno hizo un ademán como para pedir también la palabra, pero la Jefa los paró en seco.

-No hay nada que preguntar por lo pronto. Deben aprender que en la Comisión sólo se pregunta cuando el jefe lo indica, de *ninguna manera* antes. Esto vale también para que se comporten con Alcito, vaya, con *su jefe* el inspector Cruz. Eso sí, mañana a las 7 en punto, sin falta, quiero que se comuniquen conmigo y me cuenten lo que pasó. Ya váyanse, que el biplaza los está esperando allá abajo.

Del salario la Jefa no había dicho una sola palabra. ¿Cuánto podrían gastar con

sus tarjetas? Chava y Bruno, no muy convencidos de que aquel trabajo fuera a gustarles del todo, se dirigieron a la cita con su nuevo patrón: Alberto Cruz.

III

En el Century, sentado en una de las bancas del jardín recibidor, Alberto vió cuando Marta Rosa subía a su biplaza. El minibús autónomo de la policía había abandonado la escena casi una hora atrás, conducido esta vez por un militar. Las calles de Tamaulipas y Nuevo León lucían tan tranquilas como siempre a aquellas horas. La ocupación del *Night Club* no dejaba rastro, a menos que alguien pudiera ver los autoplanos militares que permanecían en el helipuerto, cosa del todo imposible pues éste se hallaba en el Jardín Central, oculto por el cuerpo de 2 pisos del edificio. La investigación de los asesinatos se estaba llevando con discreción y rapidez inusitadas. El general Achótegui le comentó: “ya que usted está a cargo del caso Gossmann, debo informarle que tiene plena libertad para seguir las investigaciones por su cuenta, sin notificar o pedir el consentimiento de nadie. Sé que la jefa Grajales le trajo aquí, ha sido lamentable lo que pasó, pero dado que una de las víctimas fue el señor Ministro de Defensa, comprenderá que el curso de las indagaciones *deba* quedar en manos de la policía militar. Además todo es muy raro, parece que ningún cuerpo está completo. Le tendré informado si es que el nombre de Gossmann sale a relucir en nuestras pesquisas”.

Alberto Cruz sintió alivio; el día quizás aún pudiera salvarse. El primer paso en *su propia indagación* sería disfrutar de la tarde. Eran casi las 4 y ni siquiera había desayunado. Caminó por el camellón central de Avenida Tamaulipas. A ambos lados, por vías automatizadas de un solo carril, transitaban esporádicos biplazas, así que andar en aquella vereda arbolada era bastante agradable. El Sector Condesa tenía fama de buenos restaurantes; a él le parecían lugares sin chiste, eso sí, pretenciosos y caros.

Sin embargo se salvaba El Tío Luis, verdadero relictos de los viejos mesones taurinos del siglo XX, rescatado del olvido allá por el '22. Su clientela era más bien excéntrica: escritores *blog*, músicos y uno que otro perverso que aún asistía a las corridas clandestinas del Sector Neza. Los cocineros se enorgullecían de conseguir allí las criadillas de toro que, al parecer, habrían de consumirse al menos una vez por semana para mantener intacta la virilidad. Alberto no necesitaba eso, en cambio, su paladar agradecía la otra especialidad preparada por ellos, los famosos tacos de Chanfaina, un guiso de carne, vísceras y especias que muy pocos sabían apreciar. Entusiasmado por el consejo de su paladar, viró en Vicente Suárez y caminó hasta intersectar la calle de Cuautla. Por muchas razones prefería ese trayecto al más trillado de la avenida Tamaulipas. Se entretuvo observando los curiosos relieves *art deco* de la mayor parte de casas habitación; algunos eran originales y tenían sus cien años, la mayoría eran copias muy recientes, casi siempre excedidas y de mal gusto. Afortunadamente, antes de sumirse en sus recurrentes críticas a todo cuanto se le presentaba, la esquina de Montes de Oca apareció ante su vista. No faltaba mucho para que el aroma de la cocina de El Tío Luis le despertara todavía más un apetito que se había encargado de arruinarle Marta Rosa. Al llegar agradeció la hora; era fácil hallar mesas al aire libre. Pidió una cañita de Pacífico emocionado por saber cuál sería la botana del día. “Hoy es miércoles”, le dijo el mesero, “tenemos acociles y caracoles en escabeche, ¿que desea para empezar?” No lo pensó mucho, acompañaría su primera cerveza con unos acociles, ya dejaría los caracoles para la segunda o tercera. Mientras esperaba llamó a la Universidad Nacional. Esa semana, tal vez al otro día, tal vez después, tendría que interrogar a los compañeros de Gossman. Le anunció a la secretaria que les advirtiera

estar listos y no fueran a salir en ese lapso, pues debían someterse a una investigación oficial muy delicada. Acto seguido envió el código de seguridad de la CIS. La mujer, un poco amedrentada, se comprometió a mandar un oficio a los investigadores del Centro de Neurofísica. Alberto, satisfecho, estaba listo para descansar. El resto de la tarde se lo tomaría libre, “ya veremos qué pasa mañana”, pensó.

En cuanto le llevaron su pedido olvidó toda preocupación. Pese al hambre y la sed bebió con parsimonia. Aprovechó para reclamar su apetecida orden de tacos de chanfaina que, sin duda, alguien le llevaría en cuanto terminara la cañita y los acociles. Apenas le faltaba un trago cuando el mesero ya le traía la segunda cerveza y los deliciosos tacos. Así era El Tío Luis, se daba por hecho que cada plato habría de acompañarse con una cerveza. Ahora le quedaba esperar la siguiente cañita, los caracoles, y un par cervezas antes de terminar con el ineludible tequila. La sonrisa enorme de Alberto le acreditaba como un hombre ajeno a las vicisitudes del día. Recuperó el buen humor y decidió que luego de beber el caballito y comer el postrero caracol en escabeche, iría a su casa caminando. Era muy lejos, cierto, pero la tarde lucía espléndida y necesitaba ejercicio para ayudar a la digestión. En todo caso, cualquier momento sería bueno para tomar el tranvía en Insurgentes. Pagó y estaba por encaminarse hacia el sur cuando de súbito sintió la necesidad de pasar otra vez frente al Century. Ahora andaría por Nuevo León disfrutando de la luz dorada de la tarde y las sombras frescas de las palmeras. Esa avenida era atractiva, sólo la bordeaban algunos cafecitos estilo parisino y el pasear de jóvenes en bicicletas le hacía reconocer que a veces, la escenografía retro diseñada por Sánchez del Río llegaba a llenar de sentido la vida de algunas gentes; los rostros de cada vecino en el Sector Condesa

reflejaban esa paz convencida del que está contento de vivir. Pero Alberto sabía, como cualquiera de ellos, que el costo de tanta gracia había requerido muchas muertes. Como intentando ahuyentar los aletazos castigantes de su conciencia, apresuró el paso para ver si los militares habían iniciado algún gesto que acusara su ocupación del Century. Al llegar a la esquina de Juan Escutia echó un vistazo a la gran reja *art nouveau*. Seguía cerrada y el Night Club mantenía aquella apariencia de serenidad que tanto presumían los promotores turísticos del Sector Condesa. Se detuvo a escuchar, quizás algún ruido delatara la presencia militar. Sólo se oía el sonido lejano de cierta música; justo enfrente, en el Parque Centenario, estaban ofreciendo algún concierto vespertino. Cruzó la calle y se internó entre los árboles, rumbo a la Concha Acústica. En efecto, un grupito de música celta tocaba una pieza muy hermosa. La flauta entonaba sonidos melancólicos que le generaron esa *saudade* tan común en su padre y a la que él, por lo visto, también era propenso. Reconoció las notas de “Shamrock shore” y se acercó más para ver quién tocaba. Una mujer. Peculiar, más bien extraña: vestía una falda holgada de diseños hindúes, su blusa era ligera y el escote amplio exponía inocente, un par de pechos firmes, generosos. Alberto se puso en primera fila, tenía que verle el rostro. El cabello rubio y lacio se agitaba al ritmo de cada movimiento de la cabeza. Sus pómulos prominentes combinaban de manera graciosa con aquellos labios delgados, que con suprema habilidad acariciaban el cuerpo de madera de la flauta. Alberto cerró los ojos para disfrutar aún más la música, pero la imagen de esa mujer no cesaba: sus labios parecían hechos para besar, para acariciarle con suavidad virtuosa el miembro erecto. Esos pensamientos del todo inapropiados hirieron su sensibilidad estética. Tal arrebató de vulgaridad era una agresión

inaceptable. Pero su cuerpo ya no podía enfocarse en nada que no fuera otro cuerpo, o más bien *aquel* cuerpo: la deliciosa anatomía de la flautista. Miró detenidamente el trasero que se insinuaba bajo la falda y se sintió agradecido porque en el mundo aún existieran mujeres así. La melodía terminó, aplaudió ferozmente, tanto y tan fuerte que la joven fijó sus ojos en él. Eran de un azul intenso y lo miraron sin parpadear, provocativos. Luego ella sonrió y dijo simplemente “gracias”. Alberto supo en ese momento que no tenía por qué ir aquella noche a su casa. Necesitaba una mujer. Necesitaba ir a Intermuros.

**

El resplandor ámbar atravesaba sus párpados impidiéndole dormir y un aroma a tocino incitaba sus tripas alentándolo a levantarse de inmediato. Alberto tardó un poco en reconocer la cama donde yacía. Era angosta, estaba muy desordenada.

-Amor, ¿ya despertaste? No te levantes, el desayuno va en camino.

La voz de Silvia alegraba la mañana y la verdad, estaba feliz, pues como pasaba de vez en cuando, Alberto había negociado con el dueño de “El Foco al Aire” un mes de vacaciones para disponer de ella sin problemas. Pero la palabra “disponer” estaba mal empleada. Él sólo *compartía* su tiempo libre; era justo que el resto fuera, enterito, *posesión* de Silvia. Ese respiro daba al ambiente un dejo delicioso. Qué bien se sentía. Se estiró y casi la mitad de sus piernas quedaron al aire. Era incómodo ser tan alto.

Mientras daba un bostezo muy largo, su móvil comenzó a sonar. El tono era urgente, una llamada prioritaria que exigía contestación. Se sentó en la cama y de inmediato Silvia le pasó el teléfono. Mientras él intentaba contestar, ella le dio un beso profundo y cariñoso.

-Inspector Cruz?

-Él habla.

-Soy el general Achótegui. Me gustaría mostrarle algo inmediatamente.

-¿Es urgente?

-Sin duda. Dígame donde paso a recogerlo, estaré con usted en menos de quince minutos.

Achotegui sin más, le daba una orden. Pensó rápido, no podía decirle que lo alcanzara en Intermuros, mucho menos estando donde estaba. Se le ocurrió que el Sector Condesa le quedaba a menos de 5 minutos caminando, sólo tenía que atravesar el Acceso.

-Estoy muy cerca de la Plaza de Nuestra Señora del Rosario ¿le parece que nos veamos allí?

-Llego en cinco minutos, lo espero en el Punta del Cielo.

El general colgó. Alberto miró los ojos negros de Silvia, tenían una tristeza interna que le fascinaba. Para ella, los desplantes de sus clientes eran pan de cada día,

pero Alberto se consideraba mucho más que eso.

-Chiquita, me tengo que ir. Pero ¿sabes? Hoy te quiero invitar a comer. Prepárate, ponte bonita. Vamos a ir a La Bombilla y luego, si quieres, nos damos una vuelta a Chapultepec o hasta visitamos los museos como el otro día.

-Está bien.

Silvia nunca se quejaba, pero aquel tono y tan pocas palabras eran inconfundibles. Ella sabía que Alberto difícilmente cumpliría su palabra; él también. Pocas veces habían salido juntos y sí, aquella visita al Museo del Paisajismo en Chapultepec, casi un año atrás, fue deliciosa. Pero entonces el inspector tenía vacaciones y ahora estaba en medio de una investigación que prometía muchas dificultades. Con algún remordimiento se vistió, dejó dinero y salió presuroso. En un costado del viejo edificio lucía una placa oxidada que decía “Calle Doctor Martínez del Río”, recordatorio para los nostálgicos de la arcaica Colonia Doctores.

No habían dado siquiera las 8 de la mañana y los puestos ambulantes ya estaban casi listos. Algunos vendedores le reconocieron y lo saludaron efusivos “¿qué dice la chivis inspec? Ande, llévese esta manzanita”. Aceptaba cualquier cosa y saludaba a todos sin dejar de caminar con mucha prisa rumbo al Acceso. Era de día y los policías le abrieron de inmediato, él atravesó un breve corredor, dejándoles manzanas, panecillos y demás regalos. En menos de dos minutos ya estaba en el zócalo.

“Qué contraste más definitivo con Intermuros”, pensó. Ante sus ojos, la

explanada grandísima imitaba a una vieja plaza medieval: buena parte de la antigua avenida Cuahutémoc se rindió ante el impulso urbanístico de Don Pedro Sánchez del Río. Mucho se perdió, pero según la mayoría fue más lo que se ganó. Entre lo perdido quedó el sabor popular de esa zona. La esquina de Puebla y Cuahutémoc, lugar que casi hasta finales de los '20 albergó, luego de penoso peregrinar, a la famosa pulquería “La hija de los Apaches”, ahora formaba parte de un elegante hotel de estilo renacentista. Esa era la ganancia: la construcción de un lugar cosmopolita, apacible y exclusivo. En el extremo privilegiado, la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, con su arquitectura gótica, había servido de modelo para la decoración del entorno. La larguísima barda de Intermuros, el sitio de donde venía, simulaba la fachada de algún edificio florentino, con relieves y columnas artificiales que parecían de cantera. Las fuentes y estatuas que adornaban el amplísimo espacio, eran réplicas de otras que se hallaban en diferentes sitios de Italia, desde Florencia hasta Nápoles, todas con una plaquita alusiva. Hacia el sur, en los bordes con la calle de Querétaro, el café Punta del Cielo se hallaba en la base de un edificio de cantera, con motivos góticos copiados de cierta construcción del barrio latino de París. En una de las mesas más aisladas, el general Achótegui ya lo estaba esperando.

-Buenos días inspector -el general se levantó para saludarlo, luego puso sobre la mesa unos libros-. ¿Le dicen algo?

El militar iba al grano. Alberto leyó los títulos: “Eutacticidad y Jornadas Ónticas” y “Memorias de un Ignorante” de César Arana, además de “Teoría

Holográfica: percepción y mundo”, de Gossmann. Aparte, una libreta con gruesas tapas de vinil tenía varios papelitos que separaban algunas de las hojas en su interior. Un mesero se acercó, pero el general con gesto brusco, le indicó que los dejara en paz.

-Lo hallé en la maletita de Plá. Los libros están llenos de apuntes. Mire, todo este material será clasificado y nadie más podrá verlo en lo que se descubren los asesinos del general Leyva, pero sé que tarde o temprano habrá de llegar a sus manos, así que me ha parecido conveniente ahorrar tiempo. Puede echarles un vistazo, revise por ejemplo las notas que hay en los libros. Ande, vea las páginas que le separé; es lo poco que pude revisar y me pareció raro, pero quizás significativo.

Sin decir palabra, Alberto fue abriendo los libros. Había comentarios al margen, papelitos y citas que parecían ligar a Plá con Gossmann, pero también con César Arana y con personajes de los que no había oído palabra alguna:

“Si te dijera el secreto para cambiar este mundo me tomarías por loco. Si sólo te *insinuara* que tengo un secreto, *tú me buscarías para que te lo contara*”. (Comentario a su amigo Carlos Oria, en la semana santa del 2035, poco antes de comenzar a escribir “Memorias de un ignorante”).

“*Qadar*, nos dice Antaki, es el mundo elegido de entre un infinito de mundos posibles. Según Gossmann, es un *estado de mundo*”. (Conferencias de Tokio, febrero 2040)

“Gossmann es un conocedor más profundo de las enseñanzas de Ibn Arabi que Ricardo Antaki, pero jamás se ha considerado un “guía espiritual” y menos un *arif*, un

hombre perfecto. Su ego es nimio y puede que no llegue a inflarse como el del *arif Antaki*". (Taller de *Intensionalidad*. Ciudad de México, julio, 2043)

"Yo no soy un "guía" y menos un "maestro". (Del epílogo a la primera edición de "Memorias de un ignorante". César Arana. Universidad Hispánica, 2038. La segunda edición del 2039 y la tercera del 2042, carecen de dicho epílogo).

"Fui seleccionado (por mi maestro) para ser su sucesor y estoy empeñado en mostrar a quien tenga voluntad impecable, el modo en que el ejercicio de la *intención* podría reconfigurar el triste mundo en que vivimos". ("Incursiones al infinito". Op. Cit.)

"¿Gossmann? Me temo que se infló tanto que explotó". (Taller de *Intensionalidad*. Quito, enero 2045).

-Hay más, pero todo está aquí, escaneé las notas que hay en los libros -el general le extendió una memoria-. Por favor lea eso en cualquier parte menos en su Expediente. No quiero que quede registro electrónico de esto que le doy. ¿Se fijó en la última referencia? La dijo cuando le preguntaron por la desaparición de Gossmann. Según me he enterado eran muy amigos. Sé bien que todas esas citas suenan variopintas, pero creo que si Plá las llevaba consigo sería por algo. Habría que investigar a Círculo Al-Andalus de Ricardo Antaki; yo haré mi indagación y le tendré al tanto. Espero que usted haga lo propio. Además vea que los libros de Arana tienen dedicatorias de puño y letra. Tome esto –le dijo dándole la libreta de tapas gruesas-, consévela y revísela con cuidado, la dejo en su custodia. Yo no he tenido tiempo de leerla. Bueno, ya me dará sus impresiones. Por lo pronto creo que mi caso y el suyo están muy ligados. Por cierto

¿lo llevo a la Universidad?

Tenía que irse acostumbrando, no sólo era transparente para la Jefa Grajales, ahora un militar estaba al tanto de cada uno de sus actos. Sin decir palabra, con una ligera inclinación de cabeza, aceptó sumiso el ofrecimiento del general Achótegui.

IV

Los interrogatorios en la Universidad fueron mucho más enfadosos de lo que pudiera haber imaginado. Eran más de cinco los que estuvieron con Gossmann el día de su desaparición. Primero habló con todos juntos, explorando el terreno. Algunos vieron el momento en que lo habían subido a un autoplano, otros sólo habían estado con él esa mañana y la verdad recordaban poco, pues ya habían pasado cuatro años. Pero aquel no era el problema. En primer lugar no estaba cómodo en absoluto. Achótegui lo tenía vigilado, eso era un hecho. Por otro lado, el primer testigo que entrevistaba en privado, el Dr. Joaquín Goicoechea, era ejemplo del científico arrogante que más despreciaba. Con muchos tropiezos le hizo preguntas sin sacar nada en claro. Ahora seguiría con otro, “¿será igual de mamón?”, pensó alarmado. Ni modo, era su trabajo y cuanto antes lo realizara mejor. Llamó al segundo testigo pero antes desactivó el Expediente. Sabía que confiar en su propia memoria era mucho más seguro que dejar testimonio electrónico; no podía olvidar que vivía en una dictadura.

El hombre que entró a la oficina era más bien bajo, un poco más joven que él mismo, de unos treinta años y muy delgado. Goicoechea era un viejo cincuentón y malhumorado, tal vez éste tuviera mejor carácter. Pero su facha no parecía prometedora: traía la típica bata y usaba unos anticuados anteojos de arillo metálico. Lo saludó sin poder olvidar la actitud nefasta de su predecesor.

-Gracias señor, aprecio que le haya dejado sus datos a mi secretaria con tanta amabilidad. Pero no entiendo la actitud de su compañero –dijo Alberto muy

sinceramente-

-Yo sí. En primera es raro que investiguen la desaparición de Isaac con tanta diligencia hasta ahora ¡cuatro años después! En segunda Joaquín cree que todo esto es un escándalo que ensambló el propio Gossmann. Y no es el único en pensar así.

-¿Cómo? Dígame los detalles.

-A decir verdad no creo que sean muy interesantes. Goicoechea considera que Gossmann nunca fue un científico serio.

-Pero sí era respetado en todo el mundo

-Es lo que yo digo, pero según Goicoechea ese respeto viene del dinero que obtuvo Gossmann por sus servicios a los gringos.

-¿Cuáles servicios?

-Estoy seguro que los conoce pues se ligan con el ámbito policiaco: su relación con *Hughes Aeronautics*; toda la investigación sobre nanosondas de control emocional, que luego del fracaso que tuvieron en el ámbito penitenciario, se convirtieron en *top secret* de desarrollo militar.

Lo que decía el testigo parecía hacer verosímiles las sospechas de la jefa Grajales, así que pensó bien su siguiente pregunta.

-¿Está insinuando que Gossmann estaría involucrado en actividades ilegales?

-No, de ninguna manera. Algunos mal pensados hasta lo querían ligar al mundo de los *pinches argentinos*. Pero fíjese, Gossmann se oponía al uso de los ciberhedonígenos de manera excesiva, muy radical. Hasta alguna vez intentó amenazar al dueño del

Century...

-¿Por qué se calla? Continúe.

-Es que no sé si lo que voy a decirle sea verdad. Tal vez se trate de un chisme.

-Aquí está para decir todo lo que sabe, sean o no chismes.

-No sé si debiera.

-No es cosa de moral, es su obligación. Ocultar información es un delito. Lo que se hable aquí es confidencial y nadie sabrá que lo dijo, si es que eso le preocupa.

-Bueno, es que dicen que en el Century hay unos sótanos...

-¿Me habla de los *ciberaves* del Century? Claro que todo mundo sabe de ellos. Sí, son ilegales, pero bueno, para qué nos hacemos tontos, el gobierno es tolerante con la crema y nata de este país.

-Entonces, ¿puedo hablar con libertad?

-Se lo repito, para eso está aquí.

-Pues a su modo Isaac era un puritano, aunque también cabe que se preocupara por el mal uso que se hacía de sus inventos. El caso es que cierta ocasión, en una de las fiestas de Año Nuevo del Century –a las que, por otro lado, jamás faltaba- le llevaron a los sótanos. Montó en cólera. Estuvo a punto de armarse un escándalo pues amenazó con denunciar el uso de ciberhedonígenos y además iniciar una demanda por el pirateo ilegal que estaban haciendo de su cámara de inducción de campos bosónicos. Según él además del plagio, estaban usando una tecnología “potencialmente peligrosa”. Para convencerlo de que era mejor dejar las cosas como estaban, el dueño del Century le llevó a ver quiénes gozaban en ese mismísimo instante de los míticos sótanos de su night club...

-Por favor, deje de hacer esas pausas. Diga quienes eran.

-Pues el rector de la Universidad Nacional y el director del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Gossmann comprendió que no le convenía hacer nada. Todos en la Facultad supimos del hecho, por eso, ni siquiera Joaquín se creía el rumor de que Gossmann fuera un pinche argentino. Le gustaba decir, “lo único pinche de Gossmann es que es bien pinche”.

-Entonces no entiendo la animadversión del doctor Joaquín Goicoechea por Gossmann. ¿Celos profesionales?

-Parcialmente, pero no sólo eso. Por un lado muchos le consideraban un oportunista, aún peor, un mercenario. Poco antes de los terremotos del '36, mientras se debatía la aprobación del proyecto de Intermuros, el consenso del medio académico estaba en contra. Isaac fue uno de los firmantes de las cartas de rechazo. Pero luego, cuando los terremotos y sus secuelas, cambió de opinión y fue uno de los poquísimos en apoyar Intermuros. Para sus compañeros eso se consideró una traición. No podían creer que se hubiera tragado el cebo mediático del gobierno; Gossmann había dicho años atrás que una manera rápida de imponer acuerdos sociales sin oposición era recurrir a cebos mediáticos. Su ejemplo predilecto era el caso de la pandemia del 2009. Por eso no confiaban en que fuera sincero, sobre todo porque después de su abierto apoyo a Intermuros tuvo privilegios únicos en la Facultad. Y bueno, si vemos cómo logró montar su laboratorio las cosas se ven algo peores, pues el dinero provino de sus asesorías a *Hughes Aeronautics*, vaya, nexos abiertos con el diseño de armas de control psicológico. Esa es una de las causas de su antipatía para algunos colegas: problemas de ética. Además, el creciente prestigio internacional de Gossmann fue algo parecido a

un alérgeno en la Universidad. Fíjese, todavía hasta hace menos de un mes, las investigaciones de Isaac siguieron realizándose, pese a su desaparición ¡cuatro años atrás! En el extranjero se hablaba de la gran inteligencia de Isaac. Está mal que lo diga, pero científicos de la talla de Joaquín sintieron muy herido su ego.

Ni qué decirlo. Alberto se había percatado de ello al interrogar a Goicoechea. No era tan sólo una cuestión de oportunismos la actitud de Gossmann. Las secuelas al terremoto de las que hablaba su testigo fueron gravísimas: enfermedades, desabasto de alimentos, violencia. Podía entenderse que muchos vieran deseable un acuerdo. En medio de una crisis es difícil la claridad crítica. Él mismo, como voluntario en la reconstrucción, ni siquiera se cuestionó lo que veía: la destrucción y las enfermedades fueron un hecho. Si todo había sido materia prima para un cebo mediático, algo que por otro lado nunca se probó, *nadie en el medio académico* lo señaló en su momento. La doctora Faustsch también respaldó Intermuros sin ser denostada en lo absoluto. El mismísimo doctor Goicoechea no se opuso. Era un problema de egos. Goicoechea le había dicho, “en la Facultad estamos rodeados de estupidez. Tragarse la supuesta “genialidad” de Gossmann es confundir las cosas. Su éxito no lo logró con inteligencia -algo inexistente en él. Lo logró por no tener escrúpulos”. Una historia de santos y villanos bastante aburrida amén de vulgar. El medio académico, Alberto lo sabía bien, era una pasarela de vedettes.

-Quizás el doctor Goicoechea tuviera algo de razón -dijo con la intención de ver cómo reaccionaba su interrogado-. Suele tomarse como sinónimo de inteligencia a la astucia.

-Sé a lo que se refiere con eso de la astucia. Pero Isaac era más que astuto; incluso también, *menos que astuto*. La inteligencia es una cualidad muy compleja. Una mente lineal como la mía es capaz de logros sorprendentes. Una *gran mente lineal* como la de Joaquín es admirable. Pero una mente *versátil* como la de Isaac no puede imitarse. Los que tenemos mente lineal somos como máquinas eficientes, dignas de estímulos y premios, pues el ego es un formidable motor para lograr mantener el esfuerzo continuo de una máquina: es su operador. Toda máquina requiere de un operador. Pero mentes no lineales como la de Gossmann se mueven por el simple gusto de moverse, no necesitan de ningún operador. En tales casos, el ego puede convertirse en mero capataz de la creatividad. Mientras que una mente lineal manipulada por el ego siempre buscará las pequeñas recompensas que se confinan en las fronteras del individuo, una mente no lineal se perderá con frecuencia en el infinito. Una mente lineal es proclive a la astucia, pues la astucia está al servicio del ego. Una mente no lineal es proclive a la creatividad, pues la creatividad está *fuera del ego*. Por eso Isaac era descuidado en sus relaciones interpersonales, vaya, no era astuto.

-Oiga, ¿usted es psicólogo? Su teoría sobre la inteligencia y la astucia tiene lo suyo...

-No, no, todo lo que le acabo de decir se lo escuché a Gossmann -dijo el interrogado riéndose-. Cierta vez, platicando sobre el tema con Joaquín, le tomó como ejemplo para demostrar que la brillantez no es sinónimo de inteligencia. ¿Se imagina? Por eso le digo que Isaac podía ser muy inteligente, pero no astuto. Se ganaba enemigos de a gratis. Aquella vez, a mí me pareció chistoso el modo en que le decía “poco inteligente” a Joaquín. Lo hizo con una sinceridad ingenua que me encantó, pero obviamente al prestigioso doctor Goicoechea no le hizo ninguna gracia. Soy su amigo

y le llegué a decir que no se lo tomara tan a pecho. Sólo me miró diciendo “eres un escuincle muy, pero muy pendejo” y dejó de hablarme una semana.

Aquella historia le recordó sus años universitarios. Ciertamente, las Facultades eran clubes de egos. Quien no era protagonista no era “inteligente”. Pero muchos protagonistas se tornaban brutos ante los ojos de sus colegas cuando lograban éxito sin gran esfuerzo. El caso de Gossmann comenzaba a mostrar esa vertiente más bien ordinaria.

-Es claro que el doctor Gossmann fue sujeto de envidias.

-Sí. Pero no nadamás.

-¿Entonces?

-A muchos les disgustaban sus *peculiaridades* e inclinaciones en el campo de la investigación; algo inevitable en una mente no lineal como la suya. Isaac era excéntrico, por decirlo de algún modo. Sus nexos con Arana parecían sospechosos. Ya sabe, también Arana era excéntrico: pasó de ser un sociólogo de cierto renombre a próspero empresario del chamanismo. Casi todos en el gremio, no sólo Goicoechea, creían que Gossmann únicamente estaba interesado en hacerse publicidad para al fin, convertirse también en mercenario *new age*; decían que Isaac no tardaría en fundar una iglesia carismática como Rory Long en California. Por eso especulaban si no habría simulado su propio secuestro.

El que estuviera ligando a Gossmann con César Arana le comenzaba a

inquietar, especialmente luego de las notas de Plá. Tendría que revisar a fondo la memoria que le había dado el general Achótegui. Hizo una pregunta neutral, como si no le diera importancia a ese dato, para ganar tiempo.

-Pero ya lleva desaparecido 4 años.

-Exacto. Así que yo no daría mucho crédito a tales fantasías. Además, debo decirle que no estoy de acuerdo con ninguna de las conjeturas que acabo de mencionar.

-¿Podría explicarse mejor?

-Sí, pero es una historia larga y creo que la mayor parte de los que va a interrogar serán tan duros como Joaquín; ya ve, le llevó casi dos horas hablar con él.

Mientras el testigo número 2 hablaba, Alberto Cruz sentía cómo los engranes del cerebro le giraban vertiginosos. El general Achótegui relacionaba a Gossman con Arana y no podía olvidar las referencias sospechosas que giraban en torno al peculiar chamán, en especial aquella sobre los cadáveres desecados de todo su harem, hallados en el desierto de Atacama a casi un año de que él supuestamente muriera. El propio Goicoechea le había dicho: “en lugar de hacernos perder el tiempo con interrogatorios, debería ponerse a trabajar indagando a los charlatanes amigos de Isaac. Déjeme en paz y comience con Arana, a Gossmann se lo llevaron en autoplano y por las fechas en que fue el secuestro, Arana estaba en México y poseía el único autoplano de toda la ciudad”. Sin duda el hecho abría una línea a investigar. Claro que también los militares tenían autoplanos, sin embargo la descripción del artefacto no coincidía con los modelos usados por el Ministerio de Defensa. Las palabras del testigo le rondaban la

cabeza, pero Alberto Cruz no perdió la inmutabilidad y como si nada, siguió interrogando al científico, antes de perder el hilo de la conversación con tantas ideas en la cabeza.

-Por favor, hábleme un poco más de Gossmann y sus relaciones con Arana.

-Yo los conocí a ambos, pero bueno, de no haber sido por Ricardo Antaki jamás habría sabido de ellos.

-¿Ricardo Antaki? -sintió un vacío en el estómago, las sospechas de Achótegui se tornaban verosímiles.

-El fundador de Círculo Al-Andalus en México. Ya ve, el sufismo es la única religión pujante entre los intelectuales de nuestro país.

-Hasta donde sé, esa filosofía es muy diversa y no tiene por qué considerarse una religión.

-No soy creyente y de seguro tiene razón, pero me refería a que las preocupaciones espirituales de mucha gente encuentran gozo allí; no sólo intelectuales, mucha gente.

-Bien, bien, pero ¿porqué me menciona a Antaki?

-Perdóneme, si ahora soy físico es en gran medida por él, pero además, por la curiosa relación de ese hombre con Arana y Gossman.

Hubo un silencio largo, cada vez más largo. Cruz miró fijamente a su interrogado. Éste permaneció taciturno, luego, viendo a través de la ventana como si estuviera en un *Spa*, se puso más relajado que una señora después del masaje. Alberto comenzaba a perder la calma ante las actitudes misteriosas de su testigo.

-Continúe por favor.

-¿Deveras quiere oír mi historia?

-Señor -Alberto dio un golpe en la mesa y se levantó con brusquedad, mostrando su intimidante estatura al pequeño científico- con todo respeto, debo insistir en que para eso está usted aquí.

-Bueno, tendrá que ser tan paciente como un cura -contestó calmado; al parecer el despliegue de Alberto no le había impresionado.

-Venga -hizo un esfuerzo por no perder los estribos, aún de pie le sonrió a su interlocutor e inclinó la cabeza invitándolo a continuar.

-Antes de ingresar a Círculo Al-Andalus mi vida había sido confusa y bastante gris. Soy el menor de una familia numerosa, mi padre heredó una cadena de hiperteatros que ahora dirige mi hermano mayor. Aunque trabajé un poco en la empresa, cuando aún vivía, papá me legó una suma considerable. No soy demasiado activo, ni dado a la vida disipada, sin embargo tengo una fuerte inclinación a la haraganería, así que pasé casi toda mi primera juventud, vaya, desde los 15 hasta casi los 20, sin hacer gran cosa pues parecía que mi vida estaba resuelta. Sí, viajé mucho, pero fuera de eso más bien haraganeaba y me aburría.

Alberto se arrepintió de haber inducido a su interrogado a hacer esa confesión, que más que declaración judicial, parecía la perorata de un fiel en busca de alguna rara absolución. Él, como un sacerdote o un psiquiatra, permaneció atento y silencioso. Tuvo paciencia y al cabo de unos minutos, comenzó a escuchar cosas que tal vez

podrían servirle.

-El año que entré a Círculo Al-Andalus fue mi último en el ITAM; en apenas 2 años terminé la carrera y comencé un posgrado. Ese año estuvo lleno de sucesos definitivos para mi vida. Cursé Teoría de Tejidos Económicos con la mismísima doctora Faustsch. Como matemática es cruel, impaciente con principiantes como yo, en especial cuando se creían “brillantes”, tal como era mi caso. Cuando nos planteaba problemas no aceptaba respuestas rebuscadas, éstas debían ser “entendibles hasta para un político”. Ella decía que si uno era incapaz de explicar matemáticas con palabras llanas, entonces no tenía la creatividad indispensable para la ciencia; “dedíquense mejor a la ingeniería y abandonen mi curso” insistía con sorna. Usted sabe, a lo mejor tenía traumas por haber sido ella misma una niña prodigio. A sugerencia de un amigo, para ensayar explicaciones simples a las enredadas ecuaciones de la doctora, leí un libro aún famoso, “Introducción a la TETEC: *a beginners handbook*”, de César Arana. Me ayudó mucho a pasar los exámenes, aunque fuera con calificaciones precarias. En la cabeza me rondaba la idea de seguir con más radicalidad el consejo de la doctora abandonando la carrera de ingeniería social y regresando a mi anterior vida de comodidad. El aburrimiento seguía, pero además tenía obligaciones que no me entusiasmaban en absoluto. Por inercia terminé la licenciatura y también por inercia seguí una maestría en física. Ya había decidido dejar los estudios cuando en una conferencia impartida por Antaki escuché el nombre de César Arana. Me pareció sorprendente que el aprendiz de chamán al que se refería Ricardo se llamara igual que el ingeniero social que tanto me había ayudado con su libro a pasar los exámenes de

Faustsch. Al finalizar la charla, hablando informalmente con Antaki, le comenté la curiosa coincidencia. Me sorprendí mucho cuando él me dijo que el chamán y el ingeniero social –por otro lado, alguna vez alumno destacado de la doctora- eran la misma persona. Supe también que Arana había estudiado originalmente arquitectura. Ya graduado y con años de experiencia como contratista, se matriculó en la Universidad de Buenos Aires. Fue el alumno más viejo de su clase, pero también en su momento, el más apreciado por Faustsch. Con renovado interés retomé el postgrado y hallé misteriosos nexos entre la TETEC y las enseñanzas de Círculo Al-Andalus. Un año después cursé mi doctorado en física en la Universidad Nacional y gracias a Ricardo, conocí al que sería mi asesor de posdoc en el Max Planck. Ya ve, Antaki fue uno de los responsables no sólo de que yo terminara la maestría, sino de que me doctorara en física vertiginosamente. Aunque claro, mi situación “anfibia” no era bien comprendida por todos. De por sí el hecho de pertenecer a Círculo Al-Andalus sonaba raro, pero mi admiración por Arana parecía por decir lo menos, anormal. Estando todavía en el ITAM, la doctora Faustsch me advertía sin descanso que el “pseudochamanismo aranesco” era basura, que Arana, de prometedor científico, se había convertido en “vulgar iluminado” y que yo, de seguir así, desfilaría de “pasable ingeniero” (nunca creyó en la supuesta genialidad que todos me atribuían) a “patético creyente de un culto vulgar”. “Cuidese mucho –me dijo entonces- no vaya a terminar como el tejano Rory Long, asesinado por uno de sus fieles”. En cierto modo seguí su consejo: abandoné la ingeniería social y me apasioné con la sobriedad matemática de la mecánica cuántica.

-Todo eso es muy interesante, pero sin ofender, demasiado personal. No veo cómo me

pueda ayudar en la búsqueda del Dr. Gossmann.

-Tiene razón en eso de lo personal, pero yo creo que sí podría darle algunas pistas. Mire, poco antes de comenzar mi doctorado Arana vino a México. Dio un par de conferencias en el Hotel Continental. Generó gran polémica pues en una de sus “demostraciones prácticas” sacrificó animales para extraerles el páncreas, enseñando a sus “alumnos” a desecar con una técnica chamánica ese órgano. La polémica se debió a la manera en que mataba a los pobres animales: primero les destruía la tráquea con un golpe certero, luego, introduciendo los dedos en el abdomen, *sin usar ningún instrumento*, sacaba el páncreas. Era sin duda un truco, pero todos lo creímos real. Según él, extraer y conservar así esas vísceras proveía de una especie de “batería multidimensional” capaz de almacenar la energía necesaria para hacer óptimos la serie de ejercicios chamánicos que estaba por revelar: teatralmente anunció uno de sus exclusivos talleres de *Intensionalidad*. Como yo había practicado danza Sufí en Círculo Al-Andalus y Antaki nos había dicho que nuestro nivel equivalía a un diploma *Fitness Medium Level*, me di cuenta de que cubría uno de los requisitos para asistir. Lo intenté, pero una muchachita casi niña me hizo preguntas extrañas sobre Eutacticidad. Yo, como físico, recordé que la había estudiado en mis cursos de morfología teórica, así que lancé un rollo sobre regularidad matemática. No me dejó acabar, dijo más o menos “tú te crees que todo está en la razón. No me trago eso de que sepas Eutacticidad, ni idea tienes.” Me hizo gracia el tono tan doctoral de aquella pequeña, intenté replicarle pero se rió muy fuerte y me echó diciendo algo así como “no nos quites el tiempo”. Me enojé mucho y también quedé intrigado de cómo una niña arrogante decidiera quién entraba y quién no a los cursos de Arana, ¡tenía 14

años! Luego supe que aquella adolescente molesta era la *Vinculante Nodal*. Fue mi primera noticia de las famosas “Vinculantes”. Mi ilusión de estar en un curso de Arana se esfumó y ni modo, tuve que conformarme con asistir a las conferencias, que por cierto, costaban bastantito y se pagaban en dólares. En la última invitó a Gossmann, quien hizo una de sus célebres demostraciones telequinéticas. Al final, explicó las razones físicas que subyacían como causa de tal fenómeno. Luego, Arana dio sus propias explicaciones chamánicas, burlándose como niño de lo rudimentario que era el conocimiento científico. El caso es que, al final de la conferencia, mientras la mayoría intentaba lograr una entrevista personal con el brujo Arana, unos pocos nos acercamos a Gossmann. Era un hombre carismático. Nos confesó que conocía a César Arana desde hacía unos años, que eran muy amigos, y que sí, el conocimiento científico era precario, pero democrático: no se necesitaban las dotes sobrehumanas que la voluntad chamánica exigía. La disciplina, el método y la apertura mental bastaban. Yo pensé a mis adentros que tampoco era necesario someterse a la arbitrariedad pueril de niñitas que se creían diosas.

-Bien, bien. Pero ¿podría decirme algo más concreto?

-Pues que a partir de entonces me hice amigo de Gossmann, aunque esa amistad durara poco pues Isaac desapareció luego de subirse, quién sabe si voluntariamente, a aquel autoplano en septiembre del '44.

Alberto preguntó rutinariamente lo que debía en torno a la descripción del vehículo. Se daría cuenta más tarde que los recuerdos de todos concordaban de manera muy notable: autoplano BMW, rojo, triple rotor, modelo 2044.

-¿Algo más sobre su amistad con el doctor Gossmann?

-Pues sí, mire, estudié mi posgrado en física cuántica gracias a su influencia, además de que él abogó por mi ingreso a la Universidad. Entre paréntesis debo decirle que Isaac no sólo era respetado, sino admirado por los investigadores del Max Planck. Luego pude constatar la fuerte amistad que unía a Isaac y Arana. De hecho, su esposa Aretta era una ferviente seguidora del chamanismo aranesco. En una ocasión, ella me dijo que su esposo intentaba experimentar con uno de los mayores logros del conocimiento chamánico: el traslado del cuerpo físico del chamán a universos paralelos. Mire inspector, hay quien dice que Gossmann no desapareció así nomás, sino que trasladó su cuerpo físico a un universo paralelo.

-¿Usted cree eso posible?

-Por supuesto que no. Si se lo cuento es para que vea cómo la personalidad de Isaac era muy compleja, cómo sus vínculos no sólo lo ligaban al medio académico, ya ve, tenía lazos con el esoterismo de Arana y se le relacionaba con teorías disparatadas. Para no mencionar las calumnias de su inverosímil incursión en el mundo de los pinches argentinos, que yo, de ser usted, no consideraría dignas de investigar.

-Entonces sólo hay un chisme sin fundamentos; por lo demás sólo conjeturas en torno a la desaparición de Gossmann.

-Pues sí...

-¿Quiere agregar algo?

-Es que se trata de otra especulación.

-Adelante, dígala.

-Es que era un asiduo de Intermuros.

De algún modo, pese a conocerlo muy poco, Gossmann siempre le había simpatizado. Era una sorpresa saber que el doctor, como él mismo, sentía esa fascinación por el caldero caótico de Intermuros. Perderse en los laberintos de ese mundo era un defecto tolerado pero visto con sospecha. Sintió que Isaac Gossman, estuviese donde estuviese, se iba tornando en colega suyo.

-Bueno, hay mucha gente que va a Intermuros para distraerse.

-Pero ese no era el caso de Isaac. Él iba a la Buenos Aires.

Vaya, esa sí que era una revelación. Ni él mismo, como veterano de Intermuros, podía entrar a la Buenos Aires. Esa zona era relictos de una antigua colonia popular, destrozada en buena parte por el líder de la mafia coreana, Lu Yen, en el 2040. Era también refugio para numerosos delincuentes, entre ellos algunos de extremo peligro, en particular los ligados con la guerrilla. El país entero distaba mucho de la imagen que quería mostrar hacia el mundo. A pesar de la impecabilidad de algunos sectores urbanos como el Santa Fe o el Condesa, la Ciudad de México estaba en su mayoría en manos de la delincuencia. A su vez, la delincuencia estaba ligada al gobierno dictatorial desde hacía años, cuando al dismantelar las viejas mafias, éste se había instalado como poder monopólico. Y en toda esa trama, en los intersticios, asechaban los opositores al Sistema. La Buenos Aires era una zona donde esos activistas lograban cierta protección. Que Gossmann fuera allí lo hacía sospechoso, o bien de lazos con los

ches como creía la jefa Grajales, o como ahora se le estaba sugiriendo, con la guerrilla. Eso sí que era una novedad. Por otro lado una novedad muy incómoda pues de ser cierta, lo enfrentaría con gente poderosa e intocable, poniendo en riesgo su ya de por sí precaria situación personal. Si Achótegui se enteraba el caso dejaría de estar en sus manos por convertirse en asunto de seguridad nacional. Debía ser prudente.

-Dígame algo más concreto.

-Él conocía a Ramiro Ruvalcaba.

Ruvalcaba había sido asesinado el mismo año de la desaparición de Gossmann. Cruz tendría que revisar el asesinato del líder social para descartar posibles nexos con la guerrilla y así conjurar las intromisiones del Ministerio de Defensa.

-¿Me dice que el doctor Gossmann era un subversivo?

-No, pero sí le estoy diciendo que conocía subversivos, es más, le podría decir que simpatizaba con ellos. Mire, la fama que usted tiene en la Universidad me ha dado ánimos para contarle esto. Aunque quizás sea torpe decirlo, debo confesar que yo tampoco le tengo estima a nuestro gobierno; usted, de hecho, fue opositor. Pero desistió de la lucha y se integró al sistema. No lo culpo. Yo nunca he sido un luchador, pero Isaac sí. No digo que fuera activista, pero sí un consejero. Por eso creo que al frecuentar los círculos de la guerrilla se ponía en riesgo.

-¿Sugiere que investigue su participación en actividades subversivas? Es una suerte que no se esté grabando esta conversación, pues de ser así, lo tendría que detener. Su

acusación es gravísima. Mi deber sería turnarlo a la Comisión de Seguridad Nacional y de hecho, este caso tan engorroso quedaría en sus manos librándome de seguir en él.

-Sé bien que no está grabando. El indicador del monitor electrónico está inactivo; desde que comenzamos a platicar usted mismo lo apagó. Torpemente, le repito, confío en usted. Perdone que sea franco, pero asumo que es una torpeza pues usted es policía. No estoy acusando, sólo digo algo que sé y que me parece, usted entenderá. Me atrevo a suponer que no me denunciará ante la Comisión de Seguridad Nacional. Mi confianza viene de que, como todos en el Instituto de Física, conozco su historia y su desgracia Inspector. En cierto modo, Isaac, usted y yo somos colegas. Vaya, lo que quiero expresarle es que la desaparición de Isaac me hace pensar en un asesinato.

-Sea más claro por favor.

-Es que su vida personal tenía muchas aristas peligrosas.

-Con lo que me ha contado, yo también lo creo así.

-Mire, el incidente del Century le colocó en una posición incómoda por no decir que francamente peligrosa con los *Ches*, y luego su excentricidad sumada al éxito en el medio académico le enemistó con el gremio. Y hay que decir que ese éxito se debía a los servicios de asesoría con la milicia norteamericana... No sería el primer caso de una desaparición promovida por algún paranoico que sintiera amenazados los secretos estratégicos de los Estados Unidos. Para acabarla de arruinar, sus nexos con Arana, en especial el fanatismo de su esposa con un grupo tan oscuro como el de *Las Vinculantes*, se me hace sospechoso. El hijo de Isaac está seguro de que fue Aretta, la tercera y última esposa de su padre, quien lo mató. No de *motu proprio* sino impulsada por Fanny Loof, la autonabrada *Vinculante Transversal*. Usted mejor que yo debe

saber que luego de la muerte de Arana, todas *Las Vinculantes* aparecieron muertas en el desierto de Atacama. Todas menos Fanny. También debe saber que en el 2043 murió en Lima Alicia Herrera, otra mujer del círculo aranesco, a la que conocían como *La Licha*. En los periódicos se manejó el rumor de que había sido asesinada por Fanny Loof. Vaya, que ese grupito íntimo del harem aranesco era bastante tenebroso.

Alberto descubrió una notable regularidad. “La Licha” muere en el '43, Gossmann desaparece en el '44, Arana muere en el '45, las “Vinculantes” mueren en el '46 y sus restos aparecen en el '47. A la serie parecía sumarse el hecho de que corriera el 2048, con los asesinatos de Plá y el general Leyva de por medio; pero eso sólo podría preocuparle a un supersticioso, pensó. Lo innegable consistía en que aquellos eran casos dignos de un análisis policiaco. ¿Por qué había pasado tanto tiempo sin que nadie reparara en tantas anomalías? Otra vez, dándole tiempo al tiempo, siguió con el interrogatorio.

-Me sorprende lo tanto que sabe de César Arana y su grupo.

-Es que pasé buena parte de mi doctorado en Sudamérica, entre Perú y Chile. Por allá, la muerte de las *Vinculantes* fue todo un escándalo.

-Ok, está bien. ¿Cómo me dijo que se llama el hijo del doctor, dónde puedo localizarlo?

-No le dije su nombre. Se llama Sergio Gossmann y hace 7 años que vive en Nueva York. Desde que se instaló allá no ha venido a México, ni siquiera lo hizo cuando murió... perdón, desapareció su padre. Mucho menos creo que venga para ser entrevistado por la policía.

-Una última pregunta, pero muy importante. No creo que al hablar de esa suposición del asesinato usted lo haga nada más así por así. Dígame con franqueza, ¿cree usted que algún colega tuviera interés en su muerte?

-La verdad no. Los científicos somos poco viscerales, aunque claro, hay muchas envidias y rencores, pero nuestro medio está lleno de recursos legítimos para ejercer la venganza. Dudo que alguien odiara tanto a Gossmann para asesinarlo. Aunque bueno, no soy especialista, pero usted debe saber mejor que yo que en una desaparición siempre se deben estudiar todas las posibilidades, hasta las más inverosímiles.

-O sea que podría comenzar por los *Ches*.

-Hablo de inverosimilitud, no de imposibilidad.

-¿Porqué está tan seguro?

-Porque yo mismo acompañé a Gossmann a la oficina del rector Enríquez, fui testigo de los argumentos de Isaac y del compromiso del rector para no regresar a los sótanos del Century, además de su preocupadísima insistencia en que no emprendiera ninguna acción pues mucha gente sería afectada injustamente. Al final Isaac desistió, pero lo hubiera visto, era incansable en reprobar el uso de los ciberhedonígenos. Decía que no sólo planteaban problemas morales, sino que su uso era “potencialmente muy peligroso”.

-¿De qué peligros hablaba Gossmann?

-Qué se yo. Aunque parece que son obvios ¿no cree? Toda adicción es un riesgo y los *ciberaves* son adictivos al extremo. En primera porque las alucinaciones que provocan son *absolutamente reales*, en segunda porque son *absolutamente individuales*. Aunque todos compartan las manipulaciones del CJ, éste sólo accede a las raíces básicas de

cada sentimiento; la alucinación surge en la mente individual, modulada por la experiencia personal, por las limitaciones y expectativas de cada participante. No sé si usted haya experimentado un *che*. Yo sí y lo que viví entonces fue fascinante y no se parecía *en nada* a lo que los demás vivieron. Eso se lo dirá cualquiera que haya estado en un *ciberave*. Créame, es una experiencia única, terriblemente adictiva. En mi caso no caí pues soy en extremo conservador. Pero entiendo a aquellos que se enganchan sin remedio. Y bueno, hay otra razón para hablar de riesgos. Es necio recordársela a usted que es policía, pero el mundo del narco es un mundo de violencia donde la vida humana no tiene valor.

-A ver. Me dice que fue a un *ciberave* o a varios. ¿Quién fue el CJ, o en su caso, quienes?

-Le he dicho que soy conservador. Sólo fui una vez. Esa noche estuvo un tal “CJ Arty”. Decían que no era de los mejores, y aún así ¡qué bárbaro! Ni el más bello de mis sueños habría sido tan agradable. Sabía mezclar sentimientos: alegría con un toque de tristeza, enojo y alivio, deseo y satisfacción. El resultado final dejaba una plenitud única. Contaban de *ciberaves* de antología que nunca experimenté. Usted mismo debe saber que Toño Plá era el maestro de los “CJs”. Pero bueno, ya está en la cárcel.

Fue Alberto quien esta ocasión hizo una pausa muy larga. Toño Plá estaba en pedacitos. La mente le daba muchísimas vueltas, había múltiples pistas, todas muy diferentes ¿o acaso estarían ligadas? Su siguiente pregunta tuvo todo el tono de una afirmación.

-Por supuesto que Gossmann conocía a Plá.

-No. Al menos no directamente. Lo que sí sé es que Isaac despreciaba a ese hombre. Una semana antes de su secuestro o lo que fuera, me dijo “es una fortuna que nunca haya visto a ese pederasta, de haberlo tenido cerca, me hubiera gustado romperle el hocico, al menos ese culero ya está en la cárcel”. Así lo dijo, y conste que Isaac no era muy dado a usar malas palabras.

Alberto quedó pensativo. Por lo pronto no creyó necesario seguir preguntando, más bien tenía mucho en qué reflexionar. Ese testigo resultaba una fuente básica de información, ¿serían tan importantes los demás? Aunque estaba cansado decidió seguir con otros, pero a éste lo tendría en un lugar especial.

-Bueno -dijo al fin Alberto-. Le agradezco mucho su paciencia. Usted comprenderá que es muy probable que tengamos la necesidad de entrevistarnos más adelante, así que le rogaré, como a los demás, que permanezca en la ciudad lo que resta de la semana y si es que en las próximas sale, que nos lo notifique por favor. Siento mucho molestarles así a usted y sus compañeros, pero supongo que aún con todo lo que me contó, el hecho de que el Dr. Gossmann fuera un colega ha de estimularlos especialmente para que cooperen con nosotros. Ya sabe que si recuerda o se entera de algún dato que no me haya dicho, le agradeceré me lo comunique. Por lo demás yo sé cómo localizarlo. Ah! Y muchas gracias, de veras.

Dicho eso, ambos se despidieron de mano. Alberto continuó con los

interrogatorios por casi cuatro horas más sin sacar nada nuevo, a excepción de corroboraciones de lo que recién había sabido. Estaba cansadísimo, necesitaba una ducha y sobre todo, deseaba dormir largo y tendido. Pensando en ello, recordando el calor que en esa época conservaba su casa, decidió ir a un hotelito próximo a la Universidad, bastante caro, con clima, cama king size y un bar decente. Era justo que la CIS pagara algo de lo que le quitaba a él. Descansaría, se metería al jacuzzi y quizás pidiera un masaje. Al otro día haría el informe.

Ese informe supuso el mayor avance por largo rato. Ni siquiera la breve entrevista telefónica que logró con el hijo de Gossmann en Nueva York arrojó gran cosa; para el muchacho parecía claro que Aretta Usi, la segunda esposa, era una asesina. “Mi padre, poco antes de su desaparición, me dijo que sentía miedo. Cuando le pregunté de qué, respondió, de Aretta”. Pero el paradero de esa mujer se ignoraba y no había ninguna prueba que sostuviera la conjetura de la familia Gossmann.

Los meses que siguieron fueron tediosos. Leyó y relejó la libreta que le había dado en custodia Achótegui. La única verdadera sorpresa fue que pertenecía a César Arana, era una especie de agenda donde enlistaba actividades y asuntos cotidianos carentes de interés. Sin embargo, en las gruesas tapas había una abertura que mostró tener fragmentos de lo que parecían apuntes para algún libro inédito. Aquellos textos eran incomprensibles, llenos de especulaciones arbitrarias, interpretaciones desquiciadas de viejos mitos mesoamericanos, vaya, simples charlatanerías.

Atorado como estuvo en su investigación, podría haberse intentado relajarse, pero apenas si pudo ver un par de ocasiones a Silvia y rara vez durmió en su departamento. Para no perder el tiempo visitó Intermuros, interrogó gente ligada a Ruvalcaba y a

César Arana, pero por más que intentó avanzar, nada parecía hacer siquiera imaginable que la desaparición dejara de ser un misterio. La CIS lo presionaba y él se encontró, de pronto, en un atolladero. Ocho semanas enteras y vacías. Nada pasó, nada: ni en torno a su investigación ni alrededor de los terribles hechos del Century. Lo único significativo era que el general Achótegui no cesaba de encontrárselo “casualmente”. Él tampoco avanzaba en sus propias indagaciones, pero aún así, lo invitó más de un par de veces a platicar informalmente. “Es crucial intercambiar cualquier información en nuestras respectivas misiones”, le había dicho. Ese intercambio fue nulo.

Sin embargo, su intuición le decía que muy pronto todo iba a mudar de aires y el caso Gossmann acabaría, sin remedio, en un dolor de cabeza.

Desde los sucesos del Century ya habían pasado dos meses y por más que lo intentó, Marta Rosa no pudo comunicarse con Lucho Ceballos. El gabinete de Ugalde estaba en crisis. Se propagó la noticia de que el Ministro de Defensa, el General Dante Manuel Leyva, había sufrido un ataque cardíaco. El comando de la Policía Federal que la acompañó al cateo del Century fue acuartelado casi un mes y sólo a Ramírez le dejaron salir, eso sí bajo juramento de guardar silencio. A ella misma le habían ordenado “discreción absoluta”. La Jefa Grajales sabía de buena fuente, que un cabo de nombre Ramón Islas, había sido llevado al sitio donde presuntamente convalecía Leyva. El cabo era de idéntica complexión y altura que el general. De manera simultánea, Leonard Lumlitz se trasladó de urgencia al Hospital Militar. Toda la acción fue coordinada en secreto por el Ministerio de Defensa para realizarse el mismo día de los hechos; un secreto que, por supuesto, no significó tal para Marta Rosa. Era obvio lo que pasaba: en pocos días el *phersu* de Leyva aparecería en público anunciando su retiro; respondería algunas preguntas para luego irse al olvido. Ella podría apostar cualquier cosa a que de manera inmediata, Lumlitz sería llamado de nuevo al hospital y en unos meses Ramón Islas volvería a escena con un notable ascenso. ¿Coronel? Tal vez ¿General?

El caso es que todo el embrollo le impedía acceder a Ceballos, por lo que de hecho quedaba por completo excluída de la misión que le encomendara el mismísimo Ugalde: culpar a Gossmann de nexos con los *Ches* para así matar dos pájaros de un tiro. Por una parte, si la jefa tenía éxito, él quedaba libre de presiones internacionales

como la impuesta por la CIS. Por otra tendría plena justificación para actuar con dureza en contra de los *pinches argentinos*. “Esos putitos se creen muy chingones por ser de lana. Soy su líder y ahora me están comiendo el negocio, los muy cabrones. Es a *mí* a quien deben entregar cuentas. Yo me los voy a joder con tu ayuda Martita, ya lo verás”. La Jefa sabía que la joda de la que hablaba Ugalde era una clara condena de muerte. Por eso estaba preocupada. Cuánto le urgían unas vacaciones. El Congreso de Criminología en Los Cabos, la semana próxima, sería un buen pretexto, pero como estaban las cosas no podía darse ese lujo. Si no arreglaba la situación para seguir involucrada con el caso, su propia vida peligraba ¿qué peor pérdida de autonomía que esa?

Preocupada por su futuro casi se olvidó de Chava y Bruno. Presionada por la CIS, en ese largo periodo relevó a los flamantes auxiliares del Inspector Cruz de la misión de hablar con él; Alberto ni siquiera sabía de su existencia. La CIS por su parte también mantuvo silencio y directamente, los enclaustró para que participaran en el proyecto de creación de un laboratorio nanotecnológico en sus instalaciones de Querétaro. Para los muchachos, ese periodo fue como un remanso. De no ser porque toda discusión había de ligarse al uso potencial de nanosondas en el área forense, casi se sentían reintegrados a la vida académica. Pero la sensación de estar fuera de lugar regresó sin remedio porque el mismo día que llegaron al DF, un vehículo dispuesto por Marta Rosa ya los esperaba para llevarlos con ella. Sin más, la jefa les dijo tajante que debían volver a su encomienda: esperar al Inspector Cruz y presentarse con él como sus ayudantes.

Pero Alberto, que de por sí era impredecible en sus costumbres nocturnas, rara

vez había ido a su departamento desde el inicio de sus investigaciones en torno a Gossmann. Chava y Bruno solían comenzar su tediosa labor de espera desde que iniciaba la tarde hasta las primeras horas de la mañana. Evidentemente no tuvieron éxito.

Dados los últimos sucesos, el humor de la jefa Grajales era pésimo. Así que su reacción al saber que Bruno y Chava, después de dos días, no habían logrado ver a Alberto fue bastante predecible. Fúrica, no los bajó de ineptos. “Les voy a dar su última oportunidad” les dijo. “Se me van a quedar esperando a Cruz desde este momento hasta mañana y ay de ustedes si no me tienen noticias de él antes de las 10”. Ya eran las 10 y los muchachos no tenían noticia de Alberto; la jefa en cambio sabía que los militares estaban siguiéndolo y que el general Achótegui trataría de convencerlo de que César Arana era un potencial sospechoso. La misión que ella prometió a Ugalde, pues, estaba en riesgo.

-¡Imbéciles! Están idiotas si creen que esto se va a quedar así. ¿A poco creían que todo era vacaciones? ¡No sólo los voy a poner de patitas en la calle, ¡yo me encargo de que *nunca*, ¿oyen bien? *nunca* encuentren más chamba que la de un limpiabotas!

Grajales renovaba esfuerzos para seguir con sus insultos cuando a la oficina entró, más fresco que una lechuga, Alberto Cruz. Abstraída con su enojo, en un primer momento no se percató de quién era, ni siquiera volteó, sólo sintió que la interrumpían.

-¡Con una chingada! Dejé clarito que nadie, nadie me interrumpiera.

-Perdona Marta, ya me voy.

-¡Alberto! -gritó al reconocer la voz- espera, espera, ¿donde chingaos te metiste?

-Estoy investigando el caso, eso hago.

-Pero ya van dos meses ¡no me informaste!

-Marta, recuerda que por ahora no eres mi jefa. Estoy comisionado por la CIS y sólo a ellos me someto. Lo siento.

Marta Rosa hizo un gesto intraducible. Luego intentó calmarse y señalando a los muchachos le comenzó a hablar.

-Alcito, yo también tengo órdenes de la CIS. Mira tu Expediente si no me crees. Es mi deber proveerte de personal calificado que te auxilie en la investigación. Llevas dos meses sin resultados y necesitas ayuda. Pues bien, la tienes frente a los ojos. Te presento a Salvador Contreras y a Bruno Almaraz, dos chicos muy brillantes, doctores en Física Aplicada o algo así. Mira, ambos son expertos en nanosondas, de hecho Bruno trabajó con Gossmann. En cuanto a Chava, además de saber bien los detalles del trabajo con campos bosónicos, conoció a César Arana en persona -dijo con énfasis, anticipándose según ella a la influencia que eventualmente intentaría ejercer Achótegui sobre Alberto-. Ya ves, te he conseguido unos ayudantes que ni mandados a hacer.

-Prefiero trabajar solo.

-Ay Alcito. No te me pongas roñoso. Tú eres subordinado de la CIS, y fue la CIS quien me obligó a buscar estos chamacos -mintió Marta Rosa, a sabiendas de que Alberto desconocía los detalles.

-Pero prefiero trabajar solo.

-Y yo preferiría que trabajaras conmigo, pero ya ves, órdenes son órdenes. Lee tu Expediente, dice muy claro, en la página 6: “El investigador contará con dos auxiliares expertos, provistos por el jefe inmediato superior”. Lo siento, tienes que aceptarlos. Yo cumplo con mi parte pero tú no has avanzado nada. ¿No querrás que la CIS te lo reclame, verdad?

Alberto se encogió de hombros. Como si no hubiera pasado nada, con una sonrisa, Marta Rosa alabó a los muchachos y junto con Alberto, les llevó hasta la oficina que les sería asignada para que realizaran la investigación.

-Alcito, este lugar tiene lo indispensable. Hay acceso directo a bases de datos clasificadas, tienes mesas y escritorio, papelería, equipo electrónico, todo para que no batallen en sus pesquisas. Además, la oficina está aislada, no hay micrófonos, escáners o nada que constituya intromisión alguna. Recibí órdenes muy explícitas al respecto. No obstante, si algo necesitas, vaya, incluso si tus ayudantes requieren algún equipo y tú lo apruebas, sólo pídeselo a Rosita. Ella tiene órdenes mías de obedecerte sin decir ni pío. Hay una partida presupuestal abierta a tu disposición. Tan estoy segura que ahora sí avanzarás, que cuando acabe esto les prometo a todos una cena como Dios manda en el Century. Bueno, los dejo, no quiero entrometerme. Nos vemos.

La Jefa Grajales salió rápidamente y la puerta se cerró. Alberto y los muchachos se quedaron viendo sin saber bien qué hacer. El primero molesto, porque

pese a la verborrea de Marta Rosa, esos chavitos eran *una intromisión*. Los segundos porque luego de ser puestos en ridículo, amenazados y prácticamente condenados al ostracismo por la Jefa, ahora habían sido presentados como ayudantes del tal Alberto e invitados a una hipotética cena de celebración como si tal cosa fuera lo más natural del mundo.

-A ver Chavos -comenzó Alberto. No sé qué broncas se traigan con Grajales, lo único que sé es que ella me los está imponiendo sin haber pedido mi opinión. Entonces voy a poner las cosas muy claritas. Ustedes son mis subordinados, eso quiere decir aquí más que en ningún otro lugar, que son mis *esclavos*. Si no les parece, la puerta es muy grande y más les vale ir saliendo a la de ya.

Chava estaba harto. Hizo acopio de valor y se dispuso a hablar por los dos, a poner en claro que ellos tenían dignidad y que de ninguna manera aceptarían más humillaciones de las que ya habían padecido por dos días. Respiró profundo, miró fijamente a Alberto y comenzó.

-Señor Cruz...

Marta Rosa, casi corriendo, entró a la oficina con una gran sonrisa y una charolita con refrescos y galletas.

-Aquí les traigo esto para que se pongan cómodos y hagan migas. Ah! Y debo decirles

muchachos que allá abajo los está esperando el biplaza para llevarlos a su depa en cuanto se pongan de acuerdo con Alcito. Ahora sí está lista su nueva casa y podrán salir del cuartito donde viven. Ya que lleguen háblenme para que la mudanza se organice con ustedes y les lleve sus cosas. Entre nos, creo que pueden dejar la mayor parte de lo que tienen en la basura, sin ofender ¿eh? El depa que les provee la CIS está amueblado y eso sí, con muy buen gusto. Bueno Alcito, ahora los dejo en serio. Ah!, si quieres pon el seguro de tu nueva oficina nene. Chao.

Chava perdió todo el impulso de que había hecho acopio y esta vez fue Bruno quien habló.

-Inspector Cruz, puede confiar en nosotros. Usted es nuestro jefe y estamos dispuestos a trabajar de inmediato. Díganos qué quiere que hagamos y pónganos a prueba. Si nuestro desempeño no le satisface, no objetaremos que nos destituya. De darse el caso sólo le pediríamos un favor: haga usted la carta de relevo y no permita que sea la Jefa Grajales quien nos corra.

Alberto vio tal candor en la petición de Bruno que se ablandó definitivamente. Ser “recomendado” de Marta Rosa no era ningún privilegio, lo sabía bien.

-Me parece justo, los probaré, como tú mismo sugieres. Lo primero que van a hacer es elaborarme un dossier completito con toda la información disponible sobre estas cuatro personas: Isaac Gossmann, César Arana, Ramiro Ruvalcaba y Ricardo Antaki -se

quedó pensativo- ah! Y también Fanny Loof. Quiero ver cómo ordenan los datos, qué tan eficaces son para generar programas inteligentes que crucen información. Les doy dos días y si quieren pueden trabajar el fin de semana en esta oficina, parece que las computadoras son decentes. Nos vemos el lunes a las 8 en La Bombilla. El desayuno va por cuenta de la CIS. Ahora váyanse ya, sólo tienen hoy para mudarse si es que quieren impresionarme el lunes. ¡Salgan!

Al fin se quedó solo. Tenía que elaborar el informe mensual. Era algo engorroso, en especial por no tener avances. Decidió hacerlo de inmediato. Narró brevemente los resultados de sus interrogatorios. Ante las críticas de la CIS por la carencia de material electrónico, argumentó que había preferido tomar notas en papel en lugar de usar medios electrónicos, “para dar más confianza a los entrevistados”. Indicó que la primera fase de la investigación se enfocaba ahora mismo en armar un dossier con los sospechosos, cosa que ya había encargado a los ayudantes que acababan de ofrecerle. Estaba por cerrar la sesión cuando sonó su móvil. Apresurado, apagó el Expediente.

-Alberto Cruz al habla.

-Hola Alberto, soy Achótegui. Acepto el cafecito en La Parroquia, lo espero en el Audiorama ahora mismo, voy en camino ya.

Antes de que pudiera preguntar algo, el general interrumpió la comunicación. ¿Cuándo le había prometido que tomaran un café? Otra vez estaba ante una orden y era

imposible dudar que tuvieran intervenido su móvil. Tanto misterio le incomodaba muchísimo, sin embargo no podía hacer más que encontrarse con Achótegui. Cerró la puerta de su flamante oficina y se dirigió a los elevadores.

-Qué rápido se va Jefe Cruz, apenas si lo vemos por acá.

-Ya ves Juanito, ando en friega.

-No olvide pasar por sus jabones con Rosita.

-Voy a regresar, gracias, nos vemos en un rato.

-Vaya con Dios mi jefe.

Las secretarias y los intendentes eran muy considerados con él; en verdad le urgían esos pedacitos de jabón para darse una buena afeitada, la barba le picaba y se sentía incómodo. Pero eso tendría que ser después, llevaba prisa. “Por cierto”, pensó, “no sería mala idea platicar con el vigilante de la Sección de Investigaciones Especiales”. El amable Juan Mosqueda, el mismito que acababa de desearle que fuera con Dios, era un viejo hablantín que en la época de la Masacre de Intermuros había formado parte de los cuerpos policiacos de la colonia Buenos Aires. Sus historias, más bien macabras, no gozaban de mucho crédito, en especial por su repetida insistencia de haber abandonado esa vida malvada “gracias a Cristo Jesús”. Pero en ese momento, Alberto no estaba para escuchar relatos ni mucho menos para someterse a los vanos intentos de Juanito por convertirlo en “hombre salvo”. Mejor salió del Edificio de la Comisión a paso veloz y cruzó la rúa Insurgentes rumbo al Parque Hundido. Hacía años que no visitaba el Audiorama, vaya, ni siquiera sabía si aún existía el famoso reloj

de flores del parque. Muy pronto pudo ver que el reloj no solo existía, sino que estaba mejor cuidado que nunca, desde allí una vereda muy bonita llevaba al salón abierto donde los melómanos disfrutaban de un sonido holográfico bastante fiel y de vez en cuando, de algún concierto en vivo.

-¡Alberto!, vamos, lo acompaño.

Un hombre bien vestido, de traje y corbata, se le acercó con familiaridad. Era alto, casi tanto como él mismo, de cuerpo atlético y piel muy morena. El rostro lo tenía lleno de pequeñas cicatrices que delataban una arcaica y febril adolescencia; aquel hombre tendría unos cincuenta años. Aunque lo había visto varias veces, le costó un poco reconocerle sin uniforme. “¿Achótegui?” preguntó, y éste le puso el brazo al hombro con familiaridad, se encaminó con él por la vereda y habló en voz baja pero con gran premura.

-La próxima ocasión le hablaré desde una línea pública con pseudónimo, diré cualquier tontería, pero usted sabrá que es señal para que nos veamos de inmediato en el “Punta del Cielo” de la otra vez o, si no me encuentra, en “El Foco al Aire”. Póngase atento. Todo está cambiando: ya encontraron un doble que reemplazará a Leyva. Pronto anunciará su renuncia y se nombrará un sustituto. Pero de lo del Century no sabemos nada y Ugalde está furioso. En cuanto a lo que usted investiga Grajales le ha insistido mucho en que Gossmann era un *pinche argentino*. No pierda su tiempo en eso. Mejor indague a fondo sobre el incidente de Intermuros en el '40; en especial el modo en que

fue asesinada tanta gente. Ahora, mientras andamos hacia el Audiorama, platíqueme algo sobre por qué prefiere La Bombilla para desayunar a diario. Hágalo con naturalidad, sin gritar ni hablar bajo, como si quisiera convencerme de ir allí. Al llegar, dígame que hoy no puede ir conmigo a La Parroquia, que ya es muy tarde o algo así, que mejor me invita a comer a La Bombilla. Ande, comience ya, no olvide conversar a volumen normal; no grite ni susurre.

Achótegui, como siempre, iba al grano y sabía todo de su vida privada. El “Foco al Aire” era el antro donde trabajaba Silvia ¡en Intermuros! Algo raro pasaba ¿quién los vigilaba? No le gustaba nada el curso que estaba tomando todo. Sin embargo, qué podía hacer sino obedecer. Así que alabó el café y los desayunos de La Bombilla, pero sobre todo, las comidas. Al fin, al llegar a los sillones del Audiorama, le dijo que era tarde para desayunar y mejor lo invitaba a comer en ese restaurant.

-¡Pero qué se cree! ¿Me hace venir hasta acá? Haga favor de no volver a molestarme y límitese a comunicarse conmigo para lo estrictamente necesario. Le advierto que también usted está siendo investigado.

Dicho eso, el general dio media vuelta y lo dejó solo. En el Audiorama vacío sólo se escuchaba “Música para Aeropuertos” de Brian Eno, un clásico de fin de siglo. Alberto no entendió la razón de aquel montaje. En todo el trayecto no se habían atravesado con una sola persona, y allí se encontraban únicamente los dos. “En fin, Achótegui habrá tenido sus razones”, se quedó pensando. A paso lento regresó a su oficina. Juanito, el vigilante, le sonrió y no trató de iniciar ninguna plática pues estaba enfrascado en la lectura de un diario deportivo. Recordó de nuevo que él había

participado en la Masacre. ¿Sería conveniente interrogarlo? Muy a su pesar debía recapitular unos hechos que le abrirían viejas heridas. Esa noche, más que nunca, iba a necesitar las caricias de Silvia; por desgracia, apenas si eran las diez de la mañana.

VI

Era una tarde lluviosa de octubre del 2044, casi anochecía. Aquel fue un mal año. Desde hacía un mes nadie sabía de Isaac Gossmann, su amigo, su consejero. ¿Lo habrían matado? El caso es que lo decidido ya era un hecho: Ramiro Ruvalcaba terminaría con la dictadura de Ugalde. En la Hacienda de los Sánchez del Río, el gabinete entero celebraría una de sus perversas orgías con ciberhedonígenos y la Resistencia les daría una buena dosis de *vacunas* para exterminarlos; “algo muy simétrico” había pensado más de una vez.

Como siempre, la realidad fue más compleja que la imaginación. Si entrar a la Hacienda de Tonacapan fue fácil, salir de allí casi les costó la vida. Eduardo Sánchez del Río, con una entereza que Ramiro le creía inexistente, enfrentó a los militares sin amedrentarse y gracias a ello se salvaron. Al menos por el momento.

El plan había comenzado apenas una semana atrás, cuando Eduardo le informó que Gilberto Méndez, el Ministro de Salud, haría una fiesta de órdago. Desde la incorporación de Eduardo a los rebeldes, la Hacienda de Tonacapan quedó en manos de su primo, Juan Ignacio Díaz de León y Álvarez Amezcua. Pero los peones tenían memoria, seguían siendo buenos amigos del antiguo patrón, y fueron ellos quienes le dieron santo y seña de cómo, cuando y donde sería la famosa “reunión” de los canallas. Ramiro jamás logró convencer a Isaac para que le facilitara alguna de sus “vacunas”. Sin embargo, con los contactos de los Rebeldes en el Century, accedió sin problemas a todas las que necesitaba y con ayuda de los expertos de la Resistencia, no fue difícil reprogramarlas para que cumplieran su heroico propósito. En buena parte

gracias a Eduardo el plan parecía estar hecho a la medida. Pero algo salió mal, muy mal.

Eduardo sabía que el *ciberave* iba a ser en un granero que su primo adaptó para el efecto. A un lado, las viejas caballerizas les servirían a él y a su compañero como refugio. Lo único que tenían que hacer era entrar al granero *antes* de que llegaran Ugalde y comitiva, luego debían cambiar las “vacunas”. Éstas habrían sido llevadas por el ayudante de Méndez, Guillermo Cabrera, su principal contacto dentro del gabinete del dictador. A propósito las dejaría en un lugar convenido, en un recipiente idéntico al que ellos llevaban. Luego, gracias a las modificaciones realizadas, las “vacunas” activarían tal caos en los sesos de aquellos infelices, que no les quedaría dentro del cráneo otra cosa que una gelatina trémula pero inerte. Una vez constatado el éxito de su trabajo, saldrían huyendo para consumar la liberación del país.

Sin embargo eso jamás sucedió. En las caballerizas, los militares les recibieron con metralla. Por suerte, los guerrilleros llevaban consigo sendos rifles electrostáticos. Los pusieron en sobrecarga, a sabiendas de que pese a que eso los dejaría inservibles, su efecto aturdidor abarcaría toda el área de las caballerizas. Con sus atacantes neutralizados les fue fácil huir hacia el monte. Mientras se alejaban de la hacienda las dudas aumentaban. Era claro que los canallas ya conocían el plan. ¿Cómo se habrían enterado?

-Es muy simple -dijo Eduardo- nos delataron. Y eso pasó porque vivimos en un país de maricones.

Ramiro no creyó que el momento se prestara a réplicas, estaban huyendo y sus vidas corrían peligro. Sin embargo habló.

-En la Resistencia nadie pudo delatarnos. Guillermo viene de la Sierra de Jalisco, de una familia expoliada por generaciones. Todos son gente del pueblo. Por favor no hables por hablar ni ofendas así a un compañero. Ya sabremos qué salió mal, ahora hemos de concentrarnos para que no nos encuentren.

-Eres ingenuo -insistió Eduardo-. Ser pobre no quita lo ojete y mucho menos lo pendejo o lo arrastrado.

-Mejor cállate, estás hablando como tu padre.

Impulsivamente, Eduardo jaló a Ramiro por el hombro y se dispuso a golpearle la quijada con todas sus fuerzas, pero éste lo esquivó haciéndole perder el equilibrio. Apenas cayó, le colocó el cañón de la escopeta en la sien. Con una calma que contradecía la ferocidad de su mirada, Ramiro le dijo pausadamente.

-Ya pasas de los 50, con nosotros llevas años y sigues siendo un riquillo a fin de cuentas. No soportas la frustración ni el dolor. Sólo piensas en quién tiene prestigio y quién no, en quién es el jefe y quién el subordinado, en quién es el que sabe y quién el ignorante. Desde hace mucho debí decirte esto: si quieres seguir en la Resistencia tendrás que aprender a soportar los fracasos, pero sobre todo, tendrás que aprender a soportar el peso de tus complejos sin culpar a un camarada -hizo un gesto de desilusión y agregó- eres viejo, dudo que aprendas algo. Mira, no me interesan los problemas que

hayas tenido con tu padre; si estás aquí es por decisión propia, no por despecho o por venganza. Puedes irte cuando quieras, eres hijo del finado Don Pedro Sánchez del Río; si te pescan no pasará del regaño por algún generalito y un exilio, quizá definitivo, en Europa. Si me pescan no pasará del balazo en la cabeza luego de una buena torturadita para calmar el ánimo de algún sardo.

Eduardo perdió muy rápido la furia y sintió una vergüenza terrible. Se quedó quieto un momento y esperó a que Ramiro le extendiera la mano para ayudarlo a levantarse. Estando de pie, bajó la cabeza y pidió una disculpa.

-Tienes razón. Estoy nervioso. Sólo puedo decir que esas comparaciones con mi padre me desquician. A mi edad tales desplantes son de dar pena. Perdóname de veras.

-No hay problema. Nos persiguen y eso pone de nervios a cualquiera, de todos modos, debo decirte que tu dicho de que somos un país de maricones es una salida fácil que he de pedir no uses más.

-Creo que no me expliqué, no estoy difamando ni tampoco denigrando, sólo intento explicarme por qué es tan común la cobardía en este país.

-"Este país" es *tú* país, respétalo un poco.

-¿Cómo voy a respetar algo que no entiendo?

Ramiro siguió andando sin responder. Estaba más preocupado por el apuro que padecían que por rebatir la perorata de Eduardo. Pese a la difícil situación, le alentaba saber que sus actos no eran improvisados, siempre había un plan alternativo: si algo salía

mal, los miembros de la Resistencia pondrían explosivos en una planta de energía solar bastante cercana, para luego atacar la Hacienda y acabar de otro modo con la escoria. Como no llegaron al punto de reunión acordado, aquella estrategia se habría puesto en marcha, la pregunta era ¿con éxito?

Pasaron varios minutos, casi una hora, y los amigos continuaban su marcha en silencio. Al parecer ya nadie andaba tras ellos. El atentado contra la central de energía debía haber tenido éxito y sus perseguidores habrían sido llamados de regreso para auxiliar en el caos desatado. Cautelosos, se escondieron largo rato entre los árboles y al constatar que en efecto no los seguían, prosiguieron la marcha hasta el refugio de Amecameca, una vieja casa de campo de los tíos de Ruvalcaba. Allí descansaron un rato, dispuestos a continuar rumbo al DF hasta bien entrada la madrugada. Ya habrían pasado más de dos horas cuando el silencio de la cabaña fue roto por el ruido lejano de una canción norteña. Tal vez en el pueblo tuvieran fiesta. El sonido del acordeón se acompañaba por el sonsonete necio, monótono, de un bajo; el tono agudo y plañidero del cantante decía un estribillo soso, con una letra bravucona de rimas fáciles y descuadradas.

-¿Te das cuenta? -dijo Eduardo-. No voy a decir pendejadas, créeme. Es tan sólo una teoría. Pon atención en esa dizque música. Fíjate en el tono amariconado del que canta y la paradójica letra llena de insultos y amenazas. Luego escucha el volumen. ¿A cuánto estaremos del pueblo? ¿tres kilómetros, seis? Y nomás ve cómo vibran los vidrios de la ventana con ese bajo desafinado que no da una.

-Sí, me doy cuenta que te caga la música norteña.

-No. No vayas a enojarte, lo que voy a decir es una teoría que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

Ramiro se mantuvo callado. Estaban en un problema grave y Eduardo le salía con “teorías”. Marx tenía razón al hablar de *clases*. Cada clase tiene características implacables, la de Eduardo era rebuscada, rimbombante hasta en el peligro extremo. Alguien debía estar atento y a la vista de todo, ese habría de ser él.

-¿Por qué crees que *deben* poner su escándalo a todo volumen? -dijo Eduardo.

-Para divertirse -contestó Ramiro secamente.

-No. Para aturdirse.

-Pues sí.

-Pero no sólo.

-Para no pensar -replicó Ramiro en un tono cada vez más cansado y molesto.

-No sólo.

-¿Qué importa eso? Déjalos, tienen derecho a distracciones. Casi nada los alegra, trabajan como esclavos y tú me sales con críticas fuera de lugar.

-Es que es algo más profundo y justamente tiene que ver con la esclavitud.

-Piensas mucho.

-Esa que tú llamas música está a todo volumen porque es un despliegue de poder.

-Ciertamente. El amplificador es poderoso -dijo Ramiro con fastidio.

-Sabes bien a qué me refiero. Al poner a todo volumen su escándalo anuncian que *éste es su territorio*. Los gringos serán cabrones al otro lado, los chilangos podrán ser muy

fregonos en su DF, pero en Amecameca, sólo los de ahí mandan. Su fiesta *debe oírse* todo el pueblo, pero además el escándalo es un grito que dice: “¡existimos!” por varios kilómetros a la redonda.

-Ontología pura Eduardo.

-Búrlate si quieres, pero yo creo que esa manifestación es mucho más significativa y desoladora de lo que te imaginas.

-Está bien, cuéntame tu teoría.

-Una vez, un amigo biólogo me decía que el sexo es mucho más que la simple reproducción. El sexo implica comportamientos muy complejos que varían de una especie a otra, pero existen patrones que se conservan, o sea que son muy persistentes. Por ejemplo, me contaba que en los mamíferos con comportamiento social, desde roedores hasta humanos, el sexo tiene la función de reforzar o modificar las jerarquías dentro del grupo.

-Vaya, tu amigo descubrió el hilo negro. Eso que me dices no es gran cosa; cualquier niño ha visto a una rata dominante montando a la inferior. Nada nuevo...

-Cierto, pero estarás de acuerdo que muchos creen que el sexo sólo sirve para la reproducción.

-Sí, el mundo entero es conservador y ñoño ¿eso qué?

-Que enmascara comportamientos humanos muy comunes relacionados con la función social del sexo. Por ejemplo, esas cancioncitas mexicanas, desde las gruperas hasta las tex-mex, desde las rancheras hasta las baladitas, *todas* son cantadas con un tiplecito afeminado. Los cantantes siempre han de tener voces agudas, pero además, sonsonetes plañideros. Las letras están plagadas de desafíos, de agravios, pero el modo en que se

cantan es feminoide.

-Eduardo, después de todo me estás saliendo un conservador crónico. No me dirás que eres homofóbico.

-Todo lo contrario, sabes bien que no sólo respeto a los homosexuales... creo que hasta es estúpido decir que los respeto por ser así. La homosexualidad es una variedad de la preferencia y no voy a discutir eso. Te estoy diciendo que lo “feminoide” se refiere no a una condición ligada al comportamiento genital, sino al papel social del sexo. No hablo de homosexualidad, hablo de simples exhibiciones de poder. Que la música popular mexicana, desde hace años sólo se produzca como objeto de consumo, ha provocado que la ideología del dominio y el ejercicio de poder penetre hasta las últimas notas.

-Eso es obvio.

-Pero en México esa obviedad tiene una expresión patética.

-Entiendo que te moleste la música mexicana, pero lo que me dices es excesivo y perdóname, bastante oscuro.

-No, no es que me disguste la música mexicana, lo que digo es que *esa* no es música, sino un manifiesto ideológico muy vulgar; es la *dictadura de las masas domesticadas*. Mira, deja ver si puedo ser claro: al cantar con voz afeminada, el que canta está ofreciendo las nalgas al macho dominante. Ese “macho dominante” es la abstracción simbólica del signo supremo: es el mismísimo *poder*. Con la canción popular de esta época se refuerza la estructura de sumisión de una manera opaca pero muy profunda. Que esas “canciones” gusten tanto es un termómetro del grado en que nuestro pueblo se identifica, sin ninguna pena, con su condición inferior y subordinada. Es la

aceptación simbólica de la esclavitud, la conversión de la falta de autonomía en patético sucedáneo de la libertad: la soberanía para imponer el ruido a todos.

-No me vas a venir con un análisis psicológico ahora; mucho menos siendo tan débil y arbitrario.

-Es que no es mera psicología. Ese es el componente inmediato, el componente secundario pero no menos importante alude en parte a una muy precaria racionalidad: la racionalidad del agandalle. El maricón que canta a todo volumen dando las nalgas lo hace para agraviar al prójimo, por eso entre más ruidoso y molesto, mejor. Lo que está diciendo es: “yo soy un lacayo, pero aquel que se deje de mí será mi esclavo”. Al decirlo sintoniza con muchos justamente resentidos y entonces, el goce de la fiesta ya no es la alegría, el papel de la “música” no es ni el arte o el compañerismo, todo se limita a compartir frustraciones y a desplegar, como masa, un poder que de otro modo sólo se padece. Con esas fiestecitas escandalosas se refuerza una visión del mundo que da sentido a la existencia, sí, pero *sólo* en términos del ejercicio del poder. Es un despliegue autoritario que anula al individuo; nadie escapa al ruido; o te incorporas a él o te chingas. Hasta el más precario dictadorcillo ve con muy buenos ojos esas expresiones patéticas: son baratas pues cualquiera puede hacerlas, refuerzan la sumisión y evitan la consciencia. Embrutecen y ¿qué rebaño es más manso que un rebaño idiotizado?

Ramiro estaba por replicar algo cuando un sonido muy diferente al de la música lejana comenzó a propagarse por todos lados. Era la vibración inconfundible de unos autoplanos militares. Su zumbido atenuado por silenciadores sólo se escuchaba cuando

ya era imposible protegerse o correr.

-¡Sabemos que estás allí Ruvalcaba! -dijo el altavoz. Sal de inmediato y entrégnos a tu rehén. No tienes ninguna oportunidad de salvar el pellejo. Si algo le sucede a Sánchez del Río, ni te imaginas lo que va a pasarle a tu familia.

-¡Te lo dije! -le gritó Eduardo-. Ese canalla de Cabrera nos delató. Si no, ¿cómo supieron de este refugio?

-Nada que hacer, ya me chingaron. Tú te puedes salvar y si te las ingenias hasta a lo mejor continúa la resistencia. Voy a salir y lo más seguro es que me maten. Si no lo hacen, mátame tú y sígueles la corriente de que fuiste mi rehén. Eso es lo mejor si te interesa el Movimiento en serio.

Ramiro no le dio tiempo a Eduardo de pensar nada. De un salto alcanzó la puerta y la abrió disparando la escopeta. Una ráfaga sorda contestó al estruendo de la vieja arma y el cuerpo ensangrentado de Ruvalcaba cayó al suelo. Eduardo se quedó inmóvil. Los soldados entraron por puerta y ventanas, lo encapucharon, le quitaron las armas y lo amarraron, todo al mismo tiempo y con una velocidad que le pareció imposible. Luego sintió un golpe en la nuca y la oscuridad canceló cualquier pensamiento.

Tercera Parte

Los ricos cuando empobrecemos somos menos pobres que los pobres cuando enriquecen. (“Frasas incómodas y citas inoportunas”. Arq. Pedro Sánchez del Río. Edición especial del Club de Líderes y Empresarios de México, 2030)

“Mi maestro era un hombre simple, al menos en apariencia. Cuando le llevé la copia de la primera edición de “Memorias de un ignorante”, lo primero que hizo fue morder el display del lector lcd. Ingenuamente le expliqué que ese artefacto electrónico era el libro. Él me replicó “y yo que creí que se comía”. Intenté describir su funcionamiento pero me paró en seco “no me interesa la huevada esta”. Continué diciendo que estaba muy agradecido con sus enseñanzas y que por eso se lo quería regalar. Él contestó “mejor me hubieras dado uno de esos libros de antes, con muchas hojas de papel. Me hubiera servido de maravilla para limpiarme el culo”. (Presentación por el autor, de la edición especial en papel, del libro “Memorias de un ignorante”. Lima, Perú, enero, 2039)

Aquella noche, más que otras veces, la dulzura de Silvia fue conmovedora; había mucha tristeza en el modo como lo acariciaba, en su forma de besarlo. “Amor, mañana quisiera que me dejaras hacerte el desayuno, quisiera que te quedaras un ratito más”, insistió al menos un par de veces. Y él, mintiendo, le dijo que claro, que no tenía siquiera que pedirselo. Mientras yacían en la cama, ella le susurró al oído, “me gusta que seas alto” y confiada, plácida, se acurrucó a su lado. Luego, al reposar la cabeza sobre su hombro, enredándole los dedos esbeltos en el pecho velludo dijo: “eres más tierno que un osito”. Al rato se había dormido y a él no le quedó más que ver la silueta de su rostro ingenuo recortando la blancura de la almohada. El perfil era justo: la nariz recta y más bien grande le daba una gracia elegante a esa faz ovalada, donde el pelo lacio, negrísimo, se escurría cubriendo como velo los hombros redondos y suaves. “Qué cursi soy”, pensó Alberto y como en contrapunto susurrante, una voz muy tenue dentro de la cabeza le dijo “¿y si ella fuera *tú mujer*? Era una idea agradable y sin embargo, imposible. Silvia le quería porque no lo conocía bien, no sabía de sus mañas. Por ejemplo, afeitarse cada mañana con su navaja de acero inoxidable, detenerse largo rato preparando la espuma hasta obtener el mantillo cremoso que cubriría al fin su barba cerrada. Tampoco sabía de sus aversiones y mucho menos de su mal genio. Sólo le conocía ese lado vulnerable, ligado a su necesidad de tocar unos senos firmes, de apretar la carne femenina, tan similar a un refugio acogedor y generoso.

¿Acaso no es generosidad permitir que los dedos, al hundirse en la piel, se ilusionen con la posibilidad de perderse en ella, de dejar de ser dedos para reunir, en

esa inmensidad imprecisa que intuye el tacto, la certeza de la unidad perdida? Pero él era un solitario y ese vínculo le estaba negado. Es más, *todos* los seres humanos estaban condenados a la soledad. En el mundo ya no existía sino *un sólo género*, aunque la ley dijera que había dos y los subversivos que había muchos. Las mujeres eran iguales a los hombres porque la “democracia” era eso: igualdad homogénea.

En Intermuros, las mujeres *mujeres*, como Silvia, habían sido condenadas a otra igualdad: la del mercado. Vendían sus exquisitas habilidades ligadas al antiguo ejercicio del sexo *sexo*: el arte de copular y la magia de dar a luz. Se alquilaban para lo primero y también para lo segundo. Las anoréxicas damas modernas eran incapaces de arruinar su cuerpo con un embarazo, así que contrataban a esas expertas para cargar a sus hijos, previamente concebidos en ambientes asépticos y artificiales.

La verdad era que ni Silvia ni él podrían recuperar lo que el *Sistema* les había quitado: su naturaleza. Por eso, desencantado y piadoso, Alberto aguardó a que ella durmiera profundamente. Luego con paciencia esperó que se volteara, para entonces abrazarse a su espalda. Durmió poco, un par de horas quizá. Al fin, cuando su cuerpo ya estaba satisfecho de tanta ternura, se levantó con cuidado, dispuesto a irse en plena madrugada. El reloj marcaba las 3:15 cuando comenzó a vestirse. Se mojó el rostro con agua fría, dejó el dinero y abrió la puerta silenciosamente.

Salir a esa hora, a la calle de una zona franca, era peligroso. Pero si algo le gustaba de Intermuros era la incertidumbre. Además, la casa de Silvia quedaba a una cuadra del Acceso Sur al Sector Condesa, en el margen de las viejas Colonias Doctores y Roma Sur. En plena oscuridad caminó hacia el resplandor que emanaba detrás del Gran Muro. Estando a unos metros de la frontera, como siempre, más de seis guardias

apuntaron con sus armas, luego, en la repetición de una ceremonia rutinaria, él se identificó, los policías se disculparon y al fin se vio atravesando el enorme portón para llegar al otro lado.

La Plaza de Nuestra Señora del Rosario estaba muy sola en aquellas horas y él parecía un noble florentino abandonando su esposa a cambio de alguna aventura. Pero la verdad patética era ésta: salía de un muro con fachadas de utilería para llegar a un escenario de teatro, sin alma, muerto y vacío como feria abandonada. Aún así el Punta del Cielo permanecía abierto, como recordatorio de que el Sector Condesa, siendo un gran parque temático, era cómodo y seguro a cualquier hora. Se sentó en una de las mesas al aire libre y en menos de un minuto, el adormilado mesero le tomó la orden. Tenía mucho qué pensar antes de ir a la oficina. ¿Revisaría los datos de la masacre de Intermuros como le sugirió Achótegui? ¿interrogaría oficialmente a Juanito? No. Nada de eso haría él; en todo caso lo encargaría a sus ayudantes. Sí, eso era, que de algo sirviera el lastre que le había enajaretado Marta Rosa. En cambio, desde su entrevista con aquel testigo de la Universidad varias líneas a investigar se le abrieron, en especial dos: Ruvalcaba por un lado y Faustsch por otro. Lo malo con el caso Ruvalcaba es que también le abría heridas viejas. Aquel guerrillero era un recordatorio de que él, Alberto, había claudicado. “Claudicado”, pensó, “es una palabra obsoleta, ¿de qué claudicar en un mundo donde todo da igual?”. En cualquier caso ese vocablo había sido suficientemente gastado en los años '70 del siglo anterior. “Qué no fue erosionado en los siglos pasados”, volvió a pensar, pensando en lo difícil que le era dejar de pensar. A la cabeza le vino el rostro del maestro Cantarelli, su voz entre afable, agorera y regañona: “a sus bisabuelos, les tocó ver muchos cambios; cambios falaces pero

fascinantes: el avión, los viajes espaciales, las computadoras. A sus padres y a sus abuelos les tocó padecer el desengaño; descubrir que el progreso no es sino una ilusión insana. A ustedes les toca aguantar. Sólo aguantar. Aguantar que todo se derrumbe”. Luego revivió sus clases, los remotos tiempos de la prepa, el empuje juvenil que en ese entonces él compartía con muchos amigos, su confianza ingenua en que podrían recuperarse las utopías, o aún mejor, podrían *crearse* nuevas utopías. Gracias a los dioses, aquel flujo imparable que ya empezaba a sedimentar amargura fue interrumpido por el mesero y la taza humeante de café. Después del primer sorbo se decidió. Comenzaría el día que estaba por llegar investigando a la doctora Faustsch. No le quedaba más que disfrutar de la noche y su soledad.

**

-Chava, pido esta recámara.

-No hay problema, la mía tiene *jacuzzi* y no me molesta subir la escalera de caracol.

-No mames, ¿también tiene *jacuzzi*?

Aquel lugar era lujoso. Estaba sobre la Rúa Universidad, muy cerca del Paseo Miguel Ángel de Quevedo. Desde las oficinas, a pie, se hacía poco más de media hora, pero el tranvía reducía el trayecto a 10 minutos. Aunque el departamento apenas si tenía 80 metros cuadrados, el espacio estaba impecablemente aprovechado. Todas las paredes lucían bellos tapices led orgánicos, de modo que la iluminación nocturna sería suave y relajante. Cada recámara era amplia y estaba una sobre otra. La estancia

aprovechaba la doble altura creada por ambos dormitorios, dando una sensación de enorme amplitud. La cocineta solar era ultramoderna, abastecida diariamente y con menús automáticos programados para no repetir una sola comida a lo largo del año. El desayunador y la sala, muy estéticos, eran de *Central Park*; ni sus padres tenían muebles tan caros. La vista en el gran ventanal no podía ser mejor: el Ajusco, verdísimo por las lluvias tardías de septiembre, hacía innecesaria cualquier decoración. Aparte de todas las comodidades del Loft que les proveyó Grajales, Chava y Bruno quedaron seducidos por tener en su propia casa una conexión directa con la red de la CIS. Era un gesto de la Jefa para disculparse por la impaciencia con que los había tratado. En una nota, Marta Rosa decía “así podrán trabajar más a gusto, sin tener que estar en la oficina todo el tiempo bajo la mirada del pesado de Alcito”. Les advertía que no le dijeran nada, pues ni él mismo tenía algo así en su departamento. También les recordaba que toda búsqueda quedaría registrada en los archivos de la CIS, por lo que habrían de ser sobrios y no andarse con superficialidades. Al final pedía un favor “sólo quiero que me den copias de cada informe, así ahorraremos tiempo. Les dejo mi clave en la Comisión para que envíen los archivos. Esto ha ser confidencial, ya se imaginarán que tampoco han de decirle nada a su jefe. Ah! Y lo de la cena va en serio ¡se la van a merecer, ya verán!”.

-¿Qué opinas Chava?

-Que Marta Rosa nos está usando.

-Yo también, aunque no sé para qué.

-Mira, ahora hay que disfrutar. Y si queremos eludir que esté sobre nosotros, vamos a

mandarle archivos de cosas obvias.

-¿Cómo sabremos qué es obvio y qué no?

-Comenzando las búsquedas que nos encomendó Cruz ahora mismo.

Acordaron dividirse el trabajo. Chava realizaría los informes de Arana, Loof y Antaki. Conocía bastante de los primeros dos y un poco del tercero; sabría cómo avanzar rápido. De Gossmann, Bruno era el experto, así que la indagación más lenta sería la de Ruvalcaba y por eso la emprendería él. Sin embargo, al cabo de un par de horas, Bruno dio con un expediente de la CIA que desglosaba, con muchísimo detalle, santo y seña de cada actividad del guerrillero: desde su nacimiento hasta su muerte. Entre los dos le echaron una hojeada rápida y luego de debatir un poco, decidieron que en lugar de dárselo tal cual a Alberto, Bruno haría un resumen, agregando algunos datos adicionales y tal vez anecdóticos que logró recabar. “Muchas veces en la anécdota se encierra la verdad”, le dijo Chava recordando una de las citas preferidas de su padre.

Trabajaron sin descanso hasta bien entrada la tarde. En las intrincadas maquinarias de sus cuerpos, la falta de descanso y el desgaste emocional de los últimos días reclamaron su ineludible tributo.

-¿Tienes hambre?

-Como León. A ver Bruno, déjame estrenar la cocineta.

Ya pasaban de las 6; el menú disponible tenía una cena sofisticada con Pato a la

Orange y Champagne. Igual que un par de nuevos ricos, Chava y Bruno comieron hasta el hartazgo, se embriagaron, rieron como idiotas y terminaron tirados en la sala. Ninguno de los dos pudo estrenar el magnífico jacuzzi que equipaba sus recámaras y que tanta emoción les provocara al llegar, pero eso sí, ebrios o no habían decidido algo: tirarían todas sus viejas y precarias pertenencias a la basura.

Aunque había estado muy renuente a usarlo, Alberto dispuso del biplaza que le asignara la CIS desde dos días atrás. Eran apenas las 4:45 cuando lo abordó, en la rúa Cuahutémoc, a una calle del Punta del Cielo. Al principio dio la orden de ir a su casa en Cuicuilco, pero cuando estaba por llegar cambió de opinión. ¿A qué querría regresar a su departamento? Había dejado la bolsa con pedacitos de jabón en casa de Silvia y no podría afeitarse. Le quedaba muy poco tiempo para siquiera intentar dormir y además, era probable que la doctora Faustsch llegara muy temprano a sus oficinas en la Universidad. Puesto que al ser sábado sólo laborarían medio día, Alberto decidió ir directamente a la Facultad de Ingeniería Social. Se estacionó a un lado del cajón que decía “Dra. Ivonne Faustsch Colliers. Departamento de Economía Teórica”. Acomodó el asiento en una posición inclinada y decidió esperar el tiempo que fuese necesario. No pasó mucho, a las 5:55, el biplaza de la Dra. Faustsch se estacionaba permitiendo que los tripulantes de ambos vehículos se miraran con cierta extrañeza. Alberto usó el intercomunicador para explicarle el motivo de que la estuviera esperando así.

-Disculpe que la aborde de este modo Dra. Faustsch. Soy el Inspector Alberto Cruz y la CIS me encomendó investigar la desaparición del Dr. Isaac Gossmann Silverstein.

-¡Eso fue hace más de 4 años! -dijo la doctora, aún sorprendida, al tiempo que corroboraba en la computadora de su vehículo la identificación de Alberto.

-Más o menos. Sin embargo apenas ahora están dándose las condiciones para una indagación más fructífera.

-Pues fructífera o no, hoy tendrá que perdonarme. A las 9 seré sinodal en un examen de doctorado en la Universidad de São Paulo, debo prepararme para la teleconferencia en media hora.

-Si quiere la acompaño a su oficina y mientras nos ponemos de acuerdo para entrevistarnos a la brevedad.

La doctora hizo un gesto de fastidio, pero al fin accedió. Salieron de los pequeños autos, permaneciendo un momento junto a ellos. Aparte del acento delicioso con que pronunciaba, a Alberto le impactó tanto el porte de Ivonne Faustsch que su cerebro cayó en esa tendencia vulgar a buscar estereotipos, propia de las mentes confusas. Ningún patrón se ajustaba a aquella mujer. Para empezar le extrañó que pese a sus apellidos tuviera la piel oscura. Por supuesto le deleitaron el pelo castaño ensortijado y los ojos de un verde muy claro, pero ella tenía un cuerpo sorprendente. Su edad debía sobrepasar los 50 años y aún así desbordaba un porte juvenil. Además, su sangre mulata le daba una exuberancia que hacía claro por qué en Brasil, la decadente moda europea de la hiperdelgadez jamás había sido aceptada. Alberto no pudo evitar imaginarse qué tan probable sería una aventura amorosa con aquella

eminencia, que sin proponérselo, en la más tardía madurez seguía emanando sensualidad extrema.

-Perdone si soy directa -le dijo ella- pero trate de ser breve y procure no quitarme el tiempo, ya le dije que tengo un día muy apretado.

Al decir aquello el acento se hizo más pronunciado y si se sumaban la mueca de enojo y el brillo tremendo de los ojos claros, el efecto daba un aura encantadora que a Alberto pareció irresistible. Sintió algo raro en el pecho, se puso nervioso. Sin pensarlo y con torpeza sugirió algo que en otras condiciones jamás se le habría ocurrido.

-Le parece que nos entrevistemos este lunes en el Century?

-Odio esas imitaciones asépticas de *night clubs* de hace cien años. Además no me gusta el alcohol, los ciberhedonígenos o las drogas sintéticas y *light* tanpreciadas por los fanáticos de las modas retro; prefiero el café.

-Muy bien -dijo de repente, recuperando cierto aplomo- ¿está de acuerdo que nos veamos en el *Starbucks* de San Ángel? A mí me vendría perfecto el lunes después de las cuatro.

-¡Amigo Alberto! Yo creía que usted era un amante del café, ¿*Starbucks*? Aparte yo puedo hasta el martes.

Aquella expresión de familiaridad lo turbó aún más. ¿De dónde sacó que era un

amante del café? ¿quién se lo habría dicho? Era la primera vez que se veían ¿acaso ella lo conocía?

-Bueno, usted diga entonces.

-Veámonos en *El Caracol*, éste martes al mediodía.

Aquella era una cafetería ilegal de Intermuros. Con esa mujer las sorpresas parecían ser continuas. No había previsto que tan respetable doctora en economía, teórica estricta, buenura suprema de los viejos tiempos, conociera siquiera Intermuros, mucho menos que fuera asidua de un lugar como *El Caracol*.

-El martes a mediodía.

La doctora le sonrió y dio media vuelta, dejándolo solo, en un estacionamiento casi vacío, con la mirada fija en unas caderas que se bamboleaban rítmicas, desafiando vejez y estereotipos.

Mientras, a lo lejos, la luz grisácea del amanecer anunciaba una mañana muy nublada.

II

El domingo, Chava y Bruno despertaron con una cruda espantosa. Eran más de las once y el primero en intentar levantarse fue Bruno. Le dolía la cabeza, se sentía fatal, así que entró a su recámara y se dio un duchazo. Media hora después estaba muy repuesto, con un hambre atroz y muchísima sed. Cuando salió a la estancia Chava seguía durmiendo, así que decidió desayunar solo. La cocineta dispuso tres menús a escoger, con almuerzos muy extravagantes a su juicio. Era algo estereotipado, pero se moría por unos chilaquiles bien picosos. Así que se vistió, decidido a comer algo apropiado en el “Pancho Villa”, en la esquina de las Rúas Universidad y Copilco. Mientras Bruno acompañaba el tardío desayuno con una cerveza, a media hora a pie de allí, Alberto Cruz preparaba sus cosas para irse a la oficina. Ésta vez se había quedado en un hotel próximo al Parque Hundido y una inquietud persistente fue sedimentándose en su ánimo. No podía ordenar con coherencia los datos disponibles en torno al caso Gossmann. “Tal vez me convenga hacer una búsqueda exhaustiva de lo mismo que ya les dejé a los chavos. Si son tan ñoños como parecen me van a dejar sin nada para el lunes” pensó al tiempo que ya iba saliendo, dispuesto a pasar todo el domingo ocupado; olvidándose por un momento de Silvia.

Le preocupaba pensar tanto en ella. Le preocupaba que su tradicional calentura siempre pasara, del antojo por cualquier mujer, a la necesidad de tener cerca el cuerpo de ella *precisamente*. El apetito peculiar que le despertara la doctora Faustsch el día anterior, por ejemplo, lo había impulsado a regresar de inmediato a Intermuros, pero reaccionó a tiempo y pasó el resto del sábado paseando solo, caminando por los

alrededores de Chapultepec y Reforma, sin hacer nada, hasta que ya en la tarde, decidió quedarse al concierto de cuerdas que solían presentar los fines de semana en Audiorama. De hecho por eso prefirió hospedarse en un hotel cercano a cambio de ir a su depa. La CIS pagaba y eso, en cierto modo, le parecía una pequeña venganza hacia el *Sistema*. Pero tanta inactividad debía revertirse. Tal era la razón de ir a la oficina en domingo, nada más.

Chava por su parte no tuvo reparos en almorzar lo que ofrecía la cocineta. Mientras comía sus huevos benedictinos, tomó varias tazas de café muy cargado y fue mitigando la sed con más de un litro de jugo de naranja. Algo reanimado se puso a trabajar. Quería dar fin cuanto antes al informe Ruvalcaba; no sabía donde se había metido Bruno, pero tenía todo el propósito de terminar el reporte para cuando llegara, de modo que entre los dos pudieran armar el Dossier de los demás sospechosos antes del anochecer. Era mucho mejor trabajar a toda máquina de inmediato que padecer otra noche sin dormir bien.

Alberto pasó toda la tarde en la oficina, revisando archivos, leyendo una y otra vez los artículos de Gossman, echándole un ojo al informe que de Ruvalcaba había preparado la CIA, pero la verdad, no avanzó nada. Seguía cavilando en Silvia, tuvo ganas de quedarse esa noche con ella, pero desistió muy pronto. Debía resolver primero todo el embrollo de esta investigación; ya luego pensaría con madurez y raciocinio qué hacer con su vida. Lo mejor por el momento sería despejarse, casi daban las seis de la tarde y el concierto dominical en Audiorama estaba programado para las siete. El del sábado había sido delicioso, un cuarteto de Debussy; para hoy el Tom Harrell Homage Quintet, el famosísimo “TH²Q”, tocaría, entre otras, “Melodía a

Melodía”, una de sus piezas de jazz favoritas. No iba a perderselo, de modo que tomaría un café en La Parroquia para distraerse un poco. Ya luego caminaría por el Parque en lo que iniciaba el recital. Animado con su plan cerró el Expediente y salió a la calle.

Bruno llegó casi a las tres, a regañadientes aceptó que Chava hubiera terminado el informe que él había comenzado y se puso a ordenar los datos del Dossier. Las terminales que usaban eran seguras, la Jefa Grajales no podía acceder a lo que hacían pues Bruno se encargó de encriptar cada proceso de búsqueda. Fuera cual fuese el interés de Marta Rosa en husmear en torno al Caso Gossmann, ellos se encargarían de evitar intromisiones no deseadas. A eso de las cinco, Chava se dio un duchazo y en unos minutos salió dispuesto a ayudar. No habían dado las siete cuando el trabajo quedó listo. Sin demora enviaron los archivos a la terminal de Alberto mientras que a la Jefa le mandaban un inocuo pero voluminoso informe sobre Gossmann. No se podría quejar. Satisfechos fueron a comer en *Sanborns* de San Ángel. El resto de la jornada estaba a su disposición, todos los bares del Pedregal, abiertos de par en par, se ofrecían como oasis, pero la cruda, el cansancio y la lluvia que comenzó a caer, evitaron que aquel domingo terminase en otro día de juerga. Ahora sí, luego de la empapada, cada uno disfrutaría del jacuzzi que había en su propia recámara; se embrutecerían un rato con el holovisor y al fin dormirían a pierna suelta, sin interrupciones. Necesitaban ese descanso, quién podría saber lo que les deparaba el día siguiente.

Apenas salía Alberto de La Parroquia, cuando se soltó un aguacero fortísimo que duraría toda la noche. Los melómanos se quedaron sin concierto en vivo, ni modo.

Era seguro que el próximo domingo programaran un recital holográfico con el “TH²Q”, esa era la costumbre en Audiorama cuando pasaba algo así: peor era nada. Con ese consuelo, fue corriendo hasta su hotel. Estaba hecho una sopa y necesitaba cambiarse cuanto antes. Lo primero que hizo al entrar a su cuarto fue ver si su móvil y su terminal de bolsillo aún servían. Funcionaban perfectamente, eran máquinas de verdad confiables. Más tranquilo, se metió a la ducha. El agua caliente lo reanimó. Antes de bajar a cenar revisaría de nuevo el informe de la CIA sobre Ruvalcaba.

Se tumbó en la gran cama King Size, abrió la terminal y lo primero que vio fue un mensaje de Bruno y Chava: “Jefe, le enviamos su encargo”. Antes de revisar el correo abrió una noticia de última hora sobre el general Leyva. “Luego de larga convalecencia debida a un ataque cardiaco, el general anuncia su retiro”. El rostro de ese *phersu* era idéntico a la cabeza que había visto en el Century. Alberto sonrió cínicamente pensando en lo mucho que sabía Achótegui. No se entretuvo más y revisó el envío de sus ayudantes. Los archivos estaban codificados y sólo podían leerse luego de una identificación genética. Disgustado, activó el escáner de ADN, sintió el desagradable cosquilleo y acto seguido se abrió el primer Dossier: “Ramiro Ruvalcaba Villagómez”. Estaba muy ordenadito, con entradas en progresión cronológica, citas e hipervínculos. A primera vista parecía un buen trabajo, faltaba leerlo. Abrió el rubro biográfico: nada que no supiera ya. Luego pasó a sus actividades políticas: lo mismo. Una ojeada rápida le bastó para convencerse de que aquel no era sino un refrito del informe de la CIA. “Estos niñitos me quieren ver la cara” se dijo bastante fúrico y sin leer más, pasó al resto de los archivos. Aunque comenzó a repasarlos con mucho escepticismo, pronto se daría cuenta de que la información recabada por esos chavitos

era muy valiosa. El primer archivo se titulaba “Dr. César Arana Báez”. Alberto amplió la ventana donde se describía el primero de sus libros.

«Luego de su conversión (faltan datos para hacer un informe más completo al respecto) Arana pasó largas temporadas en el desierto de Atacama. Su maestro (del que jamás menciona el nombre) le pide que abandone Bolivia y se traslade a Perú. “Las venas de vida de la Tierra no entienden de pequeñeces humanas” le dijo refiriéndose a las fronteras entre países. Por eso tuvo que desplazarse a lo largo de su aprendizaje a través de Sudamérica; por eso tuvo que ir a Atacama. “Memorias de un Ignorante” es un libro que dedica más de la mitad del texto a la narración de sus aventuras de supervivencia en ambiente tan inhóspito. Las enseñanzas de su maestro consistían en buena medida, en la clave para no morir. Por ejemplo, Arana aprendió a distinguir el aura de cada tipo de planta. Las medicinales tenían una tonalidad verde claro, las venenosas despedían un fulgor ámbar. Arana menciona cómo en el caso de su maestro, la coloración percibida era, en esos casos, *exactamente la opuesta*. Según él “toda percepción implica una interpretación; la fuente de estímulo, siendo la misma, en mi cerebro generaba la sensación del ámbar, pero en el de mi maestro, la del verde claro. No podemos confiar en la interpretación, pero sí en que el estímulo que la provoca es homogéneo, pues *siempre* genera el mismo tipo de representación en cada perceptor específico”.

En general, “Memorias de un Ignorante” es un ensayo sobre la identidad entre forma y memoria. Cada forma implica un código que permanece, independientemente de la interpretación. Por eso la mejor manera de aproximarse al código sin enredarse en la confusión interpretativa es a través del lenguaje matemático; pero éste al ser mera

abstracción, no permite *vivir* la memoria. “El pasado es un producto de la incapacidad de la mente de *vivir la memoria*. Lo mismo podría decirse del futuro. De hecho, *el presente* es para el intelecto apenas un concepto, pues el acto de la *conciencia mental* siempre se da en el pasado: cuando nos percatamos de un evento presente, éste ya se desvaneció sin remedio en el pasado”. Según Arana, la única manera de *estar en el presente* es *vivir la memoria*. “*Vivir la memoria* significa acceder a la forma en sí misma. Los griegos presocráticos estaban claros de ello e incluso tenían un término para referir ese acto: ἀναμνησις. Por eso consideraban que sólo era posible la virtud si armonizaban cuerpo y mente; si se lograba además de la *conciencia mental* una *conciencia corporal*. Nuestro cuerpo es estructura, la estructura es forma. Cuando el cuerpo tiene conciencia de sí recupera la memoria y es entonces capaz de *acceder al presente*. El presente es el reino de la *atención*, si se tiene atención es posible ejercer la *intención*”. El concepto “Intención” significa para Arana “algo (...) que alude a la tensión interna de la voluntad cuando ésta se enfoca, con rigor, en el mundo. Los experimentos de Gossmann demuestran que la Intención es equivalente a la decoherencia de una superposición probabilística cuántica. Isaac le llama, simplemente, elección de un mundo”. Si vivimos en un mundo es porque aunque no lo queramos, la memoria de nuestro cuerpo íntegro (incluida la mente, que para Arana es un “epifenómeno” de las redes neuronales que son parte del cuerpo) se enfoca en la *atención*, una atención que sin embargo, está subordinada a interpretaciones sensoriales mediadas por los acuerdos sociales».

“Muy interesante, muy *académico*”, pensó Alberto, “pero estos chavos me mandan un ensayo bibliográfico que hasta ahora no me da ni una pista sobre el caso.

Hasta han de creer que siguen haciendo tareas para sus maestritos mamones de la universidad”. Algo fastidiado revisó con rapidez el voluminoso informe. El tono, entre anecdótico y erudito, seguía más o menos igual. Pasó al rubro titulado “Stephanie Loof Van Beuren y César Arana Báez”.

«Poco después de la publicación de su primer libro, Arana conoce a Fanny. Ella tiene certificación *Fitness Master Level* siendo además de experta en Yoga, practicante de Tai Chi y Artes Marciales. Parece que entre ambos se dio un romance muy intenso que al fin se disuelve con la aparición de Alicia Herrera, conocida como *La Licha*, una mujer que según Arana, le fue presentada por su propio maestro para que la adoptara como primer discípula. Fanny se enamora locamente de Alicia. Hay quien afirma (se anexa lista de miembros del “Primer Círculo Aranesco” que opinan así) que todos los ejercicios de *Intensionalidad* fueron diseñados entre Fanny y Alicia, quedando limitada la participación de Arana tan sólo a los principios teóricos que ya había esbozado en “Memorias de un Ignorante”. El trío protagoniza numerosas escenas de celos (se anexan testimonios al final) que culminan el 23 de febrero del 2043, cuando luego de una discusión entre Fanny y La Licha, aparece el cuerpo inerte de ésta última en el jardín de la casa de Arana en Lima. La causa de la muerte fue “derrame cerebral”. Sin embargo múltiples hechos apuntan a un posible asesinato. Por ejemplo, el momento del deceso según el acta de defunción “sucedio a las 11:30 A.M”. El mismo documento indica que “las autoridades permiten la cremación del cuerpo a las 12:00 horas del mismo día” (hecho, del todo irregular, que sólo pudo ser posible gracias a los contactos de Arana con la policía local). No hubo autopsia y sólo hay que *creer* lo que dice el acta, sin tener evidencia médica que sustente la causa precisa del

deceso».

“Vaya” pensó Alberto, “al menos esto ya es algo. Pero faltan datos fehacientes, definitivos. Así como me lo ponen parece más un chisme que otra cosa”. Leyó aprisa en busca de alguna prueba contundente. Al no encontrar nada, pasó al subtítulo “Ricardo Antaki Eram”

«Experto en cultura islámica y miembro de la Academia Mexicana de la Historia, el doctor Ricardo Antaki funda Círculo Al-Andalus el miércoles 19 de septiembre del 2035. Su propósito “recuperar el potencial cultural que el islam brindó al mundo hispánico”, lo lleva a organizar cursos de historia, filosofía y artes, que convierten a Círculo Al-Andalus en uno de los centros culturales más importantes de Hispanoamérica».

Más adelante, el texto se hundía en descripciones minuciosas de la filosofía Sufi, que a Alberto le parecieron cansadas y del todo prescindibles. Sin embargo, al narrar los nexos entre Antaki y Arana, algunos datos interesantes captaron su atención.

«Arana conocía a Antaki desde tiempo atrás; Alicia Herrera había sido asidua de Círculo Al-Andalus desde su inauguración. Pero es hasta enero del 2042 cuando Antaki presenta a Isaac Gossmann con César Arana. Éste último conocía bien los textos del doctor, mencionándolo ya desde su primer libro, sin embargo no se habían encontrado personalmente nunca antes. Al cabo de unas cuantas sesiones en su casa de Lima, Arana queda encantado con “la extraordinaria inteligencia del *mexicano*” y lo invita a pasar una temporada con él, en junio del año entrante, en una cabaña donde Fanny Loof y las demás *Vinculantes*, se entrenarían en nuevos ejercicios de *Intensionalidad* apenas conocidos por muy pocos. Al llegar la fecha, el Dr. Gossmann,

recién casado con Aretta Usi, intenta declinar, pero Arana insiste y extiende la invitación a su esposa. A finales de junio, Aretta alcanza a Isaac en la cabaña de Los Andes. Por casi cuatro días, en el lugar están únicamente la pareja Gossmann, Ricardo Antaki y César Arana; *Las Vinculantes* habían salido a un “recorrido *mnémico*”, término acuñado por Arana para significar los peculiares ejercicios que Loof y las demás mujeres del círculo aranesco realizaban en campo abierto; prácticas indispensables para “ejercer la atención corporal y recuperar la memoria estructural de su anatomía ejercitando la anamnesis”. En esos días, durante largas charlas frente a la chimenea, Gossmann explica detalladamente sus experimentos con campos bosónicos a César Arana. Ricardo Antaki destaca las enormes similitudes entre los fenómenos perceptuales estudiados por Gossmann y las diferentes prácticas del sufismo».

“Otra vez van a echar su rollote” se dijo Alberto. Y en efecto, por varias páginas se describían nexos entre la física de los campos bosónicos, las prácticas sufís y la *Intensionalidad* aranesca. “Paja, pura paja y charlatanería” siguió pensando Alberto. Aburrido y algo cansado, estaba a punto de cerrar su terminal cuando leyó algo que acabó interesándole.

«Fascinado con las ideas de Gossmann, Arana le propone que se una a su grupo. “Con tu inteligencia y mi *intención* lograremos lo que ningún grupo de chamanes ha logrado jamás” (todas las citas provienen del testimonio de Ricardo Antaki, entrevistado personalmente por Salvador Contreras en marzo del 2047. Las grabaciones están disponibles al final del archivo)».

Alberto abrió de inmediato las grabaciones a las que se referían sus ayudantes. Eran muy nítidas y corroboraban cada cita al pie de la letra. “Esto va a ser útil. Se me

hace que ese Chavita estuvo metidazo en el grupo de Arana. Me imagino que ha de tener más grabaciones; al menos hay algo que puede salvarse de entre tanta paja” pensó con dureza, pero la verdad, en el fondo estaba complacido. Este primer encargo que le mostraban los recomendados de Marta Rosa, era un buen trabajo; algo cargado de literatura, pero bueno al fin. Picado por la curiosidad continuó.

«Arana estaba convencido de que los experimentos de Gossmann podrían unirse de algún modo a las prácticas de la Intensionalidad, haciendo factible “que la atención se centre en nodos alternos del infinito, es decir, que el cuerpo físico sea capaz de elegir de entre el ilimitado número de mundos que pueden ensamblarse por la atención, aquel o aquellos que la voluntad desee”. De manera insistente trata de convencerlo para que abandone la Universidad Nacional de México y se incorpore a su gran proyecto: *InnerSpace*. Una asociación que propagaría los frutos de tan poderosos conocimientos. Isaac agradece la deferencia pero le dice que no puede dejar la vida académica. A partir de entonces, Arana insistirá una y otra vez, de un modo nunca visto en él, para tratar de convencerlo; sin embargo en aquella primera ocasión, su insistencia fue la más fuerte de todas, porque además de Arana, Fanny se sumó al esfuerzo. Era evidente la atracción que generó en Fanny, Aretta, al grado de que, según Carla Gotti (se anexa grabación al respecto), hubo algunas esporádicas escenas de celos entre Gossmann y su esposa».

“Aunque suena a chisme de vecindad, esos datos si que podrían arrojar alguna pista” pensó Alberto y continuó leyendo. Se saltó algunas anécdotas de poco interés, leyó sin pausa el trabajoso texto, hasta que llegó a cierto pasaje donde se narraba el viaje que hizo el grupo a Machu Pichu.

«Muchas fotografías se tomó el grupo. Arana y Fanny evitaron siempre salir en éstas. Meses después, a finales del 2043, César Arana volvió a ver las imágenes y entonces, súbitamente, buscó con insistencia a Ricardo Antaki. Al fin acordaron reunirse en Quito, aprovechando la inauguración de Círculo Al-Andalus Capítulo Ecuador. En una reunión solemne, frente a todas las *Vinculantes*, Arana dijo haber notado en las fotografías del viaje a Machu Pichu “una rarísima anomalía en el aura energética de Ricardo Antaki. Al principio me preocupé, pues pensé en la posibilidad de alguna enfermedad. Pero hoy mismo, al tocar *directamente* el aura de Antaki, he percibido una configuración que evidencia estructuras propias de un chamán. Esa era la rareza. Esa es *la señal*”. Dicho esto, cada *Vinculante* se acercó a Ricardo, constatando según ellas lo dicho por su guía. “La fuerza de la *Intensión* te ha elegido Ricardo Antaki Eram. Tú serás mi sucesor”, le dijo Arana. Incómodo y halagado a un tiempo, Ricardo Antaki agradeció el honor, pero declinó sin lugar a dudas diciendo “ustedes recorren un camino extraordinario, pero a mi humilde manera, yo recorro el mío propio”. A partir de entonces, César Arana no sólo dejó de hablar con Antaki, sino que se dedicó a burlarse de él y de “ese club de egos bobalicones: el *Cir-culito* Al-Andalus”.

El 2044 comenzó como una época de rupturas. Pocos meses atrás, la relación entre Aretta y Fanny llegó a tal grado que ambas se fueron a vivir juntas a casa de la última en Guayaquil. Cuando al fin, Isaac estaba por divorciarse, Aretta regresó con él, desatando la furia de Fanny que, según algunos (se anexa lista de testigos) dijo “a mí nadie me deja. La última que lo intentó fue la Licha y ya sabes lo que le pasó”. No obstante, la relación entre Arana y Gossmann parecía mantenerse intacta».

“Esto ya va tomando tintes de telenovela” pensó Alberto “pero la mayoría de asesinatos son así de vulgares”. Con ese informe, en su mente se fortalecía la posibilidad de que el caso Gossmann fuera un asesinato. Quizás un crimen pasional, como suponía la familia del desaparecido. Alberto vio el reloj: casi las dos de la mañana. Era muy tarde para bajar a cenar, estaba cansadísimo y al otro día, a primera hora tendría que ver a sus ayudantes. Les dejaría mucho más chamba, les haría críticas feroces, pero no les permitiría percatarse de que en realidad, estaba complacido y hasta divertido. “Esos chavos me escribieron una novelita para antes de dormir”. Y fue cierto, durmió profunda y plácidamente, como no lo había hecho en los últimos dos meses.

III

Todo parecía indicar que esa sería una semana lluviosa. Un poco a disgusto, Alberto usó su biplaza para llegar a La Bombilla; estaba algo cansado y no quería empaparse de nuevo con aquella lluvia pertinaz. Eran casi las ocho y cuarto, tenía mucha hambre y sus ayudantes no llegaban. Además no se sentía muy a gusto, pues con tal clima era imposible comer en los patios; se tuvo que conformar con el privadito que daba su ventanal hacia la Rúa Insurgentes. Mientras pedía el desayuno de siempre, Chava y Bruno al fin llegaron, la lluvia era muy fuerte y estaban totalmente mojados. Alberto, sin mirarlos a los ojos, hizo un gesto para que se sentaran, sacó su terminal y sin más comenzó a regañarlos.

-Llegan tarde, me hacen esperarlos como si fuera su idiota. Les pedí un dossier y me entregan un fusilote. ¿Qué les pasa? ¿Creen que no me iba a dar cuenta de que me estaban dando el mismito informe de la CIA que conozco al dedillo?

-Pero Jefe, es un documento totalmente nuevo -dijo Bruno- aunque sí, es cierto, usamos como fuente el informe que hizo la CIA sobre Ruvalcaba pero...

Alberto dio un manotazo en la mesa. El mesero se asomó para ver qué sucedía, pero al percatarse de la actitud del inspector, salió lo más discretamente que pudo. Chava y Bruno quedaron petrificados. El rostro de su jefe se había tornado rojísimo, su mirada parecía la de un toro de lidia, enfurecido y salvaje.

-No me van a replicar nada. Nada. Fíjense lo que hago con la mierda que me enviaron.

Les mostró la pantalla de su terminal y pudieron ver cómo borraba de la memoria su reporte. Horas de esfuerzo, toda una tarde de trabajo echada a la basura. Ya se los habían advertido: eran *esclavos* y no podían reclamar nada. Chava tuvo que hacer un gran esfuerzo para no protestar. Por lo pronto iba a calmarse, pero llegando al depa hablaría seriamente con Bruno. De seguir así las cosas él renunciaba. Le tenían sin cuidado las consecuencias de ese acto: aquello era más que suficiente.

-Tienen muchísimo que hacer -siguió Alberto- Si creen que aquí van a holgazanear están pendejos. El informe de Ruvalcaba queda pendiente. Van a trabajar en él y mucho les recomiendo que no me quieran ver la cara otra vez. Por lo pronto, de entre toda la paja que me enviaron tendré que escarbar para ver si algo se salva. Ahora mismo van a arreglar su ineficiencia. Para mañana tempranito, en la oficina, quiero un informe completo de la biografía de Fanny Loof.

-Pero es que ya le enviamos eso -se atrevió a decir Chava.

-¡Ni madres! Me mandaron un anecdotario novelado. Aquí no es un centro literario para principiantes, vaya, ni para consagrados. Es una agencia policiaca y estamos investigando un probable homicidio. Me hacen esa biografía con exactitud, sin paja ni rollos. Más datos, *eso* es lo que necesito: menos paja y más dato.

-Entonces qué quiere -dijo en tono retador Chava.

-Que desquiten el sueldo, huevones. Mañana necesito el dossier biográfico de Loof y lo mismo de Ruvalcaba. Además me deben ordenar mejor la información, con acceso

directo a bases de datos y referencias cruzadas para corroborar lo dicho en lugar de erudiciones vacías. Rollo, puro rollo es lo que hasta ahora han escrito. Nomás para darles una muestra, a ver, ¿saben el paradero de Aretta Usi?

-Bueno, parece que hace un año la vieron con Fanny Loof en Tijuana, a lo mejor sigue allá pero la verdad no encontramos datos -dijeron como un coro desfasado y torpe.

-¿No Angelitos? Hoy por la mañana, apenas me levanté, abrí el Expediente Gossmann y decía *clarito*: “Aretta Usi: DESAPARECIDA” Así, en mayúsculas.

-Pero nosotros no tenemos acceso al Expediente completo. Es confidencial y sólo usted lo conoce -dijo Bruno.

-Pero bien que supieron cómo entrar a los archivos de la CIA, que son mucho más confidenciales, para fusilarse el informe de Ruvalcaba. Ya ¿eh? Mejor dejan de replicar o los pongo de plano a disposición de Grajales. Tengo mucho que hacer. No estoy de humor para discutir con ustedes y menos para ver sus gestos. Váyanse a otra mesa, desayunen rápido y pónganse a trabajar. A ver si dejan de escribir chismes y cuando menos me entregan algo decente para mañana.

Alberto hizo una seña al mesero, diciéndole “luego me pasas su cuenta”. Los muchachos se retiraron, extrañados, humillados. Alberto mismo se sintió incómodo. Era consciente de haber tenido un desplante excesivo. Ciertamente, era muy fácil hacerlo enojarse, pero esos chavos le habían dado un buen trabajo ¿porqué tratarlos así? Porque eran una imposición de Marta Rosa. Nada más.

**

Alberto no pudo evitarlo, apenas salió de La Bombilla, se dirigió cuanto antes a Intermuros. Para qué hacerse tonto. Tenía que ver a Silvia, la extrañaba deveras. El biplaza tomó por la Rúa Insurgentes y al llegar a la Baja California torció a la derecha. A lo lejos se veía el Gran Muro. Lo estaban remodelando y siguiendo una costumbre muy mexicana, todo el esfuerzo se dirigía a construir una simulación que no pareciera tal. La porción de Intermuros que quedaba atrás colindaba con la vieja Colonia Buenos Aires; era una de las zonas más peligrosas de todos los corredores francos diseñados por Sánchez del Río. Sin embargo, la fachada que iba a ocultar ese desastre pretendía ser no sólo una protección, sino también telón estético para apaciguar conciencias. Puesto que a un lado se encontraba el viejo Panteón Francés, a los nuevos arquitectos de la Comisión Urbanística del Distrito Federal se les ocurrió copiar en cartón piedra la imagen del famoso Hotel Ritz de la capital francesa; la altura era adecuada y según ellos, muy a propósito del estilo de la zona. El insistente repicar de su móvil impidió que el cerebro de Alberto se ocupara en los pensamientos irónicos al respecto que, inevitablemente, se le habían ocurrido.

-¿Se encuentra el señor Brian Eno?

-¿Quién?

-Perdone, ha de estar componiendo música para aeropuertos.

Colgaron y luego de extrañarse por la estúpida conversación, Alberto no tardó en reconocer el tono de voz. Era Achótegui. Según lo acordado, el simple hecho de que

lo llamara era una orden para verse. Tendría que ir de cualquier modo rumbo a la Plaza de Nuestra Señora del Rosario. “Espero que sea lo que sea que tenga que decirme, pueda visitar aunque sea un ratito a la Chivis” pensó, aunque en cierto modo, las circunstancias le estaban ayudando a cumplir sus propósitos en torno a Silvia: primero terminar con sus obligaciones para luego ocuparse de qué diablos hacer con su vida.

El biplaza lo dejó muy cerca del Punta del Cielo, bajó pero antes de que pudiera dar el primer paso, cuatro hombres, tan altos como él mismo, se le pusieron enfrente. El más fornido se identificó al tiempo que otros dos lo apretaban suave pero firme por los brazos.

-Inspector Cruz, soy el Teniente Ismael Campaña, de la Policía Militar. Tendrá que acompañarnos para un breve interrogatorio.

Justo detrás, el otro militar que había perdido de vista le puso una mano al hombro, se le acercó y dijo muy quedo “no vaya a hacer nada, sólo le llevaremos con el general Achótegui”. Eran casi las 10 de la mañana, a esa hora, la plaza estaba bastante llena de gente, la mayor parte turistas disfrutaban la escenografía simpática que simulaba, en pleno Distrito Federal, en el centro mismo de una capital latinoamericana y subdesarrollada, la belleza del pasado europeo. Pasaron de largo la esquina de Querétaro, dejando atrás el Punta del Cielo. Eran una comitiva muy notoria, todos volteaban a mirarlos, cuchicheando. “¿Quiénes serán aquellos gorilones? Ni duda, algo gordo.” Alberto se sonrió ante lo que imaginaba que aquella gente estaba pensando. Llegaron a unos pasos de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario y

entonces, el general Achótegui avanzó hacia el grupo. Sin preámbulos le sostuvo una mirada muy dura y comenzó a hablar.

-Cruz, se lo dije. Ni lo amenacé ni lo engañé. Usted también tiene que ser investigado. Sabemos de su participación en el MODU y la verdad me extraña que la CIS le haya asignado el caso que ahora intenta resolver. Acompáñeme.

El grupo se dirigió a la Sacristía. Entraron y por un corredor estrecho penetraron hasta el jardín que alcanzaba a adivinarse al fondo. Entre las labores urbanísticas de Sánchez del Río se contempló siempre “la dignificación de los espacios dedicados al culto católico”. En este caso, la Plaza de Nuestra Señora del Rosario era un ejemplo. No sólo se restauró la iglesia agregando aquellos contrafuertes que tanto la favorecían, sino que se le construyó una plaza de estilo renacentista en torno. Además, la demolición de los edificios adyacentes al templo dejó la superficie necesaria para que Sacristía y demás instalaciones administrativas quedaran incorporadas al gran proyecto urbanístico. La nueva edificación, en estilo Neogótico, permitió que ese espacio recuperara los tradicionales jardines y huertos propios de un convento medieval. El patio arbolado al que llegaron tenía una gran terraza central donde solían hacerse las diversas ferias religiosas que saturaban el año litúrgico. Sin embargo, el espacio estaba ocupado en ese momento por tres autoplanos militares custodiados por soldados muy bien armados. Alberto comenzó a preocuparse. Para ser un montaje teatral aquello era demasiado. Recordó su juventud, la rabia que le provocaba cualquier despliegue de fuerza innecesario. Ahora, tenía que aceptarlo, él mismo era

ejecutor y participe de actos de ese talante y por lo que parecía, muy pronto iba a ser víctima de los mismos.

-Teniente Estrada -dijo Achótegui dirigiéndose al hombre que lo custodiaba en la retaguardia- Usted vendrá conmigo, espese a Cruz de inmediato.

Definitivamente aquello pintaba muy mal. ¿Qué sucedía? Una cosa era que lo interrogaran, otra muy diferente que lo detuvieran. Sólo se esposaba a un detenido. ¿La CIS permitía todo esto? Alberto no entendía nada y sí, estaba muy preocupado.

Abordaron los autoplanos. El más amplio tenía separada la cabina del piloto de la de los pasajeros. En ésta entraron, primero el general, luego él y por último Estrada. Con suavidad los autoplanos despegaron. Era tan sutil el movimiento, que de no ser por aquello que veían los ojos, el cuerpo no se habría enterado de que estaban en el aire. En un vuelo lento y rasante, los autoplanos tomaron rumbo justo por encima de la Avenida Álvaro Obregón. La vista era hermosa: el cielo nublado se recortaba por las copas de los árboles, y abajo, el camellón central asemejaba a la Rambla barcelonesa. Achótegui hizo un gesto y el teniente Estrada liberó a Alberto de las esposas.

-Alberto, usted perdonara los modos. No entraré en detalles pues el tiempo apremia. Sólo debo decirle que estamos ante hechos que ponen en riesgo la seguridad nacional. Su investigación, al parecer, es una pieza clave en todo esto. Mire, antes que nada debo pedirle que sin preguntas ni desacato, deje de buscar por un tiempo a su amiga Silvia. Sólo le diré que si insiste en verla la pondría en riesgo, además de que ya tomé

medidas para que salga de la ciudad. Por ella no se preocupe, a donde va estará mucho mejor que en Intermuros. Ni se le ocurra, pues, volver al departamento de la calle doctor Martínez del Río. De este tema, hasta que yo diga, no hablaremos más. Ahora daremos un recorrido corto y al fin vamos a dejarle en el Campo Militar Número Uno. Allí tendrá un biplaza a su disposición. Si le preguntan algo, sea quien sea, dirá que tuvo un interrogatorio insustancial con nosotros. Si quiere enójese, sé bien que no le cuesta trabajo. Diga lo que quiera o lo que piense de los militares, de preferencia insúlteme, el caso es que no niegue que estuvo con nosotros. Si fuera necesario que hable bien del MODU hágalo; la UNAM ya no existe, a nadie dañará si despotrica. Sólo cuídese de decir ofensas a Ugalde o a su gobierno. No se preocupe por Estrada, es mi secretario personal. Mire, el autoplano es el sitio más seguro para hablar. Éste en especial está equipado con sistemas de interferencia que impiden que haya fisgones. Hoy, la jefa Grajales va a invitarlo a una cena en el Century. Acepte con remilgos y déjele claro que sólo va porque puede ser importante para su investigación. Dígale que lo interrogamos, hable mal de los militares, ya se lo he dicho, y la próxima vez que nos veamos me cuenta de sus reacciones. Imagino que ha de estar desconfiando de mí. No me extraña, pero déjeme decirle algo: en este momento, yo soy el único conocido confiable que tiene. Sus amigos podrían ser engañados y además estarían en peligro si usted intentara siquiera insinuar lo que aquí estamos platicando. De sus compañeros en la policía o de sus jefes en la CIS mejor ni hablar. Como ve no tengo mucho más que decirle. Estoy tan confundido como usted mismo. Bueno, vamos llegando al Century. Aquí bajo yo. Perdone pero Estrada tendrá que esposarlo de nuevo. Sólo una cosa, cuando yo le hable la próxima vez, independientemente de donde lo cite nos vemos en

El Foco al Aire.

Apenas descendió Achótegui, el autoplano volvió a despegar. Ésta vez, los cristales se oscurecieron impidiendo ver cualquier cosa hacia afuera. Típico de un interrogatorio violento. El mutismo de Estrada le asustó un poco ¿sería cierta la perorata que acababa de decirle el general? Pasó una media hora y al fin, mientras sentía en las entrañas un cierto vacío que evidenciaba que bajaban con rapidez, el teniente habló.

-Tengo instrucciones del general para que esté confortable en las próximas dos horas. No se preocupe al bajar. Nos escoltarán varios soldados hasta los separos. Allí lo dejaré solo unos minutos, luego regresaré y voy a llevarle algo de comer. Dígame, ¿qué platillo desea?

-Lo que usted quiera -dijo Alberto, entre extrañado y confundido.

-Bien, a mí me gusta el bife con papas y los fideos. ¿Qué querrá de beber?

-Me da igual.

-Bien, a mí me gusta la cerveza Bohemia.

Dicho eso, Estrada dejó de hablar. Al poco, los cristales volvieron a ser transparentes permitiéndole ver cómo bajaban en el Campo Militar Número Uno. Todo lo que le había anunciado el teniente sucedió al pie de la letra, con la diferencia de que en los separos pasó casi dos horas. Ese tiempo permaneció esposado, dudando muy en serio que lo dicho por sus captores fuera cierto. Curiosamente, su necia tendencia a

pensar se canceló casi por completo. En estados de estrés extremo, cuando dudaba de conservar su integridad física, Alberto descansaba de ese flujo imparable de pensamientos que en otras condiciones jamás se interrumpía.

Llegó Estrada. Un soldado llevaba la mesita con comida y bebida. Cerraron la puerta, quedaron solos. El militar le quitó las esposas diciendo que se pusiera cómodo, dispuesto a satisfacer el apetito. Los platos con sopa y con bisteces fueron devorados por ambos sin mediar palabra. Las cervezas acabó bebiéndolas el teniente, Alberto se conformó con tomar agua. Al terminar, el teniente habló.

-Inspector, el general insiste en que tenga cuidado y siga sus instrucciones al pie de la letra. ¿Tiene alguna duda al respecto?

-No. Hablaré mal de los militares y créame, no va a costarme trabajo.

-Muy bien, pero tampoco olvide que no debe siquiera intentar comunicarse con su novia. Apenas salga, dos soldados lo escoltaran al biplaza. El general me indicó que debe ir directamente a su oficina. Allí estará esperándolo Grajales. Haga lo que tiene que hacer.

A partir de su llegada al edificio de la Comisión todo sucedió como había deseado Achótegui. Con excepción de que se topó con Chava y Bruno. Aquellos muchachos le dieron ternura. Se sintió apenado por la manera en que los había tratado y un poco para congraciarse y otro para darle tiempo al tiempo, les habló con amabilidad pero también con firmeza.

-Miren Chavos, revisé los documentos completos. Fuera de las burradas que ya les critiqué el resto es bastante aceptable. Tomen en cuenta lo que les dije y no crean que me estoy ablandando. Sólo quiero decirles que si atienden mis críticas podrán hacer un muy buen trabajo. La verdad se están ganando mi confianza y por lo demás han de perdonar mi carácter. Les doy hasta el jueves para que entreguen lo que les pedí. Por ahora relájense, si quieren pueden ir a su nuevo depa, allí trabajarán mejor, no tienen que seguir aburriéndose aquí.

El semblante de Chava cambió y Bruno no pudo ocultar su alegría, pese a todo su jefe parecía ser una buena persona. Luego, Alberto fue a la oficina de Grajales. Allí sí dio rienda suelta a su coraje. Le contó más o menos lo que le dijera Achótegui. Marta Rosa no cesaba de hacer comentarios irónicos y a la vez maternales. Así era ella.

-Bueno Alcito, tengo una noticia que puede aliviarte un poco la furia contra esos cabrones. Mira, los putitos del Century quieren congraciarse con nosotros. El gobierno ya solucionó lo de Leyva y las cosas se han relajado. Ya ves, de lo que vimos no se ha filtrado ni una palabra y están agradecidos. Así que hoy nos invitan a una cena muy especial. Será riquísima y además estará amenizada nada menos que por Marlene Dietrich. Ya verás que te encantará y yo me comprometo a que si te gusta, cuando todo esto termine la Dietrich les dé un espectáculo privado a ti y tus muchachitos.

Alberto siguió el consejo de Achótegui, aceptó a regañadientes. No le costó hacerlo pues en verdad, el Century le fastidiaba. Sin embargo una intuición muy fuerte

le decía que esa velada sería fundamental para el curso de la investigación sobre Gossmann. Qué más podía hacer. Ese caso *ya era* un dolor de cabeza.

IV

Más o menos aburrido, Alberto soportó estar en el Century. Sin embargo, tenía que aceptarlo, el show de la Dietrich le estaba gustando. No tanto por las canciones o la puesta en escena, sino por la propia Dietrich. Era bellísima, deliciosa. Una mujer plena y madura como ya no había, con excepción tal vez, de la doctora Faustsch. A cada canción aplaudió, primero con entusiasmo, luego a rabiar. El whisky sin duda que hacía sus efectos. No le importó, aquel había sido un día de veras pesado y merecía relajarse.

En cuanto terminó el show, Marlene bajó del escenario y al fondo, la pantalla gigante mostró un acercamiento en primer plano de su rostro. Saludando a todos, mandando besos con ademán gracioso, se dirigió muy decidida a la mesa de Alberto. Él no podía dejar de verle las piernas, esbeltas, larguísimas. Antes de que pudiera reaccionar la tuvo enfrente. Con una voz grave, sexual, deliciosa por el acento alemán le dijo “Alberto, me han contado muchas cosas de tí ¿sabes? Me gustan los hombres rudos, me recuerdas a Ernest”. Él no sabía a quién se refería, si a Ernst Lubitsch, o a Hemingway, se lo preguntó, ella volteó a ver a los otros antes de regresarle la mirada, se rió diciendo “eres un niño, como Ernest”. Al parecer a nadie más interesó el detalle erudito, lo dicho por la diva les pareció simplemente gracioso. Todos rieron, en especial la Jefa Grajales, que no cesaba de gritar “¡beso, beso, beso!” No sólo sus compañeros de la Federal de Seguridad, los comensales de las mesas más próximas se adhirieron a la algarabía gritando “¡beso, beso, beso!” cada vez más fuerte. Avergonzado como estaba, Alberto no se dio cuenta cómo, pero ya tenía a la Dietrich

sentada en sus piernas. Al fondo, otro encuadre en primer plano dejaba ver los labios entreabiertos de Marlene; la imagen en blanco y negro era una copia exacta de los labios que tenía enfrente, casi tocándolo, a todo color, despidiendo un aliento dulce, delicioso. ¡Idéntica! Incluso más bella. Claro, la Marlene que reposaba en su regazo era de carne y hueso. Le miraba tan de cerca que no pudo enfocarle, pero una imagen borrosa le permitió percatarse de una bruma entre verde y azul en el lugar de los ojos. Marlene Dietrich comenzó a besarlo. Sus labios húmedos eran verdaderamente dulces y su lengua juguetona, experimentada, sabía acariciar cada rincón de la boca con habilidad única. Esa lengua recorría la suya como una niebla trepando por los árboles, transitaba con delicadeza los bordes de sus dientes y en una proeza que parecía dársele con naturalidad, se detenía en la parte blanda de su paladar dando unos golpecitos cariñosos. Aquel beso era el más profundo que hubiera recibido jamás. No pudo hacer otra cosa que abandonarse, que entrecerrar los ojos e intentar corresponder a tanta delicia. La abrazó con fuerza y ahora él movía su lengua frenético en la boca de ella, con ansiedad y deseo, sin la delicadeza ni la habilidad que ella le había prodigado antes. Pasó más de un minuto que a él le pareció un lapso sin tiempo. Al separar sus bocas les recibieron el aplauso y los gritos de los contertulios. Alberto veía aún al rostro de Marlene muy cerca del suyo, sonriente, bellissimo. Quería decirle algo único, especial, y sólo se le ocurrió el lugar común. “Eres toda una mujer”. Ella se rió fuerte, le extendió sus brazos sobre los hombros, sin soltarle. Con la mirada maliciosa, dijo con aquel acento encantador *“I am at heart a gentleman”*. Y tomándole la mano, la llevó a su entrepierna. Como si hubiera tocado un metal ardiente sintió el miembro erecto de la diva. Alberto se retiró con violencia. Todos reían desaforados, pero él

guardó silencio y clavó su mirada en los ojos color zafiro de Marlene.

A continuación tuvo un desplante extrañísimo, el primero de la serie interminable que caracterizaría aquella noche. En lugar de que su carácter violento se desatara sin remedio, Alberto se rió franco, amable, le tomó el rostro entre las manos, le plantó un beso cariñoso en la frente y le dijo con sinceridad “cuántas mujeres quisieran ser una décima parte de lo que tú eres”. Marlene, que se había asustado un poco, sin dejar de verlo se levantó de sus piernas y dejó que sus dedos jugaran suavemente con el cabello de él. Estuvieron así un rato, ajenos a la algarabía. Ella se conmovió y Alberto vió cómo se le mojaban los ojos. Se levantó con cuidado, fue hasta el escenario, tomó el micrófono y dijo, con tono grave y de acento alemán: “su atención amigos, por favor su atención. Hoy quiero dedicarle todo mi show al hombre más apuesto que he conocido en mi vida. A un caballero que sabe tratar a las damas, a mi novio especial de esta noche: el inspector Alberto Cruz”. Los reflectores pasaron del escenario a la mesa de Alberto. Sus amigos lo animaron a ponerse de pie. Desplegó el cuerpo altísimo, corpulento. Apenas si se notaba la sonrisa forzada en aquel rostro barbado que ya llevaba una semana sin afeitarse. Todo mundo le aplaudía, algunos reían a carcajadas pues Alberto distaba mucho del ideal de belleza masculina que esperaban. Marlene Dietrich estaba otra vez a su lado, ésta vez con un traje muy largo, negro, con una abertura por donde, con generosidad, los bellísimos muslos se mostraban a quien quisiera verlos. Le extendió un brazo, invitándole a que la acompañara. Tomó de nuevo el micrófono y dijo “todos a bailar”. La orquesta comenzó con los acordes de “Falling in love again” y Marlene, sin soltar la mano de Alberto, cantó como nunca lo había hecho antes en el Century.

La jefa Grajales y los amigos de la Federal les rodearon aplaudiendo. Marta Rosa se acercó con una botella de Whisky en la mano. Le dio un trago largo y se la pasó a él. Todos gritaron “fondo, fondo, fondo”. Alberto, sin pensarlo, le dio un trago. Sintió cómo el alcohol deshidrataba implacable la mucosa de su garganta, pero eufórico le dio otro trago y luego otro. Todos reían, aplaudiéndole a rabiar. Marlene lo dejó con sus amigos y él se dejó llevar. Fueron a la barra, se sirvieron más copas. Cada quién estaba en su propia fiesta y muy pronto se quedó solo. Buscó a la Dietrich con la mirada, pero era tanta la gente aquella noche en el Century que esa labor fue inútil. Se sentía algo mareado y sin embargo pidió otro whisky en las rocas. Lo tomó de un jalón. Luego pidió otro y otro. Estaba muy borracho, era definitivo, tambaléandose caminó hacia el escenario vacío. Buscó a Marlene, se aburrió y regresó a la barra. Pasó el tiempo, platicaba con gente desconocida, se reía con ellos. Estaba de muy buen humor y se sentía a sus anchas. Nunca había pensado que se divertiría así en el Century, un lugar que siempre había criticado por considerar falso, frívolo.

Recordó el profundísimo beso que le había dado la diva y se sorprendió de ya no verla. Marlene se había ido sin duda y él tendría que regresar a su soledad cotidiana. Después de todo ya no sería su “novio especial” de esa noche... o de ninguna otra; ni siquiera de las noches de Silvia. Ya se lo había prohibido Achótegui. ¿Prohibido? No. Simplemente sugerido. El caso es que no tendría el consuelo de la Chivis. Ni modo. Se sentó a tomar un trago más, admirado por no sentirse tan ebrio todavía, pero aún más intrigado porque tampoco se sentía triste. A lo lejos vio a una mujer. Una mujer *mujer*, como las que le gustaban. Con el vaso en la mano se le acercó. ¡No podía ser! ¿Diana Rejón? Era extraño. Encontrarse a Dianita en el Century. No le veía desde el '28, era

un poco menor que él, pero sí que estaba conservada; que va, estaba buenísima y cualquiera debía calcularle menos de 30 años. Por cierto que el Century era sorprendente. ¿De dónde habían sacado a Pete Seager? En el escenario, recibiendo los aplausos frenéticos de Dianita, estaba el viejo, con los jeans deslavados y su arcaica guitarra country. Los *phersues* que Lumlitz proporcionaba a Finkelstein respondían a los requerimientos del mercado. ¿De cuándo a acá traían cantantes marginales? Aún más raro ¿cómo es que estaba cantando alguien de los '60? ¿Acaso se estaban diversificando y por fin salían de los fastidiosos '40?

Un momento. ¿De dónde le venía todo eso de Lumlitz, los *phersues* y demás erudición del *Show Bussiness*? Súbitamente, con certeza absoluta, ahora sabía que Marlene era una actriz (¿sería mejor decir *actor*?) Bueno, bueno. Pero aquel beso fue tan sincero... En todo caso lo raro estaba en la recién adquirida erudición. ¿Se lo habría comentado la jefa Grajales? Por cierto ¿donde se habían metido sus compañeros de la Federal de Seguridad? Era una lata. Eso de pensar era una lata. Mejor se concentró en la letra de “Snow, Snow”, vio las nalgas redonditas de Dianita y se imaginó a la maestra de la canción de Seager pensando en la nieve mientras él le acariciaba con ternura el trasero. Debía estar muy ebrio porque de pronto, sin suerte de continuidad en el tiempo, se halló en una mesa muy alejada del escenario, discutiendo con amigos que no veía desde la prepa. Tenía a Dianita sentada en las piernas. Le dio un beso profundo, no tanto como el que la Dietrich le propinara. Pero ese aliento era muy distinto. Fresco, juvenil. Dianita estaba rozagante, no podía tener más de 20 años.

-¿Quieres otro trago Al?

¡Qué barbaridad! Nunca le había dicho Al. Vaya, nunca le había dirigido la palabra, al menos no desde aquel patético verano cuando él le regaló una rosa para recibir un frío “ni siquiera te conozco. No puedo aceptarla”. Entonces tendría 15 años. Qué mareado se sentía, pero al mismo tiempo qué bien, sin lugar a dudas qué bien.

-Tráeme a mí también por favor -le pidió una mujer mayor, de acento raro y muy buen ver.

¿La doctora Faustsch? Pero si ella misma le había dicho que detestaba los *Night Clubs* estilo retro. En fin, que el Century estaba lleno de sorpresas. Alberto siguió bebiendo y se dio cuenta de que tenía un aguante increíble. Ciertamente, estaba borrachísimo y sin embargo no se sentía tan mal. En la confusión del enorme escándalo de aquella noche, no supo cómo, pero de pronto se halló en medio de una controversia erudita sobre la historia de occidente con la doctora Faustsch. Dianita estaba a su lado, con una falda cortísima que dejaba ver unas piernas deliciosas. Puso una mano encima y comenzó a acariciar. Ella le sonrió y puso su propia mano sobre la de él. Qué noche, qué noche tan perfecta. Poco le importaba la cruda que iba a tener que pagar. En fin, que por lo pronto olvidó a Dianita y se centró en la discusión.

-No niego que la doctora tenga razón, lo que creo es que para explicar el estado deplorable en el que nos encontramos hay razones obvias y muy simples. Estamos viviendo la caída, ahora sí definitiva, del Imperio Romano.

-No otra vez.

El que hablaba era Enrique Gómez, otro compañero de la prepa. Pero allí estaban Alejandro, Pedro, Neme. Vaya reunión.

-Es un rollo que éste se trae desde que estudiábamos en el Liceo -dijo Alejandro.

-Todos creíamos que Alberto sería historiador -comentó Pedro.

-Era un fastidio impedir que expusiera en la clase de Cantarelli, en especial cuando se trataba de Grecia y Roma -dijo Neme.

-Bueno, es cierto, sigo en lo mismo

Dianita le tomó la mano y le miró fijamente con aquellos ojazos verdes, con su rostro enmarcado por el pelo lacio, rubio y larguísimo.

-A ver, yo no me sé tus aventuras del Liceo y la verdad no me interesan mucho. Mejor vamos a bailar.

Todos replicaron. Era un escándalo de adolescentes. Y bueno, pues a decir verdad todos los que estaban ahí no pasaban de los 20. ¿Sería otro de los trucos del Century? ¿otra aportación de Lumlitz al *Personae Theater*? Un momento otra vez. ¿Quién diablos le había metido toda esa información en la cabeza? Nunca había oído del *Personae Theater*.

-Al, si no vas a bailar, por favor cuéntame a mí tus teorías -dijo Dianita sacándolo de la incomodidad de sus pensamientos.

-Pues que según yo Roma jamás cayó, sigue vivita y coleando; aunque ahora mismo sus coletazos sean de veras, estertores de muerte.

-¿Cómo que no? ¡claro que cayó!-dijeron todos casi a coro.

De pronto él se metió en un discurso erudito plagado de argumentos y datos. Un rollo nada apropiado para un lugar como el Century.

-Mira Dianita, Roma no es una ciudad, es un sistema entero. El Imperio Romano persiste aún, claro que por primera vez su caída es inminente.

Siguieron una serie de réplicas que hacían rarísimo todo. ¿Acaso no estaban en un *night club*? Pensó que lo que pasaba era un error, una equivocación, pero de pronto, el flujo de argumentos sobre su teoría de la persistencia de Roma tomó la palabra de nuevo. Los errores estaban en los que no pensaban como él. Mira que tragarse eso de que Roma cayó y luego, sin dejar siquiera escombros, Europa entraría en la “Edad Media”; meros cambios en los modos de producción... Alejandro y Pedro eran tan ingenuos como en la prepa. Creer que todo fenómeno social podía explicarse con bobaliconas “teorías económicas”. ¡Qué tonterías!

-Ese es el error vulgar de todos. El Imperio se basó en su estructura política, la economía fue un subsistema, un fragmento importante pero subsidiario.

Todos replicaron. Al grado de que la doctora Faustsch, fastidiada, los dejó solos diciendo “prefiero leer los diarios desquiciados de Philip K. Dick, él también dice que Roma nunca cayó, pero al menos es un gran escritor”. Al darse la vuelta, Alberto vio que su trasero era muchísimo más firme de lo que recordaba; el ritmo del bamboleo se antojaba sólido y juvenil. ¿Usaría implantes?

-La verdadera fortaleza del Imperio fue que se fundó sobre una visión del mundo autocontenida, filosófica -continuó como autómeta, sin dejar de mirar con lascivia las caderas de Ivonne Faustsch- vaya, sus principios eran los de proposiciones tautológicas inspiradas en la lógica de Aristóteles.

La primera en bostezar fue Dianita. A ella le siguió Enrique, mientras Pedro y Neme se reían de algo que pasaba en una mesa contigua y que nadie, salvo ellos, veían atentos.

-El latín tiene una estructura gramatical perfectamente aristotélica -dijo Alberto en un intento patético por hacer más interesante su discurso-. Refleja la ontología del filósofo y hace innecesaria cualquier justificación para el fundamento del Estado: la ley.

-Uy uy uy... ¿ontología? ¿Aristóteles? Mejor me voy -dijo al fin Neme.

-Yo también -le apoyó Pedro.

Sólo quedaban Enrique y Alejandro, quienes con desgano le replicaron

débilmente. Alberto continuó pese a que era notoria la impertinencia de aquella charla.

-El derecho romano es lógica aristotélica y la estructura del Imperio es a su vez, perfectamente lógica.

La doctora reapareció, sólo para regañarlo, para decirle que era un ignorante, pues las sociedades no sólo se limitaban a estructuras lógicas.

-Exactamente por eso tuvo éxito Roma; incorporó a la lógica hasta lo que no es lógico. El lenguaje, la estructura política, su visión del mundo, *todo*, forman un sólido unitario y coherente. Nosotros hemos heredado casi completamente esa armazón original. Tenemos el mismo “chasis” aunque nuestro lenguaje ya esté degradado y aunque vivamos diversas erosiones del plan original, la base está intacta. Seguimos sin criticar al derecho romano, seguimos sin cuestionar sus principios lógicos. No importa que haya otros modos de pensar, ni siquiera que esos otros modos sean los que más avances le hayan dado a la civilización contemporánea. Por ejemplo, la lógica de la ciencia es radicalmente opuesta a la de Aristóteles. Sin embargo, a la hora de la verdad, es la lógica de Aristóteles la que manda. Miren por ejemplo el caso del aborto. Para la ciencia, la vida es un proceso, no una cosa. Sin embargo toda la legislación en torno a la vida la considera una cosa. Para la ciencia es una necesidad intentar marcar límites definitivos a algo continuo, pero la ley *exige* esos límites: lógica aristotélico-tomista ni más ni menos.

-Divagas como de costumbre -dijo Alejandro.

-Sí, es cierto, yo no conozco nada de tu teoría sobre la persistencia del Imperio Romano y no me has dicho nada de eso. Ya andas por otro lado, hablando del aborto y quién sabe qué -dijo la única persona a quien tomaba en serio en ese momento: Dianita.

- Tienes toda la razón -le dijo. Voy a centrarme en el asunto, yo decía que ahora sí que estamos en el final definitivo de Roma. Desde hace más de cien años inició la fase rotunda de derrumbe. Todo se precipitó cuando la economía capitalista devoró a las economías alternas creando una estructura mercantilista global. Si la caída de la primera Roma fue transitoria, ésta será definitiva. Aquella representó el derrumbe geográfico del imperio, pero no su muerte. Constantinopla sobrevivió y en occidente, el cristianismo conservó una versión de Aristóteles que, si bien degradada, mantuvo intacta la visión del mundo romana: la estructura social *sólo se mantiene por el ejercicio de redes jerárquicas de poder*. No es tan simple, pues, pero más o menos así es.

La doctora Faustsch estaba por hacerle una réplica sorprendente. Apenas si la conocía de oídas y ella estaba por hablar sabiendo tanto de su vida como cualquiera de sus amigos.

-Hizo bien en no estudiar Física Social mi querido Alberto. Es más, hizo mejor en ni siquiera atreverse a presentar a la Facultad de Ciencias Políticas con ese intento tan malo de proyecto para justificar su licenciatura en el área.

-Por eso abandoné la física social y me dediqué a la mecánica cuántica... hasta que los

fascistas se propusieron dismantelar las universidades.

Alberto sintió un dolor desnudo, único: frustración. Pero era una frustración casi autónoma, que le penetraba sin carcomer, que movía emociones desagradables sin generar repulsión o pena. Estaba por intentar explicarse tan novedosa manera de sentir, pero la doctora y todos los demás, le consolaron. Entonces las cosas cambiaron, ahora sentía un cariño sobrio, una alegría comunitaria. Se sabía entre amigos ¿qué dolor no es soportable así? Le dijeron que era brillante, que sólo pasaba que esa teoría no era muy buena que digamos. En un último intento por defender sus ideas, lleno de amor por quienes lo mimaban, Alberto continuó.

-El caso es que las periódicas caídas del Imperio se ligaron a la fuerza de los bárbaros, a su papel de elementos periféricos y excluidos del gran poder.

Hubo réplicas, pero él siguió.

-Alarico puso en jaque a Roma porque ésta no cumplió sus promesas. Los bárbaros acabaron sitiando la ciudad y al fin derrumbaron al Imperio.

Más replicas, que sólo impulsaban a Alberto a una cantinela más desesperada. Casi a gritos dijo:

-Los nuevos bárbaros son aquellos que están, como siempre, en la periferia del

Imperio. Por un lado los oprimidos, en especial los de culturas excluidas que tienen una tendencia interna de resistencia. Entre ellos proliferan las técnicas terroristas. Pero el Imperio ha sabido lidiar con ellos y aún ha sacado provecho de su resistencia. Ese tipo de bárbaros es un problema pero no un elemento de destrucción. La destrucción está llegando de los bárbaros que han incorporado a su acción la lógica imperial. El discurso del poder central, el ejercicio de las técnicas imperiales para medrar en la periferia. Es el caso del crimen organizado. Su organización es la misma del imperio.

-¿Me vendrá ahora con la ñoñería del Imperio del Narcotráfico? -dijo muy irónica la doctora Faustsch.

-No es ñoñería. Mire bien, desde hace mucho han logrado el máximo de influencia los dedicados a comerciar con el fundamento del mundo, los que manipulan símbolos. En un tiempo fueron los dueños de medios de “comunicación”, pero los meros buenos han sido los narcotraficantes. Venden sustancias o artefactos electrónicos con los que, directamente, se manipulan las imágenes simbólicas en la fuente: el sistema nervioso. Pero además están incorporados al mercado. Mientras la economía global entraba en crisis a principios de siglo, la economía alterna del narcotráfico se fortalecía. Como ambas representaban estructuras afines, los vasos comunicantes entre ellas le dieron un respiro a la economía “formal”. Fue la época de tolerancia extrema en las llamadas transacciones ilegales, el entonces famoso “lavado de dinero”.

-No comprendo a dónde quiere llegar con su perorata Alberto -dijo con aquel brillo juvenil en los ojos la doctora Faustsch.

-Pues a algo gravísimo, los nuevos bárbaros, los narcotraficantes, al salvar de crisis irremediables a la hegemonía imperial, supieron cómo lograr acuerdos para formar

parte integral de la estructura capitular, directiva, del propio imperio. Sin entrar en más detalles, yo podría decir que como físico, lo que veo es la caída inminente del sistema. La estabilidad sistémica es un proceso de equilibrio dinámico: su permanencia depende de múltiples fuerzas. De por sí las fuerzas involucradas son precarias, pero ahora, la integridad estructural está en crisis. La información del sistema imperial radica en los patrones culturales complejos. Con la llegada de los bárbaros esos patrones se erosionan definitivamente. Fue lo que pasó en la época de Alarico, sólo que esta vez es definitivo pues no existe el “reservorio” de Constantinopla o la “reserva estructural” del cristianismo agustiniano. No hay nada, así que el colapso será absoluto y global.

-Hablas de barbarie y estoy de acuerdo, pero no todos los narcotraficantes son iguales, ¿qué me dices de los *Ches*? -le dijo Enrique.

-Son bárbaros

-Pero óyeme, si son la crema y nata de la intelectualidad. Los CJ's son siempre gente muy culta, para manipular emociones y lograr un buen ciberave ayuda la cultura - insistió Enrique.

-Esos *Ches* son la crema y nata de la decadencia. Su cultura y creatividad son aderezos sofisticados para diversiones huecas y estériles.

-Pero ¿cómo va a erosionarse lo que es *materia prima* de su producto? Entre más recursos intelectuales tenga el CJ más complejas serán las alucinaciones del ciberave - intervino Alejandro.

-No lo creo, la cultura no es divertida en estos tiempos. Mira, hablamos de cultura y sólo quedamos cuatro gatos platicando de cosas importantes.

-No seas arrogante. No estamos hablando de cultura, sólo estás especulando sobre un tema que le aburre a la mayoría, además estamos en una fiesta ¡es el Century! Yo no los culpo de que prefieran beber y divertirse, tú y yo por eso estamos aquí -le reclamó Dianita, haciéndole ver lo impertinente de toda esa arenga.

-Tienes razón. La verdad hasta yo me aburro de lo que digo.

-No te creas, es interesante -le dijo Dianita con aquella sonrisa que resaltaba la perfección de sus mejillas- pero mejor vamos por otro trago.

Y Dianita Rejón, la que lo había despreciado en la prepa, con un beso largo y profundo, aunque no tanto como el de la Dietrich, se lo llevó hasta la pista de baile, donde olvidaron todo, el trago, la discusión y el mismísimo Century.

Tenía un recuerdo confuso de la noche anterior y a eso de las cuatro de la mañana, una náusea terrible lo obligó a arrojar todo el alcohol que había bebido como imbécil. Fue entonces cuando supo que la Jefa se lo había llevado a su casa de Santa Fe. Se portó maternal, como siempre, y se despidió a una hora incierta diciéndole algo así como “se te pasaron las cucharadas nene”.

La recámara para visitas donde reposaba era tan cómoda como un hotel y sólo la luz del sol colándose entre las cortinas le impulsó a levantarse. Vio su reloj ¡casi las 10 de la mañana! Apenas le daba tiempo para bañarse y salir cuanto antes a la cita con la doctora. Aunque pensándolo bien ¿acaso ella no había estado también en el Century? Mientras se preparaba para la ducha vio que en la mesita de noche había un mensaje de la jefa. Decía “Para Alcito”. Abrió el sobre y leyó.

“Nene, ¿cómo la pasaste ayer? Espero que el viaje te haya gustado, el CJ se llamaba Arty. Ya me contarás el viernes, me voy de vacaciones. Besos. Marta Rosa”.

¿Ciberhedonígenos? Un efervescente violento empezó a recorrerle las venas. Lo habían narcotizado. Por eso Dianita, Enrique, Neme... ¡hasta la doctora Faustsch! Fue cierto lo que le había dicho el testigo de la Universidad, pese a la borrachera, el recuerdo de la noche anterior era sin duda muy, pero muy agradable. Pero ¿en qué momento bajó a los sótanos? O en todo caso ¿cómo es que pusieron una nanosonda en su cuerpo? Es cierto, bebió como cosaco. Podrían haberle dado un coctel de nanosondas en cualquier momento. El caso es que Grajales tendría que explicarle todo, incluyendo lo de esas vacaciones. Aunque, a decir verdad, el general Achótegui ya se

lo había advertido, de manera que el único que no sabía nada de lo que estaba por pasarle era él mismo. Situación sin duda incómoda y potencialmente muy grave.

Enojado comenzó a bañarse; el agua lo reanimó y muy pronto se sintió bien. La cruda era bastante llevadera y la verdad, su estado anímico general se mostraba insuperable. Si los *ches* causaban tal bienestar no le extrañaba que fuesen tan adictivos. Buscó su ropa y la vio muy acomodada sobre una mesa. A un lado había unas cajas y otra nota con la letra de Grajales. “Alcito, aquí tienes una muda. Es ropa fina y muy suave. Intenté comprarte algo semejante a lo que acostumbras siempre, sólo me tomé la libertad de elegir prendas de buena calidad, porque las que usas ni marca tienen. No te preocupes por el precio, cortesía de la CIS, nene”.

Entre molesto y alegre Alberto se probó la ropa. Era muy cómoda y le hacía sentir bastante bien. Además tenía un aire elegante que, dada la cita que estaba por cumplir, no le venía nada mal. A las doce cumpliría su cita con la doctora Faustsch. Bajó rápido y un mozo le condujo al desayunador. Alberto intentó excusarse pero el almuerzo estaba servido. Comió apresuradamente la mitad de la fruta y unos cuantos bocados de omelet. Tomó, eso sí, tres vasos enormes de jugo de naranja. Luego salió muy decidido y al subir al biplaza dio la orden para que lo llevara a la Plaza de San Fernando, en los confines del Sector Guerrero con el Centro Histórico. A unas pocas calles de allí, atravesando Intermuros, se hallaba El Caracol.

Puso la torreta y el pequeño auto lo llevó a toda velocidad por la Rúa Insurgentes hasta su destino. La prisa lo hizo llegar un poco antes de la hora. Caminó sin distraerse rumbo a la esquina de las viejas calles de Soto y Degollado y el olor a café le puso de muy buen humor, en especial porque se dio cuenta de que todavía

faltaban unos minutos para las doce. Al entrar saludó con discreción a varios conocidos. Más de alguno se levantó a abrazarlo efusivamente; hacía meses que no visitaba El Caracol.

-¡Alberto! Vaya, usted es muy puntual, son apenas las once cincuenta. Veo que no tiene dificultades para moverse en Intermuros, aquí todos le conocen.

La doctora estaba en una de las mesas de la entrada y tuvo que gritar. Él ni la había visto con las prisas. Turbado, la saludó y se sentó. Lucía bellísima, con un traje sastre muy discreto y una falda a la rodilla que dejaba ver un poco sus piernas. Cuántas jovencitas habrían envidiado aquellas pantorrillas.

¿-Lo mismo de siempre? –preguntó la mesera, una mujer fornida, de caderas enormes y senos pequeños.

-No, Meli. Tráeme un express doble -dijo Alberto que aún se sentía un poco crudo y bastante nervioso ante la belleza de la doctora-, que sea de Márago.

-¡Exacto! – dijo ella- el Márago es de lo mejor. Fíjese Alberto, desde que se volvieron ilegales las plantas que no tienen transgénicos registrados, el único café que pese a todo se ha mantenido virtualmente libre de material genético espurio ha sido, precisamente, el Márago. He traído a éste lugar a varios supuestos “conocedores” de la Universidad, todos piden Kopi Luwak, ¡tan sólo porque es el más costoso! Debería verlos haciendo aspavientos excesivos, ponderando un sabor que no saben distinguir del más vulgar *robusta* de *Starbucks*. ¿Usted cree que el Luwak lo traen de Indonesia?

Mire, las civetas se extinguieron en el 2039, a lo mucho podrían emplear excretas de algún jarocho -la doctora se rió con tanta gracia que Alberto no pudo evitar unírsele a carcajadas-. Bueno, bueno, casi todos los granos, legales o ilegales, tienen transgénicos. Si están prohibidos unos y no otros, es tan sólo porque sus secuencias de ADN han sido descontinuadas por razones de mercado. El único café libre de transgénicos es el Márago y como sus secuencias puras tampoco tienen registro, es ilegal. Perdón, pero ¿qué es lo que pide “siempre”?

-Un *latté*, claro, con Márago.

-Buen gusto, aunque temo que le deleite más la leche que el café.

La doctora tomó su propia taza con cuidado, la llevó a su nariz, aspiró profundamente, sonrió. Luego dio un sorbo. Entornó los ojos, meneó la cabeza con goce.

-Es delicioso, vaya y si lo es, qué bueno que en esta ocasión usted no adulterará el sabor con algo tan inapropiado como la leche.

-Ya ve doctora, ahora mismo estoy haciendo lo correcto. Bueno, para qué más preámbulos, iré al grano -la doctora lo miró con una sonrisa juguetona, Alberto supuso que luego de tanta plática sobre los granos de café, a esa mujer se le habría ocurrido algo gracioso; en todo caso ¡qué mujer! pensó-. Vaya quiero decir que sin más, necesito saber cómo conoció a Isaac Gossmann, pero sobre todo, si usted está al tanto de algo o tiene alguna hipótesis sobre su desaparición.

-Me gusta que no se ande con rodeos. Yo tampoco lo haré. Mire, a Gossmann lo conocí

en la Universidad. Y para serle franca, el responsable de ese encuentro fue César Arana. Si quiere que le de alguna hipótesis al respecto tendrá que aceptar una bastante cargada de prejuicios.

-No importa, esta es una charla informal. De hecho prefiero mantener lo que hablemos a ese nivel y no más. El caso Gossmann es muy complejo; los principales sospechosos están muertos o desaparecidos, de modo que lo que diga me será muy útil, independientemente del prejuicio.

La mesera les llevó un par de baguettes. Era un gesto dedicado a Alberto, que siempre acostumbraba tomar su café con un croissant o una baguette de jamón y queso. La doctora sonrió y sin mayor comentario aceptó el bocadillo. Alberto, que había desayunado poco, agradeció ese alimento.

-Bien. Le diré mi hipótesis. Yo creo que Gossmann se enredó con gente desequilibrada. Me refiero a Arana y su grupito. Él mismo siempre me pareció muy raro. Debe saber que a César le dí clases en la Universidad de Buenos Aires, luego en Bolivia. Era brillante y tesonudo, entró ya viejo a estudiar conmigo y dejó a todos atrás cuanto antes. Pero siempre tuvo un lado oscuro. Usaba su simpatía para manipular. A mí misma me quiso manipular con adulaciones y dedicatorias fatuas. Su librito “Introducción a la TETEC” fue un éxito en los cursos básicos de Ingeniería Social y como sabe me lo dedicó con un tono de agradecimiento excesivo. En lo personal, el título bilingüe, con eso de “*a beginners hand book*”, siempre me pareció una pochada insufrible.

Alberto estaba de acuerdo. Le sonrió y sin disimular el enorme agrado que le producía cada vez más la compañía de Ivonne Faustsch, continuó preguntando con una voz suave, íntima, muy distinta a la que solía usar en un interrogatorio, por más informal que fuera éste.

-Sus prejuicios doctora, ¿tienen que ver con la desconfianza que le daba Arana? ¿Podría decirme más de eso? No sabe cómo me interesa su opinión.

-Sí, claro. Mire, alguna vez él quiso engatusarme con sus especulaciones. Fue precisamente en México, hacia el 2042. No recuerdo la fecha exacta, pero debe haber sido en marzo o abril, pues por entonces asistí a la famosa Procesión del Silencio en Taxco. Fíjese, ya desde el 2033, cuando salió la primera edición de “Introducción a la TETEC”, Arana me animó a entrevistarme con Gossmann. Él no le conocía aún en persona, pero sabía de sus experimentos con campos bosónicos y los encontraba conceptualmente próximos a mis teorías económicas. Yo estaba a punto de pasar mi primera temporada larga en la Universidad de México y animada por Arana me encontré con Gossmann. Sus teorías y experimentos me sonaron demasiado heterodoxos y toscos, sin embargo él en persona, me pareció muy simpático. El caso es que nunca profundizamos demasiado en temas académicos. Así pues, en el 42, al poco de que Arana por fin le conociera personalmente, insistió con tal ahínco en entrevistarse conmigo que no pude negarme. Nos vimos una tarde y todo ese tiempo intentó que visitáramos a Gossmann, para que pudiera convencerme, decía, que sus experimentos tenían una relación estrecha con mis teorías. Ante mi negativa fue

armando una argumentación desquiciada en la que, según él, se demostraba la proximidad entre la ingeniería social, Gossmann y sus propias experiencias chamánicas. Lo corté de tajo. Él siguió con su perorata, mencionó las raíces filosóficas de la TETEC y me mostró vínculos matemáticos entre la economía evolutiva, los modelos lógicos de Hull y la Teoría de Campos Bosónicos de Gossmann. Eran datos muy bien armados, ecuaciones interesantes, pero todas ellas, especulativas. Incluso me indicó dos conjeturas matemáticas totalmente inéditas, que en sí mismas, habrían sido dignas de publicación. Mire Alberto, Arana no tenía un pelo de tonto, pero era un loco y lo peor, un manipulador.

-Yo también lo creo, pero, ¿cuál es su hipótesis?

-Que él o una de sus amantes mataron a Gossmann y su esposa. ¿Porqué? Porque el círculo más íntimo de Arana era en verdad un harem promiscuo. Estoy segura que ha oído de Fanny Loof, si no, debería investigarla. En Lima todos estaban seguros de que ella había sido la autora de la muerte de Alicia Herrera, la famosa *Licha*. Fanny es o era, no sé si aún vive, una mujer lasciva. Cierta ocasión me topé con Arana en Quito, iba con su harem. Hubiera visto cómo me miraba Fanny. Me incomodó mucho, pero a ella pareció no importarle nada, ni la diferencia de edades, nada. Cuando nos despedimos me dijo que necesitaba platicar a solas conmigo, que mi “aura” era intensa y que ella tenía otra “aura” semejante. No le hice caso, incluso le dije con crudeza que eso de las “auras” me parecía verborrea, y muy vulgar. Sólo sonrió y abundó en lo de mi “aura”. Yo me fui y la dejé hablando. Esa noche, quién sabe cómo, consiguió mi teléfono. Estuvo insistiendo en verme una y otra vez. No se insinuaba, era directa. Una lesbiana acosante y muy molesta. Tuve que hablar a la policía. Sólo entonces se calmó.

-Algo he sabido de sus tendencias al acoso, sí. Pero ¿le parece suficiente para ligarla con la desaparición de Gossmann?

-Por supuesto. El propio Isaac se quejó conmigo del modo en que su esposa había sido seducida por Fanny. Mire, él me dijo, devastado, que se divorciaría. Eso no pasó, pero al poco ya ve, desapareció. Tengo entendido que también su esposa está perdida.

Alberto dijo lo que podía decirle sin comprometer la confidencialidad de sus propios informes. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no había mucho más que hablar en torno al caso Gossmann, pero la doctora no sólo era hermosa, era también una mujer abierta, divertida e inteligente. Estaba pasando un rato muy agradable y no quería que éste terminara por el simple hecho de no poder avanzar más en su investigación. Así, para prolongar la charla, le preguntó por la TETEC.

-¿Deveras le interesa la teoría de una economista?

- Sí doctora. Mire, soy aficionado a la ciencia.

- Bueno, aunque Taft y Ecstein lo aseguren, la economía dista mucho de ser una ciencia. Sea franco conmigo, ¿cree que la economía sea una ciencia?

- No.

- Yo tampoco, al menos la economía de mercado no lo es con certeza. Sin embargo digamos que siguiendo a Taft, tal economía es “la nueva ciencia”. ¡Nada menos! Una disciplina menor usurpando el lugar de uno de los poquísimos logros de esta civilización.

- Pero usted *sí es* científica, por eso en lugar de limitarse a correlacionar datos ha

elaborado una Teoría. Conozco su aversión por las ideas de Taft y Ecstein; le he dicho que yo soy un aficionado a la ciencia.

- Lo sé. Es lo que me sorprende. Y por favor no sea modesto, usted no sólo es un aficionado de la ciencia; usted *fue científico*. Sé bien que a los físicos, la economía les parece mera especulación estadística y estoy de acuerdo, pero en el caso de la economía evolutiva las cosas son diferentes...

Alberto se extrañó. ¿Cómo sabía que él había estudiado física? Recordó que en su primer encuentro también le había hecho comentarios que hacían parecer que lo conociera de tiempo atrás. Antes de que pudiera replicar Faustsch habló, disipando sus dudas.

- Usted es mucho más famoso de lo que cree. Al menos entre los universitarios honorables –se rió discretamente- bueno, si es que la palabra honorable tiene algún sentido en estos días.

Hubo un silencio. La misma mesera de las grandes caderas se acercó con café. Sin averiguar sus deseos les sirvió más y puso en la mesa un par de croissants. Alberto se sintió aliviado. No le gustaba que hablaran de él. Comió un poco y le hizo un gesto a la doctora para que lo imitara. Ella declinó pero él insistió. Antes de que la conversación pudiera desviarse en direcciones que le eran incómodas el inspector hizo una pregunta.

- Pero doctora, hasta ahora no me ha hablado de la TETEC, ¿en qué consiste la teoría de los tejidos económicos?

-Es una teoría que se opone a las simplezas atroces del *Planet Management*; esa ideología totalmente neomalthusiana desvía la atención. Sí, los recursos del planeta son limitados, pero la solución no está en las restricciones demográficas que ellos imponen; mucho menos en el autoritarismo y la rapiña que tanto estimulan. Hay que cambiar de modelo económico. Es algo elemental. Mire, para empezar habría que hablar de economía evolutiva.

-Recuerdo que a uno de mis maestros le fascinaba, decía que era el desarrollo más profundo de las ideas de Darwin. Algo que trascendía con mucho a la “competencia” y la “selección natural”, vaya, un híbrido entre biología y teoría de sistemas.

-En cierto modo sí. Pero *es* mucho más que eso. Yo tendría unos 19 años cuando me atrapó por completo. Es cierto, en Darwin lo más profundo es su visión de la vida como una red de interacciones. No las metáforas, que él mismo consideraba bobas, como “lucha por la existencia y supervivencia del más apto”. No daré una cátedra ni mucho menos, pero puedo explicarle al menos dos conceptos básicos que son fundamentales: *interactores y replicadores...*

Cogió la servilleta que envolvía al croissant, la limpió de migajas y mientras hablaba, jugó con la pluma moviendo las manos con una gracia que, de nuevo, llevó a que Alberto reparara en la belleza de aquella mujer madura. Se la imaginó en la época de su interés por la economía evolutiva, a los 19 años. “Debe haber sido sencillamente irresistible cuando joven”, pensando en cuántos corazones habría roto, Alberto hizo un

gran esfuerzo por concentrarse en lo que decía.

-Es irónico, pero mi interés por el análisis de redes sociales y su consecuencia, la Teoría General de Tejidos Económicos, inició cuando leí el libro de Sánchez del Río “Rediseñando Anáhuac”. Su propuesta, fantasiosa e inexacta, ya ve, al fin se impuso. Plagada de errores e interpretaciones arbitrarias, tenía sin embargo intuiciones brillantes.

-Usted lo criticó con ferocidad.

-Era necesario. Mire, él citaba por ejemplo a Nikos Salíngaros tergiversándolo. Su idea de subdividir a la ciudad en “sectores” es exactamente opuesta a la de Nikos. Sánchez del Río, un aristócrata, intentaba una apología pseudomatemática de su ideología clasista. Cada sector, usted lo sabe, es o bien un ghetto o bien una fortaleza aristocrática: clases sociales separadas físicamente por muros, sin posibilidad siquiera de más interacción que la de amos y esclavos. Salíngaros por el contrario, proponía una urbanización democrática, donde distintas clases sociales convivieran compartiendo espacios.

-Perdone doctora, pero al final usted también apoyó Intermuros.

-Es cierto. No intentaré justificarme, lo que sí debo decir es que, ingenuamente, supuse que estando dentro del grupo que regularía el proyecto me sería posible modificarlo. Lo único en verdad importante de la retícula propuesta por Sánchez del Río era su posible utilidad para debilitar ondas sísmicas. Lo demás era basura. Intenté dar mis argumentos, pero ya lo sabe, tuve problemas muy graves con su gobierno y al fin me vi en la necesidad de regresar a Brasil por un tiempo. Mientras tanto, el plan original de

Pedro Sánchez del Río no sólo fue respetado, sino que sus peores errores acabaron siendo acrecentados.

-Entonces, ¿cuál fue la brillantez de Don Pedro?

-Su enfoque geométrico de la complejidad.

-¿Cómo es eso?

-Sánchez del Río vectorizó las redes de interacción, generando morfoespacios que usaba como matriz para sus proyectos urbanísticos. Eligió parámetros muy según su arbitrio y calculó con una estadística aberrante, es cierto, pero la idea es muy buena. En ella me inspiré para analizar gráficamente los sistemas económicos. Para empezar comencé con un esquema parsimonioso que explicara matemáticamente a un sistema. Ya Gershenson, desde principios de este siglo, había definido el modo de medir la complejidad de un sistema, mire -la doctora tomó la servilleta, garbateó sobre ella y se la mostró a Alberto.

La complejidad de un sistema C_{sys} va de acuerdo al número de sus elementos $\#E$, esto es, los interactores; el número de interacciones $\#I$ entre ellos, la complejidad de los elementos C_e y la complejidad de las interacciones C_i .

$$C_{sys} \sim \begin{cases} \# \bar{F} \\ \# I \\ \sum_{j=0}^{\# E} C_{e_j} \\ \sum_{k=0}^{\# I} C_{i_k} \end{cases}$$

- Yo simplemente seguí ese razonamiento clásico. Describí los interactores, ejecuté las

ecuaciones de Falconi para calcular la complejidad del interactor y elaboré un modelo en lógica modal para a su vez analizar la complejidad de las interacciones sobre líneas de tiempo. De allí surgió la Teoría General de Tejidos Económicos, una mejora notable a mi ensayo tan aplaudido e incompleto del '18.

La doctora dio un sorbo a su café y se quedó pensativa. Miró fijamente a Alberto y con mucha suavidad le propuso algo inesperado.

-Oiga Alberto, ¿le gustaría conocer un lugar bellissimo?

Él le respondió con una mirada de sorpresa. ¿Acaso no le iba a hablar de economía evolutiva? La doctora extendió un billete de alta denominación a la mesera que iba pasando y sin mediar palabra se levantó de la mesa. Alberto apenas tuvo tiempo de comer lo que restaba de su croissant: ¡la acompañaría a cualquier parte sin duda!

Ese cuerpo se movía grácil, como si el tiempo se hubiera olvidado de entumir la arquitectura de músculo, hueso y tendones. Alberto miró con más detenimiento del prudente las piernas que se insinuaban bajo aquella falda. Notó la firmeza de sus pantorrillas, la brevedad de la cintura, la redondez de las caderas. Qué mujer. Con veinte años menos lo tendría loco. Que va, *a esa edad precisamente*, ya lo había hecho un guiñapo.

VI

Salieron apresuradamente de El Caracol. Alberto estaba entusiasmado, como si anduviera en una cita exitosa. Caminaron las cuadras que los separaban de la estación del metro Guerrero. No tardaron en llegar al acceso de Intermuros. Sin embargo, en lugar de ir hacia el andén principal que los conduciría al Sector Urbano, la doctora enfiló al retén de vigilancia, el sitio donde se concentraban los cuerpos de seguridad que resguardaban la laberíntica red de corredores: frontera de Intermuros. Fueron interceptados por tres uniformados que esgrimiendo las armas pidieron con brusquedad sus identificaciones. Revisaron las tarjetas magnéticas y uno de los guardias levantó la mano, como llamando a alguien.

- No tardarán en mandarnos un gorila –dijo en tono divertido la doctora.

Apenas terminaba la frase cuando un uniformado inmenso, casi tan alto como Alberto pero aún más corpulento, casi obeso, les encaró.

-¿Es usted la doctora Faustsch?

-Sí.

Sin decir nada, señaló con el mentón hacia Alberto.

-Es Investigador de la Federal de Seguridad y comisionado de la CIS.

Extendió la mano con el lector de identidad y lo puso frente al ojo izquierdo de Alberto. Ante la identificación positiva dijo:

-¿Motivos de la visita?

-Registro de datos para elaboración de informe preliminar –contestó escuetamente la doctora-. Rubro: ubicación geográfica de actores en... ¿cuál es el código de la investigación que realiza, Jefe Cruz?

Alberto desconocía el juego de la doctora, pero le siguió la corriente con una confianza extraña en él.

- G O, guión dos, cero, cuatro. Desaparición y posible asesinato de Isaac Gossmann Silverstein.

El policía pidió que repitieran la solicitud con más claridad, frente al micrófono de su reloj pulsera. Un peculiar silbido electrónico le hizo cambiar su actitud hostil tornándola amable, casi sumisa.

- Doctora, Investigador en Jefe, por favor acompañenme.

La doctora y Alberto intercambiaron una sonrisa. Los títulos más la entonación con que el gorila pronunció, armaron un conjunto tan gracioso que les costó no acabar

carcajéandose. Salieron de la estación rumbo a la valla fronteriza. Atravesaron una puerta de acero muy grande pero que lucía minúscula ante los altísimos muros electrificados. Un patio estrecho comunicaba con un feo edificio gris, bastante alto. Alberto recordó que la parte superior del rascacielos era visible desde el otro lado, en el Sector Centro Histórico, incluso alcanzaba a verse desde el Condesa. Nunca imaginó que la bella imagen de aquellos pisos cubiertos de vidrios como espejo, tuviera un fundamento tan descuidado, de aspecto penitenciario y vulgar. Al llegar a la estancia el guardia les indicó que lo siguieran hacia un corredor a mano izquierda, pero la doctora insistió en que primero subieran por el elevador hasta el último piso.

- Oficial, es indispensable que el Investigador Cruz vea la extensión de Intermuros desde esta zona hasta el Sector Coyoacán.

- Lo siento doctora, pero para ingresar al Panóptico necesitaría una solicitud directa de la Comisionada Grajales.

- Y ella necesitaría una carta de aprobación mía –le replicó impaciente-. Por favor, pregunte a su superior. Es el comandante Vélez ¿no es cierto?

El gorila se comunicó de inmediato con su jefe. Al mencionar el nombre de la doctora Faustsch, algún comentario al otro lado del auricular puso lívido al guardia.

- Es el jefe, quiere hablar con usted.

No tardó mucho la charla. Fueron risas y un intercambio enigmático de frases

que sólo tenían sentido para los interlocutores. La doctora pasó el aparato al vigilante.

- Sí jefe –sin más, el gigantón los condujo hasta el elevador.

Se mantuvieron en silencio mientras la máquina ascendía con rapidez. Los números en el dial avanzaban: 12, 13..., 34, 35, 36... Al llegar al piso 73 se abrieron las puertas. Un ventanal permitía ver la inmensidad de la ciudad. El guardia caminó por un pasillo y los esperó en el lugar donde un letrero anunciaba: “Panóptico”.

-Faltan todavía diez pisos. Por favor, al llegar a la puerta deslicen sus identificaciones y pongan la palma de la mano sobre cualquier superficie metálica.

El cosquilleo les indicó que se estaba procediendo a un escaneo de ADN. Ante la identificación positiva, la puerta se abrió. Dentro del elevador, una voz muy suave, sin duda sintetizada electrónicamente les preguntó.

-¿Doctora Faustsch?

-Así es.

-¿Inspector Alberto Cruz?

-Sí.

-Correcto. ¿Asunto y destino?

Con un leve movimiento de mentón, la doctora le indicó a Alberto que

contestara.

-Investigación federal G O, guión dos, cero, cuatro. Sección homicidios y secuestros...

-volteó inseguro hacia la doctora.

- Panóptico –contestó ella con rapidez.

¿Panóptico? Era la tercera vez que se aludía a esa palabra. Alberto iba a preguntar si algo tenía que ver con el *Panopticon* inventado por Jeremy Bentham en el siglo XVIII, pero un vacío en el estómago les indicó que así de súbito como había iniciado el ascenso, el elevador estaba deteniéndose. Al abrirse las puertas, tres guardias corpulentos los escoltaron. Pasaron por un túnel de escaneo, al final del cual les aguardaba una mujer madura, vestida con traje sastre.

- Es una situación irregular doctora.

- Lo irregular es que me hagan *a mí* tantas preguntas. Este señor que me acompaña investiga un posible asesinato y sabe bien que Gossmann fue uno de los principales consejeros en el proyecto de Intermuros en el que usted trabaja. Por favor no más preguntas y permítanos subir al Panóptico.

La encargada le echó una mirada entre rencorosa y sumisa, al fin avanzó llevándoles hasta una escalera de caracol. Al llegar arriba, la estancia enorme, de unos 100 metros cuadrados, se extendía con unas paredes de vidrio que dejaban observar,

impecablemente, todo el horizonte sobre el que se desplegaba la ciudad. Ese era el misterioso “Panóptico”: su único mobiliario consistía en una mesa y cuatro sillas hacia el centro de un espacio por demás vacío. No había nadie, salvo un muchacho muy joven, bajo y de apariencia insignificante al que la doctora abrazó con cariño.

-Ariel, es un gustazo verte de nuevo ¿te gusta tu trabajo?

-Doctora, es mi sueño dorado. En el Panóptico estoy solo. Cada 30 minutos reviso el registro del escáner y si es necesario activo los Paneles de Acercamiento. El resto del tiempo lo ocupo en mi tesis, tal como usted me recomendó.

-Ah! Perdona. Mira, él es el agente... mejor dejémoslo en el señor Alberto Cruz, doctorante en física y experto en campos bosónicos.

Alberto abrió unos ojos enormes. La doctora sabía muchísimo de él, y él no sabía nada de ella. Era una sensación muy incómoda.

-A decir verdad soy agente federal. Investigo la desaparición del doctor Isaac Gossmann.

-No se preocupe, seré discreto en cuanto a su calidad de doctorante. Sé bien que en la burocracia del Estado no es bien recibido saber que alguien dedica su tiempo a otra cosa que no sean las actividades laborales.

Iba a replicar pero muy pronto desistió. No tenía caso. Si había llegado allí era únicamente porque seguía un rastro, pero sobre todo, porque estaba con la doctora

Faustsch y para eso disponía de lo que quedaba del día. Además la vista era espléndida y la luz de la tarde naciente confería un tono azulado a los volcanes lejanos.

-Ariel, ¿podrías darnos una visita guiada por tus dominios?

El joven se entusiasmó.

-Inspector Cruz ¿está bien que le diga así?

Alberto sólo asintió brevemente.

-Bueno Inspector, desde aquí tenemos acceso a cualquier punto dentro de Intermuros. Al decir que tenemos acceso, me refiero literalmente a que es como si, en un instante, pudiéramos llegar físicamente a cualquier lugar dentro de Intermuros. Y bueno, dado que la vista abarca buena parte de la ciudad y sus alrededores, también podemos acceder a casi cualquier punto en todo el Distrito Federal. Este aparato es el sueño de Jeremy Bentham potenciado a niveles que él jamás imaginó.

Dicho eso, el muchacho se puso unos guantes extraños. Eran algo toscos, como de alguna fibra natural y muy gruesa. Tenían unas costuras de color extraño, entre gris plomizo y negro mate. Luego se colocó unos anteojos de un material que parecía idéntico al de las costuras.

-Estos guantes se llaman Manipuladores. Son un tejido de nanofibras de carbono y éstos -señaló las curiosas costuras- son microinductores bosónicos. En conjunto con los anteojos coordinan el manejo de los Paneles de Acercamiento. Creo que le va a interesar muchísimo su tecnología, pues deriva de investigaciones que se hicieron en la Facultad de Ciencias, cuando aún existía la UNAM.

-Ni que lo digas Ariel -intervino la doctora-. Alberto fue investigador en esos años heroicos, estoy segura que debe saber bastante del tema.

-Recuerdo que el doctor Rodríguez Cerezo anduvo en algo así -dijo Alberto.

-Cierto -dijo Faustsch- pero una vez que lo asesinó el régimen de Ugalde, sus trabajos los continuó Gossmann.

-Si doctora, algo muy triste. Pero bueno, mejor déjeme que le muestre a don Alberto cómo funcionan los Paneles de Acercamiento.

El muchacho se acercó a uno de los ventanales. Extendió los brazos colocando las manos enguantadas justo frente a sí, como empujando al enorme cristal de la ventana.

-¿Qué lugar quieren ver?

-Danos un recorrido desde donde inicia Intermuros Centro hasta los confines de la Plaza de Nuestra Señora del Rosario -dijo la doctora.

El muchacho movió los brazos simultáneamente, deslizando las manos sobre el cristal. De inmediato, como si el Panóptico entero hubiera bajado desde las alturas

hasta el nivel del suelo, los ventanales mostraron detalladamente el inicio de la vieja avenida Bucareli, ahora engullida por Intermuros. A un lado se veían los edificios casi derruidos de lo que hubiera sido el periódico “Excélsior”, al frente, en la distancia, el milagrosamente intacto Reloj Chino y detrás la fea y altísima barda de Intermuros. En torno se oía el bullicio de vendedores y las risas despreocupadas de un grupo de prostitutas conversando con sus clientes.

-Nosotros los vemos y los oímos con claridad, pero ninguno de ellos sabe que estamos allí, fisgoneando. Estos paneles funcionan con tecnología holográfica de última generación, como ve, el detalle de todo lo que miramos es perfecto. La clave está en que, a lo largo de Intermuros, hay líneas de inducción bosónica que permiten que estos Paneles generen imágenes tan nítidas. Ande, acérquese a cualquier ventana y vea el piso, agáchese y dése cuenta cómo, si ahora mismo estuviera pasando una hormiga, podría contarle las patas y ver cada pelito de su cuerpo.

Alberto se agachó y en efecto, el detalle era increíble. Vió una hoja de papel a unos metros y se le ocurrió una pregunta.

-Ariel, ¿crees que podría acercarme para leer lo que dice un papelito que está aquí enfrente?

El muchacho movió las manos sobre el cristal de una manera curiosa, como si estuviera intentando sacarle brillo a los vidrios. Luego se retiró y comenzó a quitarse

los guantes.

-He fijado la imagen. Para que usted pueda ver de cerca ese papelito venga, póngase los guantes y los anteojos. Le voy a decir cómo ha de mover las manos sobre el ventanal para lograr un acercamiento.

Ariel le explicó la serie de movimientos, sencillos y fáciles de intuir, con los que se manejaban aquellos Paneles de Acercamiento. Muy pronto no sólo pudo leer lo que decía aquel papel, sino que anduvo moviéndose de un lado a otro, casi como si estuviera caminando por Bucareli. Se acercó al Reloj Chino, subió hasta el dial, miró de cerca el herrumbre de las manecillas y no pudo sino aceptar que aquella era una tecnología maravillosa.

-Fascinante ¿no es cierto? Lástima que todo esto sirva para mantener la opresión que hay en su país.

Ariel y Alberto vieron a la doctora y sólo se encogieron de hombros. Sintiendo algo parecido a la culpa, Alberto se despojó rápidamente de guantes y anteojos dándoselos al muchacho. Era cierto, cada cosa en su vida, cada maravilla o cada miseria, *todo* se ligaba a la dictadura de Ugalde.

-Bueno, bueno, no hablemos de obviedades tristes, ¿qué le pareció Alberto? Mire, estoy segura que Bentham ha de ansiar salir de su vitrina en el University College en

Londres, para dejar de ser visto como fenómeno de museo y mejor permitir que sus huesos puedan constatar lo bien que le interpretaron los creadores de este Panóptico. A mí me dejó pasmada la primera vez. Pero debo decirle que de todos modos, cada ocasión me sorprende igual. No sólo es una tecnología holográfica de alta resolución, es mucho más.

-Cierto -dijo Ariel- ¿ve las cabinas que hay al centro de cada ventanal?

En efecto, al apenas entrar en el enorme Panóptico, Alberto había reparado en aquellas estructuras que estaban justo en medio de cada costado del mirador. Le parecieron una especie de troneras o quizá algún ornamento arquitectónico, que a la manera de un balcón cubierto de cristales, permitiría una visión más espectacular de la ciudad.

-Pues son Puntos de Enlace -continuó Ariel- cada uno se vincula con una estación holográfica a 40 kilómetros en los cuatro puntos cardinales. Desde allí se ensancha la vista del horizonte, pero como ya dijo la doctora, no sólo eso.

-Así es -agregó Faustsch-, lo que quiere decir Ariel es que la percepción, desde esos Puntos de Enlace, se amplía en todos los sentidos.

-Debería probarlo usted mismo Alberto -le dijo Ariel con una sonrisa.

Siguió al muchacho y entró al balcón del lado sur. Desde allí se veía el Ajusco. Luego, de acuerdo a sus instrucciones, colocó las manos del mismo modo que ya lo había hecho.

-Pero no me has dado los guantes y los anteojos -le dijo Alberto muy extrañado.

-Ya verá, no es necesario.

Ariel fue al centro de la habitación, se sentó en la mesa y desde allí manipuló unos instrumentos. Como ya había pasado antes, Alberto se vio transportado a un punto lejano, ésta ocasión rumbo a la montaña. Desde allí vio la copa de unos abetos grandísimos, tan cercanos, que parecía que podría tocarlos. Movi6 las manos según lo había hecho antes y el Panel de Acercamiento le permitió descender al bosque. Entonces sucedió. Estando abajo percibió con toda fuerza el aroma húmedo y resinoso, sintió frío, escuchó al viento. Hizo una exclamación involuntaria “¡fantástico!” y oyó la voz de la doctora, muy lejos, diciendo “¿lo ve Alberto? Yo le prometí que vería algo bellissimo, pues ya está”. La voz fue desvaneciéndose al tiempo que el tacto del cristal que lo separaba de aquel bosque también. Súbitamente estaba allí, *dentro del bosque*. Caminó unos pasos hacia adelante y sintió cómo su calzado se hundía en la tierra mojada y suave. Al mirar abajo, se dio cuenta de que el suelo estaba cubierto de las hojas pequeñas y rojizas de aquellas coníferas; las hierbas húmedas oscurecían el cuero de los zapatos conforme caminaba, dejando minúsculas gotitas parecidas al rocío sobre sus pantalones de mezclilla. Era increíble: estaba en pleno Ajusco, como si milagrosamente se hubiese transportado hacia allí. Reparó en que, rodeado de aquellos árboles, escuchando el silencio roto de vez en cuando por el canto de algún ave, la ciudad parecía inexistente. “Este sitio debe ser idéntico a como era hace miles de años”, pensó. En eso, un sonido seco a su izquierda lo hizo voltear. Era un venado,

andando tranquilo, husmeando sin preocupaciones entre los arbustos. El animal miró en su dirección, Alberto supuso que lo asustaría, pero no. Echó a andar justo hacia él. Vió la magnífica cornamenta y el paso firme con que se aproximaba la bestia, al tiempo que un malestar general le arrebatava del perfecto goce estético de aquella experiencia, hundiéndolo en una angustia extraña. Volteó hacia atrás, como preguntando algo a la doctora o a Ariel, pero sólo vio árboles. Lo mismo a un lado, al otro; y enfrente: el Venado, cerquísima, tanto que podía oler su aliento fuerte, salvaje y almizclado. Sintió un vértigo incontrolable, náusea. ¿Dónde había quedado el Panóptico? ¿acaso se habría transportado directa e inmediatamente hasta el Ajusco? ¿cómo regresar?

Sus preguntas fueron canceladas por la oscuridad y la inconsciencia.

Cuarta Parte

“Qada podría interpretarse más o menos como juicio de decisión. Los charlatanes o los perversos le traducen con la palabra “decreto”, yo le llamo simplemente Intensión. No es neologismo pero sí un juego de palabras, pues significa el acto de intentar algo al tiempo que alude a la tensión interna de la voluntad cuando ésta se enfoca, rígidamente, en el mundo. Los experimentos de Gossmann demuestran que la Intensión es equivalente a la decoherencia de una superposición probabilística cuántica. Isaac le llama, simplemente, elección de un mundo”.

César Arana, “Conferencias de Tokio”, febrero 2040

Marta Rosa sentía cierta tristeza, pero más que nada, mucha frustración. Su hijo Hermilo, el único varón, el que naciera casi seis años después de su última hija, le había salido puto. No es que se asustara de eso, pero el gobierno de Ugalde penaba la homosexualidad. Y daba la coincidencia de que *ella trabajaba para Ugalde*. ¿Qué habría hecho para tener hijos tan difíciles? Como madre siempre intentó dar un ejemplo de firmeza para su hijo y de independencia para sus hijas. Pero él acabó siendo gay y las otras simples *esposas*.

Que todas las mujeres de su casa fueran señoras del hogar, dedicadas tan sólo al marido y los hijos le afligía un poco, pero no soportaba las puterías de Milito pues la volvían vulnerable. Ese conservadurismo tan bobo en las niñas era una herencia del padre. Pobrecito del difunto Milo, tan huevón, tan mochito; pero eso sí, en la cama un hombre hecho y derecho. “¿De dónde le salió lo maricón a Milito?” se preguntaba como siempre. En fin, aunque no le gustara lo quería mucho: era su propio y único hijo. Vaya, que la verdad lo extrañaba y cómo le hubiera gustado que viviera en México. Rara vez aparecía y su última estancia no fue del todo voluntaria; lo habían operado de la espalda y estuvo con ella durante su convalecencia. Ahora en cambio *venía a visitarla*. ¿Pensaba regresar? Tal vez, pero con sus desviaciones no tenía lugar aquí, vaya, ni en Estados Unidos, pues si bien allá no penaban la homosexualidad, tampoco la aceptaban. Por eso se había ido a Europa.

Pero ahora que lo tenía en casa, en lugar de estar alegre, sentía una inquietud molesta. “¿Cómo se le ocurre venir con su *amiguito*?, lo peor, ¿acaso no podría

disimular un poco” pensaba cada vez más enojada. Porque Hermilo no sólo había llevado a su nuevo novio, un tal Claudio, sino que desde el aeropuerto se portó escandalosamente. Lo abrazaba sin pudor y hasta le dio un beso en la boca frente a todo mundo. ¿No pensaba en los problemas que podría acarrearle *a ella*?

Con todo el dolor de su corazón materno, Marta Rosa decidió pasar el menor tiempo posible con él. Qué más podía hacer. Sin embargo, para aliviar un poco sus sentimientos de culpa, además de inventar que era indispensable asistir al Congreso de Criminología en Los Cabos, le organizó a Milito una fiesta de bienvenida con sus amigos de la prepa. Hasta Bruno y Chava estaban invitados. Norita, su secretaria personal, contrató un servicio completo que llevaría comida, vinos, meseros y cualquier cosa que fuera necesaria. Usarían la cabaña del jardín y se cuidaría mucho de mantener bajo llave el resto de la casa.

No podrían quejarse, la cabañita, con el piano de cola en el salón, con el bar y la alberca, serían más que suficientes para que la pasaran bien. Además estaban el patio de las fuentes y la cancha de tenis. Milito podría invitar a cuanto pelafustán quisiera. Ni modo. Eso sí, los guardias, discretos y casi invisibles, cuidarían mucho que cualquier escándalo se limitara al máximo. A cargo de ellos estaría ni más ni menos que Ángel de la Mora: un maestro para lidiar suavemente con borrachos. Desde el encuentro fortuito que tuvieron en el Century, Morita andaba con un miedo terrible y casi de inmediato accedió para quedar como jefe de vigilancia en su casa de Santa Fe. El muy gallina necesitaba sentirse protegido; si supiera que ella misma tenía mucho que temer. En fin, que todo estaba listo, ella salía por la tarde y regresaba hasta el viernes.

Como su hijo estaba ocupadísimo en Madrid -preparando una obra de teatro o algo así- dejaría México el domingo muy temprano. Pasar los últimos dos días con él, soportando al sudaca mariconcito con el que se había liado, conciliaba los límites de su tolerancia con la unidad familiar. Podía irse tranquila.

**

La fiesta comenzó desde muy temprano. Antes de la una el jardín ya estaba atascado. La mayor parte de los invitados eran amigos de los amigos de un amigo. A Hermilo no le importaba conocer a pocos, la tarde espléndida tenía un cielo muy azul y los cúmulos lejanos, como inmensas alcachofas de nieve, prometían lluvias por la tarde. Si eso llegase a pasar, su madre le había provisto de mucha bebida, suficiente para guarecerse hasta la madrugada en la cabañita.

La algarabía fue en grande, con mariachis y tequila. Estuvieron buen rato en la alberca, pero mucho antes de lo pensado, una tormenta súbita los ahuyentó y casi todos pasaron al gran salón. Claudio amenizaba la fiesta, era un músico genial; improvisaba con tanta naturalidad que tocar el piano parecía un juego. La mayoría, por la música, el trago y la mota, permanecían en el salón, como mosquitas en el vino, como abejas en la miel. Pero algunos ya habían regresado a la alberca y otros, con el cuerpo encendido y cachondo, se perdían entre los prados, ocultos por el cielo encapotado.

Bruno estaba muy feliz. Anita, su amor de toda la vida, la hermana menor de Chava, había pasado casi todo el tiempo con él. Salvo un breve lapso en el que estuvo bailando con Claudio en el salón, ahora prefería la frescura que sigue a la lluvia y

permanecía con él en el patio, sentada en un sillón dentro de la pérgola. El vino la había relajado suficiente como para sincerarse con Bruno. Le contó de sus complejos, de esa sensación incómoda de sentirse obesa, feísima. Bruno supo la razón de sus frecuentes desmayos: desnutrición. Ana estuvo varias veces al borde de la anorexia. Era incomprensible, frustrante. ¿Cómo decirle que su cuerpo era *perfecto*? ¿cómo hacerle ver que sus genes habían heredado la gracia de unas formas moldeadas por millones de años de evolución? Pero Ana jamás entendería. Para ella, como para todo el mundo, el ideal de belleza radicaba en la esterilidad. En la aséptica neutralidad de un cuerpo andrógino: no más que huesos recubiertos mínimamente por un músculo exiguo. ¿Cómo decirle que esa idea era un síntoma mortal? ¿cómo reconfortarla? Vaya ¿cómo hacerle ver que sus formas redondeadas se hallaban en armonía con la naturaleza? Las nubes, las olas, el contorno de las montañas; la mismísima *música de las esferas* que la genialidad de Platón confundiera con el Ser, proyectaba la continuidad suave de la curva: intuición del infinito. El propio Newton sabía, al idear su teoría de las fluxiones, que en la continuidad de la curva se anunciaba la infinitud de Dios.

Era obvio, Bruno había bebido un poco más de la cuenta y divagaba. Con todo, sus sentimientos por ella eran sinceros, “limpios”. Pero sabía que el simple hecho de pensar en “limpieza” era alarmante: síntoma de que la moralidad ñoña del cristianismo seguía alentando sus ideas más profundas. Así, como para recuperar la inocencia de los animales, se fue con ella a los jardines, hablándole del sonido del agua cristalina, del juego misterioso de las luces y las sombras danzando entre las hojas de los árboles. No podía ocultar su atracción por Ana. Luego de pasear entre los prados, prácticamente la

secuestró en la pérgola a un lado de la fuente. Ella no se molestó mucho porque desde allí se escuchaba muy bien la música que interpretaba en ese momento Claudio. Pensaba que era una lástima que ese muchacho tan guapo fuera gay. Mientras tanto, Bruno pensaba que era una lástima ser chaparrito y gordo aparte de heterosexual y enamorado de alguien que no te quiere. Pero el alcohol era noble y le adormecía sentimientos tan oscuros. Claudio tocaba un jazz a la Keith Jarrett y de pronto, mezcló en la melodía sincopada cuatro notas famosas y atronadoras.

-¿Ya oíste?

-Sí, qué pianista tan bueno es el chavo de Hermilo.

-Claro Anita, pero yo me refería a las notas que sigue tocando ahora mismo

A ella le chocaba que le dijeran Anita, también le chocaba que le vinieran con preguntas de erudito. Si no fuera por la ternura que le daba Bruno se hubiera ido de inmediato.

-A ver, déjame escuchar -dijo Ana condescendiente.

-¡Beethoven!

-No me digas, sí, la conozco ¿la quinta sinfonía?

-¡Eso! La popular y menospreciada por los doctos -dijo Bruno haciendo aspavientos desmesurados.

De inmediato, Bruno se enfrascó en un monólogo larguísimo. Comenzó con las

cuatro notas de la Quinta. “La llamada del destino”, enfatizó con solemnidad sin darse cuenta de que Ana, dispuesta a tolerarlo, se había acomodado en una orilla del enorme sillón, con todo el propósito de dormir un rato, aletargada por uno de esos rollos a los que era tan aficionado su amigo cuando estaba ebrio. Bruno siguió, mezcló algo de su especialidad, los autómatas celulares y la teoría de sistemas, con la estructura de la sinfonía diciendo que aquella célula de cuatro notas, repetida una y otra vez de maneras sutiles a lo largo de toda la obra, daba una unidad definitiva a La Quinta. Luego siguió con las peculiaridades del número cinco, desde lo dicho por los pitagóricos hasta sus propios trabajos en morfoespacios de 5 dimensiones. Ana casi agradeció esa perorata; la noche anterior había tenido insomnio y aquella voz monótona le generaba un estado placentero, que sumado al fondo musical del piano, la hundió en un sueño delicioso y reconfortante. De pronto, un ruido ensordecedor, con la contundencia del final apoteósico en alguna sinfonía desconocida, la despertó. En cuanto a Bruno, el alboroto apenas si lo sacó de la concentración con la que hilaba sus interminables pensamientos.

-¿Qué fue eso?

-No sé, a lo mejor Claudio está borracho.

Y Bruno tenía razón, pero sólo en parte. Mientras él adormilaba a Ana, en el salón, Hermilo, entusiasmado por el virtuosismo de su novio, luego de bajar la tapa, se subió al piano de cola y ejecutó una danza con tal ímpetu que acabó por vencer una de las patas del instrumento: la tercera. Aquel Steinway era muy sólido, pues resistió el

golpe de tal modo que sólo la pata fracturada quedó hecha pedazos, dejando la caja de resonancia en el suelo. Luego del susto, Claudio probó para ver si el piano aún servía. Al ver que sí, volvió a tocar, acomodándose a la nueva posición, con las teclas inclinadas pero aún funcionales. Fuera de una cierta desafinación en las bemoles, el Steinway seguía tan sonoro como antes.

La fiesta continuó como si nada, aunque el idilio imaginario de Bruno con Ana acabó como la pata del piano. Ella se acercó a Claudio y le susurró algo que le hizo mucha gracia, luego Chava se unió al grupo y todos se pusieron a platicar animadamente.

-Chava, debo decirte algo -dijo Bruno- Tu hermana es una conversadora extraordinaria.

-¿Deveras?

-Hubieras visto cómo platicamos hace rato. No sólo eso, es la mujer más hermosa de toda la fiesta.

Ana había escuchado y se sintió entre triste y divertida. Bruno era un ensimismado: mientras él hablaba, ella no había pronunciado una sola palabra y en cambio se había dormido profundamente. Ese hecho comenzó a inclinar sus sentimientos más hacia el lado triste que al ridículo. Claudio se dio cuenta y prefirió evitar alguna situación incómoda, ya era suficiente con haber destrozado el piano como para seguir con la fiesta entera. Se dirigió a Ana.

-¿Querés una copa?

-¿Qué me ofreces?

-Ya verás, vení.

Bruno vio cómo Ana se iba del brazo de Claudio. Miró sin discreción alguna el trasero de aquella mujer que lo traía obsesionado. Chava se dio cuenta y en un tono ambiguo le reclamó.

-Bruno, así como eres de sutil no creo que vayas a conseguir nada con ella.

Dicho eso se marchó. Hermilo sintió la desolación de Bruno y cuanto antes le llevó un jaibol. De inmediato se puso a hablar de otro tema.

-Mi madre me va a matar. Ese piano era del abuelo y es la segunda vez que le rompo la misma pata.

Tenía la intención de contar la anécdota, ligada por cierto al primer síntoma de su precoz homosexualidad, pero Bruno lo interrumpió.

-¿Crees que se haya molestado Chava? -dijo mientras aceptaba el enésimo Jaibol.

-No. Si le hubiera parecido mal lo que decías de su hermana te lo hubiese reclamado mucho antes. Sólo te estaba dando una orientación justo para que tengas éxito con ella. No te preocupes.

-Es que todo me preocupa; todo lo que tiene que ver con ella me preocupa de veras.

-Te comprendo bien -dijo como pensando en voz alta, mientras veía a lo lejos las espaldas anchas de Claudio, inspirándose para algún comentario al respecto-. El cuerpo emana fuerzas, hay *magnetismo* entre las carnes. Diferencias las habrá siempre, “no sólo penes rampantes y vulvas laberínticas” como dijera el poeta. Hay culos, bocas, muchos orificios que pueden explorarse para intentar hundir una piel en la otra. Yo prefiero gozar cuando me tocan por dentro, pero a veces me gusta penetrar. Tú eres más limitado y sólo te gusta meter: dedos, pene, lengua. Y mira, ella tiene sinuosidades que invitan justamente a la penetración; imagínate, si a mí se me antoja Anita, que no se te antoje a tí...

Bruno intentó replicar. Él no sólo veía el cuerpo de Ana, veía mucho más. ¿Acaso no? ¿qué era eso “más”? ¿qué veía en ella? A la mente le vinieron los recuerdos de las hermosas nalguitas de Ana mientras caminaba. Se volteó para disfrutar cómo bailaba: el bamboleo de aquellos senos firmes, apetitosos cada vez que saltaba, le devolvieron la franqueza. Tal vez sólo viera su cuerpo después de todo.

-Tú y yo somos parecidos, en serio. ¿No te molesta que yo, un buga empedernido, me compare contigo?

Hermilo se rió de buena gana y negó con la cabeza.

-Es que mira, nos deleita el lado animal del sexo -de un solo trago, Bruno casi vació su

vaso-. Somos primarios, salvajes. Eso nos hace buenos.

-Me gusta lo de comparar la bondad con el salvajismo.

-No comparo, así es Milo. Esta es una época sofisticada. Uso la palabra en el sentido de *sofisma*, de engaño. Pero qué te voy a dar yo clases de raíces griegas si eres un maestro del teatro clásico ¡Salud otra vez, dramaturgo!

Tanta pomposidad era signo indudable de embriaguez. A Hermilo le chocaban los borrachos, pero Bruno era su amigo, así que pasó por alto aquellas frases grandilocuentes y lo animó a continuar.

-Lo que quiero decir es que vivimos una época de comodidades extremas que, fíjate bien en la paradoja, lejos de hacernos vivir nos llevan a un mal vivir.

-Eso lo dices tú, pero no creo que muchos disfruten de las “comodidades extremas” que mencionas.

-Tienes razón, pero me refiero a que *todos* incluyendo a la mayoría desposeída, aspiran al mismito mundo de comodidades extremas que yo disfruto, o que Chava, o que cualquiera de los que anda aquí... vaya, que tú más que nadie disfrutas. Espera, espera, no me repliques todavía. A lo que voy es a que ese mundo que todos desean, poseyéndolo o no, es un mundo de muerte y no de vida.

-Bueno ¿y eso qué tiene que ver con que seamos “salvajes”? Yo te decía que cuando se trata de mujeres, sólo me gustan las sinuosas, de culos redondos, cintura estrecha, senos generosos -dijo Hermilo en un intento de desviar el ánimo taciturno que estaba invadiendo a su amigo.

-Pues que estás hablando de una belleza salvaje, de una estética animal. En ese gusto hay vida. Fíjate bien -comenzó Bruno, como pensando en voz alta, convenciéndose de que sus sentimientos por Ana eran, según su propia moral, saludables- una de esas mujeres caderas y de grandes pechos será capaz de procrear muchos hijos, al grado de que las pocas que viven fuera de Intermuros se ganan la vida implantando en sus cuerpos prodigiosos los productos de la fertilización *in vitro*. La mujer *mujer* no tendrá porqué ir a un hospital a tener sus propios vástagos, para qué, su cuerpo es magnífico, su geometría es acogedora y eficaz para llevar un buen embarazo y a la hora del parto, sus músculos tan acostumbrados a los placeres del sexo serán ideales para auxiliar un nacimiento natural, sin ayuda. En cambio, la mujer de nuestros días, una beldad de esas que cualquier hombre de éxito desea, con su cuerpo anoréxico, sus caderas estrechas, sus senos minúsculos, si acaso se atreve al doloroso y costosísimo proceso de preñarse y permitir el nacimiento del *producto*, por necesidad tendrá que acudir al hospital. Los médicos, después de regañarla por su imprudencia pues, entre paréntesis, los métodos de fertilización *in vitro* e implantación en mujeres profesionales son la regla; los doctores te decía, tendrán que auxiliar a un cuerpo precario, incapaz de sobrellevar la carga de un vientre cuyos soportes óseos se parecen tanto a los del varón. Y luego la musculatura débil, acostumbrada a la rutina de un sexo más bien acrobático, basado mucho en la agilidad del cuerpo y poco en la sutileza motriz de la vagina, será incapaz de ayudar al trabajo de parto, algo de por sí imposible pues todo ese acto se hará en medio de la más absoluta anestesia.

Hermilo se rió fuerte de la perorata de su amigo, era graciosa, con un tono de

erudición antítesis perfecta del chico tímido que era Bruno. Y sin embargo tenía mucho de verdad. El entusiasmo de aquel flujo verbal le impidió seguir riendo, algo que desde hacía varios días no había podido hacer tan de buena gana, así que se resignó a escuchar.

-Esto que te digo es muy serio Milo, deja de reír. A ver, ¿te has preguntado por qué los etólogos insisten en que los caracteres sexuales secundarios de las hembras humanas son la cintura estrecha, las caderas amplias y los senos grandes? Fíjate bien, esos caracteres *no son nuestro actual ideal de belleza*, y sin embargo, los expertos no niegan su origen biológico, común a *todos* los hombres.

-Bueno, bueno. Una cosa es lo que esta cultura considera el género y otra la genitalidad. Yo tengo pene y no soy macho. Pero tampoco hembra. Mis “caracteres sexuales secundarios” son de macho, los “caracteres sexuales secundarios” de Claudio también, pero ni él ni yo somos hombres. Tampoco mujeres -Hermilo soltó una carcajada- A ver ¿tú eres hombre?

-No, si te refieres a la moda de lo que ahora se considera un hombre, pero tengo pene y me gustan las mujeres, mucho, muchísimo.

-Es que la moda no tiene porqué ajustarse a la biología.

-Exacto. La moda, como el género, son creaciones simbólicas mediadas por las relaciones sociales, no por la estructura biológica -Bruno se sirvió otro vaso de whisky, esta vez solo y lleno hasta el tope.

-Estoy de acuerdo ¿y?

-Ahorita te darás cuenta, nada más déjame preguntarte otra cosa -de un sorbo, sin hacer

un sólo gesto, vació la tercera parte del vaso-. Si biológicamente, los caracteres sexuales en las hembras humanas son los que ya sabemos, ¿porqué no todas las mujeres de todas las diversas etnias tienen ese cuerpo?

-¿Me vendrás con un argumento racista? Eso sí que es nuevo.

-Claro que no -dijo en un tono un poco raro; era evidente que el alcohol comenzaba con sus estragos- lo que voy a decirte no tiene nada, pero nada que ver con una idiotez como la “raza”. Nada de eso, nadita. Tiene que ver simplemente con los efectos que sobre la anatomía de las mujeres tiene la cultura.

-Eso último suena a título de libro. Obviamente escrito por un antropólogo loco o borracho.

-Pues te hablaré como el escritor de ese libro que a lo mejor algún día escribo. ¿Por qué no? -dio otro sorbo largo, viendo al vaso como se ve a una rara gema-. Una mujer yanomami, por ejemplo, tiene piernas cortas, un vientre enorme, nalgas caídas y senos no muy grandes igualmente caídos. Su cadera puede ser amplia, pero no va asociada a una cintura muy estrecha que digamos. Sin embargo, esos caracteres no son la clave de la belleza yanomami. Los indios de esa etnia no se guían por la simpleza básica de los caracteres sexuales secundarios, no seleccionan a sus mujeres por meros impulsos biológicos. No señor. Hay elementos más importantes que provienen de la cultura. Algo parecido podríamos decir de los Inui, vaya, de los esquimales, o de los drávidas, o de los papúas. Hombres de culturas complejas y sutiles, claro que sí. En cambio, una buena parte de la historia occidental estuvo plagada de mujeres como las que nos gustan: piernas largas, cinturita, nalgas redondas y levantadas, senos abundantes. ¿Por qué? Pues simplemente porque en nuestra cultura el sexo más básico, ese que se liga

nadamás al coito, a pesar de reprimirse, siempre ha sido importantísimo. Hablo de coger, nomás de coger y ya. Somos brutos, deveras, o si no, torcidos. No vas a decirme que no Hermilo -antes de que dijera cualquier cosa Bruno lo interrumpió- espera, espera a que te diga algo más, mira, las relaciones sexuales “lícitas” se practicaban con rigidez sólo entre las minorías privilegiadas. Y bueno, digo rigidez por eso de seguir reglas eh?, porque la rigidez de la verga no ha sido nunca muy frecuente entre los riquillos. No te rías que hablo en serio. De hecho para esas clases poco importaba la anatomía sexual pues lo que se buscaba era la perpetuación de un linaje, vaya se debía conservar el abolengo ¿no es cierto?; pero fijate, reproductivamente hablando, así nomás, en lo más bajo de la escala zoológica, la mayor parte de nacimientos provenía en aquellos tiempos de uniones “ilícitas” con mujeres de cuerpos biológicamente *sexuales*: hablo de beldades, de bombones, de buenuras. ¿Cuáles fueron las consecuencias? Pues que la mayoría de nacimientos se dieran en ese mundito marginal, producto de lo “ilícito”, un mundo que negaban las buenas conciencias, pero que existía. Eso quiere decir que la elección de mujeres para procrear por los hombres civilizados respondía mucho más a impulsos primarios que la elección de mujeres por los que despectivamente hemos llamado salvajes. De allí que el *biotipo* femenino tan gustado por años se fijara como uno de los más comunes en occidente. Te hablo ni más ni menos que de un efecto inmediato del proceso de selección biológica, sí señor.

-Creo que tu teoría es muy débil -dijo Hermilo mientras veía cómo terminaba Bruno con su whisky, para llenar el vaso de inmediato-. En primer lugar no todas las mujeres de antes eran así de perfectas, había muchas gordas y por su parte, las flacas prosperaron tanto que ahora son mayoría. Por otro lado, las mujeres de las antiguas

tribus africanas estaban buenísimas, las polinesias fueron la perdición de Gauguin, bueno, hay muchos ejemplos de “salvajes” donde las mujeres tenían ese ideal que según tú sólo proliferó en occidente. Pero oye, cuídate, ya has tomado mucho.

-Tienes razón. No en eso de que he tomado, no no, sólo en lo que dijiste. Recuerda a Darwin y su argumento sobre la tendencia natural a variar indefinidamente -de un trago casi terminó con medio vaso-. Por más que hubiera selección la naturaleza varía y formas alternas se generan cada instante. Diversidad, sí señor, eso mero. En cuanto a los negros o los polinesios, el motivo por el cual en esos pueblos había tales beldades no era la tortuosidad occidental. Sus mujeres eran seleccionadas según el patrón de los caracteres meramente biológicos porque las culturas en donde nacieron ponían al sexo como un eje de la vida de todos los días. Y antes de que me critiques te diré que géneros pudieron haber muchos, tantos como máscaras se pueden imaginar. Ya ves que tan solo acá en Juchitán hay seis, pero en cuanto a la reproducción el sexo era el eje. Sexo como eje suena bien ¿no? ¿Qué es el sexo sino ejes que embonan en aros? No, no te rías, ya te dije que esto es serio. Yo soy serio, sí que lo soy. Hablo de sexo, pero no creas que por Anita. Bueno, con ella pienso, sí es cierto. Es más, claro que pienso en sexo, pero un sexo sano, sin ocultaciones, abierto como una vulva dispuesta al amor. Fíjate, una vulva abierta es como una flor, una bella flor de pétalos rosados, aterciopelados....

Bruno esbozó una sonrisa amplísima, después soltó el vaso y cayó como plomo en el sillón. Hermilo se quedó mirándolo, movió la cabeza y vaticinó fácilmente la cruda que le esperaba a su amigo aún antes de que terminara la fiesta. Luego pensó que

de tener algún día el impulso por dejar descendencia, sin duda que desearía una mujer de veras mujer, como decía Bruno. “Pero eso no será pronto” se dijo al tiempo que cierta cachondez en las entrañas lo llevaba buscar el cuerpo atlético de su novio uruguayo. Vio el trasero de Claudio y pensó que sería buena idea perderse con él, lejos de aquella fiesta que comenzaba a fastidiarlo.

II

Alberto la pasó muy mal. La doctora y Ariel tardaron casi diez minutos en hacerlo reaccionar, al grado de que éste último estuvo a punto de llamar a los guardias para ver qué hacían con tan inesperado y embarazoso visitante. Pero la doctora fue firme y ambos se ahorraron una serie de problemas de otro modo inevitables; la tecnología del Panóptico habría sido cuestionada por la CIS y Ariel habría visto comprometido su cómodo trabajo. Así que, después de todo, los cuidados hacia Alberto valían la pena. Pero el Inspector Cruz se veía demacrado: el rostro pálido, los ojos nublados. Faustsch le pellizcó brevemente un brazo, viendo con alarma que la piel había perdido elasticidad. El pellejo reseco se mantuvo inmóvil, sin regresar a su posición natural, con un aspecto amarillento y senil.

-Está muy deshidratado.

-No es nada alentador doctora, incluso podría tener una anemia súbita.

-Pero no es lógico, no traía ni los guantes ni los anteojos.

Alberto intentó incorporarse pero desistió, pues un mareo intenso le hizo perder el equilibrio.

-Tranquilo Alberto. No se mueva innecesariamente, parece que su cuerpo resintió mucho la tensión de campo generada por los inductores.

-Quiero ver a Silvia -dijo entre dientes y como sonámbulo.

-Sí, claro. Verá a quien usted quiera, nada más repose y espere un momento. Ya viene Ariel con algo que le hará sentirse mejor.

El muchacho sacó un kit de emergencia con plasma oxigenante, una hipodérmica neumática y una solución para promover el brote de nuevos glóbulos rojos. Sabía bien que a veces, los inductores de campos bosónicos generan problemas muy graves, entre otros, anemia perniciosa; por eso, apenas se entraba al Punto de Enlace la resonancia bosónica debía evitarse; el observador jamás recurría a guantes y anteojos pues éstos amplificaban ese fenómeno. Alberto había entrado en contacto con el flujo bosónico apenas unos segundos, no traía ningún equipo, y allí estaba lo raro. O su cuerpo era extraordinariamente sensible o el desmayo se debía a otra cosa. En cualquier caso, si su mal no era el Síndrome de Resonancia Bosónica (SIRBO), el suero y la solución no le harían daño. Pasaron poco más de una hora administrando el tratamiento, sin embargo, dado que el inspector reaccionaba con mucha lentitud, decidieron inventar un plan.

-¿Se siente mejor? -dijo la doctora.

-Sí, sólo fue un mareo, aunque me vendría bien un sueño largo, muy largo.

-No se preocupe. A ver, intente levantarse.

Alberto se puso de pie. Aún se sentía muy mareado y su apariencia era terrible, pero al menos, con ayuda, podía caminar.

-Me hablaba de Silvia, ¿es su mujer? ¿quiere que lo llevemos con ella? Mire, convendría que alguien le cuidara esta noche. Dígame donde es la casa de su amiga y vamos allá cuanto antes.

-Es en Intermuros, en la calle doctor Martínez del Río, muy cerca de El Foco al Aire que es donde trabaja.

-No es un lugar elegante pero si muy conocido entre los habituales de Intermuros, además el Hospital General queda a unos pasos. Tengo buenos amigos allí, así que vámonos ya. Podemos usar un vehículo de seguridad de aquí ¿no crees Ariel?

-Creo que sí. A ver, decimos que acompañaremos al inspector a un recorrido en Intermuros y ya se nos ocurrirá algo para justificar por qué lo dejamos en El Foco al Aire.

-No tenemos que decir nada. Sólo pide el vehículo y déjame lo demás a mí -dijo la doctora, con una calma que sin embargo, denotaba impaciencia.

-Gracias, de veras. Ya me estoy sintiendo mejor.

Pero el semblante de Alberto contradecía sus palabras. Bajaron muy despacio la escalera. Por fortuna no había nadie abajo, de modo que pudieron llegar hasta los elevadores sin que los guardias les molestaran. A manera de precaución Ariel gritó que bajarían juntos y que ya había solicitado un relevo: “por favor suba alguno de ustedes al Panóptico en lo que llega mi relevo. El inspector me ha pedido que lo acompañe y como saben, trae órdenes de la CIS”. Los guardias no hicieron preguntas, sólo un ademán y se despidieron.

Andaban con suerte, el trayecto para salir fue muy rápido, sin contingencias de

ningún tipo; los sistemas de seguridad se limitaron a corroborar su identificación y con el respaldo de la CIS nadie se atrevió a importunarlos. En la planta baja, Ariel los condujo por un pasillo que llevaba directamente al estacionamiento, donde ya les aguardaba el vehículo automático para ir hasta la vieja calle doctor Martínez del Río, al edificio donde vivían las chicas de El Foco al Aire. La doctora ya había dispuesto todo para que allí les esperara el doctor Octavio Ordóñez, del Hospital General. En menos de diez minutos llegaron y con mucha discreción, el médico condujo a Alberto hasta el departamento. Allí, el enorme corpachón del inspector se desplomó sobre la cama, entrando en un alarmante letargo que el doctor intentó aliviar sin mucho éxito.

**

Alberto sentía cierto mareo, pero fuera de eso, gran bienestar. Aún quedaba el aroma de los abetos en su nariz y se preguntó si el enorme venado lo habría embestido. De ser así quizás estuviese agonizando, mal herido y abandonado en ese bosque.

-¡Ey muchacho!

Escuchó a lo lejos una voz. Le pareció vagamente conocida. Sin duda era un anciano, el tono tembloroso y las sílabas seseantes lo delataban. Intentó abrir los ojos y por fin vio a su interlocutor. En efecto: un hombre muy mayor.

-Vienes hasta acá a visitarme y te quedas dormido. Bueno, pero ¿donde anduviste?

Tienes una pinta terrible.

¡El maestro Jaime Cantarelli! ¿qué hacía en el bosque? Mientras se preguntaba eso fue despertando de su letargo, sólo para darse cuenta de que les rodeaba un patio lleno de macetas tupidas de helechos. El viejo Cantarelli estaba en su casa de San Ángel. ¿Cómo habría llegado hasta allí?

-Maestro, ¿me recuerda? -dijo mientras se levantaba y paseaba por el lugar, intentando discernir qué estaba sucediendo.

-Claro que te recuerdo Cruz. Te ves viejo y demacrado, además me parece que caminas con más pesadez que nunca.

-La vida cansa Jaime -dijo con sinceridad. Se sentía en verdad agotado.

-No necesariamente. A mí la vida me alegra aunque la humanidad de hoy sea tan limitada, tan cerrada sobre sí, que todos los mundos que ha imaginado se encuentren dentro del mismo. Con suerte pronto moriré y entonces saldré definitivamente de este orbe tan pequeño.

-¿Cómo es que la vida te alegra y luego ves como una fortuna morir?

-Ah! Sigues igual de necio que siempre. No pones atención. Crees que morir es algo opuesto a vivir, no te das cuenta de que morir es parte de la vida.

-Debes tener razón sin duda Jaime, perdona -de pronto Alberto se dio cuenta de que a lo mejor Cantarelli sabía algo de Gossmann: había sido su amigo- Oye, quisiera preguntarte sobre Gossmann.

-Gossmann, buen tipo ese Gossmann. Con él me entendía muy bien. Un hombre

intentando ser libre ese Gossmann.

-¿De qué quería liberarse?

-¿Tú te crees un hombre libre?

-No.

-Pero has intentado siquiera liberarte.

-Sí.

-¿Cómo?

-Lo sabes bien Jaime. Estuve en el MODU, pero fuimos derrotados.

-“Derrotados”. Qué significativa palabra. Tú nunca intentaste ser libre. Ni siquiera se te ha ocurrido.

-No entiendo.

-¿Has leído a Hegel?

-Sí

-¿Le has entendido?

-No soy filósofo.

-No te pregunté eso, te pregunto si le entendiste.

-No me gusta su idea de que el espíritu encarne en el gobierno.

-No has entendido nada.

-Bueno, ¿me explicas?

-Eres viejo y si antes no comprendiste ahora menos. Pero a mí me gusta explicar. Te explico por el gusto de explicar: Hegel es el filósofo por excelencia, el máximo pensador de toda la civilización occidental. Sólo él desentrañó la lógica, qué digo, la entera sintaxis de toda la red de simbolismos que sostiene al mundo occidental. A ver.

¿Estás dispuesto a escuchar?

-Claro.

-No me interrumpirás salvo en caso de que tengas preguntas inteligentes.

-No lo haré

-Piensa bien entonces antes de preguntar.

-De acuerdo.

-Hegel explicó con precisión impecable la sintaxis que da sentido a toda la existencia humana en occidente, desde sus inicios hasta hoy mismo. O sea que no sólo se ocupó de su pasado sino que abarcó enteramente su futuro. Dio con una gran idea explicativa.

¿Cuál fue esa idea?

Alberto estaba confundido. ¿Por qué estaba en casa de Cantarelli? Y ¿qué había del bosque? En todo caso, si soñó aquello, el sueño fue de un realismo definitivo.

-¡Cruz! te pregunto a tí, aquí no hay nadie más y no hablo solo.

-Perdón, perdón. Me hablabas de Hegel.

-Te preguntaba cuál era la idea máxima de Hegel.

-Pues supongo que la que expone en su “Filosofía del Espíritu”

-Como siempre eres vago, lo que es sinónimo de ignorante. Su gran idea se refiere al esqueleto mismo de todo nuestro lenguaje: la sintaxis de nuestra existencia civilizada es la lógica del amo y el esclavo. El círculo perfecto. Allí radica la genialidad hegeliana. Recuerda: el *señor* es aquel que pone en juego su vida para imponer su voluntad. Una voluntad que lo trasciende, que no está en el mundo de la vida. En

cambio, el esclavo intenta a toda costa conservar su vida. Sin embargo, el amo encuentra sentido únicamente cuando el esclavo se somete, y a su vez, el esclavo lo hace cuando el sometimiento le garantiza persistencia. La dialéctica del amo y el esclavo brinda el movimiento de la historia. Sólo hay historia si hay ese movimiento dialógico. En último término, señor y siervo entienden un mismo lenguaje, el del ejercicio del poder.

-No vas a decirme que sólo tienen historia los civilizados.

-No hablo de cualquier civilizado. Sólo del occidental. Estoy de acuerdo con Hegel. Su lógica es circular y cerrada, no debe extrañar que sea excluyente. Los *otros* no tienen historia, tienen *otra cosa*. Tienen algo que nos es ajeno, algo de lo que no podemos hablar pues ni siquiera imaginamos.

-A ver si entendí. Me estás diciendo que sólo los occidentales tienen historia, ¿no te parece algo demasiado arrogante? Los humanos no somos occidente sino mucho más.

-Piensas de manera lineal. Yo no hablo de “la humanidad”, sólo hablo de la lógica hegeliana como la única capaz de explicar y describir con precisión *a la civilización occidental*, nada más. No me refiero con ello a “superioridades” o “inferioridades”, no es ni mejor ni peor, sólo digo que tal lógica es *exacta* para lo que se propone. Fíjate, el pensamiento hegeliano es tan potente que abarca a la totalidad de los marcos de interpretación, por ejemplo, éste con el que ahora mismo hablamos. El marco de interpretación estructura al contexto y es el contexto el que forma un mundo. Creer que la “historia” tiene carácter metafísico, o que la lógica del amo y el esclavo confiere la “esencia” de lo humano es algo que tú asumes tácitamente, igual que Hegel. Yo digo por lo contrario, que Hegel apenas si explica a occidente y a los pobres humanos que

viven *en* la “historia” de occidente, hablo de este minúsculo e ineludible mundito. Lo humano *en general* es un enigma; tan enigma que ni siquiera podría decirse si “lo humano” es mero vocablo artificial, o en cambio, auténtico sustantivo. No obstante, en eso que nombramos “humano” sí que resalta la diversidad, lo múltiple, lo infinito, lo que queda más allá de cualquier mundo. Del mismo modo que lo no humano es aún más diverso, múltiple, supremamente infinito. Mira, Hegel es el filósofo de la pequeñez, el filósofo de la autosuficiencia, el mago que convirtió lo minúsculo y fragmentario en “totalidad”, es sin más el Gran Avatar de Onán. Y tú, como la mayoría de hombres de este mundo, eres su esclavo.

-Pues sí. Jaime.

Dijo Alberto, cada vez más cansado y resignado a no entender porqué ni cómo era que había llegado con Cantarelli. Además, no estaba en forma para seguir los enredados razonamientos de su maestro. Casi exhausto, intentó hallar el sentido de aquella visita preguntando por lo único que se le ocurrió: el caso Gossmann.

-¿Me podrías dar tus impresiones sobre Gossmann?

-Eres muy simpático Cruz. Eso es lo único a que viniste, lo sé. Pero lo que tú no sabes es que te estoy dando mis impresiones de Gossmann ahora mismo.

-No entiendo.

-No te apures, pero sí, es obvio que no entiendes.

-Por favor, ayúdame un poco.

-No tengo que ayudarte. Gossmann intentaba salir del círculo cerrado que recién te

describí. Sus ideas, sus experimentos, todo iba encaminado a ese propósito. Cuando conoció a Arana se dio cuenta de que pese a las extraordinarias habilidades del mago, éste seguía atado como pocos a nuestro mundo hegeliano. Gossmann se percató de la naturaleza cabal de ese lazo: ni más ni menos que la sumisión absoluta al ejercicio del poder.

-¿Pero cómo puede uno salir del círculo? En todo caso, cómo pensaba hacerle Gossmann.

-El punto no es en cómo pensaba hacerle él. El punto es si dado el actual estadio de la humanidad, sometida ya y sin remedio al *mundo único* de occidente, eso es siquiera imaginable.

-A qué te refieres.

-Mira, antes había alternativas, varios mundos. Hace apenas un par de siglos aparte de Europa y sus vasallos (incluyendo a los gringos) estaban otros pueblos. Unos cuantos cazadores-recolectores, unas cuantas culturas más o menos intactas en las que persistía la unidad hombre-vida. Pero hoy día la única “unidad” aceptable nos sume a todos en un solo mundo. La tan traída “globalización” es sinónimo de *erosión*. Occidente erosionó a *todas* las alternativas de lo humano. Aún así, nosotros los mexicanos estamos en una posición muy privilegiada para entender la fase por la que atraviesa actualmente la humanidad. Somos herederos de dos civilizaciones asombrosamente parecidas. Ambas se enlazaban de manera suprema al ejercicio del poder. Los españoles, un pueblo sometido, recién habían logrado la gran síntesis hegeliana, asumiendo una posición señorial que ejercieron con todo el rigor que genera el resentimiento. Los aztecas, un pueblo marginal, recién habían logrado su posición de

señores, alentados por una idea trascendental, por una confianza suprema en su papel como proveedores de vida para un cosmos, que como espejo de su pequeñísimo mundo, permanecía eternamente en lucha. Heredamos un componente material y otro espiritual, ambos arraigados en la idea del *ejercicio supremo del poder*. Somos un pueblo adelantado. Podría decir que somos *hipercivilizados*. Por eso Jodorowsky nos veía como un avatar de Mercurio. Somos los mensajeros de los dioses de la civilización. Nuestra suerte es la suerte del mundo civilizado. Si nos desplomamos el mundo entero se desplomará. Si persistimos, el modo en que persistamos será el modo en que persista el mundo.

-Pues para ser *hipercivilizados* actuamos como bárbaros.

-Eres simplón como todos. El bárbaro es el no-civilizado. Para él lo importante es la vida, no el ejercicio metafísico del poder. Si actuáramos como bárbaros seríamos *otros*. No sólo eres simplón, eres necio. Los bárbaros no existen. Desaparecieron hace mucho. Por eso es que ahora mismo toda la humanidad está en riesgo. No tenemos más mundo que éste. Justo allí es donde entraba el optimismo de Gossmann. Él estaba convencido de que era posible enfocar *otros mundos*. Mira, la tragedia de nuestro tiempo es que al poseer una sintaxis tan perfecta, tan hermética, nos hemos olvidado de que somos seres vivos. Ensimismados y enfermos, hemos supuesto que el ejercicio trascendental de la voluntad está más allá de tiempo y espacio, hemos creído que está por encima de la vida. Y es cierto, es un *epifenómeno*, está por encima. Es una mera costra adherida a nuestra materia física, es una cubierta efímera, dependiente de nuestra existencia viva. Los griegos se preocupaban por lograr una civilización que no olvidara eso. Por eso inventaron el término *bios*. *Bios* deriva de *ebion*, la conjugación

arcaica en pasado de *Zoe*. *Zoe* es “vida”, así que *ebion* significa “yo viví”. Sólo un hombre reflexionando en ese “viví”, conjugando el verbo en pasado, podrá decir si su vida fue en verdad una vida. Una vida verdadera, estarás de acuerdo conmigo, quiere decir una “buena vida”. El adjetivo “buena”, por ser adjetivo, es algo proferido con la voz, la conjugación en pasado igualmente es una propiedad lingüística. Son *epítetos* que sólo puede emitir un humano. Así que “buena vida” sería la vida que, como ser viviente, puede lograr sólo un humano. Buena vida es vida creativa, vida plena, vida en movimiento, vida con potencial. Eso quiere decir vida ligada *por necesidad a la libertad*, claro que una libertad spinoziana; la limitada pero dinámica *autonomía*, el motor que permite múltiples movimientos. Libertad como potencial. Eso es *bios*: potencial que ya fue acto. Luego, los traductores latinos de Aristóteles se encargaron de entender mal y propagar los frutos de su poco seso en toda la tradición filosófica, traduciendo *bios* como vida en general. No, el vocablo para la vida en general, te lo he dicho, es *Zoe*. Por eso Aristóteles había dicho que el hombre era un *zoon logon politikon*: un ser viviente que habla y vive en polis. En ese aserto hay una convicción optimista, que la vida buena, la *bios*, podía lograrse en la polis. Triste ha sido la *historia* desde entonces. La única polis que conocimos fue Roma y ya ves, como tú mismo insistías cuando eras joven, cuando todavía tenías energía vital, aún vivimos la larga agonía de Roma. El ideal griego de lograr una *polis* fundada en *bios* se olvidó, en cambio, el ideal romano de una *polis* imperial, fundada en el ejercicio absoluto del poder, se convirtió en el único molde a seguir por occidente. La *zoe* del hombre, al igual que la *zoe* de todo ser viviente, se tornó en la *vida disponible*: al servicio de la polis. ¿Y la *bios*? La *bios* sólo se entendió como *vida domesticada* por el poder del

estado, o como dicen ahora, del “sistema”. La verdadera buena vida, la *bios* presocrática desapareció. Pero los hombres libres, los hombres como Gossmann, intentaron recuperarla.

Alberto se sintió profundamente mareado. Él, sin duda, nunca tendría una *bios* a la griega, pese a que ahora fuera esclavo de la vulgar *bios* del poder político. ¿Aspiraba, con todo, a algún bienestar? No se lo había preguntado en verdad, aunque en ese instante, por cierto, el bienestar fuera una promesa alcanzable: el infalible y reparador descanso del sueño.

-Jaime, ¿me permitirías echar un sueñito?

-Ah que muchacho. Desde que te vi entrar lo sospeché, pero ahora estoy seguro.

-¿De qué maestro?

-De que vienes de otro mundo.

III

En la apacible finca de Cuernavaca un autoplano acababa de aterrizar. Al poco rato eran tres, cuatro: todos portando insignias del Ministerio de Defensa. En la entrada un vehículo con soldados impedía cualquier acceso o salida. Sin dar tiempo a ningún alegato habían allanado la casa.

Sam Finkelstein y Leo Lumlitz, en los casi diez años que llevaban de ser socios, nunca habían pasado por una crisis tan grave. Los inesperados sucesos en los que perdiera la vida el Ministro de Defensa estaban a punto de derrumbar su posición de privilegio en el gobierno de Ugalde. De hecho, permanecían en su enorme propiedad bajo arresto domiciliario. Llevaban más de un mes sin poder regresar a la Ciudad de México. Pero ese día un problema mucho mayor se les venía encima; por lo pronto habrían de encarar al militar que acababa de entrar, con un regimiento, a su sala.

-Señores, tienen que acompañarnos sin dilación –dijo en tono autoritario el capitán Benítez, a quien encomendaron la tarea de llevarse a los empresarios del Century.

-¡Esto no puede ser! ¿quién es su superior? ¡ni idea tienen con quienes están tratando!

Como única y contundente respuesta a su enojo, el soldado que tenía más cerca le propinó a Sam Finkelstein un culatazo en la boca del estómago. Ante tales argumentos, Lumlitz prefirió mantener una actitud sumisa. Confiaba en que su condición de ciudadano norteamericano le brindara una posición más ventajosa a la de

su desafortunado socio.

-No están en posibilidad de exigir nada. Acompáñenos sin resistirse y todo será más fácil para ustedes.

-Pero si hemos cooperado sin preguntar –se atrevió a replicar Lumlitz-. Cuando me pidieron que los apoyara en el Hospital Militar lo hice de inmediato.

Era cierto. Sin embargo, aunque sus habilidades como cirujano plástico hubiesen logrado engañar a los medios en el caso del general Leyva, el hecho era que los hombres que tenía enfrente sólo cumplían órdenes. De entender argumentos simplemente no serían militares. Así que como era de esperar, sus palabras no fueron escuchadas y de manera violenta les sacaron de la casa. Los subieron a distintos autoplanos, esposados y advertidos de no pronunciar palabra. En la cabina, apenas cerrar las puertas, los cristales se obscurecieron de tal modo que fue necesario encender una tenue luz artificial.

Durante el trayecto, ambos empresarios, pese a no tener contacto entre sí, albergaban pensamientos fatales de la misma índole. Lumlitz reflexionaba que aún con todo, su aventura en México había sido plena. El *Personae Theatre* cristalizó en el más espectacular *Show Bussines* de todos los tiempos y aunque pudiese tachársele de frívolo, era un hecho que sus ideas habían penetrado en la dramaturgia mundial de manera irrefrenable.

En Suecia por ejemplo, Gaute Fältskärsgratan y su compañía de teatro, practicaban sus teorías montando desde hacía un par de años obras con *phersues* que

recuperaban personajes de las viejas tradiciones nórdicas. Desde entonces, Sollentuna, la pequeña ciudad al norte de Estocolmo, se había convertido en patrimonio cultural de la humanidad, pues en ella vivían entre otros, Arild Ugerup y la bella Thale Thott, cultivando bosques de pino. Todos sabían que al lograrse tan singular cosecha, Arild tendría que ir como prisionero del noble rey Erik, mismo que permanecía a la espera en un sobrio castillo al norte de la ciudad. Pero no sólo esos *phersues* enriquecían al ambiente teatral de Sollentuna. En un lago cercano, el mítico y aún más legendario rey Vendelkråka celebraba fastuosas comilonas en las que sus juglares trovaban música dulcísima. La vida cotidiana de esos hombres constituía una continua representación, una saga vívida a la que se podía asistir en cualquier momento, sin importar la hora del día o la época del año.

Por su parte Samuel Finkelstein pensaba que pasara lo que pasara, nada lograría que su memoria fuera olvidada. El Century era famoso en todo el mundo. No había un solo presidente, de ningún país relevante, que no hubiese estado allí. Cada año desde diciembre del '39, su club albergaba a lo más selecto de la sociedad: artistas, premios nóbel, empresarios. Y luego, su finca de Cuernavaca se había convertido en el equivalente del siglo XXI de aquel famoso San Simeón, que el odioso Hearst erigiera para celebrar su ego. Pero él, Samuel Finkelstein Zylberbaum, a diferencia del norteamericano antisemita, era generoso. Porque la Finca El Paraíso, año con año y en dos temporadas, producía sendas producciones gratuitas, dirigidas a todo aquel que quisiera disfrutar del ambiente fantástico tan propio del Century. En Marzo, Cantinflas, Pedro Infante y otras estrellas del Cine de Oro mexicano, vivían departiendo con la gente sus habilidades histriónicas. Comían con el pueblo, lo alegraban. Y después, en

diciembre, el mismísimo Juan Diego recreaba su vivencia del Tepeyac, permitiendo que la Reina de América, *la morenita*, desplegara su imagen milagrosa a la vista de miles de peregrinos. En diciembre del 2042, el Papa legitimó la representación sacra cuando en su viaje pastoral a México visitara El Paraíso, bendiciendo la finca y poniendo de ejemplo a Finkelstein “como modelo de un empresario comprometido con las tradiciones de su país” y a Lumlitz, “un artista que ha sabido aprovechar sus habilidades y los avances de la ciencia para el bienestar del alma”. Incluso, desde hacía años, los peregrinos iniciaban lo que ya era toda una tradición: caminar cada 7 de diciembre, desde El Paraíso hasta la Basílica de Guadalupe. Finkelstein había logrado impregnar con su visión a la cultura entera de un país, que va, de un continente. ¿Qué otro empresario del *Show Business* podía ufánarse de algo similar? Por eso, en momentos tan siniestros, Sam juzgaba que su vida había valido la pena.

Casi resignados, con el consuelo de sus reflexiones, tan inseparables socios sintieron cómo los autoplanos iniciaban un rápido descenso. Los cristales se aclararon dejando ver el panorama de la ciudad. Se dirigían hacia el Campo Militar número Uno. Sitio fatal que no auguraba nada bueno. Al aterrizar ya los esperaban. En cuanto bajaron les encapucharon y a empujones los guiaron por un camino abrupto. A veces caían, recibiendo de inmediato patadas y jalones infames para que volvieran a estar de pie y andando. En todo el trayecto se guardó silencio. Lumlitz creyó que los irían insultando conforme les llevaban a su destino, pero no fue así. Lo único que no cesaba eran los golpes, fuera de eso, un mutismo inquietante que parecía preconizar lo peor.

En determinado momento se detuvieron. Un sonido crujiente, metálico, chirrió con pesadez. Parecía que una reja enorme se estaba abriendo; eso supusieron ambos

porque de inmediato sintieron un fortísimo empujón en la espalda para al fin caer de bruces en un suelo áspero y húmedo. Después el mismo sonido metálico y por fin un golpe tosco que retumbó repitiéndose con eco. Estaban tan espantados que por largo rato no pronunciaron palabra. Al fin, Lumlitz rompió el silencio.

-¿Estás bien?

-Creo que sí ¿y tú?

-Pues... no sé.

-Esto no me gusta, Lucho Cevallos prometió protegernos...

La naciente conversación fue interrumpida por el crujir de la reja. Regresaron al silencio. Sintieron cómo los levantaban en vilo, con brusquedad. Casi les arrastraron por un trecho para al final sentarlos en unas incómodas y frías sillas de metal. Les quitaron las capuchas y una luz intensa, dolorosa, les golpeó el rostro, cegándoles por completo.

-En este país todos somos iguales –dijo una voz grave frente a ellos.

-Si ustedes creían ser distintos ya vieron que no –agregó otra voz distinta-. Voy a interrogarlos y espero que cooperen. Eso les va a ser muy conveniente, créanme.

La luz fue atenuándose. Pudieron ver poco a poco al hombre que profería aquellas palabras. Era muy alto, fornido y de piel oscura. Estaba acompañado por varios militares, él mismo vestía un traje militar. Parecía ser un oficial, tal vez de alto

rango, no podían estar seguros pues aún tenían los ojos débiles y enceguecidos.

Ese hombre les dijo a los soldados que le dejaran solo, a él y a sus oficiales. Quedaron únicamente tres. Se presentó.

-Mis acompañantes son expertos en interrogatorios, pertenecen a la Policía Militar. Yo estaré a cargo y es bueno que sepan mi nombre, rango y encomienda: general Carlos Rafael Achótegui, designado por el presidente Martín Ugalde para llevar a cabo su ejecución.

IV

Fanny estaba embelesada viendo el horizonte, la línea recta que separaba el cielo de la tierra le parecía una metáfora perfecta del límite entre los mundos. Era la tarde: la luz dorada, las sombras largas. La reciente tormenta había dejado un firmamento pleno de nubes magníficas entre las que asomaba el sol poniente. Ella trataba de ligar su memoria a los recuerdos más llanos: el fluir remoto de los sueños infantiles, la imagen vívida de la voz de su padre diciendo “los vidrios de esas ventanas que ves cada atardecer son de oro”. La certeza de que en tales palabras se encerraba la verdad inefable; un dicho que él creía mera ocurrencia para apaciguar la sed infantil de su hija, sin saber que era un soplo claro, definitivo y aterrador, del infinito.

Las siete en punto, el cielo de nubes quemándose, la frontera. Noche y día, una naciendo, el otro muriendo: vida y muerte, ser y no ser. Mundos separados con lógicas propias, entre los que, pese a todo, había lazos. Por ejemplo: la luz. Ésta, en los linderos de la noche, era matizada por una atmósfera capaz de exprimir hasta la última gota de color que encierra el resplandor originalmente blanco del sol. Los ojos entonces se mostraban tal cual son: intérpretes sigilosos del *vínculo* entre los mundos, testigos incapaces de promover otras emociones que el crudo espasmo del placer estético. Porque el Oro, el resplandor cálido reflejado por las ventanas distantes, encerraba la clave de un saber libertario: la posibilidad humana de *asomarse*, incluso *saltar* entre los mundos. Un saber que en el interior de Fanny intentaba abrirse paso para emerger como convicción absoluta.

Todo parecía ideal, propicio. Pero un sonido vulgar y creciente le impedía

concentrarse. Un ruido, de tan común inevitable, la obligó a centrar la atención en el sonsonete necio de un piano. Sus vecinos celebraban una fiesta. Fiesta. Palabra singular, humana. Los griegos la asociaban al vocablo θεός, el mismo que usaban para referirse a *Dios*. *Teos*, una expresión de la *Physis*: la fuerza que permite que lo que es sea. Si los hombres, en su pequeñez, evocaban a la *fuerza* con la celebración de la fiesta, Fanny *La Vinculante* no podía permanecer ajena al despliegue creativo, a la generosidad desinteresada que *manifestaba* señales y signos disponibles a quien supiese interpretarlos.

Aunque había prometido olvidar, aunque la hora no le era propicia, fijó la fuerza de su Intensión en los ojos. Animada por la euforia de *ver*, Fanny centró la voluntad en satisfacer los deseos de la vista. Subió a la azotea y desde allí atisbó el panorama de la casa vecina. Una mansión soez, pretenciosa, que pertenecía a Marta Rosa Grajales. Cediendo al impulso que había evitado por años, Fanny se entregó a la memoria corporal. Permitió que sus extremidades retornaran al reposo, respiró pausadamente y pudo dejar que la consciencia de sus vísceras reinara como lo había hecho en sus ancestros más remotos. Con la mente flotando en la nada, Fanny se *vinculó* a la trama fundamental de *este mundo*: el tiempo y el espacio. Unida, siendo parte, rondó en el aire, vio sin necesidad de ojos, escuchó sin necesidad de oídos. Y comprendió la causa de que su Intensión la obligara a violar promesas que creía definitivas. Si actuaba de nuevo así, como *Vinculante*, era porque el Aura de un ser afín la atraía sin remedio, impulsándole a fusionarse. Poco importaba la voluntad de la efímera poseedora de tan importante fuerza, porque ella, la Vinculante Transversal, la necesitaba. Fanny descubrió que allí, entre tantos seres débiles, el brillo de la vida

resplandecía en torno a una mujer madura.

**

La doctora Faustsch estaba muy preocupada. Alberto, poco antes de perder el conocimiento de nuevo, le confesó que había ido al Century la noche anterior y le dijo que su jefa lo había intoxicado con nanosondas. Su cuerpo aún debía tener ciberhedonígenos. Era muy peligroso, por eso ella y Ariel decidieron ir a casa de Marta Rosa Grajales, necesitaban saber cuántas y de qué tipo eran las nanosondas que deambulaban en el organismo de Cruz.

Personal de seguridad resguardaba el ingreso a la privada Bernardo Quintana. Al fondo, la enorme casa de la jefa abarcaba toda la vista. Numerosos biplazas estaban estacionados y varios jóvenes risueños departían en plena calle haciendo un ruido que evidenciaba el gran jolgorio que había dentro.

Fue un momento molesto, con dificultad convencieron a los vigilantes de que no tenían invitación pero tampoco propósitos de permanecer en la fiesta de la jefa, sin embargo les urgía verla. La doctora tuvo que comunicarse con sus contactos en el Ministerio de Seguridad para que los gorilas abandonaran su actitud intransigente. Uno de ellos les llevó a la casa principal. Desilusionados, ella y Ariel se enteraron de que Grajales andaba de vacaciones y sólo las influencias de Faustsch lograron que su secretaria les comunicara hasta el Congreso de Criminología en Los Cabos. Marta se sorprendió de la llamada, y luego de un breve intercambio de saludos, le describió a la doctora el tipo de nanosondas que habían usado aquella noche. Según ella eran inocuas

y se eliminaban por completo a través de la orina en no más de 24 horas. “Todo fue una broma” aseguró la jefa, pero la doctora sabía bien que Grajales no actuaba por impulsos fáciles; era una mujer astuta y cada uno de sus actos guardaba algún propósito.

Sin saber bien a bien las razones de que hubiesen implantado nanosondas en Alberto, el dato fue suficiente para que Ariel se comunicara con el médico; debía administrar inmediatamente otra dosis de promotores de hemoglobina. Si el cuerpo de Alberto conservaba aunque fuera unas pocas nanosondas, la posibilidad de un choque anémico era muy probable.

Fue entonces, en el momento que pensaba retirarse, cuando a lo lejos, entre la multitud de jóvenes, Faustsch distinguió a un muchacho brillante cuya tesis doctoral había leído con interés. Recordó que era experto en nanosondas y pensó que no sería ocioso presentarse con él. Si la reconocía era muy probable que pudieran hablar del problema que ahora mismo aquejaba a Alberto. Necesitaba cerciorarse que el tipo de nanosonda fuera en verdad el que decía Grajales y tal vez él pudiese ayudarlo. Nada perdía, así que se le acercó.

-¿Es usted Salvador Contreras?

Chava volteó algo distraído y no pudo creer que allí, en medio de una fiesta de jóvenes frívolos, estuviera la doctora Faustsch. En persona era deslumbrante. La había visto en holovisor, el día de su examen doctoral. Ella estaba en São Paulo y la recepción de la imagen tridimensional no fue buena, pero sus preguntas fueron

implacables; a tal grado que creyó reprobar. Pero la propia Ivonne Faustsch sugirió la Mención Honorífica, hecho que le abrió las puertas de un postdoc que él, irresponsablemente había echado a perder.

-¿Doctora? Em, es, es un honor conocerle en persona. Qué gusto verle, más bien que sorpresa. Perdona, la sorpresa es que pensé que estaba en Brasil -dijo Chava casi tartamudeando y súbitamente nervioso.

-Bueno, llevo más de un año aquí. Para mí también es una sorpresa estar en esta fiesta. Lo importante es que al fin le conozco personalmente y para ir al grano, necesito de sus habilidades. ¿Sigue haciendo investigación en nanosondas?

Chava sintió aquella pregunta como un golpe. Estaba avergonzado. El día justo en que conocía directamente a la teórica de la TETEC, ella le preguntaba por lo que había sido la pasión de su vida. Pero él ya no era científico ¿Le diría que por causa de unos charlatanes había abandonado la ciencia? ¿Le diría que ahora trabajaba como asesor en los cuerpos policíacos de la ciudad? Pensó que era mejor mentir y con algún pretexto regresar a la fiesta, para ahora sí, beber hasta el olvido. Tal vez Bruno fuera mucho más coherente que él y por eso ya estaba completamente borracho: asumía su condición de fracasado.

-Doctora, sí, sigo interesado en nanosondas, abrigo la esperanza de hacer investigación al respecto, pero debo serle franco, ahora mismo estoy fuera del medio académico - dijo sin pensar, como despojándose de una culpa que no tenía caso esconder.

-No puede ser, si su futuro lucía muy brillante ¿qué pasó?

-Es una historia larga y aburrida. El caso es que ahora mismo trabajo en la policía, soy el simple ayudante de un inspector de la CIS.

Faustsch hizo un gesto de sorpresa. ¿Ese muchacho en la CIS? ¿Conocería a Alberto Cruz? No, era demasiada coincidencia.

-Dígame Salvador, ¿conoce al inspector Alberto Cruz?

-Sí -dijo más sorprendido aún que ella- es mi jefe.

La doctora dejó el entusiasmo de tanta coincidencia a un lado y se aseguró de que aquel muchacho pudiera ayudarla.

-Qué tan alejado está de la academia, vamos, desde cuándo abandonó la investigación.

-Hace más de un año.

-Entonces ya no está al día en cuanto a los avances en nanotecnología.

-Bueno, en verdad mi trabajo en la CIS tiene el propósito de que funde con Bruno Almaraz un laboratorio nanotecnológico para uso forense.

-A ver si entiendo. ¿Me está diciendo que conoce el estado actual de las investigaciones en nanosondas para uso en cuerpos de seguridad?

-Así es, creo que podría decirse que esa es ahora mi especialidad -dijo Chava, mintiendo un poco, pues apenas acababa de ser contratado y su conocimiento del área se debía tan sólo a la indagación que le habían encargado en torno al caso Gossmann y

a su breve estancia en Querétaro.

-Ni una palabra más, por favor, acompáñeme. Su jefe el inspector Cruz corre peligro y tal vez usted sea la clave para evitar su muerte.

Chava se puso muy nervioso. ¿Qué tenía que ver la doctora con Cruz? ¿sería una celada del gobierno? ¿una prueba de la CIS o hasta de Grajales? Estuvo a punto de negarse a ir, de argumentar algún pretexto, pero la doctora le explicó detalladamente la situación sin permitirle abrir la boca. Llegaron hasta la puerta de salida, donde aguardaba Ariel. La doctora los presentó y les urgió para irse de inmediato.

-Voy a necesitar algún equipo -dijo Chava, esperando que los requerimientos que estaba por pedir lo relevaran de toda responsabilidad- Me será indispensable un detector de campos bosónicos y un microinductor para intentar enlazarme a la computadora de ADN de la nanosonda. También requeriré de una hipodérmica neumática y un kit ensamblador de microambientes intracelulares.

La doctora se comunicó con un amigo suyo en el Instituto de Física Aplicada. Luego de una conversación breve la doctora se dirigió a Ariel.

-Acabo de hablar con Goicoechea, le dije que necesito ese equipo para un experimento urgente en tu tesis doctoral, Ariel. No se pudo negar. Ve a la Universidad de inmediato en mi biplaza. Una pregunta Salvador, ¿tiene usted vehículo?

-Bueno, no es mío exactamente, me lo asignó la CIS. ¿Lo necesita?

-Sí, mientras ustedes van a Ciudad Universitaria yo iré con Alberto a Intermuros. No tenemos tiempo para cumplir con las restricciones de seguridad. Mi biplaza está autorizado para entrar y salir de la universidad sin revisiones y Ariel tiene mi permiso oficial para usarlo. Necesito ver de inmediato al Dr. Ordóñez, él está ahora mismo con Alberto y debo darle instrucciones precisas, así que por favor ordene a su biplaza que responda a mi voz y vámonos ya.

Salieron de la fiesta muy apresurados. Luego de despedirse de los muchachos y tomar cada quien su camino, la doctora iba tan ensimismada por causa de los sucesos recientes, que no reparó en el pequeño biplaza que salía de una casa vecina y que a partir de ese momento, la iría siguiendo.

Entraron y salieron de la Universidad sin contratiempos. El equipo solicitado por Chava les fue dado sin dilación, de modo que ya habían iniciado el viaje hacia la Plaza de Nuestra Señora del Rosario, para de ahí cruzar a Intermuros.

-Ariel, ¿dices que la tecnología de los Paneles de Acercamiento en el Panóptico se basa en líneas de campos bosónicos?

-Así es. Todo Intermuros tiene esas líneas, pero el accidente del Inspector sucedió cuando se enfocaba en un campo experimental del Ajusco. Allí instalaron hace mucho una red que aún es funcional.

-¿Hace mucho?

-Sí. Tengo entendido que fue a principios de los '40. Era uno de los sitios de prueba que usaba en aquel entonces el doctor Isaac Gossmann.

Chava se topaba con una posible pista de manera inesperada. ¿Qué hacer? Necesitaba que Alberto le diera instrucciones, pero por lo pronto eso parecía imposible. Mientras la cabeza le daba vueltas con ese dato, una idea alarmante y obvia le vino a la cabeza ¿y si las nanosondas en el cuerpo de su jefe seguían activándose en ese momento? Intermuros era el peor sitio para aliviarlo.

-¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

-Sí -dijo Ariel sin perdonarse no haber reparado antes en el riesgo que evidentemente

corría el Inspector- ¡cómo no lo pensamos antes! Es indispensable sacar a Cruz de Intermuros.

Chava dio al biplaza su código de seguridad de la CIS. El pequeño auto viró y se dirigió al acceso de segundo piso, de uso exclusivo para vehículos oficiales. Al llegar al retén, Chava fue escaneado y se le permitió el paso sin mayor trámite. En menos de 10 minutos estaban bajándose en pleno Intermuros, a las puertas del viejo edificio en la calle Dr. Martínez del Río. No bien cruzaron el umbral cuando un par de militares les franquearon el paso.

-Identificación -dijo el más malencarado.

Chava puso la mano sobre el identificador y el escáner le ubicó como miembro de la CIS y auxiliar de Cruz. Ariel fue reconocido como parte del equipo especial de seguridad de Intermuros. A una señal, otros dos militares bajaron las escaleras y los custodiaron hasta el departamento donde yacía Alberto. A su lado un médico militar manipulaba ciertos instrumentos, mientras en la esquina de la habitación, un general de alto rango observaba la escena.

-Jóvenes, soy el general Achótegui -dijo al tiempo que con un ademán despedía a los escoltas y con otro miraba su carga- ¿Y todo ese equipo? Ah! Debe haber sido idea de la doctora. No se preocupen, Alberto está en buenas manos. Era innecesario molestar al doctor Ordóñez, lo regresamos a su consultorio en el Hospital General. Para casos

como éste nada mejor que nuestros médicos militares.

-Disculpe -dijo con mucha apuración Chava, por completo ajeno a que estuviera o no el doctor Ordóñez- pero es indispensable que saquemos de aquí al Inspector. Su estado se debe en buena medida a que Intermuros está surcado por líneas de inducción bosónica.

-Lo sé, no debe preocuparse. Las líneas de toda la zona ya fueron desactivadas. Aunque en principio él no debería estar aquí, aceptemos que éste es el mejor lugar en el que puede permanecer, créame.

-General -dijo Ariel con cierta timidez- traemos equipo que tal vez pueda ayudar...

-Aquí tenemos lo necesario -le interrumpió con brusquedad-; el doctor Enríquez Espinal tiene experiencia en casos de SIRBO.

El médico militar volteó hacia Achótegui haciendo un gesto impreciso, luego, dirigiéndose a Ariel preguntó.

-¿Qué clase de equipo traen?

-Un detector de campos bosónicos -se apresuró a contestar Chava- un microinductor para intentar enlazarme a la computadora de ADN de la nanosonda; una hipodérmica neumática y un kit ensamblador de microambientes intracelulares.

-¿Qué sabe usted de nanosondas? -le reclamó el médico algo molesto, pues le había preguntado a Ariel y que respondiera Chava le pareció impertinente.

-He diseñado varias. Soy experto en autómatas celulares y buena parte de la tecnología de las computadoras de ADN usadas por el laboratorio de Gossmann fueron trabajadas

por mí y mi colega Bruno Almaraz mientras aún hacíamos el Postdoctorado.

-Hasta que a usted lo corrieron por andar en cursitos esotéricos con Arana y a su amigo por no salir de los prostíbulos de Intermuros -dijo Achótegui sin piedad.

Se hizo un silencio. El médico se apartó del inspector Cruz y platicó algo en voz baja con el general. Chava, apenado, no se atrevió a mirar a otro lugar que no fuera el piso. Al fin, el doctor habló, ésta vez dirigiéndose a él.

-Traiga su equipo. El inspector Cruz está en coma y yo no puedo hacer más por él.

**

El aire fresco le sacó de su ensoñación. El enorme venado acababa de irse, con un galope grácil y silencioso. La magnífica bestia había pasado de largo, sin embestirlo, y sin embargo Alberto sintió un escalofrío; no venía preparado para soportar el viento gélido, la camisa ligera se iba poniendo rígida, así de baja era la temperatura. Caminó con vigor por el suelo húmedo, zapateando de vez en vez para entrar en calor. Aspiró el aroma a hierbas y de pronto le pareció que algo faltaba. No en su entorno, el hueco yacía dentro de él mismo: el pasado más inmediato estaba incompleto. Recordó a Cantarelli con tal fuerza que estuvo seguro haber estado con él un momento atrás. Pero eso no podía ser, recién había llegado al bosque. ¿Cuándo tuvo aquella plática con su viejo maestro? No podía precisararlo; la memoria le estaba jugando rudo. Ni siquiera sabía cómo había alcanzado el lugar que ahora pisaban sus

pies. Y sin embargo era tal su bienestar que prefirió seguir andando, pese al clima y la incertidumbre, sin cuestionar nada.

Aunque las copas de los abetos cubrieran al cielo, mirando hacia arriba podía verse la luz dorada del sol tiñendo las hojas más altas. No debía ser muy tarde, tampoco muy temprano. Lo mejor era salir a un claro para orientarse. Sabía que estaba en el Ajusco; por más lejos que anduviera de la ciudad no se hallaba perdido. Pero los bosques son engañosos y no podía permitir que la noche lo atrapara sin remedio, además el ambiente estaba lo suficientemente frío como para ponerle en aprietos si no salía de allí. Decidió que subiendo sin pausa alcanzaría algún promontorio desde el cual deducir su posición. Se sentía vigoroso y disfrutó el ascenso. Los árboles eran altísimos y le hacían sentir acompañado. De vez en cuando un tronco caído dificultaba el avance, pero el cuadro de la madera cubierta de hierbas y multitud de helechos valía la pena. Pasó casi media hora y la subida le exigía tanto esfuerzo que necesitó un respiro. Se sentó en una roca mullida, cubierta de un musgo aterciopelado que la hacía muy cómoda. A su lado, los fragmentos de un viejo árbol casi desmenuzado por las termitas servían de aposento a un encantador hongo mucilaginoso de color violeta. Sabía que esos seres extraños, amorfos, se movían. Era un andar tan lento que engañaba con una supuesta pasividad hasta al ojo más sensible. Pero curiosamente, si ponía suficiente atención, él sí que podía percatarse de la sutil corriente agitándose, con un impulso minúsculo pero incesante. La perseverancia de aquel ser lo animó para seguir su camino. Echó a andar. Muy pronto se topó con una pared de roca. Era escarpada pero no imposible de escalar, además, en lo alto se veía que la luz del sol golpeaba con brillo intenso al acantilado.

Subió trabajosamente; el intemperismo daba una consistencia frágil a los salientes, así que no podía fiarse. Escaló “con prudencia y sin descanso”, asumiendo como verdad suprema al viejo refrán de alpinistas del maestro Cantarelli, sin embargo no pudo evitar que los bordes filosos del basalto le rasgaran la piel de las manos. Continuó pese al dolor. Por fin atisbó que a unos diez metros el risco ofrecía una pequeña meseta. Aceleró el ritmo de ascenso y llegó a su destino. El corazón le latía agitado, la altura impedía que sus pulmones se llenaran de oxígeno con plenitud y los dedos le ardían mucho, así que en cuanto sintió la seguridad de la minúscula explanada prácticamente se desplomó sobre el piso duro y plano. Toda la longitud de su cuerpo se apoyó en el lecho rocoso. Extendió las manos heridas y contempló al cielo. Las nubes se movían con rapidez, en una danza que velaba con sensualidad al firmamento. Se extasió con el espectáculo y por fin decidió echar un vistazo al horizonte, con la certeza de que desde ese sitio podría planear sin problemas un descenso descansado y rápido hasta la civilización.

Pero lo que vieron sus ojos le produjo sensaciones encontradas. Desde la altura, a lo lejos, una extensísima planicie se desplegaba hasta el borde de un lago inmenso. Era un paisaje de indecible belleza, pero, ¿dónde estaba? Intentó reconocer algún punto de referencia; para su desazón, los referentes abundaban. Al fondo, los volcanes, algo más cerca, la silueta inconfundible del Cerro de la Estrella, todo en medio de un espejo cristalino, de un lago que parecía mar. Estaba viendo sin duda al Valle de México, pero ¿dónde había quedado la ciudad?

Una voz suave, conocida, le dijo, “no me creíste pero ahí lo tienes: vienes de otro mundo”. A su lado, el maestro Jaime Cantarelli le sonreía, ofreciéndole una taza

de té.

El equipo del general Enríquez Espinal le fue de utilidad invaluable a Chava, también la experiencia en fenómenos de resonancia bosónica de Ariel.

Al detectar las nanosondas pudo percatarse no sólo de que estaban intactas y funcionales, sino que se alojaban directamente en el sistema límbico. Cruz permanecía en un estado similar al sueño REM del que era imposible sacarle. Con el microinductor logró inferir la naturaleza exacta de los nanorobots. Eran artefactos contextuales, su computadora de ADN dependía de microambientes celulares inducidos por la interacción de al menos tres nanosondas en red dentro del citoplasma. Para alterar los flujos bosónicos normales dentro de los microtúbulos neuronales, requerían de la mediación bioquímica de moléculas anilladas, en especial, pirroles. De ahí que el núcleo de la hemoglobina fuera desnaturalizado para desensamblar los pirroles necesarios, dando lugar a la consecuente anemia que no dejaría de progresar a menos que el proceso se detuviera.

A sugerencia de Ariel, Chava modificó con el ensamblador de microambientes la estructura estereoquímica de los anillos pirrólicos. Las nanosondas dejaron de funcionar. Luego, a través del mismo ensamblador activó los mecanismos de eliminación que llevarían a los nanorobots hasta las vías urinarias. Para que el tratamiento fuera rápido y eficaz usó los instrumentos de diálisis que llevaba el militar.

El efecto no se hizo esperar, Alberto pasó de la inconsciencia a un estado algo

delirante, inquieto. Con todo, los monitores mostraban que las transfusiones suministradas por el doctor Enríquez Espinal mantenían un nivel de hemoglobina normal; no había degradación pirrónica ni alteración del flujo de bosones en los microtúbulos, en una palabra, el Inspector se recuperaba.

Pese al éxito, Chava estaba muy preocupado. ¿Acaso él mismo y Bruno tendrían ese tipo de nanosondas en su cerebro? No podía descartar la posibilidad: desde el comienzo de su “contratación” Marta Rosa les implantó unos supuestos nanotransmisores. Era indispensable cerciorarse de que ellos no estuvieran en el mismo riesgo que su jefe. En cuanto salieran de allí tendría que ir por Bruno, y con la ayuda de Ariel, intentaría extirpar esos artefactos de sus cuerpos.

-Va a ser necesario tener en observaciones al Inspector -le dijo Enríquez Espinal a Achótegui.

-No lo creo -le contestó- es una persona obstinada y además, sus ayudantes bien podrían encargarse de él ¿no es así doctor Contreras?

Chava salió con dificultades de su ensimismamiento y contestó que sí, que claro que ellos cuidarían de su jefe. En eso, Alberto se movió y a continuación preguntó con voz muy débil que dónde se encontraba. El doctor Enríquez Espinal le explicó brevemente su situación sugiriéndole que no se agitara, que permaneciera en reposo. Cruz cerró los ojos y pareció dormirse. Luego Ariel hizo una pregunta. No quedaba claro a quién la formulaba, sólo la dijo.

-Esas nanosondas, al ser tan sensibles a ambientes intracelulares, necesitan instalarse lo más directamente posible dentro del cerebro, en caso contrario serían inutilizadas por anticuerpos. ¿Alguien usó un instrumento para alcanzar el cerebro del Inspector? Sería un artefacto sofisticado.

-No necesariamente, si se usa una hipodérmica neumática en el cuello, justo sobre alguna arteria -le contestó de inmediato Chava, verdaderamente alarmado por lo que eso implicaba para él mismo.

-Pero algo así habría sido muy evidente -replicó el médico-. El Inspector estaba borrachísimo y ni siquiera terminó de ver el Show de Marlene Dietrich, se quedó dormido en un rincón y nuestros agentes nunca le quitaron el ojo de encima. Incluso lo siguieron cuando Grajales se lo llevó y aunque la jefa no lo sepa, su cuarto de huéspedes está vigilado electrónicamente desde hace años. Nos hubiéramos percatado del uso de una hipodérmica neumática o de cualquier otra anomalía.

El general Achótegui comenzó a reírse. Todos voltearon a verle, incluso Alberto que evidentemente no dormía, aunque permaneciera postrado y aún débil.

-¿Qué le causa tanta risa? -susurró el Inspector.

-Los tremendos besos que le dio la Dietrich en el Century.

-¿A qué viene eso? -replicó, ya sin sorprenderse demasiado de que el general conociera hasta lo más íntimo de sus actos.

-A que esa mujer, o actor o lo que fuera, era habilísima con la lengua. Tanto como para implantar un buen número de nanosondas en su paladar.

-¡Claro! -dijo Chava imaginando cuan profundos pudieron ser aquellos besos- El paladar blando no presenta grandes obstáculos hacia el sistema límbico.

-Pero ¿cómo es que no le afectaron a ella? -dijo Ariel.

-No sería nada difícil que las nanosondas hubiesen sido cubiertas por algún gel inmunosensible -dijo el médico militar.

-¿Cómo? -objetaron casi a coro Ariel y Chava.

-En ciertos casos de nanoterapia, los microrobots se envuelven en un gel inmunosensible que reconoce químicamente el órgano al que tienen que entrar. Conociendo el perfil inmune del inspector, quienes diseñaron las nanosondas podrían haber hecho un gel que se disolviera únicamente en la mucosa bucal suya y no en la de Marlene.

-Incompatibilidad inmunológica mi querido Alberto -dijo Achótegui riéndose-. Por ese y muchos otros motivos usted no podría haber tenido hijos con la Dietrich.

El Inspector Cruz se sintió más relajado, le dieron ganas de platicar en términos amistosos con aquellos que ahora lo cuidaban. Intentó levantarse pero un dolor agudo en sus manos le obligó a caer de nuevo sobre la cama. Chava y el médico militar se acercaron para auxiliarlo y le preguntaron si se encontraba bien.

-Me duelen mucho las manos -les dijo al tiempo que se las mostraba.

-No se preocupe jefe, debe ser la debilidad -le consoló Chava desde lejos.

-Un momento ¿cómo trajeron al Inspector para acá? ¿se les cayó acaso? -dijo el doctor Enríquez Espinal.

-No, tuvimos muchísimo cuidado; ¿cómo iba a pasarnos semejante cosa? -replicó Ariel muy a la defensiva-. Al menos no mientras permanecemos aquí y tampoco creo que el doctor Ordóñez lo haya movido. Para entonces el inspector ya estaba inconsciente.

Chava se acercó a la cama y ya estaba viendo las manos de su jefe: profundas heridas le surcaban los dedos y las palmas, como si hubiera estado apretando algún objeto duro, rugoso, de bordes afilados. “A lo mejor se tropezó, o se les cayó y ninguno se quiere hacer responsable”, pensó riéndose un poco de que, luego de haber atravesado por cosas como las de esa tarde, le dieran importancia a algo tan irrelevante.

VI

Todos esperaban que las Fiestas Patrias del 2048 fueran excepcionales. Desde el inicio de la década, el Century se había convertido en el sitio privilegiado para la Gran Cena Mexicana que ofrecía el dictador Ugalde. Después del tradicional grito en El Zócalo capitalino, su gabinete se trasladaba al famoso Night Club, donde un selecto grupo de invitados departía alegremente festejando la independencia de México. Pero ese año corría el rumor de que Leo Lumlitz y Sam Finkelstein habían preparado un espectáculo único, insuperable.

Luego del descubrimiento de algunas pertenencias de los héroes de la Independencia en el 2010 y de su muy posterior análisis hacia fines del '43, un grupo de expertos liderados por el entonces jefe del Instituto de Metagenómica, el doctor Jaime Apajian, se dieron a la tarea de secuenciar los escasos residuos de ADN que increíblemente conservaban. Su equipo ya era famoso desde el '39. En aquel entonces, tras exhaustivas búsquedas de ADN en el ayate sagrado donde se realizara el milagro del Tepeyac, Apajian, por encargo del Arzobispo Primado de México, logró secuenciar lo que podría ser la prueba definitiva de la existencia de Juan Diego. Después, cuando el Vaticano encargara la Prospección de Potencial Genómico (PPG) de las muestras, se generó la imagen de un indio asombrosamente parecido a la iconografía tradicional del ahora San Juan Diego.

En este nuevo y patriótico ensayo, tras numerosos intentos, pruebas y contingencias, el trabajo iniciado por Apajian dio frutos. Una de esas contingencias, que estuvo a punto de terminar con el proyecto, fue el encarcelamiento de Apajian en

el '45. Hecho penoso relacionado con el mundo de los *ciberaves* que generó gran escándalo en el medio intelectual. Sin embargo, su grupo de investigación logró que el gobierno de Martín Ugalde continuara apoyando el esfuerzo, de modo que en febrero del 2047, pudo saberse con precisión cuál era el perfil genómico de Don Miguel Hidalgo y Costilla, de Ignacio Allende, de Aldama, de Mina e incluso de Don José María Morelos y Pavón. Con esos datos, Sam Finkelstein encargó a la empresa *Venders Genomics*, especializada en PPG, la reconstrucción heurística del fenotipo así como de las principales tendencias de personalidad en tan apreciados personajes. El resultado fue que las Fiestas Patrias del 2047 contaron con una obra de Teatro Virtual escrita, dirigida y realizada *in silico* por Leo Lumlitz. Usando técnicas holográficas de última generación, los héroes mexicanos de la Independencia interactuaron con los comensales, en la que para muchos, habría de ser la más memorable cena mexicana del siglo XXI.

Por eso, en el 2048 la expectativa era mayúscula, pues corrían rumores de que Lumlitz y Finkelstein, llevando al extremo las técnicas del *Personae Theatre*, habrían incorporado los perfiles genómicos desarrollados por *Venders Genomics* a un grupo excepcional de *phersues*. El rumor tenía raíces muy firmes, en primera, porque la empresa líder en secuenciación y PPG, ya estaba cobrando al Century fuertes sumas por concepto de derechos sobre el uso de sus reconstrucciones virtuales “en ámbitos biológicos que exceden la licencia de reproducción *in silico*”. En segunda, porque era sabido por todos que desde principios de la década de los '30, Finkelstein, apoyado en los datos de PPG sobre Juan Diego, impulsó a Lumlitz para preparar un *phersu* del santo, que a la larga, originaría una nueva tradición ligada a las antiquísimas

celebraciones del 12 de diciembre.

Por eso más que rumores, lo que había era una gran expectativa. Y ha de reconocerse que sin duda, las Fiestas Patrias del 2048 fueron recordadas por muchos años. En primer lugar, porque luego del Grito de Independencia en Palacio Nacional, el dictador Martín Ugalde ofreció una cena de gala allí mismo, en vetustos salones adaptados para el efecto, tal y como se acostumbraba cien años atrás. En segundo lugar, porque en esa fecha, el Century, como nunca desde su inauguración, permaneció cerrado. En tercer lugar, porque ahora sí un nuevo rumor, a la larga verídico, sostenía que Leo Lumlitz, Sam Finkelstein y los nuevos *phersues* de los héroes de la Independencia, estaban desaparecidos. El rumor comenzó a fortalecerse la mañana del 18 de septiembre, cuando en el departamento 2A de la calle Versailles # 104, en el Sector Juárez, el cadáver sin vida del *phersu* conocido por Marlene Dietrich, fue hallado en condiciones misteriosas. Al principio se especuló en torno al suicidio. Era sabido que la Dietrich tenía que retirarse, los '40s estaban por terminar, ella representaba una mujer madura y en la siguiente década, el *phersu* de Marilyn Monroe, por mencionar tan solo a uno de tantos, la desbancaría sin remedio. Pero dadas las peculiaridades en que se halló el cadáver un suicidio era impensable. Pocos pudieron verlo, pero algunos reporteros afirmaban que el cuerpo de la Dietrich estaba horriblemente descuartizado.

Así las cosas, para el 20 de septiembre las sospechas en torno a la desaparición de los empresarios fueron confirmadas. Sobre el paradero de los nuevos *phersues* no se supo nada con certeza, incluso llegó a afirmarse que nunca habían existido y que los dueños del Century propagaron fábulas en torno a ellos con finalidades meramente

publicitarias.

Sin embargo lo más significativo de aquel septiembre fue que luego de años dictadura, el régimen que parecía eterno, estable y fuerte, se iba envolviendo en una serie de cambios que misteriosamente se ligaban al Century. El exitoso Night Club permaneció bajo custodia y el Ministerio de Seguridad Nacional anunció que la desaparición de los socios fundadores se relacionaba con el crimen organizado, razón por la cual el inmueble sería intervenido por el gobierno, cerrándose el tiempo que fuese necesario.

Hubo quien vaticinó que si el imparable inicio de la dictadura coincidió con la fastuosa inauguración del Century, tan ignominiosa clausura debería coincidir igualmente con un final no menos abyecto para el régimen, pero sobre todo, para Ugalde.

**

La convalecencia de Alberto duró poco más de quince días. Para él y sus ayudantes tal pausa fue un tiempo fértil. Chava convenció a Bruno de someterse a una exploración con el microinductor. Tal como había sospechado, las nanosondas que les implantara Marta Rosa eran del mismo tipo y en igual número que las del Inspector Cruz. De hecho esa sobredosis de nanosondas tenía el objetivo de permitir que los inductores de campos bosónicos actuaran a gran distancia; por eso el Inspector fue alterado por el *ciberave* pese a no estar en los zótanos del Century. Qué razones tuvo la jefa para hacer tal cosa formulaba un enigma, pero sin duda, en lo sucesivo debían

cuidarse mucho.

Aunque varias veces estuvo a punto de comentar sus temores con Alberto, Chava apenas lo conocía y no estaba tan seguro de poder confiar en él. Alberto, por su parte y de manera contraria a lo esperado, fue tomándoles un cariño peculiar a los muchachos. Ellos se encargaron de trasladarlo, el mismo día de la crisis, desde la casa de Silvia hasta su departamento en Cuicuilco; pese a que Bruno aún estaba ebrio y peor aún, crudo a la vez.

Durante todo ese periodo no dejaron de visitarlo, de hecho, los primeros días se turnaron con el doctor Enríquez Espinal para vigilar el funcionamiento del aparato de diálisis. Esa etapa temprana de su recuperación fue difícil pues el hígado, a pesar de haber sido gestado a partir de su propio ADN, adolecía de una fuerte deficiencia para procesar compuestos aromáticos; los propios cirujanos le habían advertido que el desarrollo de un hígado clonado no garantizaba absoluta perfección funcional. La degradación de los pirroles modificados por las nanosondas se tornó lenta y riesgosa, requiriendo de un monitoreo constante del que se encargaron casi por completo Bruno y Chava.

Así que fue en ese tiempo, cosa curiosa, cuando al fin se constituyeron como verdadero equipo de trabajo. Cruz aprendió a valorar la labor de sus ayudantes y éstos fueron progresivamente aumentando su confianza en él. Chava, de hecho, se tornó su principal informante sobre los chismes de la oficina. Por él se enteró que la CIS había estado a punto de sustituirle por otro Inspector, pero la jefa Grajales, quizás por culpa, quizás por simple orgullo -pues Cruz pertenecía a su equipo- abogó por él. Alberto estaba muy débil y pensó por un momento que no habría sido mala idea que lo dejaran

al margen de tanto embrollo. Pero un instante después reflexionó y sintió que la resolución del caso Gossmann ya era, para él, un asunto *verdaderamente personal*.

Le costaba mucho esforzarse, aunque su mente era lúcida, y con el ánimo renovado, dejó numerosas tareas a Chava igual que a Bruno; todas encaminadas a interpretar los datos tan dispersos que se habían acumulado en torno a la desaparición del misterioso doctor. Además, la convalecencia le ofreció ventajas inesperadas. El remanso de calma obligada le permitió enfocarse en varios problemas personales que había postergado y en ese afán el general Achótegui jugaría un papel crucial.

Al tercer día después del accidente con los campos bosónicos, Achótegui se mostró muy severo con él. Le reclamó no haber seguido su consejo de evitar la casa de Silvia.

-La verdad apenas si recuerdo lo que hice luego del problema en los Paneles de Acercamiento –intentó en vano justificarse el inspector.

-Pues tuvo suficiente lucidez para comportarse como niño asustado y pedir que lo llevaran con mamita.

Alberto se molestó muchísimo por el comentario, pero después tuvo que aceptar que las condiciones del país eran caóticas, que lo vigilaban a él y a todos sus conocidos, que Achótegui le había advertido que si de veras quería a Silvia no la buscara y que el hecho de no sólo ir con ella, sino de llevar a la doctora Faustsch hasta el edificio de la calle doctor Martínez del Río pudo haber sido peligrosísimo. Aunque por cierto, no reparó de inmediato en la razón de esto último. ¿Qué podía tener que ver

la doctora con la seguridad de Silvia? Las cosas se aclararon con crudeza luego que el general le revelara que el paradero de Ivonne Faustsch se ignoraba por completo. “El mismo día que se metió en este problema y tal vez por motivos relacionados con usted o con el caso que investiga, la doctora desapareció”, dijo sin más. La sorpresa inicial se tornó desasosiego para Alberto, cuando el militar enlistó los numerosos hechos en torno a lo que parecía ser un secuestro.

-El biplaza en el que iba era el que la CIS le asignó a sus ayudantes. Ya ve que hicieron un cambio y mientras ellos viajaban en el de la doctora ella usó el suyo, supuestamente para dirigirse de inmediato a Intermuros, con usted. Pero eso jamás sucedió. El vehículo regresó *vacío* a la casa de Marta Rosa Grajales. Revisamos la bitácora del recorrido previo, que en efecto, terminó justo sobre la calle de Querétaro, en la esquina de la Plaza de Nuestra Señora del Rosario.

-Pero eso es a unas calles de la casa de Silvia.

-Exacto. Interrogamos a numerosas gentes y el único testigo que pudo decirnos algo relevante fue el mesero del Punta del Cielo. Según él, una mujer que respondía a las características de la doctora bajó del biplaza. Justo atrás, otro biplaza de color beige se detuvo, bajando a su vez otra mujer. No pudo ver muy bien a esta última, pero sí cómo se le acercaba “abrazándola de modo extraño”. Luego le pareció que se quedaron muy juntas, “tal vez besándose” y al fin así, abrazadas, se dirigieron al biplaza beige.

El general hizo una pausa, pensativo. Luego, con gesto de enojo, continuó.

-Desde que Ugalde restringió el presupuesto para vialidades, la memoria de las computadoras que controlan el tránsito teleguiado se purga cada tercer día. Vaya, que por eso no hay registros de las rutas y no sabemos nada al respecto. Muy poco hemos podido averiguar del hecho. En la ciudad hay unos dos mil biplazas beige, de los cuales, mil doscientos pertenecen a mujeres. Así que tenemos mil doscientas sospechosas de secuestro. Y eso suponiendo que hubiese ido en su propio vehículo.

-Pero qué quiso decir el mesero con eso del “abrazo extraño” y con lo de “tal vez besándose” -le interrumpió Cruz.

-Sugirió que quizás fueran lesbianas.

-Imposible.

-No será un mojigato ¿o acaso sí Inspector?

Por un momento, Alberto dudó si le decía al general lo que la doctora opinaba de una lesbiana como Fanny Loof, pero casi de inmediato se arrepintió. Tal vez la desaparición de la doctora se relacionara, justamente, con la *Vinculante*, de ser así, ese era un dato que *él debía investigar*, nadie más. Para cambiar de tema preguntó por Silvia.

-Lo imaginé más abierto -fue la contestación del general, que obviamente seguía pensando en su mojigatería-. En fin, mire -agregó mientras hurgaba en un bolsillo interior de su chaqueta- justamente traigo aquí una carta que Silvia le mandó. Yo iba a entregársela a usted al día siguiente de su aventura en el Century, pero bueno, pasó lo que pasó y luego de su actitud irresponsable hacia ella al ponerla en riesgo viniendo a

su casa, pensé en no dársela. Mire -insistió mientras agitaba la carta frente a su cara- Silvia está feliz. Era indispensable alejarla de esta ciudad; logré que le dieran empleo como *hostess* en una agencia de viajes en Los Cabos. Era su gran ilusión pero, si es que usted lo sabía quizás no le importara demasiado. Vaya pues, aquí está la carta que había decidido no darle. Pero bueno, creo que no tengo derecho a hacer tal cosa, así que tome. Léala.

Sin dilación abrió el sobre, no sin antes imaginar que Achótegui o sus compinches ya habrían husmeado en ella buscando quién sabe qué.

“Amor, te estuve esperando. El otro día quise decirte que una de mis mayores ilusiones se había cumplido al fin, por eso te pedí que desayunáramos juntos. He conseguido el trabajo en Los Cabos ¿lo puedes creer? Me hubiera encantado compartir esa alegría contigo, pero ya ves, casi nunca sucede lo que uno desea. Pero de qué me quejo, eres mi ángel de la guarda y desde que te conozco me has traído buena suerte. Sé que tienes mucho trabajo, también creo que has de andar en algo que no te gusta. Me he dado cuenta de tu humor y no he querido molestarte, sé que eso de ser policía no es lo tuyo. Sabes que te amo y no te pido nada a cambio, has sido muy bueno conmigo y eso jamás lo olvidaré. Te dejo mi dirección con la güera, si estás leyendo esta carta ella ya te habrá dado santo y seña de donde ando y de qué es el trabajo. Te voy a extrañar mucho. Si tú también me extrañas ya sabes donde vivo ahora. Ven a verme cuando quieras mi amor. Si no puedes, lo entenderé, si no quieres también. ¿Qué puedo ofrecerte yo con mi simpleza y mi cabeza tan dura? Sólo déjame decirte que has sido

lo mejor que me ha pasado en toda la vida. Tu Chivis”.

-Entenderá que tuvimos que detener a la güera -dijo el general en cuanto pudo percatarse de que había terminado-. La espantamos un poquito y la estamos vigilando para que no se le suelte la lengua. Por ahora le va mucho mejor que antes. Le conseguí un trabajo de acompañante para oficiales en el Sector Satélite y hasta donde sé, está tan contenta con su chamba y su depa nuevo que ya se le olvidó Silvia, usted y todo el incidente.

-Pero ¿donde está Silvia?

-Lo único que puedo decirle es que lo extraña, pero también que tiene poco tiempo para sumirse en la tristeza. En la agencia de viajes le han asignado la organización de un *tour* para ancianos europeos por toda la península de Baja. El itinerario lo diseñamos en el Ministerio y al menos tres de esos inofensivos ancianitos son militares retirados pero listos para cualquier acción: la cuidan, me informan y la pasan bien. Su Silvia estará feliz aunque de vez en cuando se vaya a poner melancólica. Tenga paciencia, ya la verá luego. Si quiere escríbale algo breve y yo me encargo de lo demás. Y por favor, sea más cuidadoso. El caso Gossmann tiene aristas inesperadas y muy peligrosas. Le repito, si es cierto que quiere a su novia ni por equivocación intente acercársele otra vez hasta que todo esto se haya aclarado.

-Oiga, ¿qué no entiende lo que le he dicho? Yo estaba casi inconsciente, no tuve la intención de ponerla en riesgo...

El general lo interrumpió en seco.

-No sé por qué hizo lo que hizo, en verdad ya no importa. Pero deje decirle que si yo quisiera a alguien, ni la peor de las drogas me impulsaría a ponerle en peligro. Vaya, que yo suponía que usted la quería. Quién sabe si así sea. La verdad qué me importa. Aunque si no la quiere, de todas formas ni se le acerque: eso sí me importa, y mucho. A mí me enojaría especialmente que la mataran por su necesidad y créame, no tolero que mis recomendaciones entren por un oído y salgan por el otro.

Luego de aquel regaño que Alberto sintió como una intromisión inaceptable en su vida personal, la relación entre ambos se antojaba poco prometedora. Pero en posteriores visitas Achótegui se mostró mucho más amistoso. A través de él se enteró de la crisis por la que atravesaba el gobierno de Ugalde. Supo también de la muerte de Marlene Dietrich, algo que le afectó en especial dado el papel que ella jugara en su accidente. Que su cuerpo estuviese mutilado del mismo modo que los cadáveres de Plá y Leyva hacía evidente la ligazón entre crímenes tan macabros.

-Hay otro dato que podría ser significativo en torno a ese asesinato -comentó Achótegui.

-Cuál.

-El departamento de la Dietrich estaba en Versalles #104. En la calle de Berlín vive Ricardo Antaki, en el departamento 409. Su balcón está en la esquina de ambas calles y desde él se mira perfectamente hacia el departamento 2A de Versalles, el lugar donde mataron a Marlene.

-¿Habrá visto lo que pasó?

-No lo sé, pero es una coincidencia muy rara.

Tantas coincidencias parecían ocultar algo, pero a los dos les intrigaba aún más la suerte tan súbita y sombría que habían corrido el Century y sus creadores: Leo Lumlitz y Sam Finkelstein.

-Independientemente de lo que usted opine del Century, Lumlitz y Finkelstein siempre me parecieron buenas personas.

Eso dijo el general Carlos Rafael Achótegui y Alberto le creyó sin sombra de duda.

Quinta Parte

“Mi iniciación entre los indios del altiplano boliviano se debió a la peculiar configuración neuronal que percibieron los chamanes al tocarme el aura energética.

Mi maestro tenía una estructura idéntica y todos los antecesores de su línea compartieron ese carácter”. (“Incursiones al infinito”. César Arana. Nous House, 2045)

“He descubierto un secreto que debería pertenecer a todos. Pero en este mundo desencantado nadie querrá escucharme”. (Carta de César Arana a su novia Yolanda Peralta, luego de su estancia en Bolivia y de su Iniciación con los cuseneri).

El domingo se sintió muy bien. Alberto estaba lo suficientemente recuperado como para ir a su oficina al otro día, por eso les pidió a Chava y a Bruno que llevaran sus avances en la investigación esa mañana sin falta. Pero ya eran las 8 de la noche. Pasó el tiempo y tras múltiples excusas, los muchachos le hablaron para anunciar que al fin iban en camino a su departamento. Aunque estaba molesto, no podía olvidar lo mucho que le habían ayudado durante su convalecencia. Estaba agradecido, y sin embargo *era su jefe*, de modo que decidió adoptar, en cuanto llegaran, una actitud severa.

A las ocho cuarenta recibió otra llamada. Según Bruno habían tenido una dificultad con cierto archivo y llegarían más tarde. Alberto no dijo una sola palabra, pero ahora sí, estaba definitivamente fúrico. Un poco para calmarse fue a la cocineta y se preparó una cena frugal, luego regresó a su recámara y se quedó dormido. Eran casi las once de la noche cuando Chava y Bruno al fin tocaron el timbre. No les abrió; ellos tenían llave, de modo que los esperaba en la sala. Con timidez los muchachos abrieron la puerta.

-¡Pasen ya! -les gritó.

-¿Se puede? -dijeron con voz amedrentada.

-¡Les he dicho que entren! Qué me tienen ahora, espero algo que anule un poco sus burradas. Es el colmo, me dejaron esperando todo el día.

Los ayudantes, casi a coro afirmaron que los disculpara, que ésta vez quedaría satisfecho.

-Jefe, deveras que no lo defraudaremos -dijo Bruno-. Nos tardamos pues decidimos redactar con cuidado todo lo que ya habíamos escrito. Mire -le mostró la pantalla del Expediente- hemos preparado un informe muy detallado del momento exacto de su “conversión”

-¿Conversión? ¿de qué me hablan? Yo espero desde hace dos días el nuevo informe que me prometieron de Ruvalcaba y me vienen ¿con una *conversión*? Quién se “convirtió” ¡con un carajo! Les advierto que mi paciencia llegó a su límite. Explíquense.

-Cruzamos la información y buscamos hasta al último hombre que hubiera coincidido con Arana en la época que dejó la academia.

-Nos dimos cuenta de que buena parte de lo que narra en sus primeros libros es bastante preciso.

-¡No les pedí nada de Arana, les dije *muy explícitamente* que investigaran bien a Ruvalcaba! En todo caso, eso de la precisión de los libros de Arana me suena a bobería. César Arana era lo más opuesto a la precisión que se pueda imaginar –dijo Alberto muy escéptico.

-Es que todo esto salió porque investigamos a Ruvalcaba. Ramiro Ruvalcaba estuvo en la ceremonia de “conversión” de Arana. Era uno de sus estudiantes.

-¿Ruvalcaba el guerrillero? Ya estaba muy mayor para ser párvulo. Eso sí que no me lo creo.

-El mismo jefe -dijo con firmeza Bruno-. Lo que pasa es que en esa época, Arana impartía un curso de “Escritura y Redacción” en la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca. Estaba dirigido a todos los estudiantes. Ruvalcaba, sí, era

mayor, pero entonces estudiaba Economía, a lo mejor como parte de su formación ideológica, quién sabe. Lo importante es que tomó aquella clase como materia optativa.

-Cómo que “quién sabe”. Si Ruvalcaba estudió con Arana debían saber porqué. Si no me equivoco fue en esa universidad que la doctora Faustsch ofreció alguno de sus primeros cursos. En todo caso saber el motivo de la estancia de Ruvalcaba allí sería lo único importante, lo demás son babosadas. ¿Me están tomando el pelo? ¡Es casi media noche y vienen con tonterías superfluas!

-No, no, no jefe, déjenos mostrarle esto. Mire, –Chava señaló la pantalla- lo más interesante es que nuestra reconstrucción no sólo viene de lo que supimos de Ruvalcaba -insistió con entusiasmo y como si el regaño de Alberto le tuviese sin cuidado.

-Así es jefe -agregó Bruno en el mismo talante-, de hecho hicimos una corroboración selectiva. Privilegiamos a los informantes que menos apreciaban a Arana como fuente inicial para el cotejo.

-Un momento, no sé ni de qué me hablan.

-De los datos que organizamos en torno a César Arana y del modo en que quisimos lograr objetividad. Por ejemplo, Chava, que estuvo involucrado en los talleres de “Intensionalidad”, sólo intervino como auxiliar, pues conocía a muchos de los “creyentes” de la “filosofía aranesca”.

-No es filosofía -corrigió Chava-. Pero bueno, eso no es relevante. Lo que queremos que quede claro es que descartamos de inicio a los que no cuestionaban el proceder de Arana. Como yo participé en sus cursos ni si quiera fui considerado, en cambio comenzamos con los más críticos. Luego seguimos con los neutrales y al final con los

que francamente simpatizaban.

-Uy Chavita -dijo Alberto enfatizando la exclamación para que no quedara duda del tono desaprobatorio- ¿te das cuenta que ser juez y parte de una investigación es algo inaceptable?

-Sí, por eso yo sólo auxilié a Bruno en la talacha.

Sin dejar de mirarlos con dureza, el inspector Cruz les arrebató el informe. Se sirvió una taza de café, con toda intención no les ofreció, luego se dirigió hasta la minúscula alcoba para visitas que hacía las veces de despacho. Se sentó en una silla reclinable y subió los pies a la mesita que usaba para escribir. Sus ayudantes lo miraron muy atentos. En silencio, comenzó a leer.

“Luego de que Arana se graduara en la Universidad de Buenos Aires, la doctora Faustsch –entonces profesora invitada de la Universidad Boliviana de San Francisco Xavier de Chuquisaca- le tomó como asistente de investigación*. De esa época* proviene el texto “Introducción a la TETEC: *a beginners handbook*”. La doctora estuvo a punto de no avalarlo pues el título bilingüe le molestaba mucho, pero los administrativos de la Universidad de Buenos Aires, expertos en *marketing*, apoyaron a Arana pese a todo*. La doctora, en represalia, lo expulsó de su equipo de investigación y Arana quedó sin trabajo, dependiendo únicamente de las regalías de un libro que acababa de salir y del que no se sabía su suerte*. Para mejorar su situación económica, Arana consiguió que le asignaran algunas horas de docencia en otra universidad privada cerca de La Paz*. Un año después, dado el éxito de su libro, el rector de la Universidad de San Francisco Xavier lo invita como profesor asistente de la Facultad

de Ciencias Políticas, encargándole un curso sobre “escritura científica” dirigido a estudiantes de postgrado en diversas áreas de las ciencias sociales*. Los que asistieron a la memorable cátedra, incluyendo a Ramiro Ruvalcaba*, recuerdan el día que discutieron el libro de Gary Nabhan “*The Desert Smells Like Rain*” y coinciden con la descripción del suceso hecha por el propio Arana en “*Memorias de un ignorante*”*.

Alberto siguió cada asterisco. Al activarlo un hipertexto se abría en ventanas tapizadas de citas, códigos de acceso a bases de datos, referencias cruzadas, en fin, una verdadera matriz de información que sustentaba lo dicho.

-Vaya, aunque esto no fue lo que les pedí, al menos en la forma, ahora sí que se esmeraron. Pero ¿saben? Exageran, vaya y si exageran. A ver, “menos literatura y más dato” les dije el otro día. Bueno, pues ahora hay mucho dato y sigue la paja literaria intacta. “Memorable cátedra...” y luego ¡de a asterisco por oración! No mamen. Leer un texto así está de hueva. No estoy tanteándolos para un examen en la universidad, les estoy pidiendo *información* para resolver un caso, nada más. Esta es *una chamba*, no una cátedra. Lo único nuevo de lo que me entero es de que Faustsch expulsó de su equipo a Arana, fuera de eso no veo más. Pero bueno, peor es nada.

Mientras sus ayudantes lo miraban entre asombrados y rencorosos, Alberto fue tachando cada asterisco que veía.

-Les estoy ahorrando esfuerzos. El boletín que necesito será sin vínculos ni hipertextos. Luego me darán un anexo con todos los asteriscos que quieran. Tienen

copia de este informe ¿verdad? Porque lo que estoy borrando ya no se recuperará.

-Sí. Por eso se lo vamos a dejar, para que lo revise con calma -dijo Chava.

-¿Podemos irnos? -dijeron esta vez los dos a coro, en un tono molesto.

-¿Mucha prisa?

-Es media noche.

-Pos ni modo, se chingan. Para empezar me tuvieron esperándolos todo el día, para seguir me están dando una novelita con bibliografía y ya me piqué. Además no estoy del todo seguro de que Chava no haya interferido con la supuesta objetividad de lo que han escrito. Voy a seguir leyendo y se quedan allí merito por si algo se necesita agregar o quitar del resumen *que todavía les falta hacer*. Quiten esa cara, que casi les estoy haciendo la chamba. Además ya no les estoy echando en cara su indisciplina por no seguir la investigación con Ruvalcaba. ¿Quién dicen que fue su principal informante?

-Ruvalcaba de manera indirecta -dijo Chava como para rebatir débilmente a Alberto-. Pero en verdad consideramos muchos. Incluso yo, que como sabe, tomé cursos de Intensionalidad con Arana; pero me limité a que Bruno revisara mis apuntes sin intervenir en nada más. Para evitar subjetividades hicimos referencias cruzadas.

-Bueno eso de “hicimos” es un decir, la verdad fue Chava quien procesó el trabajo de las referencias cruzadas, luego yo redacté la narración que va a leer; al no conocer nada de Arana pude ser objetivo. Por cierto que Chava sólo hizo un trabajo mecánico y bastante pesado, únicamente vigiló que el programa de análisis corriera sin tropiezos. Mi escrito es una síntesis.

-Leeré el resumen, pues; ya luego verificaré si lograste esa supuesta “objetividad”. No tengo duda de que es arriesgado que Chava sea parte de lo que está investigando, su participación podría generar ruido indeseable. Como sea, con mayor razón se me

quedan. Si hay algo incoherente ustedes me tendrán que sacar de la duda y si no pueden, la verdad que pensaré seriamente en correrlos.

Dando un sorbo a su café, continuó con la lectura, esta vez, en voz alta.

“Ruvalcaba: “Arana nos pidió que hiciéramos un ensayo sobre ‘The Desert Smells Like Rain’ de Gary Nabhan. Al final, mientras discutíamos la ceremonia de la lluvia practicada por los O’odham, yo leí textualmente el último fragmento de la descripción de Nabhan. En él insistía que, desde la primera ocasión que fue invitado, al término de la ceremonia siempre llovía. Podía ser una brisa o una tormenta, el caso es que siempre llovía. Mi comentario fue que tal aseveración era un recurso literario más bien fácil, que el texto se sostenía sin necesidad de recurrir a mentiras. Arana me interrumpió y dirigiéndose a todos preguntó: “quiénes creen que lo dicho por Gary fue, como dice Ramiro, un simple recurso literario y quiénes que fue verdad”. El grupo se dividió casi en dos secciones iguales. En ese momento se me hizo excesivo que Arana se sumara al grupo de los ‘creyentes’. Lo que siguió me pareció muy simpático; Arana dijo más o menos algo como ‘ya que varios de ustedes, al igual que yo, creemos que eso es posible, el próximo fin de semana visitaremos un lugar en el desierto. Allí haremos nuestra propia versión de la ceremonia O’odham. Y tú Ramiro nos acompañarás: serás el testigo ideal para saber si Nabhan exageraba o simplemente, describía’”

Alberto continuó con la lectura en voz alta de la cita correspondiente a “Memorias de un Ignorante” donde se narraba la experiencia con la ceremonia O’odham. Tanto lo escrito por Arana como las entrevistas que sus ayudantes habían

hecho a varios de los asistentes a aquel curso de Escritura Científica, coincidían en rasgos generales. No le pareció sorprendente y así se los hizo saber.

-Jefe -dijo Bruno- lo que nos parece significativo es que las entrevistas que acaba de escuchar fueron hechas a personas que hoy día consideran a Arana un charlatán.

-Además -agregó Chava- el propio Ruvalcaba siempre fue muy escéptico en todo lo referente a César Arana. Déjeme citar textualmente su opinión -sacó su agenda de notas y leyó-, mire, lo consideraba un “pequeño burgués que inventaba mundos imaginarios para apaciguar los inevitables sentimientos de culpa propios de cualquier 'clase-mediocre”.

-¿Clase mediocre? ¡Qué buen neologismo! Pues creo que Ruvalcaba fue muy preciso en su diagnóstico de Arana -dijo Alberto y continuó leyendo en voz alta.

“Desde que llegamos una serie de coincidencias hicieron la experiencia muy divertida. La primera fue al bajar del autobús: aunque estábamos en plena época de secas y aunque todo el camino el cielo había estado perfectamente despejado, en el momento en que llegamos al paraje elegido para acampar vimos cómo una nube negrísima salía del cerrito que estaba a un lado de nosotros. Un aroma a humedad muy intenso y delicioso envolvió el ambiente y exactamente cuando César pisó el suelo del desierto, una tormenta con gotas enormes se soltó sobre nosotros”

-Espere un momento jefe -interrumpió Bruno-. Eso que acaba de leer es la versión de Ruvalcaba -se acercó a la pantalla y abrió un hipertexto-. Ahora lea la versión del propio Arana.

“Yo no sabía qué me impulsaba. La intención de acampar en el desierto y reproducir la ceremonia O'odham fue un arrebato irracional que luego traté de explicarme como un ejercicio lúdico para fomentar el entusiasmo de mis alumnos. Pero ya en camino, una serie de eventos misteriosos comenzaron a inquietarme. El primero -que en su momento no vislumbré importante- fue que mientras subíamos las cosas al autobús, doce cuervos posados sobre un árbol permanecían atentos a cada uno de nuestros movimientos. El segundo que pese a la limpidez azul del cielo, pese a hallarnos en plena época de secas, cuando llegamos a “El Manantial” para acampar, en el cerro Amarú se asomó el frente de un enorme y oscuro Nimbus. Apenas bajé, una tormenta súbita me empapó por completo. Mientras los muchachos jocosamente bromeaban llamándome “chamán”, una campanita de alarma en mi interior susurraba: 'esto que haces es muy serio ¿estás seguro de querer continuar?’”.

-Si quiere ahora puede leer lo que escribió Ruvalcaba -Bruno cerró el hipervínculo.

“El campamento duró una semana. Recuerdo que fue muy didáctico. Arana nos condujo por el desierto con maestría. Era un guía espléndido para andar por aquellos parajes desolados. Con él buscamos frutos de cactus para preparar el jugo que debíamos fermentar, a la manera O'odham, para luego tener el brebaje que habríamos de saborear en la improvisada ceremonia de la lluvia. Todo ese tiempo fue muy instructivo para mis propósitos. Reflexioné en torno a las peculiaridades de esos hombres de ciudad, burgueses, acostumbrados a la comodidad y sin embargo, jugando a estar 'cerca de la madre tierra' como decía Arana. Pude darme cuenta cómo su vida

vacia y estéril simulaba tener sentido. Unos más, otros menos, pero todos intentaban bajo la guía del improvisado gurú en el que se convirtió César Arana, recuperar el vínculo con la naturaleza que su condición urbana les había quitado. Sin embargo es un hecho que también todos, incluido Arana, regresarían a la ciudad para continuar con sus costumbres, ahora más obscenas que antes pues se tornaban hipócritas sin remedio: consumir, gastar, explotar al pobre; en pocas palabras, dar rienda suelta a su barbarie perpetuando un sistema económico injusto. César cumplió el papel de un cura muy singular que absolvía a su rebaño de los pecados”.

-Ese Ruvalcaba sí que describe bien las ñoñerías de esos burguesitos dándose baños de pureza -dijo Alberto.

-No creo que sólo fueran “baños de pureza” como usted dice -replicó Chava.

-¿No? Entonces qué eran.

-Búsquedas, búsquedas de sentido. Tan respetables como la que intentó el propio Ruvalcaba.

-Chavita, no me vas a comparar a Ramiro Ruvalcaba, un guerrillero que exponía su vida por un ideal, con Arana, un charlatán que manipulaba los complejos de sus seguidores para ganar dinero.

Antes de que se enfrascaran en una discusión estéril que podría durar horas, Bruno, que ya tenía sueño y quería irse a casa cuanto antes, avanzó la narración varias páginas hasta llegar a la crónica que Ruvalcaba hacía de la ceremonia. Sin más se la puso enfrente a Alberto.

-Mire Jefe, aquí sigue la descripción que hace Ruvalcaba de la ceremonia. Yo creo que le va a gustar.

Mientras decía eso miró fijamente a Chava haciéndole un gesto con los ojos que parecía decir “ya cállate y prepárate para irnos”. Alberto por su parte se acercó a la pantalla y comenzó a leer en voz alta.

“Era sábado. Al otro día regresábamos a la ciudad. El preparado de cacto estaba listo y aunque supuestamente no debíamos beberlo hasta el momento de la ceremonia, yo probé un buen trago. Era bastante rico, algo dulce y espeso, dejaba en la lengua una ligera sensación picante y espumosa. Al amanecer caminamos hasta el mismo cerro donde había aparecido aquella nube negra que descargara su lluvia fugaz el día de nuestra llegada. Habíamos ayunado y llevábamos con nosotros el brebaje además de varios libros: poesía de Fernando Pessoa, de William Blake y de Machado; también el I-Ching y el Tao Te King. Los títulos habían sido escogidos por Arana. La poesía me gustó, pero los libritos chinos eran incomprensibles, llenos de paradojas y sin sentidos que a todos, inexplicablemente, maravillaban. Luego de casi una hora de caminar llegamos a una meseta, exactamente en la punta del cerro. Era una planicie pelada, apenas si crecía un pasto parduzco entre el pedregal. Más o menos al centro, un triste algarrobo daba una sombra bajo la que Arana decidió nos pusieramos. Me pareció sensato pues el sol era inclemente y no había una sola nube que aminorara el calor. Nos sentamos formando un círculo al centro del cual Arana puso la bebida de cacto, las jícaras y los libros. Muy solemne dijo que allí estábamos para celebrar “nuestro vínculo con la naturaleza”, también dijo que agradecía a los

O'odham por su inspiradora ceremonia y dedicó el ritual que estábamos por hacer a la memoria del escritor del libro que había provocado todo: Gary Nabhan. Luego fue al sitio donde estaba el fermentado de cacto y con la seriedad de un hierofante tomó la jícara, la sumergió en el recipiente del brebaje y la dio al que quedaba sentado al norte del círculo. Hecho esto le dio un libro, luego se dirigió a los otros tres que estaban sentados en los demás puntos cardinales y les dejó otros tantos libros. Él se quedó con el de Pessoa, luego pasó al centro del círculo y me pidió que me sentara a su lado, desde allí nos indicó qué haríamos: todos iríamos bebiendo un sólo trago del líquido, luego, los del cuadrante formado entre el norte y el este leerían una hoja al azar del libro que había dejado con el “guardián del norte”. Lo mismo se haría con los otros tres cuadrantes y los “guardianes” de cada punto cardinal. Al finalizar la primera ronda, él volvió a llenar la jícara y entonces nos dijo que hiciéramos lo mismo, sólo que ahora, en vez de ingerir el trago del brebaje, lo escupiéramos como una ofrenda a la Madre Tierra. Cada uno, luego de escupir diría algo así como “te damos las gracias, madre nuestra, por la vida, por el viento y el agua, por las plantas los animales y el cielo”. Cuando terminaba cada cuadrante de hacer lo indicado, la jícara pasaba al centro, entonces Arana y yo bebíamos. Él leía algún fragmento del “Cuidador de rebaños”, escrito por el heterónimo de Pessoa, Alberto Caeiro. Yo sólo escuchaba tras beber grandes tragos. Arana me había dicho que como testigo, tenía la prerrogativa de decidir si escupía o no el licor. Decidí beberlo y debo aceptar que fue una buena idea pues aquel líquido era sabroso y refrescante, además de que me generó una suave embriaguez. Cuando todo el fermentado se acabó guardamos silencio un par de minutos y después nos dirigimos, guiados por Arana, hasta unos acantilados desde los que podía verse la sinuosa línea de terracería por la que

habíamos llegado. Seguía haciendo calor y en el cielo no había nubes. Lo curioso fue que unos minutos después sucedieron dos cosas singulares: el paso de un par de 'nubes' de muy diverso índole. Primero, una nube de abejas, con un zumbido amenazante, se dirigió hacia nosotros. Algunos se espantaron mucho, pues estábamos al borde de un abismo, pero Arana nos calmó diciendo que no nos moviéramos y que nos tendiéramos sobre el suelo rocoso, como abrazándolo. Ya que cruzaron las abejas, las otras nubes se posaron sobre nosotros: nubes de vapor de agua. Luego, grandes gotas de lluvia cayeron hasta empaparnos por completo. Debo aceptar que me sentí tan eufórico como los demás. La diferencia es que mientras ellos querían ver en esos sucesos una manifestación mágica, yo sólo hallaba que tales coincidencias eran, sin duda, muy divertidas”.

Alberto sonrió y miró a los muchachos. Bruno, algo impaciente le invitó a seguir con la parte homóloga de “Memorias de un Ignorante”, pero él se negó.

-No voy a leer de nuevo ese bodrio, va a decir lo mismo pero con muchísimas más palabras y claro, muchísimas más mentiras.

-Jefe, perdone que lo contradiga -insistió Bruno- pero lo dicho por Arana coincide con lo que aún sus peores detractores recordaban de la ceremonia. Mire, si quiere adelántese y lea nada más la última parte.

Tocando un par de asteriscos en la pantalla táctil del Expediente, Bruno abrió la sección del libro de Arana que quería leyera Alberto. Éste comenzó.

“Numerosas señales se acumularon en aquella ocasión. Si al salir de la ciudad doce cuervos posados sobre un alambre nos miraban, al tercer día del campamento, cuando aún no sabía dónde sería la ceremonia, otros doce cuervos me indicaron el lugar preciso. Habíamos caminado varias horas y un grupo de diez alumnos, aparte de Ruvalcaba y yo, andábamos en la parte más alta de uno de tantos cerros. El sol comenzaba a ponerse y ya daba una tonalidad dorada a la luz. Uno de los muchachos me preguntó ¿dónde será la ceremonia? Antes de poder decir que no sabía, el graznido de una parvada de cuervos nos distrajo. Venían desde el oriente y pasaron volando sobre nosotros, rumbo al poniente. Todos volteamos a contemplar el espectáculo de aquellas aves formadas en V dirigiéndose al sol rojizo, apuntando hacia un monte que culminaba en una gran meseta de bordes acantilados y majestuosos. Sin decir palabra todos supimos entonces la respuesta: allí sería nuestra ceremonia. Esos doce cuervos nos decían a nosotros, doce humanos, que la Tierra estaba de acuerdo y nos invitaba a celebrar en el sitio apropiado. Exactamente un mes después, me enteraría que ese lugar era la montaña Amarú, un lugar sagrado”.

Previendo que los siguientes párrafos desesperarían a Alberto por su tono místico y dado que le urgía irse, Bruno, sin mediar palabra, tocó un asterisco y avanzó hasta la otra parte del texto que deseaba viera su jefe. Éste no hizo remilgo alguno y comenzó a leer de nuevo.

“El cielo estaba despejado y de pronto una nube y un rumor detrás de nosotros nos sacaron del éxtasis con el que contemplábamos al paisaje. No era la lluvia, sino un enjambre de abejas el que se nos venía encima. Aunque varios de mis alumnos se

espantaron, yo me sorprendí dueño de una calma extraña. Sin saber porqué les dije que abrazaran a la Tierra, a nuestra gran Madre generosa. Di el ejemplo tendiéndome con todo el cuerpo boca abajo, sobre las rocas. Luego les dije que guardaran silencio, que sólo sintieran la piel del planeta y dejaran pasar a esas abejas, que nada más querían decirnos algo. ¿De dónde saqué esas palabras? No lo sé, mi razón suponía que eran un recurso para evitar el miedo, pero algo dentro de mí que no preguntaba, que sólo escuchaba, sabía que eran parte del discurso apropiado. Con todo ¿qué querían decirnos las abejas? La respuesta llegó de inmediato: esos animalitos anunciaban que nuestra ceremonia había sido atendida. La lluvia cayó sobre nosotros. Fue un regalo, el mayor regalo que hubiese recibido hasta entonces en toda mi vida”.

El propio Alberto avanzó varias páginas, le molestaba que otros se adelantaran a sus deseos. Ojeó el contenido con la intención de no parar hasta que el tono místico hubiese concluido por fin. Sin embargo a las pocas líneas se rindió, pues Arana era un *místico*, quisiera lo que quisiera decir el término en su caso. Para abreviar adelantó hasta la última parte del capítulo de la “Conversión de Arana”.

“Leer los ensayos de mis alumnos fue conmovedor. Me sentía un intruso indagando en lo más íntimo de sus emociones. Estaba en mi departamento de La Paz. No lo consideré apropiado. Tomé la camioneta y fui al campo con mi perro. Mientras Negus corría entre los matorrales yo seguí con aquella labor indiscreta y fascinante. ¿Qué habíamos despertado en nuestro interior con la ceremonia? Como si esa reflexión abriera un nudo en mi garganta comencé a llorar. Era un llanto extraño, eufórico, ausente de cualquier tristeza y con una alegría sobria que apenas se

desbordaba en el acto solitario de soltar lágrimas sin más público que las nubes o la Tierra generosa. Pero estaba equivocado en la supuesta intimidad de mis sollozos, porque varios ojos me observaban y no eran las miradas metafóricas de la naturaleza, sino el escrutinio minucioso de unos hombres que, sin yo advertir cómo, se habían colocado en torno a mí. Hablaban muy quedo entre ellos, en un idioma completamente desconocido; más bien bajos y de piel oscura, poseían sin embargo una complexión muy fuerte ¿serían Aymarás? Me extrañó que mi perro, que ya corría hacia nosotros, no les ladrara, muy por el contrario, llegó saltando y muy juguetón para luego echarse tranquilamente a mi lado. El más anciano de aquellos indios se me acercó y sin mediar palabra impuso sus manos sobre mi cuerpo, sin tocarme, pero recorriéndome de la cabeza a los pies. Dijo algo a los otros y luego, dirigiéndose a mí preguntó en impecable castellano: ¿has estado en el monte Amarú? Por un instante dudé, pero luego dije que sí. Una certidumbre definitiva me decía que tal monte había sido el lugar de nuestra ceremonia. El mismo anciano me advirtió “Esa montaña es sagrada para nosotros. Regresa a tu ciudad y reflexiona en esta pregunta: ¿estoy dispuesto a seguir el camino que he iniciado? Si respondes afirmativamente ve a Amarú de nuevo. Llega tú solo y prepárate a que tu viejo mundo se derrumbe. Si sospechas, aunque sea un poco, ser incapaz de abandonar por completo lo que consideras sólido y certero, si temes, aunque sea un poco, amedrentarte ante lo que verás sin poder comprender, no vengas. Ten cuidado pues si no estás dispuesto, morirás sin duda”. Dicho eso echaron a andar. Lo hicieron despacio, como si nada, hasta desaparecer tras una colina”.

-Bueno, ya fue suficiente -dijo Alberto con fastidio-. Su supuesto reporte es una

historia de indios muy entretenida, folclórica y completamente banal. A lo mucho un folletín con patrañas *new age* sobre los Aymarás. ¡Basura! La desaparición que investigamos está en el mundo real, no en el virtual de novelitas bobaliconas propias de oficinistas.

-Jefe, no veo qué haya de malo en ser oficinista; en parte, usted y nosotros lo somos. Además -insistió Chava- los indios que iniciaron a Arana no eran Aymarás, eran Cuseneris.

-Y eso qué.

-Que Gossmann realizó experimentos en Bolivia con esa etnia -agregó otra vez Chava- Y probó que sus técnicas chamánicas modificaban los flujos bosónicos en el cerebro, no sólo del brujo, sino de todos los celebrantes de cada ceremonia.

-Bonita anécdota, folclórica como te dije ya, pero verdaderamente trivial.

-¿Es trivialidad que los chamanes cuseneris fueran capaces de trasladar su cuerpo físico y el de los elegidos por ellos, a mundos alternos?

-Ahora sí es el colmo Chavita. Tu folclorismo ya era grave, pero no voy a tolerar que mezcles tus creencias religiosas con nuestro trabajo.

-No es folclor, no son creencias ni es religión -dijo muy exaltado Chava. Las teorías de universos múltiples se discuten con seriedad en física. En cada instante el universo se bifurca dando lugar a innumerables universos. Eso estudió Gossmann. Sus experimentos, aunque polémicos, siempre fueron respetados en el medio científico.

-Un medio científico que también respeta la intromisión de prácticas mercantiles -dijo Alberto fúrico. No me extraña que apreciaran a Gossmann pues lo que hacía podía venderse muy bien: allí están los ciberhedonígenos o las armas para Hughes Aeronautics. Miren muchachitos, a diferencia de ustedes, yo no confío en una

academia que desde hace décadas perdió su ética. No me extraña que la comunidad científica respete tales charlatanerías. Si aprueba que la calidad de una investigación se mida por el número de citas en que es referida, o por el impacto que genera sobre la economía, cualquier estupidez espuria es posible.

-¿Descarta entonces los juicios de David Bohm? Bohm creía en las teorías de universos múltiples, incluso bromeaba diciendo que quizás en algún universo alterno Edgar Hoover no existía, permitiéndole dormir tranquilo sin soñar siquiera que en otro mundo lo habían expatriado. Gossmann mencionó esa anécdota y nadie la desmintió. Organizó los festejos en el centenario del natalicio de Bohm y por sus intervenciones fue reconocido como el joven más brillante de su generación.

-Los niños genio con estrellita en la frente no tienen porqué ser infalibles.

-Entonces no vayamos a niños genio ¿Descarta la teoría del Universo Holográfico de Juan Maldacena? Piense, bien podría existir un universo adyacente donde jamás hubiese habido un terremoto en México, donde no viviéramos en una dictadura.

-Párale Chava. Maldacena ideó esa teoría como un modelo matemático. Para un matemático es fácil hablar de universos abiertos, mundos abstractos y demás sin comprender siquiera con qué concepción de realidad y del simbolismo matemático se está metiendo. Puede pasar de un mundo abstracto a otro como se pasa de un lado de la ecuación al otro. Esos teóricos son arrogantes, no les interesa la prueba empírica, sólo les aterra la contradicción lógica o la inconsistencia argumental.

-Entonces no hablemos de abstracciones, hablemos de la realidad cruda, ¿Debo recordarle acaso que Bohm fue un activista de izquierda toda su vida y que eso le costó la expulsión de Estados Unidos en la época de McCarthy? ¿Debo...?

Bruno interrumpió la perorata que estaba por iniciar Chava. Era un terreno movedizo. En el mejor de los casos incómodo, en el peor *peligroso*.

-El jefe tiene razón. Creo que nuestro informe será apenas un apoyo general pero al fin anecdótico. Es cierto, debemos enfocarnos en los datos duros. Además ya es muy noche y el inspector debe reposar, mañana es su primer día de trabajo.

-Vaya -dijo Alberto- Hasta que oigo algo sensato. Ustedes necesitan descansar también. Ya luego revisaré su trabajo con calma. Y Chava, no tomes a mal mis críticas. Como sea, creer en esoterismos sólo conduce a confusiones, hasta en las mentes más lúcidas. Pero además, fíjate bien que no somos teóricos ni académicos. Aunque suene prosaico somos simples policías. Y por si fuera poco llevamos estancados meses en esta investigación; va siendo hora de avanzar. Así que ya váyanse que mañana será otro día.

Chava le sonrió al inspector, Bruno dijo “buenas noches” y Alberto, súbitamente agotado se metió a la cama quedándose dormido de inmediato. Eran casi las dos de la mañana del lunes.

II

Bajó del biplaza y echó a andar, luego sintió un abrazo y cuando intentó ver quién era, un calambre muy agudo le atravesó la garganta. Alguien la sostuvo, percibió el aroma de un aliento, su tibieza y el tacto de unos labios sobre los suyos. Eso fue todo.

¿Cuántas veces había repasado tales recuerdos? Era una pregunta impertinente. La extrañeza de su estado yacía por cierto, en que la direccionalidad del tiempo había cesado. Lo único claro era ese último recuerdo. Repasarlo una y otra vez le permitía vislumbrar ese límite, la frontera entre el caos que ahora mismo la rodeaba y el misterioso orden entrañado en el tiempo.

Sus sentidos vagaban sin rumbo de una impresión a otra, sin estructura ni concierto. Los esfuerzos por establecer categorías resultaron vanos. Por ejemplo, si quería determinar cuál había sido *la primera* impresión de su nuevo estado, se daba cuenta de que bien podría ser esa frontera vinculada a la memoria. Pero por desgracia, en su mente todo seguía cursos sin sentido. Porque si era franca, sus recuerdos también podrían comenzar, así, *considerando como principio* al contacto de aquellos labios sobre los suyos, para luego, como *segunda impresión*, pasar a la voz grave del abuelo y sus historias. Y en esa secuencia el siguiente recuerdo, *el tercero*, podría ser el de una tarde nublada en Buenos Aires, el día siguiente a la publicación de la teoría que la haría famosa. A la fama precedía, como en una cadena causal (que entonces pasaba a ser *la segunda impresión*) el encuentro con Alberto Cruz y después vendría el *tercer recuerdo*: cierta caminata torpe entre una multitud de adultos vistos con recelo por sus ojos infantiles.

Por eso no podía confiar en lo que sentía. Hablar de qué iba primero y qué

después se mostraba, sin duda, imposible. Ella, acostumbrada al orden definitivo de la temporalidad, al flujo en apariencia implacable que hacía marchar la existencia del pasado hacia el futuro, se rendía confundida ante el hecho de tanta turbulencia: torbellinos donde presente, pasado y futuro giraban para colocarse en cualquier disposición imaginable. Refugiada en la razón, mejor concentró la conciencia en la frontera, repasando el último reducto de sentido antes del caos, anclada a un nombre, el suyo, la única identidad que podía servirle como punto de referencia: Ivonne Faustsch.

**

Aunque había dormido apenas tres horas, Alberto se sentía muy descansado. Fue al baño y se mojó el rostro con agua tibia, luego se dirigió a la sala, que mostraba el resplandor del próximo amanecer. Su departamento lucía más ordenado que nunca. Toda la vieja tapicería de leds orgánicos había sido renovada y las paredes emitían una luz tenue, blanca y agradable. Por su parte, las viejas fotoceldas de rodopsina, con buen mantenimiento, eran bastante aceptables; Bruno se había encargado de hacerles algunos ajustes, sellando fugas, restaurando condensadores y limpiando baterías. Las acomodó de tal manera que aprovecharan mejor la luz del otoño, dejando espacio libre para que la vista se deleitara, sin obstáculos, con el lejano paisaje ofrecido por la sierra y el verdísimo cerro del Ajusco, desde ahora recordado de una manera muy distinta por Alberto. Con todo, lo que más le gustaba era el cambio que hicieron los médicos del Ministerio de Defensa en su propia recámara. Limpiaron los vidrios, quitaron la pesada y roída cortina, sustituyéndola por otra más ligera y funcional, además de instalar

tomas de corriente que se alimentaban directamente de las líneas principales del edificio, ofreciéndole quisiera o no, una fuente de energía que no se limitaba a la generada por sus propias fotoceldas. Era difícil que él fuera a aprovechar tal supuesta comodidad, pero los médicos requerían más voltaje para el equipo usado en su rehabilitación y la CIS había autorizado esos cambios de manera definitiva y sin costo para el inspector.

En otras palabras, la instalación eléctrica bien podría quedar de adorno, pero en cuanto al ventanal la cosa cambiaba. Ahora mismo, Alberto había corrido la flamante cortina para disfrutar una vista olvidada desde las tempranas épocas de su niñez. En aquel entonces, el crucero formado por las ruidosas avenidas y ejes viales obligó a que su padre instalara ventanas de doble espesor y gas xenón, de modo que sus ojos infantiles contemplaban aquel ajeteo como si fuera una película muda, de movimientos absurdamente bruscos y silenciosos. Ante memorias tan insulsas, a Alberto ni siquiera le importó que los antiguos inquilinos hubieran cubierto aquella escena con gruesos cortinajes, de modo que jamás se ocupó de atisbar el paisaje que ocultaban. Por eso ahora estaba sorprendido. Del crucero no quedaba ni sombra. El espacio dejado, en cambio, lo ocupaba una simpática glorieta donde varios fresnos aún jóvenes, iban levantando sus copas verdes y vigorosas como un pequeño bosque renacido.

Era el primer lunes luego de su accidente, era muy de mañana y se sentía extraordinariamente bien. Luego del atávico ritual de preparar la crema de afeitarse para rasurarse la barba cerrada y molesta, Alberto decidió ir a caminar a la glorieta para abrir apetito. El aroma a humedad le puso de tan buen humor que aplazó sus intenciones de almorzar en la casa. Al fin los gastos, mientras siguiera a cargo del caso

Gossmann, los pagaría la CIS. Siendo tan temprano -apenas las seis de la mañana- y sabiendo que La Bombilla abría casi a las ocho y él no tenía tanta hambre, mejor decidió irse caminando hasta el edificio de la Jefatura de Seguridad del Sector Coyoacán, en la rúa Insurgentes. Según sus cálculos llegaría aún así antes de las siete, pero esa era una buena hora para desayunar en La Parroquia. Entraría a la oficina, recogería el Expediente y con un buen café se tonificaría para aclarar la mente e idear el curso de ese, su primer día de trabajo luego de casi dos semanas de convalecencia.

Anduvo por la rúa Universidad y al llegar al cruce con el Paseo Miguel Ángel de Quevedo se preguntó si tendría la disposición de ver como cada mañana al engendro metálico de Toño Plá. No estaba de humor para hacer corajes, así que decidió tomar el tranvía de mulitas. Esperó muy poco, el primero había salido de Taxqueña a las seis, así que justo al llegar a la glorieta Coyoacán pudo escuchar el nostálgico clac clac de los animales aproximándose. Al subir escogió una de las bancas de madera del fondo, abrió la ventanilla corrediza, disfrutó del aire matinal. El andar cansino del carro le permitió imaginar que estaba en otro tiempo y al ver los grandes árboles de los Viveros de Coyoacán se sintió como un hombre del siglo XIX. Entretenido con esa fantasía quiso emular el estado anímico que cualquier ciudadano de entonces debía haber tenido: un entusiasmo inocente por el futuro, una confianza cándida en el progreso. Pero fue inútil, lo único que sintió fue el desencanto irremediable de un defeño que sabía, sin poderse hacer tonto, que todo el entorno bucólico que le rodeaba era falso. Se bajó y tomó un tranvía eléctrico. Sin poner atención en el trayecto intentó recuperar el buen ánimo con el que había comenzado el día. Al llegar a la rúa Insurgentes estaba casi curado. Descendió con calma, respiró profundo y echó a andar con rumbo al Parque Hundido. Se sintió mejor, la rúa Insurgentes al menos era más franca:

comercios, restaurantes de lujo, oficinas, todo indicaba que *estaban* casi a la mitad del siglo XXI y *él era* un hombre sumergido sin remedio dentro del futuro. Con todo, el DF mantenía su encanto. Pese a Sánchez del Río, pese a Ugalde.

La caminata le permitió enmudecer un poco aquellos diálogos internos a los que era tan propenso, de manera que en poco tiempo y en silencio se halló frente a su trabajo. La luz de la mañana teñía los cristales del edificio con un agradable tono dorado, haciendo difícil creer que en las entrañas de sus oficinas se intentaran resolver crímenes. Ante aquella visión apacible, a Alberto le costaba abandonarse a la idea de que la insatisfacción humana hubiese fructificado con tan prolífica amargura y diversidad. Resignado por el hecho de que la alegría dure tan poco, subió los elevadores hasta llegar a la Sección de Investigaciones Especiales. Al entrar vio con sorpresa que, platicando con el velador, se encontraba Juanito.

-Inspector, qué gusto tenerlo acá de regreso. Oré mucho por usted.

-Gracias Juanito, ya ve, gajes del oficio.

-Así es Inspector, pero si El Señor lo dispone, nuestro deber es aceptar sus designios.

Alberto asintió con la cabeza. Curioso: que un hombre como Juanito fuera famoso por su crueldad. Meditando en ello entró a la oficina. Le vino a la mente el informe que sobre Arana le habían entregado sus ayudantes por la madrugada. “Anécdotas noveladas; así no llegaré a ninguna parte. Necesito datos *duros*” pensó con cierta ansiedad. Sin siquiera sentarse puso la mano sobre el escritorio, donde el parpadeo intermitente de un led indicaba que tenía mensajes por escuchar. Sintió el desagradable cosquilleo del escáner de ADN, pospuso la opción de escuchar mensajes

y esperó a que el cajón donde tenía el Expediente se abriera. Lo tomó y sin más se dirigió a la puerta. Ésta permaneció abierta sin que el inspector se decidiera a salir. “¿Será buena idea interrogar a Juanito?” se dijo con indecisión. Sabía que sus historias estaban cargadas de fantasía, siempre intentaba convertir a sus interlocutores y para ello matizaba cada anécdota con símbolos, señales que según él, mostraban el camino hacia Jesús. “Cada quien tiene que interpretar lo que Cristo quiere decir. Él habla con palabras hechas a la medida de cada uno: yo era un hijo de la chingada y por eso me habló como me merecía, ojetamente”. Eso se lo había comentado casi un año atrás, luego de cierta reunión que organizara Grajales para celebrar quién sabe que distinción hecha a su jefatura. ¿Estaba dispuesto a escucharlo de nuevo? Una corazonada muy fuerte le decía que quisiera o no, tendría que hacerlo algún día. Salió muy decidido, Juanito seguía conversando con el velador y al verlo avanzar le sonrió.

-Juanito -preguntó Alberto como al acaso- ¿qué hace por acá tan temprano?

-He tenido insomnio, por eso decidí venir con Don Taurino, para acompañarlo toda la noche.

-Nos la pasamos bien Inspec -dijo Don Taurino, un hombre muy mayor que toda su vida había trabajado como velador en ese mismo edificio, desde su construcción a finales del siglo pasado.

-Estuvimos jugando ajedrez y nos turnamos para hacer las rondas. Ya al ratito nos vamos, en cuanto llegue el vigilante diurno. Lo malo es que ando con un hambre tremenda, por eso le decía a Don Taurino si le traigo una tortita de tamal del puesto de Doña Trini.

En una de las calles que desembocaban hacia el Parque Hundido, por acuerdo del gobierno del Distrito Federal, un “tianguis gastronómico” se había establecido en un gran predio antes desocupado. Para el turismo representaba un atractivo “típico” y para los obreros de las oficinas próximas constituía el sitio obligado para comer, desayunar y cenar. Sin embargo, el entusiasmo de Juanito al ofrecerse a traerle algo de allí no era compartido del todo por Don Taurino.

-Ando malo de la panza Juanito, mejor tráigame un atolito -dijo algo apesadumbrado el velador.

-Miren nomás, ahora mismo iba a desayunar -les comentó Alberto aprovechando el pretexto-. Juanito, qué le parece si le invito el almuerzo y de regreso le traemos su atole a Don Taurino.

-Cómo cree inspector, me daría pena.

-Pena de qué, ándele. Acompañeme que no me gusta desayunar solo.

Con una gran sonrisa el vigilante aceptó. Se despidieron de Don Taurino y caminaron por la rúa Insurgentes Muy pronto, Juanito se extrañó de que estuvieran alejándose del Parque Hundido.

-¿No vamos a ir al tianguis inspec?

-Sí, claro. Pero antes venga conmigo y no pregunte.

Alberto cruzó rápidamente la calle y muy deprisa se dirigió hacia el restaurante donde pensaba desayunar. Juanito se amedrentó un poco cuando vio que entrarían a La

Parroquia.

-Inspector, este lugar es muy caro. A lo mejor no me dejan entrar, aquí hay pura gente de dinero.

-Yo acostumbro venir y no tengo ni un clavo.

-Pero usted tiene distinción, yo soy pobre y eso se nota de lejos.

-Ah que Juanito, si usted sabe mejor que yo que La Parroquia era un café popular. En Veracruz iban pobres y ricos, todo tipo de gente.

Del tema no se habló más. El restaurante, casi siempre lleno, a esa hora tenía pocos comensales. Se sentaron en una mesa al fondo y mientras les servían el típico café bombeado, Alberto sacó a colación el tema que le interesaba.

-Pues sí Juanito, el caso en el que ando es muy complicado. Parece que Gossmann tuvo mucha relación con el Proyecto Intermuros, la jefa me ha sugerido que incluso investigue sobre la masacre del '40.

Para su sorpresa Juanito permaneció callado. Él lo vio fijamente como invitándole a decir algo, pero evadió la mirada y cogió la cuchara para luego agitar el café. Se mantuvo con los ojos gachos y siguió inmutable. Alberto se dio cuenta de que había comenzado muy mal, cometiendo un error de principiante. En lugar de dejar que el tema lo tocara el propio Juanito sin coacción de su parte, vendió trama al mostrar, desde el primer momento, que se interesaba por la masacre de Intermuros. Era muy distinto contar anécdotas del pasado con el afán de justificar la propia existencia que

responder preguntas en torno a un caso policiaco. Trató de corregirse de inmediato, dando la impresión de que el comentario era inocente y que no le interesaba interrogarlo al respecto, aunque por supuesto, tarde o temprano tuviera que hacerlo.

-Así que como ve ando muy ajetreado. Pero bueno, tomar un cafecito siempre reanima.

¿Le está gustando?

-Sí inspector, muchas gracias.

Era clarísimo que el vigilante estaba muy incómodo. Su locuacidad se había cancelado por completo. ¿Cómo recuperar su confianza? Intentó una charla convencional. Le preguntó por su nieta, por la iglesia; pero Juanito contestó muy parco. Al fin, aceptando que había sido un torpe, apenas terminaron decidió regresar al edificio.

-Muchas gracias por el desayuno inspector -dijo al fin Juanito justo cuando llegaban al puesto de tamales en el tianguis.

-Déjeme invitarle el atole a Don Taurino y llévele unos tamalitos para su esposa.

Juanito aceptó, caminando en silencio mientras atravesaban el Parque Hundido. Así permaneció todo el trayecto hasta el edificio de la Comisión. Justo cuando estaban por entrar a las oficinas se detuvo un momento y le dijo muy serio a Alberto.

-Inspector Cruz, perdone si me porté grosero. Como que me comieron la lengua los ratones, pero es que mire, la verdad que viví cerca la masacre de Intermuros. Cristo se

me reveló exactamente cuando yo era más desgraciado. Si algún día quiere podríamos platicar. Pero debe prepararse, porque lo que hice entonces no tiene nombre. Espero que Jesús me perdone algún día. Sólo le voy a pedir a usted que me dé un tiempito, necesito orar, necesito fortalecer mi alma. Aunque me he arrepentido muchas veces, aunque mi Pastor dice que todo lo que pasó fue uno de los muchos caminos de la Providencia, desde entonces casi no puedo dormir bien. Yo creo que ahora Cristo me lo ha mandado a usted inspector, a lo mejor y debo confesarle mis perradas, sin tratar de justificarme ni nada, sólo diciéndole lo que hice y también lo que vi. Pero necesito tiempo, una semana nomás. Debo orar por mí y por el alma de todos los que murieron entonces.

-Claro Juanito, tómese el tiempo que quiera. Y déjeme decirle que lo que me cuente no lo sabrá nadie más. Sólo me servirá como una pista para reconstruir qué pasó en aquella época tan ligada a Gossmann.

-Gracias Inspector y que Dios lo bendiga.

Alberto subió hasta su oficina, cerró la puerta y se sentó en la silla giratoria. El parpadeo del led rojo en su escritorio le urgía a oír los mensajes pendientes. Puso la mano sobre la superficie lisa y brillante, sintió por segunda vez en menos de dos horas el cosquilleo del escáner detectando las secuencias de su ADN y ahora sí se dispuso a escuchar. Sólo había uno, urgente. La CIS le exigía de manera categórica, dar pistas concretas sobre Gossmann. Tenía de plazo dos semanas más, caso contrario, turnarían el Expediente a otro inspector recomendando a la Comisión de Seguridad del Sector Coyoacán, considerara prioritario removerlo de la Sección de Investigaciones Especiales. Alberto se preguntaba si esa era una buena o una mala noticia. Ser policía

siempre le pareció una broma pesada del destino.

Paseó la vista por las paredes. La decoración, si es que así pudiese llamarla, era fútil. Tras él un ventanal amplio dejaba ver el paisaje arbolado del Parque Hundido. Giró su silla para contemplar la vista y pensó en los numerosos cabos sueltos en torno a Gossmann. En verdad su desaparición seguía siendo un misterio y no le extrañaba que la CIS estuviera desesperada y próxima a relevarlo. Luego recordó que Achótegui le había dicho que Antaki vivía frente a la escena del crimen de la Dietrich.

En los engranes de su mente, Antaki, Gossmann y los asesinatos de los últimos meses, parecían girar al tiempo que, misteriosamente, también giraban en coordinación la masacre de Intermuros, el secuestro de la doctora Faustsch y la próxima confesión de Juanito. Estaba decidido, lo primero que haría esa mañana sería visitar a Antaki, ya luego pensaría qué tan favorable podría ser presionar al viejo y aparentemente contrito guardia.

III

El biplaza, andando por la rúa Insurgentes, ya lo llevaba a la calle de Berlín cuando recibió una llamada de Achótegui.

-Alberto, hay un dato que quizás le sea útil.

-Usted dirá.

-Juan Mosqueda, uno de los vigilantes que trabajan en la Comisión de su Sector, estuvo involucrado con la masacre de Intermuros.

-Eso ya lo sabía.

-Ah! Bueno. Pensé también que le gustaría saber que Mosqueda vive en San Borja, a menos de dos calles de Círculo Al-Andalus y que antes de convertirse en fervoroso cristiano, cuando aún era policía, asistió numerosas ocasiones a las conferencias de Ricardo Antaki.

-Interesante.

-De hecho estuvo a punto de abrazar el sufismo, pero los disturbios de Lu Yen ocuparon su tiempo y pasiones a tal grado, que se olvidó largo rato de su incipiente vena mística.

-Bueno, ya ve que al fin encontró el camino -dijo Alberto con ironía.

-Ya veo. Oiga, está deteniéndose en la calle de Berlín. ¿Piensa interrogar a Antaki?

-Achótegui ¿no se cansa de seguirme?

-Es parte de mi trabajo. Pero déjeme decirle que va a perder su tiempo. Antaki no está en casa, ahora mismo debe estar en las oficinas de Círculo Al- Andalus.

-¿Donde son?

-Si quiere lo llevo.

Un claxon sonó con insistencia y luego, otro biplaza con insignias del Ministerio de Defensa se estacionó frente a él. Alberto bajó de su auto y Achótegui también. La pregunta era obvia ¿desde donde lo venía siguiendo? Pregunta también inútil, tenía que resignarse a ignorar muchas cosas. El inspector y el general se saludaron y sin decir palabra contemplaron el edificio donde vivía Antaki.

-Bonito ¿no es cierto? -dijo el general.

-Sí, pero como todo en esta ciudad, es simple utilería.

-Pero hicieron buen trabajo. Los sismos del siglo pasado lo dejaron casi en ruinas, luego lo reconstruyeron y sobrevivió al terremoto del '36. Fue una buena restauración.

-¿Restauración? Lo único que hicieron fue conservar la fachada, todo el interior es nuevo. Eficiente y sin chiste, snob y carísimo.

-Vaya ¿no se cansa de criticar?

Alberto no dijo nada, le molestaba mucho que Achótegui anduviera tras él.

-Venga, suba a mi auto. Lo llevaré con Antaki y de paso le mostraré donde vive Juan Mosqueda.

Alberto aceptó. Anduvieron por la rúa Chapultepec y regresaron a la rúa Insurgentes. La recorrieron hasta el antiguo viaducto, allí, el biplaza, que era vehículo oficial, entró a la vía rápida y luego tomó por Paseo Doctor Vertiz, con la sirena

aullando y aún a gran velocidad. Atravesaron Intermuros sin aprietos. Llegaron a la calle de Xochicalco y el general dio el comando para que el auto se estacionara. En todo el trayecto Alberto había estado callado.

-Es usted muy colérico. Se va a enfermar del hígado -dijo Achótegui en tono jocoso.

-Y usted más persistente que una mosca.

El general rió de buena gana.

-Mire Alberto, usted me cae muy bien. Lo que pasa es que no tiene sentido del humor.

-¿Dónde queda Círculo Al-Andalus? -dijo el inspector sin dar importancia a las palabras de Achótegui.

-A menos de dos cuadras, sobre Xochicalco. Es mejor caminar y no levantar perspicacias llegando en vehículo oficial. Además el día es bonito y respirar aire puro tonifica el espíritu.

Alberto sólo movió la cabeza como asintiendo. Achótegui seguía en sus intentos por hacer plática, pero el inspector se mantenía sumido en pensamientos confusos en torno a Gossmann. Acababan de cruzar la esquina de Eugenia con Xochicalco cuando Achótegui lo empujó bruscamente contra la pared.

-No se mueva y guarde silencio, creo que acabo de ver a Fanny Loof -susurró el general.

-¿Dónde?

-Está saliendo de Círculo Al-Andalus. Ella es la principal sospechosa del secuestro de Faustsch.

-¿Porqué? -dijo Alberto sorprendido.

-Lo sabe mejor que yo, esa "Vinculante" la acosaba desde hace mucho y en el informe que ahora mismo prepara usted sobre el caso Gossmann, ya recabó información que hace probable sospechar que ella asesinara a Alicia Herrera; además cuando le mostramos fotografías, el mesero del Punta del Cielo reconoció a Loof como la mujer que se llevó a Faustsch.

No debía sorprenderse, pero se sorprendía del modo en que Achótegui obtenía información sobre todos sus actos. Comenzaron la persecución y antes de que Alberto pudiera quejarse, el general habló.

-Mire, la CIS se coordina ahora mismo con el Ministerio de Defensa. A ellos les interesa localizarla tanto como a nosotros. No se ofenda, pero si a usted no le informan de nuestros convenios es porque, bueno, lo ven como simple subordinado.

Alberto no se ofendía, se enfurecía. Sin embargo estaba consciente de ser un segundón; hacía mucho que su rebeldía contra el sistema había muerto. Cierta amargura comenzó a invadirlo, pero decidió actuar como si no pasara nada.

-Está por llegar a la próxima esquina -indicó el inspector muy sereno-. Tal vez traiga un vehículo, pida refuerzos.

-La seguiremos a toda costa, pero sólo nosotros, esa mujer es habilísima y no debe

atisbar siquiera que vamos tras ella. Si sube a un biplaza tomamos sus placas y lo rastreamos.

Alberto y el general corrieron a la bocacalle. Al pasar enfrente de Círculo Al-Andalus, el inspector echó un vistazo a las instalaciones. Era una casa grande, no podía tener más de 10 años pero intentaba simular vejez y cierto estilo mudéjar. Creyó escuchar bastante alboroto en su interior; tuvo el impulso de indagar qué sucedía pero estando tras Fanny Loof podrían perderla: ya había dado vuelta a la izquierda, sobre San Borja. Alberto se asomó con mucho cuidado para ver si abordaba un vehículo o de plano la habían perdido.

-Sigue andando por la calle, o no trae auto o lo dejó más lejos -dijo con alivio-. Creo que no nos ha visto general. Yo sigo pensando que debería pedir refuerzos.

-Tal vez tenga razón, pero por lo pronto sigámosla.

Continuaron tras ella, a una distancia de casi media calle. Fanny llegó al Paseo Dr. Vertiz y viró a la derecha. De nuevo tuvieron que correr, ella caminaba muy deprisa. Al llegar a la esquina, mientras Alberto se asomaba para ver hacia donde seguía, el general por fin pidió refuerzos.

-¿Sigue por Vertiz? -le preguntó a Alberto.

-Sí, parece que no nos ha visto y también que no trae vehículo.

-Bien, pero andaremos por el camellón. Las palmeras nos ocultarán. Debe ir hacia Intermuros, si es así se dirige entonces al Parque de los Venados. El Paseo Vertiz

termina allí, en la arboleda que plantaron hace diez años con laureles de la India. Guardias del Sector Narvarte estarán esperando, los he puesto sobre aviso.

-Siempre y cuando vaya realmente a ese lugar.

El general no dijo nada, pero estaba de acuerdo con Alberto, aquella mujer era impredecible. Luego de unos diez minutos de caminata, las copas de los árboles se hicieron visibles y nada hacía dudar que Fanny fuera a cambiar de trayectoria.

-Falta media cuadra para que llegue. Debemos acercarnos rápido -dijo Achótegui-. Usted atraviese el Paseo y yo sigo por el camellón. Los guardias la interceptarán en cuanto dé el primer paso ya en la arboleda, pero si intenta escapar nosotros debemos estar atentos para detenerla. Si tiene que usar su arma dispárole a las piernas, debemos atraparla viva.

Alberto jamás había matado a nadie y mucho menos lo haría con la única persona capaz de decirles el paradero de la doctora Faustsch. El general tenía unos modos que no le gustaban, sin embargo cruzó la avenida tal como se lo había ordenado.

Cuando Fanny llegó al parque cuatro vigilantes de Intermuros se le acercaron. Ella se detuvo sin problema, debajo de un laurel muy frondoso que unía su copa con los demás, formando un dosel bastante cerrado. Lo que siguió fue muy rápido. En un instante, justo cuando el policía más cercano estaba por tomarla del brazo, Fanny dio un giro espléndido que a Alberto le pareció similar a un paso de baile: conforme rotaba el cuerpo con enorme gracia, fue levantando su pierna izquierda hasta dejarla a la

altura de la cabeza del guardia. Practicó una flexión lenta y luego su extremidad se desplegó como catapulta. El golpe que recibió el policía fue de tal magnitud y estaba tan bien calculado, que al caer lo hizo directamente sobre otros dos, lanzándolos al suelo. El cuarto vigilante desenfundó su arma, pero antes de que pudiera siquiera apuntar, Fanny se acuclilló, para entonces dispararse igual que un resorte destensado. Como si escalara por un muro invisible, ambas piernas se movían rítmicas en tanto su cuerpo trazaba una parábola. Al estar cerca del pretense captor las juntó y golpeó certeramente su garganta. El impulso de tan poderoso movimiento le permitió asirse de la rama de un árbol cercano. Luego, con agilidad de gimnasta, giró usando esa rama como eje y salió despedida hacia la copa de otro árbol. Así, entre las copas de los laureles fue saltando, perdiéndose de vista. La Vinculante ejercía sus habilidades eutácticas con maestría. Concentrada en los arreglos de su cuerpo, cada hueso, tendón y músculo se coordinaban como en los antiguos ancestros arborícolas, dándole la alegría inefable de disfrutar el miedo y usarlo como estímulo para ser impecable. Había, pues, una gran diferencia entre ella y sus perseguidores: ellos esperaban algo, ella no esperaba nada.

Achótegui, evidentemente, no deseaba otra cosa que atrapar a esa mujer; ya estaba dando órdenes desaforadas para acordonar todo el parque cuando Alberto, corriendo, se dirigió hasta los policías yacientes. Todos parecían noqueados; los revisó percatándose sorprendido que, al menos uno de ellos, estaba muerto.

-¿Vio eso? -dijo Alberto entre temeroso y asombrado.

-No me admira, Fanny y las demás “Vinculantes” podían ser charlatanas, pero eso sí, nadie ha dudado jamás de sus habilidades físicas.

-Este hombre está muerto -balbuceó el inspector señalando al vigilante inerte.

-Le rompió la tráquea -dijo el general mientras auscultaba el cuello del cadáver- y parece que también le fracturó las vértebras cervicales. No creo que éste policía se haya dado cuenta del momento en que abandonó el mundo.

Alberto dio un respingo. “Abandonó el mundo”. Las palabras de Achótegui le recordaron a Gossmann, a Arana, a Chava y Bruno y al último informe que le habían dado. Pero no tuvo tiempo de reflexionar demasiado. El parque ya era una algarabía de gritos. En un santiamén varios biplazas estaban rodeándolo y mientras los policías sacaban a los paseantes, los militares del retén de Intermuros comenzaron la búsqueda.

-He pedido que vengan en autoplano -le dijo Achótegui a Alberto-. Desde arriba será fácil verla. Mis muchachos traerán rifles con dardos tranquilizantes. No hay porqué generar más violencia de la que ya pasó.

-Pero cuánto tardarán en llegar.

Por toda respuesta, el general levantó su arma y le apuntó justo a la cabeza. Alberto no podía entender porqué estaba haciendo eso ¿se habría vuelto loco? Instintivamente se agachó y luego sintió un viento encima de él, después una sombra veloz se abatió sobre Achótegui. Fanny estaba golpeando con ambas piernas el pecho del general. Al parecer se había dejado caer desde la copa de algún árbol próximo. Era increíble el control que la Loof tenía sobre su cuerpo. Alberto se preparó para lo que venía, esa mujer era muy peligrosa. Vio cómo hacía uno de aquellos giros sorprendentes, pero él, actuando rápido se puso en cuclillas y al estirarse de nuevo,

dirigió todo su enorme cuerpo hacia ella, extendiendo los brazos para intentar detener la patada inminente y confiando en que su peso la haría trastabillar. Sintió el impacto sobre su bíceps izquierdo y un dolor agudísimo le hizo abrigar tal furia que, frenético, se abalanzó a golpes contra aquella menuda y ágil mujer. El primer puñetazo dio directamente sobre el rostro de Fanny, tumbándola de espaldas, luego, Alberto se incorporó para seguir golpéandola cuando de pronto, con rapidez fulminante, ella le dio un certero puntapié a su entrepierna.

Mientras el inspector se retorció de dolor, el general aún aturdido, pudo ver cómo Fanny echaba a correr hacia la avenida, cruzándola con elegancia, para luego perderse de vista en la primera esquina, andando como si nada por Miguel Laurent. Allí, yaciente, se enfureció porque los biplazas que supuestamente resguardaban esa calle estuvieran vacíos, con todos los policías ocupados en acordonar la parte más profunda del parque. Se enojó más cuando escuchó el sonido ronco de los rotores de varios autoplanos. Vio cómo llegaban y en lugar de seguir a la prófuga, se ponían a rondar sobre el cerrado dosel, buscando inútilmente a un fantasma.

**

El general y Alberto se encontraban en la enfermería de Intermuros Narvarte. Al inspector le administraron un analgésico y le inyectaron antiinflamatorios, Achótegui tenía una costilla rota y muy lastimado el esternón. Debían reposar pero ellos no creían que eso fuera posible. Acababan de enterarse que Ricardo Antaki había sido asesinado. La sospechosa era, precisamente, Fanny Loof.

-Cuando pasamos por Círculo Al-Andalus unos gritos me hicieron voltear y me pareció ver de reojo un gran alboroto en el patio -le dijo Alberto al general.

-¿Porqué no me advirtió nada? -contestó Achótegui, pronunciando la última palabra con cierto ahogo por las punzadas que le provocaba la fractura.

-No me va a dar un sermón ¿eh? No estoy de humor. Andábamos tras Loof, usted me arrastró a la persecución y no iba a estar diciéndole cualquier cosa para que luego me mandara por un tubo.

Un médico interrumpió su charla. Era Enríquez Espinal. Los saludó y bromeó con ambos por su mala suerte.

-Alberto, no sale de una para entrar a otra. Esa orquitis le durará un par de días. Esperemos que aún pueda tener hijos -dijo riendo el doctor, y luego dirigiéndose al general- y a tí Rafa, mucho te convendría andarte con cuidado, acá el inspector trae una rachita que mejor ni acercársele.

El general intentó reírse pero las punzadas de su costado se lo impidieron. Miró al médico y le dijo con voz cansada:

-Mira, no sé cómo le vas a hacer pero debes dejarme en circulación hoy mismo. Tengo muchísimo trabajo.

-Pues te aguantas, porque hoy no te mueves de aquí. Tuviste suerte; por el modo en que te golpeó esa mujer ni duda que quería matarte. La descripción que hicieron de su ataque me hace pensar que con una pierna iba a descontarse a Alberto, a lo mejor

desnucándolo, y con la otra a romperte la tráquea, pero como el inspector se agachó debe haber rectificado su trayectoria y en el último momento, dado que no iba a atinar en su ataque, prefirió patearte con ambas piernas en el pecho. Imagínate, si aún así te dislocó los cartílagos del esternón, qué no habría hecho con los de tu tráquea.

-Será lo que quieras doc, pero necesito salir de aquí. Mataron a Ricardo Antaki y debo ver la escena del crimen.

-Eso es imposible. En todo caso, tal vez aquí el inspector te pueda ayudar. Sólo tiene inflamados sus huevitos, perdón, huevotos.

Dicho eso Enríquez Espinal se carcajeó y pese al dolor, Achótegui lo secundó. Alberto no hallaba gracia en el chiste, pero le pareció buena la proposición del médico, así, tras la administración de un par de inyecciones más, se levantó con cierta dificultad, dirigiéndose a la “escena del crimen” como había dicho Achótegui.

Lo llevó el propio Enríquez Espinal. Por disposición del Ministerio de Defensa, el cuerpo de Antaki no había sido movido del lugar. Pudieron revisarlo cuidadosamente y Alberto agradeció ir acompañado de un médico tan capaz. Luego de hacer un minucioso examen, Enríquez Espinal le dio su opinión.

-Pues mire, éste día a Fanny Loof le dio por destruir tráqueas. Antaki murió como el pobre policía de Intermuros: cartílago traqueal roto y vértebras cervicales fracturadas. Fue un solo golpe, fulminante y muy preciso. Mire aquí –dijo tocando con el dedo un pequeño moretón en el abdomen- ¿Se da cuenta? Está ligeramente hundido; no dudaría que también le haya hecho pomada el páncreas. Debe saber artes marciales. Seguro golpeó con los dedos extendidos deshaciendo la glándula, el dolor desmayó a Antaki,

luego acabó con él ya en el suelo, del golpe contundente al cuello, amortiguado por esta alfombra tan gruesa.

-¿Cómo entró? -le preguntó Alberto a uno de los peritos del Sector Narvarte que estaban a su lado.

-Por la puerta, ni más ni menos. Subió hasta el despacho del señor Ricardo Antaki, esperó muy civilizadamente a que la recibiera. Luego de un minuto, según la secretaria, salió como si nada, sonriéndole incluso. Como dijo el doc no se escuchó dentro ningún ruido, ningún quejido. Todo fue tan suave que Fanny Loof bajó las escaleras y salió otra vez por la puerta, igual que cualquier pacífico parroquiano. Si se dieron cuenta del asesinato fue porque Antaki le había pedido un café poco antes, y al no contestar, la secre entró sólo para encontrárselo tal como lo están viendo.

Cuando se fueron de Círculo Al-Andalus el sol estaba por ponerse. Enríquez Espinal lo llevó en su biplaza a cenar, pues sólo tenía en el estómago el desayuno de La Parroquia. Comió poco; los analgésicos le daban náusea. Luego, el doctor fue con él hasta el departamento de Cuicuilco y se despidió indicándole qué medicamentos tomar para calmar el dolor y la inflamación. Ya en su cama Alberto decidió dormirse temprano. El caso Gossmann se había convertido en mucho más que un simple dolor de cabeza.

IV

La entrepierna le dolía bastante al caminar, de modo que el martes fue directamente a su oficina aceptando que pasaran por él en un biplaza de la Comisión. Pidió que allí mismo le llevaran el desayuno y se puso a revisar todos los datos disponibles. Estudió a fondo lo que tenía de Antaki. Leyó incluso los textos sufíes que éste escribiera, pese a la repulsión que le provocaba todo intento de ligar la física con el misticismo. Confirmó cada vez más su juicio de que Antaki, como Arana, era ante todo un charlatán. Sus fantasías tenían cierto grado de verosimilitud, pero eran vagas en lo fundamental. Esos hombres, como bien dijera Ruvalcaba, “son pequeño burgueses valiéndose de los complejos cristianos de una sociedad culpable”. Si quería avanzar tenía que indagar en el mundo real, ese, repugnante y violento. Habría de empezar por la Masacre de Intermuros. Les habló a sus ayudantes y los citó para que en un máximo de dos días, prepararan un informe al respecto. Él, por su parte, debía hacer lo propio con la CIS.

Alberto ya estaba escribiendo el informe mensual que le exigía una CIS cada vez más impaciente, cuando le llamaron con insistencia.

-Inspector, es el general Achótegui, dice que es urgente –informó su secretaria.

-Gracias Rosita, por favor póngalo en línea confidencial.

En cuanto se cerró la puerta, Alberto se ajustó los auriculares.

-¿Alberto?

-Él habla.

-Por favor vea la conferencia de prensa de Ugalde ahora mismo, es importante. Acabando lo espero para que me dé sus impresiones.

Inmediatamente colgó. ¿Dónde se iban a ver? No dijo nada al respecto. Algo exasperado por los modos del militar, Alberto recordó que alguna vez le había dicho que el sitio más seguro era el Punta del Cielo de la Placita de Nuestra Señora del Rosario o si no, el Foco al Aire. Bueno, iría pues, primero a uno y si no al otro. Pero ¿cómo iba a ver la dichosa conferencia de prensa? No sabía activar siquiera el holovisor. Le preguntó a Rosita, que también se confesó ignorante.

-Bueno, localíceme de inmediato a mis ayudantes y dígales que todavía no se vayan a hacer mis encargos, que los necesito ahora mismo aquí.

En menos de cinco minutos, Bruno y Chava ya estaban con él.

-A ver, antes de que se vayan a chambear, debo acceder a la conferencia de prensa de Ugalde cuanto antes. Pongan a funcionar el aparato ese que no sé ni cómo se llama.

Sin decir palabra, Bruno se acercó al escritorio de Alberto y luego de pedirle que diera la orden verbal de activar el holovisor, un panel deslizante se desplegó dando una serie de opciones.

-Es una conferencia ¿qué posición quiere ocupar?

-No sé, la que sea con tal de que se escuche bien.

-Primera fila. No tiene disponible la opción de interactividad pero sí la de reproducción de entornos ¿la preparo?

-Lo que sea, lo único que me interesa es que se vea y se entienda todo bien.

-Bueno, ponga su silla aquí –indicó un sitio frente al escritorio y se dispuso a salir con Chava.

-Un momento, quiero que se queden y escuchen conmigo la perorata de Ugalde -objetó Alberto.

-Entonces déjeme activar tres posiciones –manipuló algo en el panel y luego puso tres sillas, dos al lado y otra a los pies de su jefe.

-Para que esté cómodo -le dijo.

-Gracias, pero ¿qué pasa?

-Paciencia jefe, se está ensamblando el holograma –dijo Chava.

Las luces de la oficina se atenuaron y frente a ellos apareció un pódium: al centro Ugalde, a los lados el nuevo Ministro de Defensa, Nicanor Zavala y el Secretario Particular, Lucio Cevallos. Detrás de ellos varios militares de la Guardia Presidencial permanecían inmutables. Hacía mucho que Alberto no veía un holovisor, así que no pudo evitar sorprenderse ante el realismo extremo con el que aquella máquina imitaba los ambientes. Aunque la oficina era relativamente grande -tendría unos 30 metros cuadrados- el sitio de la conferencia de prensa que reproducía la máquina debía ser un auditorio de no menos de 500 metros cuadrados. El holovisor daba la sensación indudable de que se hallaban en primera fila, separados del dictador y sus acompañantes unos 5 metros. Alzando la vista, el techo parecía extenderse unos 6

metros por encima de sus cabezas; a cada lado podía verse la extensa fila, e incluso eran tan perfectas las imágenes tridimensionales de los vecinos de banca, que Alberto comenzó a hablar en voz muy baja, como si temiera que éstos se fueran a molestar reclamándole.

-¿La transmisión es en vivo? –dijo Alberto casi en un susurro.

-Eso decía la ficha de transmisión –le respondió Chava en voz alta, haciendo que el inspector recobrara la sobriedad y dejara de comportarse como provinciano.

El dictador estaba respondiendo una pregunta, se veía calmado, incluso sonriente.

«... tenemos un orgullo muy justificado por la eficiencia y disciplina con la que se han conducido nuestros cuerpos de seguridad. Debo recordarles, en especial a los señores corresponsales extranjeros, que en México nadie está por encima de la ley. Fue penoso descubrir que los empresarios de un lugar tan emblemático de esta ciudad como el Century hayan estado ligados al oscuro medio de los ciberhedonígenos. Hemos detenido a varios sospechosos y desgraciadamente, todo apunta a que en efecto, fueron asesinados. »

Se escucharon murmullos confusos, algunos provenían del fondo de la sala. Alberto volteó y vio que lejos, como a unos veinte metros, varios periodistas levantaban las manos intentando hacer preguntas al respecto. No podía dejar de sorprenderse por el realismo de las imágenes.

-Jefe –le dijo Bruno- este holovisor es de última generación, de veras que los hologramas parecen reales. El que tenemos en la casa es carísimo pero ni de lejos tiene la resolución de éste.

Chava estaba de acuerdo y ponderó la perfección de esa tecnología. Alberto se desesperó, callándolos. No estaban allí para una demostración de equipo electrónico, el dictador hablaba de la desaparición de Lumlitz y Finkelstein y si Achótegui le había insistido que viera la conferencia, de seguro era porque algo importante iba a decirse. Guardaron silencio y pusieron atención.

«Les recuerdo que hay un orden en las preguntas –dijo enfático el maestro de ceremonias ante el ruido provocado por los periodistas-. Hagan el favor de respetar el formato de la conferencia de prensa. Seguiré con la próxima pregunta, esta vez de corresponsales europeos. Comenzamos con el señor Robert Wallace, de Prensa Europea.

-Señor Presidente –dijo el corresponsal, casi sin acento- desde su llegada al poder muchos rumores corrieron en torno a que las muertes posteriores al sismo del '36 y a los disturbios de Intermuros en el '40, más que accidentales o, en el último caso, debidas a la mafia coreana, fueron ocasionadas por excesos de sus cuerpos de seguridad (...))»

El dictador, visiblemente enojado, interrumpió al reportero. En la sala hubo cuchicheos y los Guardias Presidenciales dejaron su actitud inmutable, poniéndose

alertas, mirando cuidadosamente hacia la audiencia.

«Está usted distraído o no pone atención a lo que he dicho –tronó Ugalde-. Los únicos excesos que hemos padecido en este país nos los ha infringido el crimen organizado. Nadie está por encima de la ley, ni siquiera los empresarios del Century.

-Pero señor –insistió el periodista- Lumlitz era ciudadano norteamericano y jamás se le dio la posibilidad de defenderse...

-Discúlpeme, pero no puedo permitir que continúe –dijo fúrico Ugalde. Por años México tuvo que soportar a los *marines*. Ya no más –se oyeron fuertes aplausos-. Si un extranjero es delincuente será tratado como tal. Tanto Lumlitz como Finkelstein estuvieron enredados en múltiples actividades ilegales. Usted da por hecho que los arrestamos, lo cual no es cierto. Además habla como si nosotros hubiéramos sido quienes los ejecutamos.

-Señor, con todo respeto, nunca dije que *ustedes* los hubiesen arrestado y hasta ahora usted mismo afirmó que sólo estaban desaparecidos; que a lo mucho *se presumía* un asesinato. Pero ya está aseverando que los ejecutaron...

-¿Está haciendo una acusación? –le gritó Ugalde-. El corresponsal de Prensa Europea quiso replicar, pero de inmediato su voz dejó de escucharse. Alberto volteó hacia atrás pero sólo pudo ver la puerta de su oficina: la imagen posterior se había cancelado-. Esos señores estuvieron –dijo el dictador atropelladamente, aún furioso-, sin duda alguna, enredados con el crimen organizado. Muchos sabían de sus actividades ilegales desde tiempo atrás, ¿quiere que se las enliste? Tan sólo déjeme decirle que en los sótanos del Century se daban sesiones con drogas cibernéticas a las que por cierto, eran muy aficionados ustedes y los norteamericanos. ¿Acaso cree que no sé de los

tours que cada verano se organizaban para traer a su gente desde Londres hasta los sótanos del Century?»

Aunque la imagen envolvente se había cancelado, el sonido seguía casi intacto. Se escucharon protestas al fondo de la sala. Varios periodistas parecían proferir su enojo pese a la advertencia del maestro de ceremonias de que no tolerarían escándalos. Ugalde lo interrumpió y le dijo “déjeme demostrarles a los señores que vivimos en un país libre. Voy a contestarle al periodista que acaba de acusar al gobierno de asesinato. En su país eso sería suficiente para procesarlo por difamación. Pero estamos en México y somos tolerantes”. Ante ese alarde de hipocresía, Alberto comenzó a sulfurarse, pero dado que en la conferencia de prensa se habían calmado los ánimos, prefirió escuchar lo que seguía diciendo el dictador.

«... tengo que repetirle mi estimado, que en México ya ha pasado la época en que nos rendíamos a los extranjeros. Sus países no se dan cuenta de que las desigualdades entre los pueblos de América se deben a los actos que Europa y Estados Unidos perpetraron por centurias en el continente. Cuando yo llegué a la presidencia, México padecía una de las peores crisis de su historia. La delincuencia reinaba en la ciudad y ningún gobierno previo pudo jamás detener su avance. Los *marines* patrullaban las calles de nuestro país y las cosas seguían igual o peor. La ciudadanía estaba harta. Si el pueblo de México me eligió en ese entonces fue porque expulsé al ejército extranjero, fue por mi experiencia en administrar y dirigir cuerpos de seguridad *nacionales*, y me importa poco si cree o no cuando digo que es el *mandato mudo* de *mí pueblo*, quien me obliga a permanecer de modo vitalicio ejerciendo esta difícil responsabilidad -el maestro de

ceremonias aplaudió, pero Ugalde hizo una seña pidiendo silencio-. Cuando en el 2040, el asesino Lu Yen intentó poner en jaque a mi gobierno, ustedes me criticaron por tomar “medidas muy débiles”, como por ejemplo, el uso de cañones electrostáticos. Usé esos artefactos disuasivos en su mínima potencia para no matar y no les gustó, luego, cuando el coreano fue sometido por la fuerza pública, cuando nos vimos obligados a esfuerzos más drásticos, sus voceros de Amnistía Internacional pusieron el grito en el cielo. Claro, querían justificar una nueva intervención con sus *marines*. Ahora mismo ustedes intentan desacreditar mi mandato con el argumento de una supuesta dictadura. Si creen que el pueblo se tragará sus artimañas para legitimar otra invasión se equivocan. Fíjese bien, los mexicanos no somos ingenuos, las soluciones débiles no son posibles. Mi gobierno prometió mano dura contra delincuentes y revoltosos. ¿Quién más si no soy yo, ejercerá esa inflexibilidad sin temor? Mire señor, yo no me acobardo ante los delincuentes, yo no soy tolerante con los asesinos ni respeto los supuestos “derechos humanos” de quienes ya no son humanos -las protestas de los reporteros fueron opacadas por los aplausos que los Guardias Presidenciales y el maestro de ceremonias ejecutaban rabiosamente. Ugalde agradeció y pidió silencio, luego continuó-. El éxito de mi gobierno es evidente, nuestro país tiene el ritmo de desarrollo económico más alto de América Latina, hemos controlado el incremento poblacional tan bien, que mi administración obtuvo distinciones de la mismísima Organización Mundial de la Salud y de la OCDE. Los académicos de su país, los sabios de Oxford por ejemplo, ponen a México como ejemplo de aportaciones fundamentales para el *Planet Management*. Por si fuera poco, la estructura de nuestros cuerpos de seguridad urbana se coordina con el Ministerio de Defensa con tanta eficiencia, que desde hace años no padecemos disturbios como los

que campean por medio mundo. Ustedes deberían aprender nuestro valor y ya dejarse de hipocresías que sólo creen los cándidos.»

Dicho eso, Ugalde se levantó y como respuesta a un gesto suyo, el maestro de ceremonias dio por concluida la conferencia de prensa. En menos de cinco segundos, el sonido envolvente se restableció y una luz intensa fue inundando la habitación. A lo lejos se escuchaba el canto de unas gaviotas. Alberto volteó y pudo observar que hacia atrás, el espectáculo de unos inmensos edificios bordeados de albercas y comercios invitaba a caminar hacia ellos, pero cierta algarabía le obligó a mirar al frente. Allí, la imagen de una playa de arena blanquísima bordeada por el océano estaba siendo interrumpida por un grupo de mujeres muy jóvenes en bikini. Eran delgadísimas y al menos dos de ellas estaban totalmente rapadas, todas sonreían y cierta música rítmica sirvió de fondo a la voz del locutor anunciando algún hotel famoso en Playa del Carmen. Alberto se quedó un momento extasiado con la vista del mar ¿cuánto hacía que no iba de vacaciones? Pero de inmediato reflexionó que estaba comenzando a ser seducido por las imágenes tridimensionales del holovisor, entonces, entre molesto e indeciso le dijo a Bruno que apagara de inmediato el aparato. No quería rendirse como todos al embrutecimiento.

-¿Quiere que comentemos algo jefe? -dijo Bruno.

-No, no; al menos por ahora. Sólo quiero saber si la conferencia se grabó.

-Claro jefe -contestó Chava-. En su holovisor cada transmisión se graba.

-Entonces saquen una copia y adjúntela al Expediente que me están haciendo. Si quieren transcribanla, ya luego me darán sus comentarios. Quédense aquí el tiempo

que sea necesario, yo tengo que ir a entrevistarme con Achótegui de inmediato.

Con la cabeza tan llena de preguntas le hubiese gustado irse caminando, pero una punzada le recordó amargamente su último encuentro con la Loof, de modo que tomó uno de los analgésicos que le recetara el médico militar, subió a su biplaza y se dirigió por la rúa Insurgentes hasta la avenida Álvaro Obregón. Al llegar a la Plaza de Nuestra Señora del Rosario se apeó del auto y caminó deprisa hacia el Punta del Cielo. Se sorprendió agradablemente al darse cuenta que su entropierna casi había dejado de molestarle. “Enríquez Espinal es un genio”, pensó. No había avanzado ni media calle cuando sintió que le tocaban el hombro: era Achótegui.

-Alberto ¿a dónde va tan rápido?

-A buscarlo en el Punta del Cielo. ¿Se siente mejor?

-Traigo un corsé y no es cómodo. Venga conmigo por acá.

El general dio media vuelta dirigiéndose de nuevo a la avenida Álvaro Obregón. Caminaba muy recto, como si anduviera en un desfile. A media cuadra de donde Alberto había dejado el biplaza se detuvo como contemplando la copa de los árboles que se desplegaban a lo largo del camellón central.

-Alberto, creo que no se ha dado cuenta de que todo el embrollo de Gossmann requiere de su total atención. ¿Porqué iba al Punta del Cielo?

-Usted me dijo que allí lo buscara primero y si no en el Foco al Aire.

-No. Yo le insistí, la última vez, que de hablarle a su móvil, dijera lo que dijera *nos*

viéramos en el Foco al Aire.

-Es cierto, lo había olvidado.

-¡Es intolerable que siga siendo tan descuidado! -dijo Achótegui mientras se tocaba un costado y hacía un gesto de dolor.

-Un momento general. Usted no es mi jefe y yo no soy militar. Trabajo con órdenes que vienen *exclusivamente* de la CIS. Y aunque me traten igual que a un criado, es la CIS quien me permite organizar el curso de mi investigación como mejor me parezca.

-No se enoje. Mire Alberto, ya debería haberse dado cuenta de que andamos en medio de algo gordo. Vea nomás lo que nos pasó el otro día con Fanny Loof; luego estuvo el asesinato de Ricardo Antaki. México está en todos los noticieros y los gobiernos de Europa y Estados Unidos no dejan de hablar del “grado intolerable” al que ha llegado la violencia en el país. Lo que tenemos enfrente es una crisis que ni se imagina. ¿Vio cuidadosamente lo que transmitieron en holovisión?

-Sí y creo que habrá reacciones internacionales muy adversas al régimen de Ugalde.

-Las reacciones ya se dieron -dicho esto, Achótegui invitó a Alberto para que se sentaran en una banca del camellón, permanecer de pie lo cansaba mucho-. Hace apenas diez minutos, el gobierno de Inglaterra, el de la Comunidad Europea y el de Estados Unidos, en comunicado conjunto, exigen al de México una explicación minuciosa sobre la desaparición de Finkelstein y Lumlitz, pero además, anuncian que iniciarán una investigación sobre la llamada “Matanza de Intermuros”.

-Pues ya está.

-¿Es todo lo que tiene que decir?

-A usted, creo que sí.

-Alberto, aunque no lo crea yo estoy de su parte. No nos hagamos tontos, el caso

Gossmann se relaciona, entre otras cosas, con la Matanza de Intermuros ¿se da cuenta?

-Sí, pero la investigación que realizo es confidencial.

-Y mi labor es prioritaria. Yo pertenezco al Ministerio de Defensa y protejo la integridad de la Nación. ¿Debo recordarle que la CIS es una institución internacional y que México no puede someterse a gobiernos extranjeros?

-¿Me está amenazando?

-Alberto, por favor. Su carácter siempre le ha causado problemas. Cualquier otro militar ya lo hubiera abofeteado.

-Inténtelo.

-No me entiende -dijo Achótegui conteniendo la risa, pues ésta le causaba dolorosas punzadas-. Ah qué inspector este. ¿No se da cuenta que estoy más jodido que usted? No me haga reír. Mire, yo lo aprecio y créame, no soy el gorilón que aparento. Le he dicho que la CIS se coordina con el Ministerio de Defensa y fíjese, mientras la CIS lo considera un simple subordinado y no le informa directamente de nuestros acuerdos, yo lo respeto y le tomo como mi igual. Mi única intención es que usted y yo nos ayudemos mutuamente pues las cosas se pueden poner muy feas.

-En qué sentido -dijo Alberto mientras pensaba que en efecto, el general siempre había respetado su dignidad.

-Mire, muchos hablan de que un Golpe de Estado es inminente. Como militar debo ser leal al régimen, pero no puedo hacer como si esos rumores no existieran. Así que le sugiero avance cuanto antes en su investigación, insisto, las cosas no serán muy buenas los próximos meses. Debe reconsiderar sus prioridades. Me he enterado que intenta entrevistar a Antonio Romo. Como sabrá está exiliado y vive en Madrid. Creo que él es un informante crucial. Si necesita ir allá no dude en ponerse en contacto conmigo.

Aunque la CIS le dé pasaporte diplomático podría tener problemas para salir del país.

Yo puedo proveerle de un vuelo oficial en mi propio autoplano.

-¿Cómo se enteró de mis intenciones?

-Usted mismo me lo dijo la última vez.

Alberto no recordaba haberle hablado del tema. Achótegui parecía saberlo todo y eso le intimidaba. Sin embargo tenía razón, una de sus prioridades era la entrevista con Romo, además, si la situación en el país empeoraba, era evidente que le sería imposible ir a Madrid. Pensó un momento y se dio cuenta de que la oferta del general le convenía.

-Está bien, acepto su proposición.

-Muy bien, mañana mismo le tendré listo su pasaporte diplomático y el autoplano lo podrá llevar a más tardar después de comer.

-No tan de prisa general, hay varias cosas que debo resolver antes. Luego del asesinato de Antaki y de nuestro encuentro con Loof, la desaparición de Faustsch me preocupa muchísimo, no hay duda de que se relaciona con el caso, pero los cabos sueltos abundan. Además debo reunirme con mis ayudantes para revisar los informes que les he dejado.

-De cuánto tiempo estamos hablando.

-No sé, tres o cuatro días.

-Está bien. Pero considere que debe apurarse, no sabemos cuando venga lo peor. Como sea desde mañana tendrá su pasaporte. E insisto, quiero que se dé cuenta de que no puede demorar mucho.

-Pues ni modo, la entrevista con Antonio es prioritaria, pero el análisis del Expediente que he dejado a mis ayudantes también.

-Vamos a hacer una cosa. Le prepararé el autoplano para el sábado. Organícese para salir entonces, pero si alguna contingencia lo exige, estése listo para partir desde mañana mismo. No es una orden, es una sugerencia que quisiera se comprometiera a aceptar ¿de acuerdo?

-Bien.

Alberto no estaba tan seguro de lo que acababa de prometer, pero debía aceptar que al parecer, Achótegui le estaba facilitando las cosas.

Sólo le quedaba *Su razón*. *Your reason: Urizen*. Pensaba, existía. ¿Existía? Una certeza extraña, *verdaderamente* extraña, ajena, le decía que todo era lo mismo; salvo Su razón. *Surazón*, el demonio contrahecho, el enano envidioso que Blake bautizara *Urizen*. Pero ella tenía que agradecer a ese monstruo la perseverancia de su memoria, de su identidad, fuese lo que fuese que eso quisiera decir. Porque ahora sabía que la existencia no es sino la manifestación minúscula e imperfecta del ser.

Ser es ser. Ivonne *existía*. Pero el ser era. Ivonne, como ser, era todo y no era Ivonne sin dejar de ser Ivonne. Bucles de palabras que a pesar de eso, o quizás por eso, le ofrecían remolinos de existencia. El más fuerte por cierto, ese que decía llamarse Ivonne. Pero cualquier remolino era igual de fascinante y al fin, todos los remolinos eran nada, porque lo único que puede ser *es*.

Urizen está loco. Las palabras no pueden hacer más que girar y retorcerse. Por eso *Surazón* es un enano contrahecho. Pero el propio *Urizen* se disuelve en el ser cuando habla sin palabras. Habla, sí, pero deja de proferir. Habla en silencio, con símbolos que se corresponden entre sí y con cualquier cosa, e incluso con *no cosas*. *Urizen*, qué vamos a hacerle, está irremediablemente loco y por eso puede hablar callando:

$$\int_{-\infty}^{\infty} \exp(ax^4 + bx^3 + cx^2 + dx + f) dx = e^f \sum_{n,m,p=0}^{\infty} \frac{b^{4n}}{(4n)!} \frac{c^{2m}}{(2m)!} \frac{d^{4p}}{(4p)!} \frac{\Gamma(3n + m + p + \frac{1}{4})}{a^{3n+m+p+\frac{1}{4}}}$$

Las ecuaciones no se dicen: *son y están*. Series de interacciones entre *branas*, a su modo, susurros silenciosos y abstractos revelando vínculos entre los mundos. Pero

para qué definir variables, para qué explicar algoritmos. Cualquier cosa puede ser cualquier cosa. Ivonne siente dolor y vergüenza ante esa certeza. Porque no hay razón para decir que Ivonne misma no es una cosa. Pero es una cosa que sabe que es cosa y eso la hace parecer distinta de una cosa; desgraciadamente, *sólo parecer distinta*. Porque Ivonne no es distinta, como cosa, de Marta o de Fanny. Pero sí que es distinta en cuanto que Marta, Fanny o Ivonne.

Eso. *Urizen* descubre algo: es un mago. Puede lograr que cualquier cosa que sabe que es cosa, transite como avatar entre las expresiones que *parecen distintas*. *Surazón* cambia de máscara. Los *Phersu* de Lumlitz son cosas que se saben cosas, pero que deciden quedarse en tanto máscaras.

Y los remolinos de palabras, al fin, le dan a Ivonne la clave: para persistir *sólo hay que cambiar de máscara*.

**

El miércoles muy temprano recibió un mensaje de su oficina. Juanito le había dejado una grabación donde narraba todo en torno a su papel en el “incidente Intermuros”. Alberto estaba muy adormilado y al levantarse para desayunar vio a través del ventanal de su sala que el Ajusco se hallaba totalmente cubierto de niebla. Le dieron ganas de salir al balcón. La puerta abrió con dificultad soltando herrumbre y chirriando. El viento helado le azotó el rostro y un fuerte aroma a humedad le hizo sospechar que no tardaría en llover. Era octubre pero el frío hacía pensar en diciembre. “Hay Norte en Veracruz” pensó al tiempo que volvía a la calidez de su sala. Batalló para que el ventanal de su balcón volviera a cerrar y luego de que el viento se colara

con sus fauces entre la rendija que quedó, se dio cuenta de que muchas cosas en el departamento requerían servicio. Sintió muchísimo frío; con ese clima las ganas de ir a la oficina se le quitaron por completo. Fue a la cocineta y se preparó un café. Mientras lo bebía y comenzaba disfrutar su efecto vigorizante, reparó en lo bien que se sentía. El dolor de su entrepierna había cedido casi por completo y le entraron unas ganas tremendas de tomarse el día. La chamba podrían hacerla sus ayudantes, en cuanto al ofrecimiento de Achótegui, pues tenía hasta el sábado.

Fue fácil hallar pretexto: debía reposar pues la golpiza que le propinara Fanny Loof aún lo tenía postrado. Listo. La secretaria le deseó que se mejorara y le prometió tenerlo al tanto de las novedades de la oficina. Luego se comunicó con sus ayudantes pidiéndoles que recogieran la grabación de Juanito. Les exigió que fueran minuciosos y consideraran si con ella era suficiente o si tendrían que entrevistarlo de nuevo para aclarar detalles. Insistió en que al otro día debían entregar el informe sobre la matanza de Intermuros y que tal vez lo dicho por el viejo policía diera pistas sobre lo que pasó allí con más precisión. Chava y Bruno le adelantaron que sus hallazgos preliminares eran muy inquietantes y en definitiva de una trascendencia que iba más allá del caso Gossmann. Recordando sus informes previos, temió que la fantasía los sedujera otra vez. Con firmeza les advirtió que no exageraran y mejor trabajaran con los pies en la tierra; no quería más fatuidades como aquella de la “conversión” de Arana, por lo pronto la desaparición de Faustsch era prioritaria, así que esperaba algún informe en torno a Fanny Loof. Hecho eso se dispuso a salir directamente al mercado de San Ángel. Hacía mucho que no desayunaba allí; ya se estaba saboreando el rico menudo que preparaba Doña Ofelia.

Utilizó el biplaza. En el trayecto fue pensando que estaba acostumbrándose

demasiado a ese artefacto. Se propuso que al terminar su comisión en el caso Gossmann rechazaría terminantemente cualquier propuesta de asignación vehicular. Claro que si la CIS lo expulsaba de su tarea quedaría desempleado, con lo que el problema se resolvía *ipso facto*. Para qué pensar entonces, mejor disfrutar del paseo.

El auto lo dejó a la entrada del mercado. Le enfadó mucho la decoración pseudo popular, la imitación en nylon del papel picado, las calaveritas de plástico simulando papel maché, los colores chillantes con los que estaba pintado cada puesto de comida. Pero sobre todo le molestó que prácticamente todos los comensales fueran gringos. Justo con Doña Ofelia, un grupo de ellos comía menudo mientras el guía les explicaba el origen de tan típico manjar. Algunos rieron, pero otros, como la señora gorda que estaba frente a él, hicieron gestos de repugnancia y declinaron en definitiva tal aventura gastronómica: no se les hizo apetitoso devorar estómago de vaca. En definitiva no quería estar cerca de ellos. Por suerte, en la proximidad del mostrador había una silla desocupada. Se sentó y Doña Ofelia, que como siempre atendía su negocio, lo reconoció de inmediato.

-¡Inspector! Este sí que es un milagro, hasta voy a pintar una raya en el agua. Mire nomás, pero qué flaco está. ¿Ya ve lo que le pasa por no comer bien? Ahorita mismo le mando su platote de menudo con un buen trozo de libro, como le gusta.

Alberto sólo asintió con la cabeza. Doña Ofelia era una mujer madura, de cuerpo delgado y modos rápidos. Le recordaba a un ratoncito, tanto por su porte como por esos dientecillos salientes con los que adornaba su continua sonrisa. Era difícil mantener conversación con ella por más de diez segundos, siempre andaba a la carrera,

dando órdenes a sus cocineras o a los dos chiquillos que le ayudaban con el negocio. Ni siquiera terminaba de hilar esos pensamientos cuando el plato humeante ya estaba frente a él.

-¿Una cervecita mi inspec? o todavía es muy temprano.

-Pos nos la echamos Doña.

Alberto probó el menudo, ardiente y condimentado. Luego mojó una tortilla en el caldillo y se la llevó a la boca. Aún con el bocado a medio masticar, dio un buen sorbo a la cerveza y dejó que los sabores se mezclaran, destilando con esa química prodigiosa, todo el gusto guardado en vísceras y verduras. Tragó rápido y de inmediato sintió cómo el gas intentaba salir por su esófago. Pensando en los gringos que estaban a su lado decidió echarse un sonoro eructo, diciéndole después a Doña Ofelia, “Seño, esto sí que es vida”. A algunos gringos les gustó tanto el desplante que comenzaron a imitarlo. Al cabo de un rato, el puesto de Menudo parecía un lago en pleno verano, rodeado de una algarabía ruidosa de sapos. La gringa gorda y otras amigas suyas del mismo porte, sin embargo, estaban asqueadas y no dejaban de mirarlo con desaprobación. Ese hecho le dio alegría tan grande como para garantizar una digestión saludable. Antes de terminar pidió otra cerveza, realizó de nuevo el ruidoso ritual de repetir sonoramente y se despidió con afecto de Doña Ofelia, asegurándole que la vería de nuevo muy pronto. Después de todo que siempre hubiera gringos era una distracción divertida.

Subió al biplaza y con mucha decisión le dio la orden para que lo llevara al Bosque de Chapultepec. Desde hacía mucho tenía ganas de visitarlo. Varias veces

estuvo en sus alrededores, pero nunca quiso entrar. Sabía que desde el '32, cuando Ugalde era presidente del Partido Mexicano, como parte de una campaña partidista de “recuperación de los Baluartes Nacionales”, se reforestó Chapultepec con Ahuehuetes. Para ello construyeron un sistema de irrigación al aire libre consistente en múltiples canalitos, que desde la implantación de Intermuros, se habían remozado para darles la apariencia de alegres arroyos naturales. Ese día estaba de humor, quería conocer el montaje escénico e intentaría disfrutar sin juzgar.

Llegó a la entrada, donde una construcción de estilo porfiriano simulaba un antiguo puesto de vigilancia decimonónico. Caminó por las veredas y pudo gozar el espectáculo de unos árboles aún jóvenes pero perfectamente saludables, desplegando sus copas en lo que prometía ser dentro de algunos años un bosque espectacular. Imaginó lo que en su momento fuera el Gran Valle de México y recordó que cuando menos, el registro de esos años felices permanecía vivo en los cuadros de Velasco. Entonces, en un impulso súbito, salió del bosque para dirigirse cuanto antes al Museo Nacional del Paisajismo, obra de Sánchez del Río, que se edificó en lo que hacía décadas fueran las instalaciones del Auditorio Nacional. Otra vez el biplaza abrevió el trayecto.

Un año atrás había visitado ese sitio con Silvia. Cómo se divertieron, pero sobre todo, cómo se fue enamorando de ella. Mientras él se detenía en las minucias eruditas de cada obra –como por ejemplo explicar la influencia de Eugenio Landesio en la pintura mexicana del siglo XIX- Silvia simplemente disfrutaba. Recordaba bien que estuvo casi una hora sin parpadear frente al enorme *Paisaje del Valle de México desde el Cerro de Santa Isabel*, pintado por José María Velasco hacia 1875; pero lo que más le conmovió fue su reacción al entrar a la Sala Inglesa, donde se exponía la colección

de William Turner donada por Don Pedro Sánchez del Río. Silvia la recorrió con los ojos brillantes y pudo sorprenderla llorando de alegría ante la imagen poderosa de una tormenta turneriana. De aquella visita guardaba una memoria en especial. Cuando llegaron a la Sala Contemporánea, los dos permanecieron silenciosos. La exposición de Aslam Narvárez Parra, con sus paisajes contrastantes, hiperrealistas, donde la naturaleza recuperaba continuamente el espacio arrebatado por la civilización, los dejó a tal grado sensibles, que al salir ambos lloraron como niños. Ciertamente ese había sido el lazo incondicional que acabó por ligarlos con tanta fuerza.

Poco antes de entrar, absorto en sus recuerdos, reconsideró si valdría la pena ver aquellos cuadros solo. En eso, el timbre insistente de su móvil lo sacó de toda cavilación.

-¿Si?

-Jefe ¿podríamos vernos ahora mismo?

Era Bruno y su tono sonaba urgente. Vio el reloj, apenas pasaba la una de la tarde. ¿Qué podrían querer? ¿acaso no les había dicho que estaba enfermo? ¿acaso no tenían que escribirle el informe que les había pedido? Todo eso dijo, pero Bruno insistió.

-Es que ya escuchamos la confesión de Juan Mosqueda y ha confirmado nuestras peores sospechas.

-¿Peores sospechas? De qué hablan.

-Nos gustaría platicarlo personalmente con usted. Sabemos que está enfermo, pero si

quiere lo vamos a visitar a su casa ahora mismo.

-No. Acabo de salir para despejarme un poco.

El inspector guardó silencio un momento. Reflexionó, se dio cuenta de que todo el encanto de ese día libre se le había arruinado con la nostalgia. Vio el cielo gris, sintió la ligerísima lluvia en el rostro y se le ocurrió algo.

-¿Ya comieron?

-No, todavía es muy temprano.

-Bueno, los espero más al rato, a eso de las dos y media en El Tío Luis. Es en el Sector Condesa.

-Creo que lo conozco ¿está en la esquina de Montes de Oca con Cuautla?

-Allí mero.

La comunicación se interrumpió y el inspector decidió irse a pie hasta el Condesa. Caminar le quitaría un poco la tristeza en la que se había sumido.

VI

Apartó un gabinete y le asignaron el mejor y más privado: en la azotea. Separado del mesón por un par de puertas de cristal de 1 pulgada que sonaban una alarma al abrirse, con un techito de tejas, muchas macetas y multitud de fotos antiguas con imágenes de toreros famosos, desde Juan Silveti hasta Manolo Martínez. Pidió una cañita y como botana le trajeron criadillas al escabeche. No solía comerlas, pero dado su desafortunado encuentro con Fanny Loof, supuso que un poco de magia simpática no le vendría de más. Ya eran las tres y hasta entonces, el sonido doble de la alarma anunció la llegada de sus ayudantes. Las cañitas le habían puesto de buen humor y no les reclamó nada, antes los invitó a comer, pidiéndole al mesero que les sirviera la misma botana que a él. Se divirtió mucho haciendo chistes sobre esos manjares y la verdad, pasaron un buen rato en el que Alberto, a propósito, evitó toda alusión al tema por el que estaban reunidos. Al llegar al café le advirtió al mesero que no los molestara, éste llevó unas galletitas y conociendo el carácter del inspector, se retiró de inmediato. Las alarmas sonaron. Alberto se levantó para corroborar que el mesero se había marchado en efecto. Ya tranquilo regresó a la mesa.

-Bueno, ahora sí. ¿Por qué tanta prisa en verme?

-Es que todo encaja jefe -se apresuró a decir Bruno.

-¿Qué es lo que encaja?

-Lo de Juanito y toda nuestra investigación sobre la Masacre de Intermuros -dijo Chava.

-Yo esperaba algo sobre Fanny Loof.

-Esto es muy importante, de veras.

Alberto, hizo un ademán alentando al muchacho. Si tenía algo que decir, que lo hiciera pronto.

-Vamos a comenzar por lo que nosotros hemos descubierto -aclaró Bruno- ¿Le dices tú Chava?

-Sí, claro. Jefe, tenemos pruebas de que Gossmann se reunió con Harry Durem desde marzo del 2037.

-Lo más importante, tuvo reuniones *mensuales* con Harry Durem a partir de mayo del 2040.

-¡Un mes después de la matanza de Intermuros!

-¿Cada mes? Cuándo descubrieron eso -les dijo Alberto mientras mojaba una galletita en su café.

-Desde que iniciamos la investigación de Ruvalcaba.

-¿Y no me dijeron? -dejó la galletita remojada sobre el mantel.

Había encargado esa parte de la investigación muy al principio; un dato así le hubiese ahorrado confusiones y sobre todo, tiempo. Era el colmo, estaban atrasados por simple negligencia.

-¡Qué se creen! -les gritó- si los acepté luego de la imposición de Marta Rosa, fue para que me informaran *todo*. Les advierto que si lo que me van a decir no es significativo, es mejor que se pongan a temblar. ¡Los correré por negligentes poniéndoles a

disposición de la jefa Grajales, denlo por hecho!

-Jefe, le dimos ese informe pero usted lo borró.

-Dijo que no era relevante y ni siquiera lo leyó. ¿Se acuerda? El informe de la CIA y Ruvalcaba.

-El dichoso informe me lo sabía de memoria, no me vengan con mamadas.

-¿El informe nuestro? No puede ser. Lo acabábamos de redactar.

-Al fin era un refrito, como todo lo que hacen.

-Jefe, ¿nos deja explicarle y ya luego nos corre?

Alberto comenzaba a darse cuenta de su equivocación. Ellos sólo redactaban informes originales, lo que no era propio siempre lo remitían a hipertextos fuera del documento principal. No podían darle un informe que él ya conociera. El problema era que aquel fue uno de sus primeros encargos y aún no confiaba en ellos. Se había confundido pero no podía demostrarles ningún arrepentimiento. Mejor les hizo un ademán para que siguieran.

-Bueno, vea aquí, es un documento del director de la CIA, Harry Durem, donde recomienda textualmente -Bruno abrió el Expediente y leyó- “tenemos serias dudas de que el presidente Ugalde cumpla con el acuerdo que signó con nosotros, sugiero infiltrar su círculo próximo.”

-Se refiere a la salida de los *marines* a cambio de permitir que la CIA controlara las mafias de Intermuros –dijo Chava al tiempo que mostraba los documentos donde la firma de Ugalde garantizaba tal cosa.

-No sabemos con exactitud qué propósitos perseguían, aunque luego de lo que le

vamos a enseñar no costará imaginar muchas cosas, todas terribles –Bruno extendió el Expediente hacia Alberto, luego continuó-. El caso es que Durem en persona se ocupó de vigilar a Ugalde desde que inició su dictadura. Luego de los sucesos del '40 envió este informe urgente y confidencial a su presidente, mire, lea usted mismo lo que dice: “es imperativo seguir muy de cerca los acontecimientos de las matanzas en Intermuros. Tenemos un contacto muy importante en el medio académico que podría auxiliar en caso de requerirse medidas extremas”. Ugalde no cumplió lo pactado con la CIA y en cambio, luego de exterminar a las mafias, él mismo se hizo cargo de todos los negocios turbios de Intermuros. Sabemos que Durem apoyó indirectamente al grupo de Ruvalcaba. Favorecer grupos subversivos para defender sus propios intereses es una costumbre muy común entre los yanquis.

-También tenemos documentos del presidente Morgan en donde dice -esta vez fue Chava quien leyó el expediente- “de comprobarse la violación a los derechos humanos que se atribuyen al señor Ugalde, nuestro país se vería en la necesidad de intervenir de la manera que fuera necesaria para llevar a las cortes internacionales el caso. El cargo de *Crímenes contra la Humanidad* autoriza el uso de la fuerza para ejercer la extradición”.

Alberto se dio cuenta del alcance de lo que decían aquellos muchachos. De haberles hecho caso antes... Además, dada la situación en que se hallaba en ese momento el gobierno del dictador, las repercusiones podrían ser gravísimas. Ahora comenzaba a comprender por qué sus ayudantes decían que su investigación trascendía al caso Gossmann.

-Las cosas, en resumen, fueron así -dijo Chava apoyándose de vez en vez en sus notas-. Gossmann, ignorante de los acuerdos entre los gringos y Ugalde, apoya la propuesta de Intermuros para evitar, por un lado, el regreso de los *marines* a México, y por otro, la inminente intervención del ejército mexicano en las zonas de Tepito y la Colonia Buenos Aires. Sabemos que al principio se opuso al proyecto, pero su cambio de opinión se debió a las circunstancias: la epidemia que se desató luego del sismo, el caos por la falta de medicamentos y hospitales. Hechos que hicieron imposible evitar que brotara la violencia. En una reunión secreta convocada por el Ministerio de Gobernación a la que asistieron la doctora Faustsch, que entre paréntesis también desconocía los acuerdos CIA-Ugalde, y Gossmann entre otros, el propio Ugalde, mintiendo con perversidad, les revela que luego de los enfrentamientos trágicos logró un trato con los líderes de las zonas más afectadas: Álvaro Esparza y Lu Yen. Ellos serían autónomos para decidir cómo y cuando se repartieran las escasas medicinas y la ayuda alimenticia, además, ya que la epidemia quedara bajo control, se regularizarían las condiciones ilegales de los comerciantes; todo a cambio de su apoyo al proyecto Intermuros. En pocas palabras, se garantizaba una tregua entre la mafia coreana de Tepito y la mexicana de la Buenos Aires. Ugalde insistió en que mucho le había costado lograr sacar a los *marines* como para que “los intelectuales se anden con remilgos: la independencia de la Patria está en riesgo”, dijo textualmente. Luego aseguró que una vez superada la crisis, el Sector Guerrero se transformaría en una especie de área franca donde se legalizaría el uso de algunas drogas y la práctica de la prostitución, o sea que los mafiosos habrían aceptado la revisión periódica de sus establecimientos por autoridades de salud. Ese Sector sería una especie de “Amsterdam” mexicano. Aunque conocía bien el uso de los cebos mediáticos,

Gossmann no sospecha nada y cae en la trampa. Convencido de que el arreglo era lo menos malo dentro de lo malo apoya a Ugalde; lo mismo hizo la propia doctora Faustsch. Al fin se inaugura Intermuros, a los pocos meses pasa lo que nos detalló atrozmente Juan Mosqueda: el intento fallido de Lu Yen para que la mafia coreana se hiciera del control total de Intermuros, la consecuente intervención militar en Tepito y la Buenos Aires, la masacre usando armas prohibidas y el dominio absoluto de Ugalde sobre los negocios turbios que florecerían en Intermuros. Esa lista sigue y es tenebrosa: los continuos aterrizajes de aviones de carga en pistas improvisadas dentro de Intermuros, el rumor de que van cargados de cadáveres. La instalación de supuestas fábricas de materiales de construcción que podrían ser crematorios encubiertos. El rumor de una diezmación que habría acabado con más de 10 millones de personas.

-No me van a venir ahora con esas leyendas sin fundamento.

-¿Sin fundamento? Perdone jefe, pero aquí están los datos de la CIA.

Alberto leyó en silencio el Expediente: “cifra oficial de desaparecidos: 500 mil personas. Los datos mezclan decesos del terremoto, de la epidemia y del *incidente Intermuros*. Cifra corroborada por revisión de archivos: 10 millones. Cifra estimada por referencias cruzadas: (± 5) 20 millones. Ha sido imposible deslindar las desapariciones causadas directa o indirectamente por el sismo y las del *incidente*, se descarta importancia a las muertes por infección viral. En todo caso es una masacre sin precedentes”.

El problema con esos datos era obvio. “¿Dónde meter tantos muertos?”, pensó. Sin embargo, nunca antes había visto documento que tomara en serio un chisme tan descabellado; y esta vez era la CIA quien consideraba probables los rumores. De

momento, no pudo decir nada.

-Además, como ya le dijimos, está el testimonio de Juanito. Él mismo participó en esa matanza -agregó Bruno.

-Pero lo peor fue la magnitud del hecho -insistió Chava-. Tan solo tome en cuenta que el censo del 2045 arrojó una población total de apenas 7 millones de habitantes en todo el Valle de México. Aunque el gobierno justificó la disminución por las muertes durante el terremoto. En especial por la epidemia que fue su secuela, y por haber implementado los programas de reubicación demográfica propios del *Planet Management*; ¿quién iba a creerlo? ¡Cosas que habían pasado casi 10 años atrás! No jefe, por más que hemos intentado, los datos no checan.

-No me van a venir con que se creen esas fábulas. ¿Diez millones de cadáveres? ¿Veinte? Por favor. Y sin dejar huellas. No. Es imposible. ¿A dónde se fue toda esa gente? Todos sabemos que Juanito es dado a exagerar, siempre con la intención de lograr nuevos adeptos para su iglesia. Y con respecto a los datos de inteligencia de los gringos, ¿no se les hace muchísimo más probable que los censos de la CIA estén equivocados? Ellos mismos dudan de las muertes por la epidemia.

-Jefe, dudan de esas muertes porque podrían ser un cebo mediático. Es bien sabido que en el 2009 el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de la Salud se coordinaron para ensayar con cebos mediáticos. Usaron el hecho de una infección real como base para dar verosimilitud a su experimento. México fue el conejillo de indias y vaya si les dio resultado, la dictadura fue consolidándose sin oposición, probando el valor que tiene el miedo para imponer arbitrariedades como la permanencia del ejército en las calles sin oposición y hasta con aplausos. Además, el alcance de la ola de pánico

abarcó a todo el planeta, permitiendo que nadie pudiera oponerse a la cancelación de derechos en otros países aparte del nuestro. Ya ve, luego del 2009 se incrementó la violencia en el país afirmando aún más el miedo y la facilidad de controlar impunemente a la población. Ese fue el mayor éxito de aquel primer cebo mediático.

-Tú mismo estás dándome la razón. ¿Qué tal si la cifra de desaparecidos o las descabelladas leyendas que me cuentas son cebos mediáticos?

-Con todo respeto es imposible que sean cebos. En el DF no hay sobrepoblación. Usted conoce bien Intermuros y no me dirá que es una zona muy poblada. Y si vamos a los Sectores, no me dejará mentir, *ninguno* está sobrepoblado, ni siquiera el Sector Neza. Más bien hay algunos donde la densidad es de las más bajas del país; por ejemplo el Sector Santa Fe, hasta el Sector Coyoacán tiene una densidad poblacional bajísima. Ese, precisamente, ha sido el argumento dorado de Martín Ugalde ante el mundo. El Nuevo Milagro Mexicano se debe a su tesón organizativo. Pero no. Se debe a que es un asesino. Hay un dato contundente, mire -Bruno le dio su Expediente.

-¿A qué viene este documento? Es anacrónico. No me interesan las reuniones burocráticas que convocó Ugalde al inaugurar Intermuros.

-¿Ya leyó el título?: “Nuevos paradigmas en las políticas de Seguridad de los Estados en el contexto del *Planet Management*”. El autor es James W. Heston.

-Y eso qué.

-Heston es el creador de la *Démica* -dijo enfático Bruno-. Como ya se dio cuenta, una rama del *Planet Management*. Según él, “la ciencia del análisis sistémico de las poblaciones humanas”. Su curso en aquella ocasión trataba sobre “Ventajas de la *deflación demográfica* sobre la eficacia en la administración de la seguridad”. Al curso asistió el mismito Ugalde y además, el general Dante Manuel Leyva. Lea y se dará

cuenta de que él propone disminuir la población, *a cualquier costo*. Ese sería el único método que garantiza éxito en la administración de seguridad a nivel local, y a nivel mundial, un “eficaz *Planet Management*”. No hay duda, ¡Ugalde es un asesino!

-Y por si hubiera duda está la confesión de Juanito -dijo Chava.

Entre ambos explicaron al inspector los detalles del testimonio de Juan Mosqueda. Colocándose audífonos, Alberto y ellos escucharon fragmentos de la grabación que ese mismo día, muy temprano, había llevado a la Comisión. Su voz sonaba triste desde el principio, pero había momentos en los que definitivamente se soltaba en llanto. Como cuando narró el modo en que recogía los restos mutilados de su propia hija. Ella era enfermera y fue auxiliar cuando se soltó el rumor de una epidemia en la antigua Colonia Buenos Aires. Se hablaba de armas biológicas empleadas por Lu Yen en su afán por eliminar la competencia de Álvaro Esparza y su banda. Juanito tuvo la encomienda de entrar con un grupo selecto de “expertos” a las fronteras de Tepito. Colocaron una serie de aparatos “extraños” y se dedicaron a matar a todo aquel que se les ponía enfrente. Luego recibieron órdenes de desalojar cuanto antes pues personal del Ministerio de Salud “fumigaría” todo Intermuros. De nada sirvieron los esfuerzos que hizo para avisar a su hija. Los aviones soltaron aquel “aerosol” y lo que siguió, de nuevo hizo que la voz del viejo policía se quebrara: al regresar, todo Intermuros era un gran cementerio de cadáveres destazados. La labor del equipo de Juan Mosqueda y de otros, fue coordinar el desalojo de esos restos en los que después serían bautizados como “aviones de la muerte”. Él mismo vio el cuerpo decapitado de su hija. Por más arrepentimiento y fervor que albergara su alma, Juan Mosqueda sabía que sus crímenes tendrían que pagarse en esta vida: el infierno lo traía

dentro, se llamaba memoria.

-El hecho de que Juan haya sido un asesino no es prueba de que las cifras que me están dando sean ciertas -dijo Alberto-. Lo único que se desprende de su declaración es que usaron algún tipo de arma química o algo así. Pero a ver, supongamos que su conjetura sea correcta. Supongamos que su *gravísima* acusación hacia Ugalde también sea cierta. Otra vez, ¿a dónde llevaron todos esos muertos? Son veinte millones. Es imposible realizar tal masacre, la peor en toda la historia de la humanidad, sin dejar rastros.

-Los *aviones de la muerte* podían descargar cadáveres en el mar. Sería relativamente fácil arrojarlos con algún contrapeso para que llegaran al fondo. Recuerde que hicieron varios vuelos al día, *por todo un año*, sin interrupción. Y eso nos lo confirmó Juan Mosqueda, usted ya lo escuchó.

-O incluso, la hipótesis *Soilent Green* sería plausible. Mire Jefe, a partir del 2040 la producción de alimentos artificiales procesados en diversas plantas del país se incrementó como nunca, al punto de convertirnos en el primer exportador de alimentos artificiales procesados en todo el mundo, mire -Bruno le mostró las estadísticas según informes oficiales de la OCDE-. Se afirmó que tal eficiencia demostraba el éxito de los planes de reubicación demográfica de la dictadura, que era sin más, el fruto del excelente sistema de organización de los llamados “Hiperranchos tecnoagrícolas”, una forma del *Planet Management*. Pero también se manejó la posibilidad de que los cadáveres de la matanza fueran materia prima para generar esos productos.

-Los registros de vuelo de los “aviones de apoyo logístico”, a los que todos conocieron como *aviones de la muerte*, indican que el 70% de ellos fueron destinados a complejos de la industria alimenticia. Y el otro 30% se dirigieron a bases en zonas próximas a la

costa. Ese dato se lo debemos a Juanito, usted mismo escuchó cómo sabía de memoria los códigos de la policía militar. Entramos a los archivos contables del Ministerio de Defensa, Bruno hackeó la clave para ingresar al banco de datos de Intermuros. Como nuestro interés estaba en documentos meramente administrativos con más de cinco años de antigüedad, entramos a un área con información considerada obsoleta, sin el encriptado del sistema principal. Los números memorizados por Juanito eran precisos. Mire, vea la copia usted mismo y corrobore las estadísticas.

-Su historia está de locos -dijo Alberto mirando de reojo la pantalla del Expediente-. Aunque hubiera algo de cierto en la atrocidad que sugieren ¿cómo explicar la desaparición de millones de cuerpos? No hay industria capaz de procesar tal cantidad de “materia prima”. No puedo creer que tomen en serio una fantasía tan vulgar, inspirada nada menos que en una pésima película del siglo pasado. No hay modo de hacer tal cosa: es *imposible*.

-Seguramente la hubo y dado lo extraño del caso, Estados Unidos se ha preocupado. Y, jefe, esa película no es mala -agregó ingenuamente Bruno.

-¿No? Claro, te debe gustar ese bodrio si no, no me estarías diciendo tantas tonterías. A ver, asumiendo que de alguna manera se resuelva la locura que suponen, ¿cuál es su conclusión?

-Que Gossmann fue contratado por la CIA para establecer ligas con la guerrilla -comenzó Bruno-. De allí sus nexos con Ruvalcaba. Sabemos por Juan Mosqueda que en el '44 intentó usar nanosondas para matar a Ugalde y buena parte de su gabinete; pero un contacto de los rebeldes en el círculo próximo al dictador fue torturado, revelando los detalles del complot. Era un plan refinado, aplicarían la tecnología que Gossmann desarrolló con *Hughes Aeronautics*. A los gringos les serviría por partida

triple: para castigar a un presidente títere que no cumplió con sus atroces acuerdos, para probar armas tan sofisticadas y para librarse del dolor de cabeza que estaba siendo su “patio trasero”. El Golpe de Estado lo resolvía todo y aunque Ruvalcaba creía que el dictador iba a morir, los gringos planeaban otra cosa. Las “vacunas” tendrían el propósito de neutralizar al mal gobierno y permitir indagaciones a fondo sobre la matanza de Intermuros. Una vez capturados Ugalde y su gabinete, se procedería a utilizar la tecnología de los campos bosónicos, escaneando su mente para saber la verdad. Y bueno, no es que los gringos fueran angelitos o simples vengadores, lo que querían era tener acceso a los detalles de esa matanza para explotar a fondo el potencial militar de la tecnología de Gossmann. El problema es que el plan falló. Los servicios de inteligencia del gobierno mexicano se dieron cuenta del complot. Por eso matan a Ruvalcaba y a Gossmann. Luego, toda la actividad subversiva cesa por completo. ¿Cómo explicar eso? Porque Gossmann y Ruvalcaba eran los cabecillas.

-Aunque yo no pueda asegurar con tanta certeza que a Gossmann y Ruvalcaba los contrataron los gringos, en términos generales estoy bastante de acuerdo con la teoría de Bruno -dijo Chava y luego con mucha firmeza agregó-, la verdad, no sé porqué se empeña en dudar de lo evidente. Yo creo que usted mismo experimentó en carne propia una de las secuelas de la tecnología asesina de Ugalde.

-¿A qué te refieres?

-A las nanosondas que le instaló la jefa Grajales y al efecto que los campos de inducción bosónica en Intermuros produjeron en su cuerpo.

-Eso no tiene nada que ver.

-Ay jefe, ¡claro que sí! Esa podría muy bien ser la clave de la matanza: nanosondas y campos de inducción bosónica. Los “extraños aparatos” que instaló Juan Mosqueda

deben haber sido relevadores de campo y el “aerosol” algún tipo de nebulización saturada de nanosondas. En cuanto a los efectos ni siquiera tendríamos que hablar del tema. El cuadro que usted padeció en carne propia cuando su accidente en el Panóptico fue deshidratación y anemia. Era como si hubiera perdido casi la mitad de su sangre de manera instantánea. De no ser porque le administraron de inmediato plasma oxigenante hubiera muerto y su cuerpo, perdone que lo diga así, habría quedado completamente seco. Según Juan Mosqueda, los cadáveres que recogían los *Aviones de la Muerte* estaban totalmente descuartizados y sin una sola gota de sangre.

-Jefe -dijo esta vez Bruno- dése cuenta que la tecnología de Gossmann era ni más ni menos que un arma letal: lo apoyó *Hughes Aeronautics*, ¿se da cuenta? Ugalde la usó para matar millones de gentes.

-No, no. ¿Se dan cuenta *ustedes* de lo que dicen? En primera sus conjeturas están plagadas de inconsistencias *insalvables*. En segunda, están acusando al gobierno. Y eso es lo más grave. Da la casualidad de que trabajamos *para el gobierno*.

-Pero Jefe, no puede estar hablando en serio. Usted fue activista, incluso lo metieron a la cárcel por sus ideales.

-Por eso precisamente. Miren, voy a hacer como que no me hubieran contado nada. Su fábula es una leyenda urbana. Son jóvenes y no tienen idea en qué se están metiendo. Todo el embrollo ilógico de sus sospechas se acabó. Sigán investigando a Fanny Loof y punto. Además tenemos en puerta la extraña desaparición de la doctora Faustsch. Hay cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

-Pero *tenemos pruebas*. Podríamos ir a una corte internacional, incluso podríamos contactar al gobierno gringo. El presidente Morgan ya no quiere a Ugalde y se podría aprovechar que en este momento también la Comunidad Europea tiene el ojo puesto

sobre el dictador.

-¿Son pendejos? ¿Cómo van a pedir ayuda a los gringos luego de que estuvieron husmeando en sus archivos *top secret*? Yo no sé cómo lo hicieron, no quiero saber, es más. ¡Si alguien se enterara de las babosadas que están diciéndome... estamos al borde de un Golpe de Estado y ustedes se exponen a lo tonto! El caso es que ¡no hay caso!

Sus ayudantes le sostuvieron la mirada. Alberto se dio cuenta de que había un cambio. No era que hubieran dejado de temerle. Habían dejado de respetarle. Recapacitó. Luego de un largo silencio habló por fin.

-Muchachos, si tienen razón, esto podría ponerles en peligro. El gobierno de Ugalde está ahora mismo en una crisis que, con suerte, lo derroca. Yo sería el primero en alegrarme de tal cosa, pero comprenderán que mientras eso no suceda cualquier indiscreción sería fatal, poniendo en riesgo incluso la posibilidad de que la dictadura termine. Por eso les digo que haremos como si no hubiera pasado nada. Dejemos esto entre nosotros. El informe que me van a escribir para la CIS debe ser, digamos, *aséptico*. Nada ha de filtrarse de sus sospechas. Hasta que estemos *absolutamente* seguros y con pruebas inexpugnables, de lo que aquí se ha dicho ni una palabra ¿de acuerdo?.

-Está bien -dijeron a coro.

-Y algo más. Es un hecho que Fanny Loof secuestró a la doctora Faustsch. El biplaza que usó al efecto era de color beige. Hasta donde sé, todavía hace un mes Fanny estaba en Ecuador. Miren, con esos datos, que sé bien son pocos, póngase a chambear, crucen información, usen todas las mañas que tienen. Confío en que logren dar con su

paradero, estarán de acuerdo conmigo en que la vida de la doctora está en riesgo.

Chava y Bruno asintieron, se comprometieron a localizar a Loof y reconsideraron lo que habían pensado de Alberto Cruz. Luego, su jefe pidió una ronda de tequila para que la digestión no fuera a entorpecerse con tanta hiel y desencanto.

Sexta Parte

“Al ejercer la intensión sucede al-khalq al-jadid. Nuestra intensión crea un mundo con la ocurrencia de cada suceso que provocamos por medio de la atención. Nuevamente Gossmann, seguidor de David Bohm, dice que eso no es sino la bifurcación de un mundo a partir de los muchos mundos posibles que entraña cada evento”.
“Sufismo”. Ricardo Antaki. Nous House, 2040.

“Aún en medio de la catástrofe sería posible cambiar de mundo: sólo se requiere del mínimo de interactores para formar una trama de interacciones termodinámicamente estable. Lo difícil es lograr que las interacciones generen campos bosónicos coherentes y sostenidos (...) eso por lo general depende de la costumbre, pero en este caso muchísimo más arduo, de la voluntad y disciplina de los interactores”.
“La deuda de la psicofísica con David Bohm y David Hull”. Isaac Gossmann. Conferencia en las celebraciones del Centenario del Natalicio de David Bohm, Ciudad de México, diciembre 2017.

“Un buen médico, un buen ingeniero, un buen músico, he aquí algo mucho más importante que un buen presidente de la República”.
Rafael Barrett

Aún le dolía el pómulo izquierdo. Lo primero que hizo al llegar fue ver a Ivonne, revisó las sondas que la alimentaban y renovó la dosis de plasma oxigenante. Seguía dormida, así era mejor. Luego se sentó en una banca del jardín y pensó en los hechos recientes. El encuentro que tuvo con la policía la convenció por completo de que Ricardo Antaki había sido la interferencia definitiva que explicaba el fracaso de César y las Vinculantes.

Desde la llegada de Ricardo al grupo todo se alteró. Primero fue el encuentro con La Licha, en el Templo Mayor de la Ciudad de México. Las líneas energéticas del planeta padecieron la carga de aquella interacción. Eso provocó el terremoto siendo la causa, además, de que La Licha jamás quisiera unirse con ella para formar la *Pareja Transversal*: único arreglo verdaderamente eutáctico que les hubiese permitido saltar juntas.

Siguiendo el Impulso del Silencio, esa fuerza no verbal de la que siempre hablaba César, Fanny había decidido eliminar al nodo anómalo encarnado por Antaki. Lo hizo porque ya no quedaban alternativas. Tiempo atrás, Arana intentó reparar el trastorno que su llegada entrañaba incorporándolo a su linaje. Pero cuando rechazó ser el sucesor de César, como un hilo suelto, como una hebra fuera de lugar, impidió que la trama del mundo cambiara de fase. Frunció la tela, rasgó el velo y sin saberlo les causó la muerte a Arana y las demás Vinculantes: no mató directamente, sólo impidió que cumplieran su propósito y les dejó inermes ante la energía incógnita del Universo.

Por eso tuvo que extirparlo, para rehacer el nudo. Pero ahora necesitaba mucho más energía, y esa era la razón de que tuviera a su lado a Ivonne. Cuando la red

hubiera sanado, ella, la Vinculante Transversal, estaría lista para el salto. Porque sin quererlo, Antaki la había liberado del lazo que la tenía atada a este mundo; los *Emergentes* de la trama habían cambiado, eximiéndola al fin del sino que la obligaba a permanecer aquí. Con gratitud, sabía que parte de él se había quedado con ella, lista para el salto que habrían de dar los tres: Fanny, Ivonne y lo más noble de Antaki, su energía.

**

Desde las 6 de la mañana estaba despierto. La noche no le dejó descansar: estuvo saturada de sueños inquietos. En su cabeza alcanzaba a vislumbrar un panorama bastante legible del embrollo en torno a Gossmann; pero los pocos cabos sueltos que quedaban eran muy incómodos, sobre todo porque su solución implicaba aceptar como verdaderos, fenómenos que él había creído imposibles. Hubiera deseado tomarse el día otra vez, reflexionar e incluso aceptar de inmediato el ofrecimiento de Achótegui para ir con Antonio Romo a Madrid. Pero Marta Rosa lo había citado a desayunar para comunicarle “algo muy urgente”. ¿Qué querría decirle? Desde la cena en el Century hacía casi un mes, ella estuvo evitándolo. ¿Cómo reaccionaría al verla? Imaginó múltiples escenarios, comenzó con aquellos en los que él perdía la paciencia enfureciéndose, hasta otros donde hacía gala de una inmutabilidad estéril. Al fin se decidió por la actitud menos molesta: no preguntaría nada, no la invitaría a justificarse ni mucho menos. Sin embargo, como ella *estaba obligada* a explicarle muchas cosas, le daría apenas el tiempo necesario para exponer sus razones: justo el que se necesita para tomar un café. Si no tocaba el tema de las nanosondas que le implantó la Dietrich

se iría de inmediato comunicándose en el acto con Achótegui.

Más tranquilo, dispuesto a disfrutar de su día favorito, el jueves, inició el estereotipado ritual matutino: un baño y la minuciosa labor de limpiar del rostro barba tan cerrada e incómoda. Esta ocasión, dada su prisa y mal humor, en lugar de la filosa navaja de afeitar usó una rasuradora eléctrica. Con todo, abrió el frasco de alcohol alcanforado, se untó el rostro, tosiendo un poco ante el aroma acre y reconfortándose con los efluvios fragantes de aquella loción. Casi al salir, aunque estaba presto a caminar, se guardó en el bolsillo el control del biplaza. Por un momento pensó en el trayecto que le esperaba. Sí, la caminata matinal era apetecible, sin embargo, ver la bazofia escultórica de Plá no sólo le generaba repugnancia estética, también le recordaba los desagradables cadáveres del Century.

Aunque había pensado irse andando hasta La Bombilla, en el último momento decidió mejor subir al auto. Trataba de salvar *sú jueves*. Daría la orden para un paseo por las viejas instalaciones de Ciudad Universitaria. Prefería regocijarse en otro tipo de recuerdos, como aquellos de la época más feliz de su vida, cuando estudiaba física en la UNAM. Y aunque la nostalgia le doliera un poco, ese era un sentimiento mucho más creativo que la repugnancia.

Llevaba unos minutos en el circuito exterior de Ciudad Universitaria cuando recibió la primera llamada del día. Achótegui. Fingió que no le escuchaba bien y colgó; la explanada universitaria, los murales, los jóvenes yendo a sus clases, todo ese ambiente exigía concentración para destilar emociones curativas, hablar con Achótegui echaría todo a perder. Pero el general siguió llamando con insistencia, tres, cuatro veces. A la quinta, Alberto se cansó y contestó al fin.

-Diga.

-¿Jefe?

-¿Quién habla?

-Soy Bruno.

Se sorprendió un poco pues esperaba otra voz, sin embargo reconoció que era más agradable hablar con sus ayudantes que con el general.

-Estuvimos toda la noche con lo de Fanny y tenemos pistas.

-¿Dónde está?

-No es del todo definitivo, pero hay seis sitios en la Ciudad de México y dos en Guadalajara que podrían ser la casa de Fanny Loof.

-Si no están seguros no me molesten.

-Es que mire, usted decía que hace un mes aún estaba en Ecuador, pero Chava se puso a analizar todos los vuelos que llegaron desde allí a México y no encontró ni una pista. Incluso revisó registros migratorios del gobierno ecuatoriano y lo único que descubrió es que Fanny salía con frecuencia del país sin poder cotejar con precisión cuándo y a donde; sus bases de datos son peores que las nuestras. Luego yo le sugerí que me dejara buscar llegadas a México en meses previos. Nada. Al fin a Chava se le ocurrió que Fanny podría tener algún alias. Investigamos y descubrimos que había estado casada con un español, Joaquín Duarte. De ser así tendría dos pasaportes, uno de Estados Unidos, donde nació, y otro de la Comunidad Europea, donde se casó.

-Ya, ya, al grano. ¿Y?

-Pues de allí salieron las sospechosas. Las del D.F. porque tienen el apellido Duarte y

llegaron este año de Ecuador. Las de Guadalajara, pues una se llama Fanny Love y la otra Stephanny Duarte; la primera llegó de Ecuador hace un mes y la segunda de Perú hace dos. Ahora mismo Chava está revisando las matrículas de los biplazas; no es fácil, algo pasa con la red y nos está costando mucho acceder a las bases de datos del DF. Nos falta saber también la dirección exacta de las Duarte aquí en la ciudad, aunque eso no nos tardará mucho.

-Pues la verdad no saben nada. Como sea sigan en eso, voy a una cita con Grajales. Si tienen algo más concreto avísenme pero no me molesten mientras sólo estén haciendo conjeturas.

-No lo molestaremos hasta que demos con Fanny Jefe.

Alberto no creyó preciso decir más, colgó y vio su reloj. Eran casi las ocho, le ordenó al biplaza ir a La Bombilla en calidad prioritaria. Tenía prisa, lo que hubiera de platicar con Marta Rosa que fuera ya. Puso la torreta y se dirigió apurado a la Rúa Insurgentes. En menos de diez minutos alcanzó a vislumbrar la parte alta del Monumento a Cristo Rey. Fijó la vista al frente evitando la imagen de aquel bodrio, a su juicio un insulto no sólo al arte sino aún al cristianismo y se dispuso a entrar al estacionamiento de La Bombilla. Muy a su pesar reparó en un pequeño grupo de turistas que rondaban con afán en torno a la pretendida escultura. “No lo puedo creer, a estas horas y ya están los gringos zumbando como moscas ante esa tomadura de pelo”, pensó con enojo mientras apuraba el paso para acceder al restaurant.

Un mozo le abrió la puerta y Alberto se dirigió sin voltear al Patio de las Pérgolas. El jefe de meseros le saludó anunciándole que la jefa Grajales ya lo estaba esperando en el privadito del Ginkgo. Apenas llegaba cuando ella se puso de pie,

saludándolo efusiva.

-Alcito, ¡qué bien te ves! Anda, por favor siéntate. Mira, sírvete algo de esa prensa francesa -la jefa bajó la voz, susurrando al tiempo que con el guiño de un ojo señalaba la cafetera- el café es márago; yo lo traje especialmente para tí.

Alberto llegó a ponerse de peor humor. Grajales le hablaba como si nada. Era cínica. Tuvo el impulso de irse de inmediato, o al menos de exigirle explicaciones. Sin embargo se quedó callado. El mesero preguntó por el desayuno, Alberto pidió “lo de siempre” y la jefa “igual”. Luego, Marta Rosa hizo un gesto brusco con la mano y el mesero salió presuroso. Las puertas de cristal del privado se cerraron y Grajales habló al fin.

-Al, estamos en medio de una crisis gravísima. Sé de buena fuente que Ugalde decretará esta tarde Toque de Queda. ¿Se ha comunicado la CIS contigo?

-No.

-Es raro. Dadas las condiciones en que anda el país ya deberían haber tomado cartas en el asunto. El caso es que no podemos estar con los brazos cruzados. Pensaba que tú y tus muchachos se vengan a la casa. Vete a saber qué pase. Te lo digo porque allí tengo acceso directo vía satélite a la red. Hay energía, agua y alimentos para meses enteros. Ya sé que no es para tanto, pero nomás te informo para que consideres venir conmigo en cuanto terminemos el desayuno. Mira, si aceptas, ahora mismo nos comunicamos con tus chavos y listo.

El inspector le sostuvo la mirada. ¿Acaso no iba a disculparse siquiera? Sintió que la sangre se le acumulaba en las sienes, tensó los puños y decidió soltarle todo su enojo. Justo en ese momento, un estruendo ensordecedor seguido de un caos de objetos volando por doquier los asaltó. Sin poder ofrecer resistencia alguna, Alberto sentía cómo una especie de ráfaga huracanada le aventaba contra la pared. El golpe había sido bastante fuerte y sin embargo no sentía dolor; sólo un aturdimiento confuso del que se repuso pronto. En torno se oían gritos, murmullos.

Poco a poco intentó incorporarse sólo para reparar en que algo a su espalda le impedía hacerlo. En el reducido espacio donde se hallaba apenas tuvo lugar para cambiar de posición, poniéndose boca arriba. A pocos centímetros de su pecho, una gran viga de acero era la causante de que no pudiera moverse con facilidad. Con trabajos se deslizó debajo del obstáculo levantando en su esfuerzo una nube de polvo finísimo que se le metió a los pulmones. En vano intentó oponerse al violento ataque de tos. Cuando al fin se repuso logró extraer de la bolsa de su saco un pañuelo, colocandoselo en la nariz. Se irguió despacio y respiró algo mejor pese a la espesa nube de despojos que sus movimientos provocaban. Luego de casi un minuto logró ver las siluetas de lo que estaba en torno: ruinas, escombros, vidrios. Buscó a Marta Rosa y halló su cuerpo arrojado en una esquina, con la mesa enorme tumbada sobre las piernas. Fue hasta ella.

-Marta ¿estás bien?

Grajales no contestaba, tenía una herida profunda en la frente, de la que manaba mucha sangre. Se quitó el pañuelo de la boca improvisando con él una venda

precaria. Hurgó en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta de Marta y descubrió que traía una pequeña ánfora con whisky. En estas condiciones, el vicio casi secreto de la jefa mostraba su lado útil. Ahuecando la palma de la mano derecha recogió un chorro del líquido, luego dejó la anforita a un lado y con la otra mano se frotó el alcohol para de inmediato untarlo sobre el rostro de Grajales. La jefa reaccionó.

-¿Qué pasa?

-No lo sé ¿estás bien?

-Creo que sí, sólo siento un zumbido en los oídos. A ver, déjame poner de pie.

-No te muevas, yo te ayudo.

Se agachó para estudiar la mejor forma de liberarle. Pudo ver que la mesa no prensaba las extremidades como había temido; un carrito de servicio deformado por el golpe se interpuso, poniendo a salvo las piernas de Grajales. Luego de hacer a un lado los escombros, Alberto intentó ayudar a Marta Rosa. Puso cuidado en no romper el frágil equilibrio que protegía la parte inferior del cuerpo de la jefa, pero ella soltó un grito de dolor. Se asomó por el hueco entre el suelo y la mesa: nada la oprimía. Sin embargo, una mirada más atenta dejaba ver que uno de los pies se flexionaba de modo anormal. Al parecer el tobillo derecho debía haberse dislocado.

Los ruidos seguían incrementándose en torno a ellos. Le pareció oír que alguien hablaba de una bomba. Entonces el grito de “¡fuego!” lo alarmó. Se dio cuenta de que debía sacar a Grajales cuanto antes. Pese a que la jefa era corpulenta, a Alberto no le costó mucho cargarla y aunque se quejaba, él la levantó en brazos llevándola hasta un hueco por donde alcanzaba a verse la claridad de la mañana.

Suavemente, una vez se percató de que el sitio era seguro, la bajó, recargándole la espalda sobre el tronco de un Ginkgo. Alberto, de pie, también se recargó sobre el árbol. Guardaron silencio, pasmados ante el espectáculo en que se había convertido el apacible restaurant.

Ya repuesta, la jefa intentó inútilmente activar su intercomunicador traqueal. Pidió a Alberto le prestara el viejo móvil pero éste se percató de que estaba inservible: el display roto y la carcasa fracturada. A lo lejos se escuchaban gritos. Entre tanta confusión el tiempo perdido podría ser fatal. El inspector decidió ir por su biplaza al estacionamiento para salir cuanto antes con Marta Rosa hacia su casa, sin embargo, apenas le bastaron unos pasos para notar que en el sitio donde esperaba hallarlo, un inmenso amasijo de cromo retorcido yacía como bestia moribunda. El bodrio de Plá. Destruído al fin.

Debía estar contento, pero dadas las circunstancias dejó el júbilo a un lado y prefirió regresar donde la jefa. Le separaban de ella algunos escombros y no más de diez metros, cuando una ráfaga de metralla lo llevó al suelo instintivamente. La confusión y el griterío se hicieron más intensos, luego escuchó una carrera, vio que un mesero huía a toda prisa tropezando y atorándose con una lámina de cromo. Sin pensar, Alberto se puso a resguardo tras unos despojos de metal. Desde allí pudo mirar cómo otro hombre daba alcance al mozo y gritando palabras soeces le ordenaba levantarse.

-¡Llévame con Grajales!

-¿Con quién? -contestó el mesero con un hilillo de voz.

-No te hagas pendejo, con la jefa Marta Rosa Grajales -dijo el perseguidor al tiempo

que levantaba amenazante la metralleta, soltando su enojo con un culatazo que se hundió en el estómago del pobre muchacho.

-Ya, ya. No me golpee más, está tirada abajo de ese árbol.

Alberto estaba bien cubierto. La jefa le quedaba muy cerca ¿iría a protegerla? No. Debía aprovechar con inteligencia su escondite. Cuidadosamente pero con prisa se agazapó, dispuesto a lanzarse con violencia sobre el hombre armado para evitar que llegara a Grajales. Lo que siguió fue rápido. En cuanto lo tuvo al alcance saltó sobre él, pero éste, con agilidad le esquivó y de inmediato preparó su arma dispuesto a disparar. El inspector, sabiendo que si no hacía algo estaba muerto, se las ingenió para alcanzarle una pierna, jalándole con tal fuerza que pudo derribarlo. En su caída, el hombre oprimió el gatillo de la metralleta. Se soltó una ráfaga ruidosa y peligrosísima. Apenas cesó el estruendo Cruz se levantó, le pateó el rostro, luego, fúrico, lo levantó en vilo y le quitó el arma. Hábilmente extrajo el cargador, que arrojó lejos, para luego regresar al agresor. Sin más le propinó una paliza. Al fin, tomándolo de las solapas, gritó ¡quién eres! El hombre sonrió burlón. Le pareció reconocer en sus facciones a alguno de los gringos que había visto tomando supuestas fotografías frente al ya extinto Monumento a Cristo Rey. Volvió a gritarle, pero un disparo silenció al terrorista, convirtiendo aquel rostro cínico en una máscara ensangrentada y muda.

-¿Está bien inspector? -dijo desde lejos un hombre que iba al frente de un grupo armado.

-¿Porqué lo mató? -preguntó enfurecido Alberto- ¡es usted un imbécil, lo estaba interrogando!

El hombre lo miró incrédulo mientras hacía señas a su grupo para que se distribuyeran en derredor. Ese idiota era el Gordo de la Mora, el gorilón que protegía las espaldas de Grajales. De entre su contingente, un par de enfermeros corrió hacia la jefa, desplegando una camilla y revisándola. Alberto estaba por continuar reclamando cuando un murmullo que venía del supuesto muerto le hizo ver que milagrosamente balbuceaba.

-¿Qué dices? No te muevas. Tal vez podamos salvarte el pellejo. Nomás dime algo ¿quién eres?

-No sólo soy... -susurró el herido.

-¿Qué?

-Somos...

-¿Quiénes?

-Todos somos Ruvalcaba.

II

Mucho tuvo que contenerse el inspector para no propinarle una golpiza al Gordo de la Mora; había matado a un hombre que podría haber aclarado buena parte del caos que les rodeaba. Las cosas no llegaron más allá de un intercambio de improperios que la jefa cortó de tajo.

Con la ayuda de Alberto, Ángel de la Mora subió a Marta Rosa en un autoplano. De nada sirvieron las exhortaciones, ni siquiera las veladas amenazas que ella le gritó con vehemencia para convencerlo de que la acompañara. Cruz necesitaba ver a Achótegui y sin duda, el único sitio donde éste le localizaría sin problemas era su departamento de Cuicuilco.

Abriéndose paso entre el caos y la multitud logró salir hasta Avenida de la Paz. A la zaga fue quedando el griterío, el escándalo de ambulancias y bomberos. No podía dejar de pensar en las últimas palabras del terrorista, sin duda metafóricas. Detrás del atentado estaba la Resistencia. Pero ¿por qué tanto interés en la jefa? ¿querrían matarla? En todo caso ¿cómo sabían que estaba allí?

Al cabo de un par de cuadras, ya sobre el Paseo Miguel Ángel de Quevedo, dejó de cavilar, paró, volteó hacia el parque y con gusto contempló las copas ininterrumpidas de los árboles. Del esperpento escultórico de Plá no quedaba sino un rastro humeante cada vez más débil. Con regocijo echó a andar rumbo a su casa. Todo parecía tranquilo, salvo por el lejano murmullo que acababa de dejar. Pero esa sensación apacible fue efímera. No había caminado ni cien metros, cuando enfrente de él, virando desde el estrecho callejón de San Angelo, una caravana de biplazas policiacos aullaba con sus sirenas. Se detuvo a contemplar el espectáculo. En eso, unos

disparos dieron en seco contra el primer vehículo, que de inmediato siguió un curso errático haciendo colisionar a todo el convoy. No había muchos sitios donde esconderse, así que Alberto se lanzó al suelo. Era la segunda vez en menos de una hora que tenía que deslizarse como reptil amedrentado. Haciendo lo propio de su nueva condición, fue arrastrándose detrás del árbol más próximo. Desde allí contempló lo inevitable: un intercambio de fuego muy feroz. De una casa próxima salió un grupo armado barriendo con metralla a los policías que inútilmente intentaban resguardarse tras sus maltrechos vehículos. Concluida la masacre, uno de aquellos terroristas miró en torno. Su escrutinio minucioso fue suficiente para descubrirlo, allí tendido tras el precario árbol. Aquel hombre, sin decir palabra dirigió su arma contra él. El inspector pensó que todo estaba terminado. Sólo le dolía que su muerte fuera a ser tan idiota, tan sin sentido y para acabarla de amolar en un jueves, su día preferido.

Cuando ya esperaba el baño de balas, un zumbido grave retumbó encima de ellos. El hombre con el arma aún enhiesta apuntó hacia el cielo, pero antes de que pudiera hacer nada, una luminosidad cegadora lo borró junto con su camarilla, con buena parte de los biplazas chocados y con más de un par de fresnos. Alberto Cruz, por su parte, sintió cómo un calambre ardiente le abrasaba todo el cuerpo.

**

Sí, el problema en su estado era *persistir*. Por ejemplo, se dijo, para persistir como Ivonne Faustsch en medio de la bruma sin fronteras, no hay más que tomar la máscara de Soledad Barrett. Máscara magnífica, generosa, que se mantiene con el único propósito de *darse entera*. Soledad persistiría para retornarle el ser. Existencia

dándose para otras. Incluyendo a Ivonne Colliers, su madre. Incluyendo al mismo Anselmo, su verdugo. Pero el mago *Urizen* no distingue, por un instante la hunde detrás del *existente* llamado Anselmo y de inmediato cambia la máscara, lo que es una fortuna, porque detrás de esa persona yace el infinito más vacío, el absurdo irracional de la nada. Entonces la danza caleidoscópica de antifaces inicia su giro eterno y ella puede ser cualquiera, incluso Fanny, su secuestradora. O puede ser César, el brujo. O un cóndor gigantesco sobrevolando la cabaña construida por el abuelo alsaciano.

**

Todo se enredó en México aquel jueves. Había infinidad de rumores sobre un Golpe de Estado y no pudieron restablecer la comunicación con el inspector Cruz, pero a cambio, la jefa Grajales acababa de hablar con ellos. Un autoplano de la CIS estaba por recogerlos. La orden: ir a su casa de Santa Fe. ¿Le confiarían lo que habían descubierto en torno a Fanny? Chava dudó un momento pues ya no tenían dudas de que *La Vinculante* era vecina de Marta Rosa: el registro del biplaza a nombre de Stephanie Duarte y por si fuera poco, la fotografía de Loof en la lista de residentes del Sector Santa Fe lo confirmaban. Pero Bruno le hizo ver que no sería prudente revelar tales datos; al menos no por el momento.

Ya con la jefa pudieron enterarse mejor de la situación. El atentado contra el Monumento a Cristo Rey fue sólo uno de muchos. El gobierno de Ugalde se mantenía intacto pero había decretado estado de emergencia y nadie debía salir de sus casas. Varios Sectores permanecían sin servicios, entre ellos el propio Sector Santa Fe. En la casa de Grajales, sin embargo, eso no era problema pues poseía varios juegos de

fotoceldas.

Mientras la jefa y sus guardaespaldas veían en holovisor un recuento de los últimos sucesos, Bruno salió con Chava al jardín. Allí discutieron los pros y los contras de comunicarle a Marta Rosa lo que ahora sabían. Considerando el caos que se vivía en el país, era difícil saber cuándo regresarían las cosas a una normalidad aceptable. Renunciaron a comunicarse con el inspector Cruz; era inútil, no había señal en su arcaico móvil. Sin embargo el secuestro de la doctora Faustsch podía resolverse rápidamente si intentaban rescatarla. Era un hecho que tal cosa requeriría ayuda. Deliberaron y al fin, no muy convencidos, le contaron todo a la jefa. Grajales lo tomó con una calma que no esperaban. Reclinada en el diván de su estudio, como si nada, se puso a dar órdenes.

-Es probable que Faustsch ya esté muerta -dijo la jefa-. También es probable que Fanny Loof haya salido del país desde hace mucho. Si cualquiera de esas opciones no es correcta, entonces es inminente que entremos a su casa; la capturaríamos y hasta podríamos salvar una vida. Pero, ya se habrán dado cuenta de que, caso contrario, no sólo no perderíamos nada con entrar, sino que ahorraríamos tiempo localizando pistas y Dios no lo quiera, topándonos con algún cadáver.

Chava quiso decir algo, pero la jefa ni siquiera lo tomó en cuenta. Dio instrucciones al Gordo de la Mora para que le trajera una silla de ruedas eléctrica del almacén. “Aún debe servir, a Milito lo operaron de la espalda hace apenas un año y esa cosa me costó un dineral” dijo sonriendo. Mientras su guardaespaldas cumplía el encargo, les indicó a Chava y a Bruno cómo llegar al sótano, les dio una clave y les

ordenó que buscaran de inmediato los planos de la casa de Loof en los archivos del Ministerio de Obras.

-Hay mucho por hacer muchachitos y poco importa si Ugalde cae o no, la CIS *permanecerá* y tomará muy en consideración nuestra diligencia en este asunto.

Grajales estaba al mando y pese a no poder caminar, se movía a sus anchas en la silla de ruedas, que en efecto, tenía casi media carga de batería. “Después de todo sigo en buena forma” pensó mientras le pedía al oficial Márquez que le sirviera un whisky. El día que comenzara tan mal se estaba arreglando de maravilla.

III

-Usted la pasa herido, enfermo o enojado ¡me sorprende que todavía esté vivo!

¿Quién le hablaba? ¿dónde estaba? A Alberto le costó enfocar el rostro del que salían aquellas palabras. Cuando pudo ver mejor se sorprendió ¡era Enríquez Espinal!

-¿Ya va despertando inspec? Espero que no tenga una jaqueca muy intensa, la descarga del cañón electrostático fue a toda potencia y aunque usted estaba a más de quince metros, corrió con suerte, de haber seguido de pie a lo mejor y se nos muere.

Aún confundido, Alberto le preguntó qué había pasado, dónde estaban. Enríquez Espinal le dijo que México atravesaba por un Golpe de Estado. No se sabía gran cosa y él por lo pronto, ni siquiera se había podido comunicar con Achótegui. Luego pasó a detallarle esa aventura que, por enésima vez, estuvo a punto de costarle la vida. El atentado contra el Monumento a Cristo Rey apenas si figuró como uno de tantos perpetrados simultáneamente por todo el país, sin embargo, fue en el Sector Coyoacán donde se desataron los episodios de mayor violencia. Narró cómo un autoplano del ejército acabó con los terroristas que atacaron al convoy policiaco, usando el cañón electrostático e hiriéndolo involuntariamente.

-Amigo Cruz, usted es una mezcla singular de salado con suertudo. A la hora de revisar los cadáveres, dieron con su cuerpo. Si no hubiera ido el teniente Estrada a lo mejor lo confunden con terrorista y me lo enfrían con un buen tiro de gracia. Por otro lado, de

no haber pasado por esa calle a esa hora, jamás lo hubieran herido. Con tanto caos ¡nadie salía de su casa!

Al inspector no le hacían gracia las observaciones del médico militar. Guardó silencio, aprovechando para observar en torno. Muy pronto se dio cuenta de que estaban en un cuarto de hotel, poco después de media tarde, quizás serían las cuatro o cinco. ¿En dónde diablos? La respuesta, en principio, no le sorprendió demasiado.

-Muy cerca de la casa de Antonio Romo. Tiene que entrevistarse con él ¿no es cierto?

-Hace cuanto que llegamos aquí -preguntó con la voz pastosa y haciendo gestos ceñudos, pues en efecto, traía una terrible jaqueca- debe haber sido hace mucho, me siento fatal.

-Bueno, el atentado en el que usted se jugó la vida fue esta misma mañana, aunque al hotel apenas llegamos hace una hora.

-¿Cómo? No, no, cuánto tiene que llegamos a esta ciudad -preguntó muy confundido, haciendo cara de incredulidad y negando con la cabeza.

-Hace tres horas.

-¡No es posible! A Madrid no se puede llegar tan rápido.

-No estamos en Madrid, aquí es Ciudad de Panamá.

La cabeza le dolió aún más. Enríquez Espinal tuvo un ataque de risa, cuando al fin se calmó, se dispuso a explicarle todo. El general Achótegui sabía bien que desde hacía más de tres años, Antonio Romo había cambiado su residencia a Panamá, sin embargo, por razones de seguridad mantuvo el secreto. Cuando le planteó llevarlo con

Romo pensaba explicarle todo en pleno viaje, pero luego de lo sucedido fue imposible.

-Ya ve mi amigo, el mundo da vueltas y uno jamás se da cuenta. ¡Cuántas cosas han pasado este jueves! ¿no es cierto? Pero deje de hacer gestos. Mire, tómese esta cápsula. No querrá hablar con Romo en ese estado ¿verdad? -le llevó un vaso con agua-. El licenciado ya lo está esperando. Vive en el edificio de enfrente y le ofrece su hospitalidad. Puede quedarse allí esta noche si le es más cómodo. Ande, prepárese, que yo lo llevo.

En menos de diez minutos, aunque débil, Alberto se sentía mejor. Aquellas pastillas eran magníficas; ese médico era un genio. Tal como había dicho Enríquez Espinal, el departamento estaba en la otra acera. Subieron por el elevador hasta el décimo piso. Un guardia les pidió identificación y otro escoltó al inspector hasta la entrada del amplio recibidor. El médico militar se fue discretamente dejándolos solos. Al llegar a la puerta un hombre corpulento lo guió hasta la sala. Le pidió que esperara un momento.

Alberto se sentó en un amplio sofá de cuero. De inmediato pensó que ese era un lujo excesivo y ostentoso; para tener muebles así en el trópico era obligado el clima artificial, algo que habría sido innecesario con buena ventilación y sillones de mimbre. Sus juicios cesaron cuando reparó en la vista del gran ventanal: la bahía mostraba los enormes edificios del extremo opuesto en un espectáculo que recordaba a Nueva York. Sin darle tiempo para ponderar las diferencias entre ambas ciudades, mucho antes de que los engranajes implacables de su cerebro iniciaran la rutina de criticar menospreciando, llegó Antonio Romo.

Se veía algo cansado, fuera de eso bastante bien. Intercambiaron saludos de cortesía y al fin, se abrazaron afectuosamente. Llevaban años sin verse y al cabo de pocos minutos, la nostalgia les arrastró a sus remolinos. Alberto no se atrevió a tocar el tema que le preocupaba. Charlaron de cualquier cosa y al anochecer, Romo le insistió para que se quedara. Más relajado, el inspector aceptó una cena ligera y se acostó temprano.

Ya era viernes, había dormido bien y luego del desayuno comenzó la verdadera entrevista. Pasó más de media hora antes de que Alberto pudiera tocar, al fin, el tema que lo había llevado hasta él. Sin detenerse mucho en los detalles del cómo y cuando había cambiado su domicilio de exiliado, Antonio le habló de su renuncia, acentuando que la Masacre de Intermuros fue peor de lo que se contaba. Ante ese dato, el inspector entró de lleno al caso Gossmann. Le explicó las enigmáticas redes en las que se había enredado el doctor, particularmente aquellas que involucraban a César Arana y su harem de Vinculantes. Puso tanto énfasis en los detalles misteriosos que envolvían su investigación, sobre todo en las implicaciones de la Teoría de Campos Bosónicos, que Romo llegó a desconocer el tradicional carácter de su amigo; parecía que aquel infalible escéptico que había sido Alberto comenzaba a resquebrajarse.

-No vayas a salirme un “converso” Beto. Te me estás enredando en una mitología muy vulgar y degradada. Gossmann y compañía, por más que hayan intentado lograr supuestas evidencias para convencer bobos siempre fueron vistos como mitómanos por la comunidad científica.

-Estaría de acuerdo si no fuera porque a Gossmann lo apoyaron instituciones tan prestigiadas como el Smithsonian.

-Lo que pasa es que las instituciones, más que nada en este mundo, están apegadas a los mitos de su tiempo.

-De qué mitos hablas.

-De mitos recientes y sin embargo muy fuertes. No debe extrañar que el lugar de donde emanaron haya sido EEUU. El Smithsonian es gringo. Pero ése es accidente, lo que define a los mitos occidentales es su raigambre imperial. En la época clásica, primero fue Grecia, con sus dioses olímpicos; luego Roma, tomando prestados los iconos pero transformando el sentido y no únicamente los nombres: dioses y semidioses que menos se preocupaban de sus pasiones que del mero ejercicio del poder supremo. Una idea de poder supremo y unitario que le cayó como anillo al dedo a Constantino, por eso hizo que Roma adoptara el cristianismo. De hecho no tendría que estarte explicando esto a tí, que siempre fuiste quien hablaba de todo ese rollo del ejercicio de poder como lenguaje unitario y total en este mundo.

Aquel discurso le mareó. Sin embargo también le agradó. Era como un retorno al pasado, a las viejas discusiones que tenían cuando jóvenes. Sin embargo el tiempo apremiaba. La situación en México era grave y todos los avances que había logrado hasta ese momento en torno al caso Gossman podían quedar en riesgo. Sintió angustia y necesidad de ceñir la visita a cosas más sustanciales. Ya habría tiempo después para nostalgia y discusiones.

-Antonio, no me vengas por favor con rebuscamientos. Sí, es cierto que a mí me gustaba darle vueltas a todo, pero ahora no podemos permitirnos esos excesos. Hay un Golpe de Estado y la vida de Faustsch está en peligro.

-Justo por eso es importante que no te pierdas en mitos. Esto es una cuestión que tiene que ver con el ejercicio impune del poder.

-Ese es otro tema.

-No, de ninguna manera: es el mismo tema.

-Cierto, cierto, pero no hay tiempo para teorizaciones.

-No teorizo, describo, y fíjate bien: lo que te diré *explica* qué pasó en Intermuros.

¿Sería así? Alberto debía aceptar que la charla con Antonio le agradaba, de modo que dejó de preocuparse y alentó a su amigo para que continuara con sus *teorías, descripciones o explicaciones*, poco importaba la categoría.

-Mira, la mitología de la que hablo, fundada en el lenguaje del poder, fue mucho más lejos de Roma, pervivió en la mismísima modernidad y Ugalde la llevó al extremo. Podría argumentarse que dentro de la modernidad la ciencia intentó cambiar las cosas; pero al fin estaba impregnada de algo idéntico. Debes recordar que Bacon hablaba de “obedecer a la naturaleza para dominarla” ¿no es cierto? El discurso del ejercicio unitario del poder como a calca. Por eso Newton buscaba “leyes naturales” inmutables, únicas y eternas. ¿Y qué quedó después? Los débiles filósofos de finales de milenio dijeron “nada” e inventaron la bobería transitoria de la posmodernidad.

-No hagas trampa, bien sabes lo que opino de esa estupidez postmoderna.

-Lo que te digo no es estrategia para convencerte. Es una clave para entender lo que te intento explicar. Los posmodernos, con todo y su mentado “final de los grandes relatos” vivían en un mundo dominado por el gran relato de los *mass media*. En la tv y en el cine los éxitos mayores estaban en manos de los “Superhéroes”. Esa, justamente,

es la pobre, triste, *patética* mitología contemporánea. Y Gossmann era uno de sus promotores.

-Ahora sí te pasaste en serio. ¿En qué momento Gossmann le hizo al “superhéroe”?
¡Por favor! Sin duda que estás peor que yo en mis delirios más alucinantes y, como *tú decías*, “gratuitos”.

-Estudió chamanes, intentó explicar la brujería, vaya, trató de dar sentido a narraciones que en nuestra cultura sólo tenían contraparte en el mundillo de los “superhéroes”. Y por cierto, ya no opino igual de tus viejas ideas. Eran buenas, de veras. Tú me inspiraste para pensar así.

-No me eches la culpa de tus alucines.

-Está bien, asumo que son míos y que son “alucines” como dices. Pero dime, ¿en serio quieres que te ayude en el caso?

-Por supuesto, pero no veo cómo. Con tu rollito de los “superhéroes” me parece que improvisas y no tomas en cuenta la seriedad de la situación. Entiendo que te cueste trabajo contarme lo que viste cuando eras ministro de Ugalde. Como sea no hay problema, lo acepto. Sólo te pido que abrevies y me orientes directamente. Si no, créeme, tengo cosas importantes que debo resolver en México.

-Esto no es una cosa de inmediatez y de “ir al grano”, mucho menos estoy improvisando y claro que “tienes que resolver cosas en México”. Todos, desde hace mucho, *teníamos cosas que resolver* en México. Pero en fin, no hablemos de lo mucho que dejamos de hacer. Lo que pasa ahora mismo es que no me dejas ayudarte. El lío en que andaba Gossmann era complejo, con todo y su vulgaridad. Si es que quieres entender mis razones déjame acabar. Si no, ¿para qué vienes a verme?

-Esta bien, pues. Continúa.

-Mira, concéntrate en el *significado* profundo de que una civilización entera se eduque en torno a la fantasía de los “superhéroes”. Eso sucedió a desde la segunda mitad del siglo XX. La nueva mitología que éstos engendros formaron es apenas el germen y le ha llevado más de cien años desarrollarse. No es muy elaborada ni tuvo jamás pretensiones de ser perdurable, al menos en sus iconos que son del todo intercambiables, pues al fin, también son mercancías. Lo perdurable está en los símbolos. En un mundo en el que no hay sitio para la esperanza, donde no hay energía para ser utópicos, donde la senilidad y el espíritu pusilánime son la norma, no debe extrañar que haya surgido el panteón mitológico de los “superhéroes”. Como te digo, en la primera mitad del siglo veinte brotaron esos personajes, ligados por cierto al mundo del consumo y de la vida cosmopolita. Los primeros eran muy ambiguos, tenían comportamientos oscuros, oscilantes. Uno era “Fantomas”, otro “Dick Tracy”. Luego llegaron los superhéroes con superpoderes: “Linterna Verde” y el arquetípico “Superman”. No daré una lista, por demás anecdótica y del todo aburrida. Desde “Hell Boy” hasta “Dark Lightning” todos comparten el rasgo de tener un poder supremo, innato. Y allí está el punto medular de lo que expresan: ningún humano puede cambiar nada; ni la injusticia ni el dolor. Pero los superhéroes sí.

Romo se paseó por la sala, deteniéndose un momento ante el ventanal. Era claro que aquellas ideas le entusiasmaban rondándole la mente desde hacía mucho. ¿Estaría diciéndoselas sólo porque no tenía nadie con quién hablar, o de manera oscura, se las decía porque tenían relación con el caso Gossmann? Quién iba a saberlo. El caso es que desde el ventanal, como si estuviera dando una conferencia, miró hacia Alberto. Levantando una mano continuó.

-El otro rasgo importantísimo de todo superhéroe es el siguiente: sin excepción es una caricatura. En conjunto no son meros entes fantásticos, no. Son *caricaturas* de una fantasía. Es evidente que cierto desencanto fatal yace bajo la aceptación de mitos tan patéticos. Lo más extraordinario, lo que al menos para mí es un síntoma definitivo de *muerte sistémica de la sociedad*, para usar los términos de Faustsch, es que el mito del superhéroe ha ido encarnando en ámbitos inesperados. A principios de éste siglo el fenómeno del que hablo se dio con claridad inusitada, incluso muy grosera. Fue el caso de los “autores” de libros de “autoayuda”. Ellos prometían despertar “los superpoderes” supuestamente embotados en el interior de la mente de cada individuo. Nótese la palabra *individuo*. El rasgo arquetípico del superhéroe es que no depende de ninguna comunidad, él es único. En un personaje de caricatura eso no tiene por qué extrañar; lo terrible es encontrar la *caricaturización* en la propia vida individual del que vive en la urbe *real*. El individuo urbano es anónimo. Su “individualidad” no es tal pues representa apenas un nodo en la trama de interacciones económicas. El individuo urbano que ocupa determinado *locus* es intercambiable. No importa el ser orgánico que ocupa el *locus*, lo que importa es tan solo el propio *locus*. Para sobrevivir al vacío existencial, el *Homo urbanus* recurrió al mito del superhéroe buscando “superpoderes” en el interior de su mente. Sin embargo, ahora mismo, ese hecho ha trascendido aún más. Gossmann, Arana y todo ese grupo de defensores del llamado “paradigma holográfico” llevan al extremo la caricaturización del superhéroe, convirtiéndolo en avatar académico o religioso. Ellos no claman por cambiar al mundo con *actos* en lo que llaman “el proceso de socialización”. Proponen por lo contrario acudir a lo que, dicen, es la fuente de toda realidad: “la elección de un mundo con la voluntad”. Por

más que procuren envolver con argumentos científicoideos su discurso, en el fondo son idénticos a los caducos autores de fines del siglo XX como Paolo Coelho o Richard Bach. Pero, más patético, no se distinguen de los creadores de “fantomas” o de “superman”.

Romo regresó al gran sillón de cuero. Se sentó frente a Alberto, quien intentaba seguir la argumentación de su amigo, aunque sin demasiado éxito, pues en el interior de su mente algunos hechos insólitos parecían volverse verosímiles y la enredada historia que escuchaba le parecía cada vez menos interesante. Un poco por educación y otro por darle tiempo al tiempo, endulzó un poco su parecer.

-Bien, comprendo que hay argumentos para dudar de la profundidad de lo hecho por Gossmann. Lo que no me entra es cómo ese rollote de los “superhéroes” me va a ayudar con mi caso.

-Mira, lo que estoy por decirte es de veras muy pero muy confidencial. Si se llegara a saber mi vida no valdría más que un cacahuete. Al menos mientras lo del Golpe de Estado no deje claro si en serio se acabó la hegemonía de Ugalde y su grupo -hizo una pausa, se quedó pensativo, luego continuó- Los experimentos que Gossmann hizo con campos bosónicos le orillaron a nexos con gente sin escrúpulos. Aunque él mismo fuera un charlatán, tenía escrúpulos. Vaya, en su locura autocomplaciente se creía un *superhéroe* generoso que daría “poderes” a la humanidad entera. Pero bueno, lo que te voy a decir está en este mundo real y carente de misericordia, no en la imaginería gossmaniana. Hablaré de algo que te repito, si Ugalde sobrevive a la crisis que ahora mismo está pasando y llega a enterarse, podría costarme la vida.

-Ten la seguridad de que no se sabrá de ninguna manera mi fuente -dijo Alberto recuperando el interés- No sólo lo hago por ética. Eres mi amigo. Me ayudaste cuando yo sí que andaba muy pero muy mal. Y además me diste una lección de rectitud cuando renunciaste al gabinete de Ugalde. No es la primera vez que expones la vida y no seré yo quien te lleve a la tumba.

-Lo sé. Por eso te voy a decir lo más tenebroso de todo el asunto. Gossmann fue uno de los vectores causales de la masacre de Intermuros. No de manera directa, claro, pero sin sus inventos aquel holocausto no habría sucedido. Tú conoces sus nexos con Hughes Aeronautics, lo que no sabes es que ellos intentaban algo muy distinto de la bobería del “control de la mente del enemigo”. Ese mito sólo se lo creía el propio Isaac. En los *ciberaves* el CJ no manipula más que emociones básicas y muy crudas, las alucinaciones son individuales, la mente no es controlada de ninguna manera. Si el Century se hizo famoso fue porque intereses de veras perversos lo permitieron. Mira, Ugalde le otorgó una ganga a Finkelstein cuando su gobierno, entonces dueño del predio en la Colonia Condesa, se lo vendió a fines de los '30. A cambio le pidió usar la tecnología de nanosondas en lo que serían después los célebres sótanos del Century. Por partida doble, el canalla se benefició: como líder de los *pinches argentinos* y como promotor de investigaciones en tecnología de control. El Century fue un lugar para experimentar, para intentar ver si las pretensiones del control mental eran posibles. Descubrieron que no. Por eso Finkelstein pudo usufructuar los ciberaves sin gran intromisión del gobierno tantos años; Ugalde y su camarilla supusieron que el único fruto que lograrían estaba en el terreno de las diversiones *underground*. Bastaba con que Finkelstein les diera una cuota mensual y ya. En otro ámbito sin embargo, los ingenieros militares veían la realidad cruda y práctica. Las nanosondas, bajo el efecto

de los primeros aparatos para manipular campos bosónicos que diseñó Gossmann, tenían “ciertos defectos” que a la larga resultaron muy útiles. De hecho, ellos convirtieron a las nanosondas en una de las armas más destructivas que haya conocido la humanidad. Sólo he de decirte que Ugalde las utilizó para diezmar la población en un grado sin precedentes. Fíjate bien, su asesor principal fue James W. Heston, el charlatán que creó esa pseudociencia policiaca: la “Démica”. El mismo que después fuera condenado a veinte años de prisión en los Estados Unidos, al comprobarse que experimentó con métodos neonazis para esterilizar inmigrantes ilegales cuando fungía como Director de la Border Patrol.

Pese al transitorio interés, Alberto estaba desesperándose de nuevo. Su amigo continuaba con esa tendencia que por lo pronto no era nada deseable: hacer conexiones con todo. Por el extenso informe de sus ayudantes, sabía bien que Heston era un fascista con aires de intelectual. Según él la economía de mercado habría sido perfecta de haber sido perfecto el control poblacional. Por eso, cuando lo nombraron director en la Border Patrol, decidió llevar a la práctica sus teorías matando inmigrantes. Estaba temiendo que Romo, igual que Chava y Bruno, le confirmara los rumores del Holocausto.

-Toño por favor, dime qué pasó en la masacre, qué sabes.

-Cuando se recrudeció el problema con Álvaro Esparza y los demás líderes de la Buenos Aires, Lu Yen, que de por sí vendía armas para uso exclusivo del ejército en Tepito, se lanzó a controlar Intermuros con todo el arsenal de sus bodegas. Dio un *ultimátum* al gobierno exigiendo el liderazgo absoluto de aquella supuesta zona de

amortiguamiento y servicios. Ante el silencio, desató la guerra. Para empezar destruyó buena parte de la Buenos Aires, refugio de enemigos dentro del que ya sentía como su futuro coto. Usó misiles de corto alcance. En cuanto Ugalde se enteró no cabía de felicidad. Yo lo vi. Créeme, ese tipo es un ser maligno. Desde Washington le ofrecieron ayuda, pero él replicó con cinismo “me comprometí con mi pueblo a proteger la soberanía nacional”, luego le dijo a Leyva que se comunicara de inmediato con Allan Weinstein, de Hughes Aeronautics y con Lewontin, de CBS News. Medio mundo vio cómo un civil “ponía en jaque” a un gobierno “legítimo”. Cualquier intervención internacional era justificable. Tú no puedes recordar nada pues estabas en el hospital, pero fue entonces cuando los primeros aviones sobrevolaron Intermuros. En una pantomima infame, Ugalde dijo “antes de pedir auxilio internacional, usaré todos los recursos a mi alcance para evitar más violencia. México es una Nación soberana y nuestra Fuerza Aérea ahora mismo estudia la situación”. Los vuelos rasantes parecían, como anunció Ugalde, de reconocimiento. Los noticieros de la red global mostraban imágenes de aviones desarmados inspeccionando la zona. Luego, las defensas antiaéreas de Lu Yen derribaron más de tres. Uno cayó en el Sector Guerrero, destruyendo parte del Panteón de San Fernando. Los otros fueron a parar en Tlatelolco, dando un excelente pretexto para el posterior derrumbe de toda esa unidad habitacional. En una maniobra que parecía inocente, los aviones regresaban a sus bases en las proximidades del Lago de Texcoco también en vuelo rasante. A los ojos del mundo se preparaba una justificación para que interviniera el ejército. Pero aún así los expertos quedaron intrigados por el modo en que esos aviones se habían expuesto, máxime conociendo la naturaleza de las armas que poseía el coreano. ¿Sabes por qué se arriesgaron tanto?

-No.

-Porque esos no eran vuelos de reconocimiento. Estaban arrojando “*Aerosol*”. Así bautizaron los gringos a un coloide nebulizado que servía de vehículo para infinidad de nanosondas. El aire saturado de microrobots permitía que éstos penetraran por las vías respiratorias. Lo demás fue fácil. Cuando se construyó Intermuros, a lo largo de toda su amplitud se extendieron supuestas “líneas de comunicación”. Eran fibras ópticas, pero además, redes de inducción de campos bosónicos. Esa tecnología le fue pirateada a Gossmann por uno de sus estudiantes. Tú has estado personalmente en contacto con lo que queda de las redes experimentales del Ajusco, las mismitas de las que ese canalla sacó los planos para tender redes de inducción en todo Intermuros. Ugalde ya había planeado la masacre con frialdad. Con una población “vacunada” de nanorobots lo que seguía era tan solo activar las líneas de inducción, entonces, como un tsunami invisible, la onda emitida por aquellos inductores activaba algún oscuro proceso cuyo efecto era “evaporar” la sangre y después escindir los cuerpos de casi toda la gente que habitaba Intermuros y algunos Sectores pobres como el Guerrero o el Neza. En estos últimos sitios, el gobierno atribuyó la masacre a grupos terroristas de Lu Yen que, supuestamente, habrían usado armas biológicas.

Alberto sintió un vuelco en el estómago. Recordó a Plá, a Leyva y al resto de cadáveres fragmentados que él y Marta Rosa vieron en el Century. Comprendió el horror y la culpa de Juanito, dándose cuenta además, de que la idea de Chava y Bruno era bastante verosímil. Por si fuera poco el interés de Achótegui en su investigación se hacía muy cristalino. Luego no pudo dejar de evocar su propia experiencia con los Paneles de Acercamiento; aparte de la terrible anemia, si lo que decía Romo era

correcto, estuvo a muy poco de correr la suerte de un destazado. Verdaderamente, sin duda alguna, el caso Gossmann tenía relación con la Masacre de Intermuros. Aunque era clarísimo, un poco por inercia hizo una pregunta escéptica.

-¿Qué quieres decir con eso de que “quedaron en pedazos”? ¿sugieres que son ciertos los rumores del Holocausto Mexicano?

-Me parece una grosería pueril ese epíteto. Lo que sucedió aquí fue un asesinato masivo sin precedentes. Beto, yo vi con mis propios ojos el estado de los cuerpos y la cantidad de masacrados. Y eso que sólo visité uno de los macabros depósitos del Narvarte. De los cuerpos no quedaban sino trozos cortados a tajo, como con una navaja monstruosa. Lo más aterrador era que no se derramó ni una gota de sangre. Aquellos cadáveres mutilados parecían de cera. Como te dije, el proceso destructivo de las nanosondas “evaporaba” la sangre o algo así. Mira, sin ir más lejos, en el incidente que tú mismo padeciste en el Panel de Acercamiento pudiste constatar que, con una muy débil inducción bosónica y no más de unas cuantas nanosondas, tu cuerpo se quedó casi sin plasma ni glóbulos rojos. Imagínate lo que le pasaba a un cuerpo atascado de nanosondas y sometido a corrientes de inducción nunca vistas. No creo que te des ni una idea de la atrocidad cometida por Ugalde. El aeropuerto improvisado en el Sector Narvarte y sus hangares repletos de despojos humanos deja a los nazis en el papel de aprendices primitivos. Los que después llamaron “Aviones de la Muerte” tenían el trabajo de desalojar cuerpos... o lo que de ellos quedaba. De hecho, Ugalde hizo un gran negocio con Advanced Foods Inc., pues todo ese “material” se procesó en las plantas de producción que esa empresa había construido por todo el país. No sólo puso a México en el primer lugar en ventas de complementos alimenticios de todo el

mundo: también las mascotas de media humanidad se alimentaron de mexicanos durante el 2031 y buena parte del 2032.

-Eso que dices ¿lo sabe alguien más?

-Sin duda los gringos.

-¿Porqué no intervinieron?

-Cuando Ugalde inició su gobierno, pactaron la salida de los *marines* a cambio de otros privilegios. México les pareció un buen sitio para experimentar con armas de manipulación psíquica. Allí es justo donde entra la ingenuidad de Gossmann; su imaginación de “superhéroe”. Una ingenuidad que, me parece, explica su desaparición.

-Mejor explícate tú.

-En alguno de sus escritos, Gossmann aseguraba que a través de la decoherencia compartida de campos bosónicos, los humanos podrían entrar a “otros mundos” en grupo. Es una tontería infantil, pero él la creía posible. Cuando supo del plan que Ugalde tenía para controlar Intermuros, auxiliado por Ramiro Ruvalcaba intentó salvar vidas. ¿Cómo? Intentando inducir artificialmente una “decoherencia compartida”. Ruvalcaba le ayudó por mera solidaridad, pues no se creía nada, pero Isaac se tragó su ilusión a tal grado, que supuso haber llevado a “otro mundo” a más de la mitad de los desaparecidos en la Masacre, resguardándolos de seguir en este Orbe miserable. Mi fuente, te diré, es la CIA. Y ¿sabes? Pues que según ellos, de haber tenido éxito, Gossmann habría dado con un descubrimiento crucial. Es obvio que un operativo de Inteligencia se encargó de secuestrarlo. Luego pudo haber pasado cualquier cosa.

-¿Qué quieres decir?

-Que tras constatar que estaba chalado, como sabía evidencia inconveniente, lo podrían haber matado. O bien, si sus locuras pese a todo pudieran ser útiles, lo tendrían aún en

cautiverio, trabajando para ellos. En cualquier caso debes resignarte a considerar que Gossmann jamás aparecerá, ni vivo ni muerto.

Era un hecho que Romo creía en la Masacre, también que se inclinaba por la hipótesis del secuestro o del asesinato en torno al caso Gossmann. ¿Pero qué creía el propio Alberto? No lo sabía aún. Pensar en la magnitud del exterminio le daba vértigo. Sin embargo su razón comenzó a enlazar datos. Se dio cuenta de que, como físico, no podía echar en saco roto la teoría del universo holográfico. Tampoco los efectos de los campos bosónicos sobre la fisiología humana ni los postulados fantásticos de Gossmann. Recordó su propia experiencia, las ensoñaciones vívidas en el Ajusco o el encuentro contundente con el viejo Cantarelli ¿serían acaso *viajes a otros mundos*? Si quería resolver el enigma *debía* ser menos escéptico, aunque también, *más escéptico*, para lo cual pensó seriamente escribir un listado con las especulaciones que ya mismo le bullían en la mente. Romo, ajeno a las incertidumbres que incomodaban a su amigo, continuó detallando lo que sabía de las atrocidades cometidas por Ugalde.

-En los Sectores Guerrero y Neza, pero también en algunas partes de otros Sectores donde vivía gente humilde, el gobierno decretó cuarentena. Hay imágenes que muestran aviones “desinfectando” la zona. Se argumentaba que Lu Yen había usado armas biológicas extemadamente peligrosas; la verdad es que los militares seguían masacrando con *Aerosol*. El objetivo: dejar al D.F. con un máximo de siete millones de habitantes. Así de simple y frío. Ugalde logró el sueño de Heston, “limpiar demográficamente” al país.

El guardaespaldas de Romo los interrumpió. Había noticias importantes desde México. Ugalde y buena parte de su gabinete habían sido ejecutados. Eran las doce del día del viernes, hora de la Ciudad de México, y estaban por transmitir una conferencia de prensa con el líder del Golpe de Estado: Ramiro Ruvalcaba.

IV

De pronto, el Loft de Antonio Romo se llenó de gente. No sólo la que reproducía con nitidez realista el holovisor. En la sala, Enríquez Espinal y al menos cinco miembros de la Policía Militar, escuchaban las palabras de Ramiro Ruvalcaba junto al anfitrión de la casa y el inspector. Aunque atentos al discurso, su mayor expectativa era provocada por el hombre que compartía el *Podium* al lado del *libertador*: el general Carlos Rafael Achótegui.

-Lo que más me sorprende es lo dado que somos a hacernos tontos en México –dijo Antonio.

-¿No cree que es muy temprano para emitir juicios? Dele chance a que termine. A lo mejor ese guerrillero tiene buenas intenciones –replicó Enríquez Espinal.

-No me refiero a lo que usted cree. Lo que digo es que me parece imposible que nadie se haya dado cuenta de que el Ruvalcaba que ahora vemos es un *Phersu*.

-Ah qué licenciado ¿le dijo algo Rafa?

-¿Lo ve? Usted mismo es prueba de mi conjetura. Nadie tenía que decirme nada, es obvio que ese “Ruvalcaba” no es el guerrillero. A él lo mataron, yo vi el cadáver, pero aún sin haberlo visto, su muerte fue del dominio público. Sólo me pregunto quién puede ser.

-Supongo que Eduardo Sánchez del Río –dijo Alberto sin pensarlo mucho.

-¿Cómo lo sabe? –exclamó Enríquez Espinal mientras reía con fuerza- ¿también se lo dijo Rafa?

-Soy Inspector de Policía.

-¡Vaya que son perspicaces!

-No, lo que pasa es que a los paisanos les gusta hacerse tontos, pero Beto y yo somos muy malos mexicanos –concluyó Antonio.

Mientras Enríquez Espinal y Antonio Romo se enfrascaban en una discusión en torno a la credulidad de los mexicanos, Alberto intentó poner atención a lo que decía el supuesto Ruvalcaba. Lo más relevante hasta el momento era la “revelación” de los nexos entre el gobierno de Ugalde y la casta de los *pinches argentinos*. Luego, la total exención de responsabilidades hacia Lumlitz y Finkelstein por los ciberaves del Century. Emocionado decía, “sus cabezas, pendientes de un hilo, fueron nuestro mejor contacto en el círculo íntimo del dictador. Su ayuda para lograr la liberación del país se irguió como compromiso invaluable, desde aquí mis respetos a esos héroes”. Tal perorata exhibía un entusiasmo plagado de hipérboles, un lenguaje que, para cualquier conocedor de los textos del guerrillero, habría parecido espurio. Hablaba de una celebración, “un banquete al estilo de los antiguos griegos”. Sólo a un burgués como Sánchez del Río se le podría ocurrir un discurso tan cargado de erudición y palabras rebuscadas. Pero no era eso lo que inquietaba al inspector. La plática con Romo, los sucesos de los últimos días y la mismísima arenga del *Phersu* le hacían sentir que algo empezaba a tomar sentido. Era indispensable que revisara el Expediente Gossman, estaba seguro de que el caso al fin podría resolverse. Con esos pensamientos en mente, sin tomar en cuenta el curso de la polémica entre Antonio y Enríquez Espinal, Alberto preguntó al aire.

-¿Fue Lumlitz el que operó a Sánchez del Río?

-Pero ¿quién más podría haber sido, Beto?

-Tiene razón el licenciado, claro que fue Lumlitz –dijo el médico militar mientras miraba a sus compañeros de armas-. De hecho, los oficiales aquí presentes auxiliaron al general Achótegui para proteger a los dueños del Century. Ugalde los había mandado ejecutar, pero el Golpe de Estado ya se estaba fraguando y Rafa pensó que no sólo debía evitar su muerte, sino que ambos le podrían ayudar en la empresa de liberar al país.

-¿Desde cuándo conspiraban? –preguntó sinceramente sorprendido Alberto.

-Desde hace varios años. No sólo tuvimos soporte de los gringos, la propia CIS nos apoyó. Pero no se crea, Ugalde nos vigilaba con ferocidad. Es un alivio que esté muerto. Por cierto, el general me pidió que le dijera que debe elaborar de inmediato un informe sobre el caso Gossman. Sólo esperaba que el éxito del golpe se hiciera oficial para darle esto.

Enriquez Espinal le dio una valija. Adentro había tres cosas: el Expediente, un móvil muy parecido al que se le había averiado y una nota donde el general le explicaba su participación en el Golpe de Estado, así como el papel de Lumlitz y Finkelstein en el mismo. En cuanto a Eduardo Sánchez del Río, le narraba los detalles de su exilio tras la muerte de Ramiro Ruvalcaba. Por lo tocante a la razón que les decidió a su adopción de la personalidad de Ruvalcaba, los detalles no le sorprendieron demasiado. En la Resistencia corría el rumor de que el guerrillero no había muerto y tarde o temprano regresaría, encabezando un golpe *desde dentro del sistema*. Ese rumor, por supuesto, se había encargado de propagarlo el propio Sánchez del Río, diciendo que el día de su captura Ruvalcaba había escapado y que las fotos de su

cadáver eran trucadas. Ardid que se aceptó sin cuestionar.

Alberto pensó que Antonio Romo tenía razón: los mexicanos somos dados a la credulidad ingenua.

El vuelo a la Ciudad de México fue muy rápido. A Antonio lo llevaron directamente con los dirigentes del Golpe y a él le condujeron a una finca propiedad de Achótegui, en Valle de Bravo. Era un lugar cómodo y tenía a su disposición entera libertad, incluso podría haber salido si lo hubiera deseado, pues le dieron las llaves de un biplaza. Sin embargo era claro que debía hacer el informe cuanto antes, no sólo por Achótegui y la CIS, sobre todo porque las ideas que bullían en su mente le hacían confiar que el caso estaba a punto de resolverse. Así pues se decidió a trabajar. Colocó la valija sobre la cama, oprimió los broches de seguridad y extrajo las cosas que contenía. De inmediato abrió el Expediente, pero al tocarlo, una sensación parecida a una descarga eléctrica le hizo aventarlo al colchón. ¿Qué pasaba? Le bastó muy poco para percatarse que alguien había intentado husmear en el artefacto electrónico.

La aparente descarga se debía a un escaneo profundo. La máquina, luego del connato de violación, se protegía de manera automática generando una detección de ADN de alta resolución que se enviaría a la CIS para identificar al intruso, algo muchísimo más desagradable que el feo cosquilleo al que se había acostumbrado. Ya se quejaría con Achótegui, en todo caso era seguro que la CIS estuviera al tanto y muy pronto levantara una protesta; aunque bueno, a lo mejor la propia Internacional de Seguridad había autorizado el hecho. La tortuosidad se les daba muy bien y él no era

hábil ante esas inclinaciones humanas. Por ahora eso no importaba en verdad. Alberto estaba ansioso por corroborar sus corazonadas.

Abrió los archivos preparados por sus ayudantes días atrás, se dirigió al rubro “César Arana” y luego al subdirectorío “Su Conversión”. Con calma fue leyendo los hipertextos y se detuvo minuciosamente en la revisión del libro “Memorias de un Ignorante”. Recordaba ciertos pasajes que al principio le sonaron irrelevantes pero que ahora parecían cruciales. No tardó en toparse con el primero:

Los biólogos descubrieron muy pronto, que el cuerpo humano no confinaba sus límites a la frontera de la piel. Las hormonas, por ejemplo, expanden el campo de interacción de los hombres a distancias mediadas por el umbral de percepción olfativo; así habrá quienes literalmente detecten a otro a gran distancia, independientemente que lo hayan visto o no. De hecho, la propia vista es un indicador de cómo los receptores del campo electromagnético (en este caso los ojos) llevan los límites de un individuo hasta los límites de la percepción de la luz. Ahora son los neurofísicos como Gossmann, quienes constatan que los límites humanos están mucho más allá del terreno tridimensional que restringe a los órganos sensoriales.

Sí, ya recordaba el fárrago de charlatenerías insufribles. Sin embargo estaba seguro de que allí, precisamente, se hallaba la clave. Era una intuición fuerte, prácticamente una certeza. Hojeó algunos párrafos de poco interés y llegó a lo que parecía el quid de todo el embrollo.

Cualquier estructura se expresa de distinta manera en cada ámbito dimensional. Así

es que el páncreas coincide con un nodo de interacción que neurofísicos del laboratorio de Isaac Gossmann describen en 11 dimensiones. Los chamanes saben que esa extensión se da en el infinito, por lo cual la descripción de la ciencia es incompleta. Las técnicas chamánicas, sin preocuparse por dar explicaciones como la ciencia, se abocan a un aspecto práctico del conocimiento. Un científico verá como “ensamblaje simbólico” al conjunto de procedimientos que todo quehacer chamánico entraña. Yo mismo así pensaba cuando mi maestro me inició en el arte del “Banquete del Espíritu”.

¡El páncreas! La pista que buscaba, pero además recordó la frase que le había inquietado desde que oía al falso Ruvalcaba: “Banquete del Espíritu”. Continuó con avidez.

El Banquete del Espíritu se practica de múltiples formas. Una muy simple es la ingesta de prana con la respiración. El acto que los fisiólogos ven como mero intercambio de oxígeno, es para los chamanes una necesidad para mantener, a nuestro Ser Total, en equilibrio energético con la red infinita del universo. Sin embargo, un practicante de la Intensión, al someter su Ser Total a exigencias energéticas muy superiores a las de la interacción tridimensional de la vida cotidiana, agota con rapidez su energía. De ahí la necesidad ineludible de la Eutacticidad como medio para recuperar la energía perdida. Ahora bien, si el practicante desea trascender la cotidianidad de la vida tridimensional para acceder con la Atención al infinito de mundos posibles, necesita llenar su Centro Energético de energía adicional. En este nivel de percepción de tres dimensiones, ese gran centro de energía se ve como el páncreas (el tercer chacra, que

los indios en su descripción multidimensional, llaman Manipura): sitio que las Jornadas Óticas se ocupan de cargar energéticamente a lo largo de años de entrenamiento.

Alberto pasó con rapidez los fragmentos donde Arana describía antiguos sacrificios humanos, cuyo objeto era extraer el páncreas. Le molestaba que usara un tono supuestamente erudito para justificar sus propias prácticas salvajes. Según Arana las técnicas por él ejercidas correspondían a una etapa mucho más avanzada del conocimiento indígena y aunque los asesinatos rituales tenían una supuesta razón de ser, las habilidades que le habrían heredado sus maestros no sólo suponían prácticas incruentas -pues se realizaban, presuntamente, tan sólo en “animales mágicos”- sino que además, eran mucho más eficaces.

Los pasos que acabo de describir entrañan prácticas en niveles dimensionales que no pueden observarse con los ojos. En el caso de los sacrificios efectuados por la etnia Cuseneri de Bolivia, si los describiera un hipotético observador común y corriente, lo que vería sería algo muy extraño, propio de un demente.

La ruptura de la tráquea será considerada una brutalidad, sin pensar que es un procedimiento que evita la disipación de la energía del cuerpo a la hora de la muerte. La extracción del páncreas con los dedos, sin dejar más herida que un tenue moretón en una piel por demás intacta, parecerá imposible, creyéndole fruto de algún truco teatral. Su posterior desecación con destilado de maguey (planta traída de Mesoamérica) querrá explicarse como la acción deshidratante del alcohol sobre un tejido orgánico. Su inclusión en una caja de madera de abeto, de dimensiones muy

precisas, con un interior laberíntico, parecerá la expresión simbólica de algún misterio arbitrario y sin embargo perfectamente legible, relicto quizás, de oscuras y arcaicas mitologías. Pero el tránsito del practicante a otro universo, primero llevará a sorpresa y luego a enojo, pues será considerado un fraude muy burdo, si bien ingenioso, con múltiples segundas intenciones.

No pudo evitar sentir un escalofrío. Su encuentro personal con Fanny Loof estuvo a punto de hacerlo víctima de lo que describía Arana. Pero no era todo. ¡Ella había roto la tráquea de Ricardo Antaki! Y la auscultación del cadáver por Enríquez Espinal reveló, en la zona del páncreas, un ligero hundimiento y *un moretón en una piel por demás intacta*. No cabía duda, aquella muerte debió haber sido un sacrificio ritual. ¿Tramaría hacer lo mismo con la doctora Faustsch? ¿Habría asesinado de esa manera a Aretta Usi y a Isaac Gossmann?

En el caso de sacrificios humanos, los antiguos Cuseneris utilizaban una caja de Abies religiosa (otro árbol traído de Mesoamérica, lo que entraña una relación antiquísima que muchos arqueólogos niegan) de 50 centímetros de profundidad, 45.3 centímetros de ancho y metro y medio de largo. A primera vista semejará un baúl decorativo, típicamente labrado con espirales dobles. Al abrirlo sorprenderá el intricado laberinto tridimensional ocupado en todo el volumen del cofre, que en verdad, se extiende a dimensiones infinitas. Dentro de él, aplicado en sitios muy específicos, un barniz procesado con el páncreas de los sacrificados apenas si será distinguible.

Los antiguos se sentaban sobre el baúl, efectuando la más compleja de todas

las prácticas de Intensionalidad, aquella que implica la Conciencia Total de las vísceras. Así, la red interna formada por los citoesqueletos de todos los órganos, se funde con el nodo energético que se conserva en el extracto de cada páncreas desecado con la técnica chamánica que he descrito. La estructura del laberinto equivale a un “condensador” capaz de hacer disponible la energía acumulada a lo largo de la vida de los sacrificados. El páncreas viviente del Iniciado se prepara así para la última fase. Con su Ser Total pletórico de energía, el Iniciado efectúa algún hecho insólito con tal de sacar de su fijeza en el mundo cotidiano a la Atención, algo que mi maestro llamaba “la liberación del Emergente”. Sin Emergente tiránico, la Atención se enfoca en cualquiera de los mundos posibles que este gran universo nos ofrece. Ese hecho insólito puede ser cualquier cosa, desde querer caminar sobre el agua hasta dejar de respirar por completo, pasando por todas las situaciones que una imaginación fértil pueda proyectar.

Era suficiente. *Tenía* que comunicarse de inmediato con sus ayudantes, estuviesen donde estuviesen. Le telefoneó a Enríquez Espinal, quien sin dilación ordenó que lo contactaran. En menos de media hora, un autoplano militar despegaba desde Valle de Bravo rumbo a México. Varias cosas tendría que hacer en la ciudad, pero por ahora, Alberto ya hablaba con Bruno. Se enteró de que *la Vinculante* y la jefa Grajales eran vecinas. Ese, más otros datos que con gran excitación le transmitía su ayudante y que a él le generaron emociones encontradas, hicieron claro cuál sería el primer lugar a donde *debía* ir apenas llegar al DF. Pero justo porque la información era inquietante, no le dejó decir más, se limitó a dar órdenes muy precisas de lo que habría de buscar, junto con Chava, en la casa de Fanny Loof. Le advirtió que el informe final

sería de viva voz, esa misma noche, en el Distrito Federal. Después volvió a comunicarse con el Médico Militar, haciéndole una solicitud inevitable: que preguntara de manera oficial, a quienes hubiesen realizado la autopsia de Ricardo Antaki, en qué condiciones se hallaba su páncreas. “¿Porqué? Yo mismo le dije que Fanny se lo hizo pomada”, cuestionó Enríquez Espinal. Porque no van a encontrarlo ni en forma de “pomada”, contestó Alberto con total certidumbre.

Muchas cosas pasaron simultáneamente aquellos días, los últimos del mes de octubre. Todavía el jueves, mientras Alberto apenas si estaba arribando en estado inconsciente a Ciudad de Panamá, Chava y Bruno, ya en casa de Marta Rosa, se disponían a emprender la posible liberación de la doctora Faustsch. No sabían que en menos de 24 horas su jefe les urgiría con exigencias apremiantes. De modo que en plena ignorancia del futuro, sus dudas incrementaban la incertidumbre ante una misión tan peligrosa.

Aún sin tener el plano actualizado de la inmensa casa de Fanny, entrarían. Les consolaba saber que los archivos del Ministerio de Obras se renovaban cada tres años; en ese lapso difícilmente habrían hecho cambios radicales a la construcción. En cuanto al probable enojo del inspector por haber incluido a la jefa Grajales como coordinadora del rescate, pensaron que era un riesgo necesario: en caso de estar viva, la seguridad de Faustsch pendía de un hilo y se necesitaban acciones inmediatas, entre otras, capturar a la presunta raptora, sobre la que ya había una contundente orden de aprehensión por el asesinato de Ricardo Antaki.

Con tal de evitar su escape, Marta Rosa giró instrucciones para proteger todas las colindancias en el domicilio de Loof. Sólo uno de los costados no presentaba problemas: era el muro de un edificio de 5 pisos. Así pues, el Gordo de la Mora y uno de sus hombres resguardarían la puerta principal de la casa de Fanny. La cañada sería vigilada por el oficial Márquez y otro guardaespaldas. La barda contigua a su propio jardín estaría cubierta por ella misma; no en vano era Jefa de Seguridad, no en vano tenía el sistema de protección más sofisticado de todo el Sector Santa Fe. En caso de que Loof intentara huir por ese flanco sería fácil activar el dispositivo electrostático,

que con una sola y gran descarga, polarizaría el extenso muro de 50 metros. La intrusa, si tenía suerte, quedaría fuera de combate por varias horas, pero si no, fuera de este mundo para siempre.

Chava propuso que esperaran a que el atardecer estuviera próximo para iniciar todo. Aunque se cuidó mucho de ser explícito, tenía sus razones. Alguna vez, César le dijo que en su caso personal, la mejor hora del día para ejercer la *Intensión* era la “frontera entre los mundos: el atardecer”. Esa ocasión, en tono jocoso agregó, “para Fanny es la peor hora, su *Emergente* tiembla ante la amenaza de perder el lazo con *este mundo* tornándola muy vulnerable”.

Aunque en mucho era escéptico, Chava estaba convencido de que buena parte de las enseñanzas de Arana despertaban habilidades humanas no usuales. Dadas las circunstancias, cualquier recurso, por más descabellado que pudiera parecer, se antojaba válido. Así, con el pretexto de acondicionar las lámparas led y continuar con la búsqueda de un plano más actualizado, Chava se encerró en el sótano de la casa de Grajales. Estando allí preparó su cuerpo para lo que venía. Estaban por enfrentarse a Fanny y él debía protegerse a sí mismo y a Bruno. No le quedaba más que ejercer la *Intensión* emprendiendo la primera etapa de una Jornada Óptica: el “Banquete del Espíritu”.

Las Jornadas Ópticas daban comienzo con ejercicios respiratorios, aspiraciones en las que de manera alterna, se obligaba al *prana* a ingresar en los laberintos pulmonares por rutas opuestas: dos aspiraciones izquierdas y una espiración derecha, seguidas de dos aspiraciones derechas y una espiración izquierda. Con ese ritmo, los lados del cuerpo recuperaban conciencia de la simetría y la mente era capaz de elegir a voluntad entre dos conciencias: una controlada por cada hemisferio cerebral.

Pasaron casi diez minutos y Chava logró separar su cerebro. La parte racional negociaría cualquier interacción con su equipo: Bruno, De la Mora, los guardaespaldas y la jefa; maquinaciones, comunicación verbal, todo aquello relacionado con la razón, sería coordinado por el hemisferio izquierdo. El derecho se encargaría del control corporal y de decisiones que requirieran respuestas intuitivas. En efecto, la anamnesis le brindaba ya mismo una flexibilidad y cadencia plenamente animales, dispuestas a reacciones inmediatas y precisas.

Ni la jefa ni los guardaespaldas se dieron cuenta del cambio operado en Chava, pero Bruno notó algo. Su amigo hablaba con *demasiada* calma. En el momento justo en que se encaramaron al árbol para saltar hacia el jardín en la casa de Fanny, Bruno se sorprendió por la agilidad con que éste trepaba, pero más inquietante, de la fuerza e ímpetu con que lo jaló, casi sosteniéndole en el aire, para luego, sin tiempo a indecisiones, impulsarlo para que caminara entre las ramas hasta al fin, obligarlo a caer al suelo ya en territorio de Loof. Sintió cómo en las instrucciones de Chava había un tono que no admitía réplica, pero además se dio cuenta de que cualquier titubeo de su parte era compensado por él con movimientos vigorosos y *autoritarios*. Por ejemplo, su natural miedo a saltar desde la rama que se elevaba a más de tres metros del suelo, tuvo como respuesta en su amigo un fuerte empujón. Creyó que se rompería algún hueso, pero al caer experimentó cómo su peso había sido amortiguado por un montón de hojarasca.

-¿Estás bien? -le dijo Chava, una vez abajo, con un susurro firme.

-Sí, pero eres un imbécil ¡podría haberme roto una pierna!

-Imposible, desde que subí al árbol vi este montón de hojarasca. No te quejes. Sígueme

y copia lo mejor que puedas cada movimiento que haga.

Chava pronunciaba palabras tan contundentes como sus actos; de inmediato echó a andar repegándose de modo extraño a la pared, luego se lanzó al suelo y comenzó a reptar hasta una especie de pérgola extendida rumbo a la orilla de la cañada. Bruno intentó imitar a su amigo lo mejor posible. En el extremo, justo al borde del acantilado, una larguísima mesa que hacía las veces de barra y de cocineta les sirvió de parapeto. A sus espaldas, un barandal más bien alto y una malla ciclónica los separaban del abismo. Bruno no pudo evitar la tentación de echar un vistazo. El fondo de la cañada estaba muy abajo, a unos treinta metros y las paredes sobre las que se extendía la pérgola eran tan empinadas que cualquier intento de escapar por ellas se antojaba imposible.

-A Fanny no le sería difícil llegar hasta el fondo y huir de nosotros sin remedio.

Dijo Chava en voz baja, como si leyera los pensamientos de su amigo. Bruno ya no se sorprendió demasiado. Que tuviera tal seguridad en sí mismo le hacía confiar ciegamente en él. Era claro quién sería el guía en aquel trabajo. Consciente de su papel, Chava estudió la situación. Frente a ellos, como a unos veinte metros, el cuerpo de la casa principal se mostraba en toda su extensión. Un enorme ventanal dejaba ver la estancia, el comedor, la sala y la cocina, ocupando un espacio de doble altura al fondo del cual, una escalera de caracol permitía el acceso a las habitaciones superiores. Hasta ese momento, la disposición de la pérgola y la casa principal parecían ajustarse perfectamente al plano que tenían ¿sería igual del otro lado? Sin darse tiempo a más

reflexión, su hemisferio derecho decidió caminar al frente. Llevándose un dedo a los labios volteó hacia su compañero, andando sin titubeos rumbo a la casa. Aunque algo temeroso, Bruno lo siguió. Poco antes de llegar a la puerta de acceso, Chava caminó con rapidez hasta la pared derecha, ocultándose tras ella y echando un vistazo rápido en derredor. Luego se dirigió a la esquina opuesta y lanzó un vistazo hacia el otro lado del jardín. Todo parecía idéntico al plano: una gran alberca, una cancha de frontenis y dos pequeñas cabañas; la más alejada de la cañada debía ser una casita de huéspedes, la más cercana, el gimnasio y el sauna. No se detectaba movimiento alguno, sin embargo, Fanny podría estar en cualquier lado, incluso era posible que la doctora estuviese recluida en alguna de esas dos construcciones. Debía pensar rápido ¿qué hacer? ¿sería conveniente inspeccionar las cabañas o mejor la casa principal? Su hemisferio izquierdo decidió ir a la casa.

-Tú quedate aquí, voy a revisar la casa. Ten lista la pistola electrostática y ajústala a potencia media. Recuerda que su alcance se debilita más allá de los diez metros y que el abanico de la descarga no es mayor a un par de metros. Si ves a Fanny saliendo de cualquiera de esas casitas deja que te vea, pero no permitas que se percate de tu arma. Cuando la tengas *muy cerca* dispara. No falles. Esa mujer es peligrosa.

-Está bien -dijo Bruno amedrentado y sin poder negarse.

-No dejes de gritar si te ves obligado a disparar. Eso me alertará y vendré contigo cuanto antes.

Sin esperar a que su amigo le respondiera, Chava se dirigió a la entrada de la casa principal. Sabía que todo el Sector Santa Fe estaba sin luz, pero ¿tendría la casa

de Fanny sus propias fotoceldas? Era poco probable aunque pronto saldría de dudas.

Al llegar tuvo que abrir manualmente las puertas de acceso. Ni una alarma, ni un sonido parecían delatar su presencia. Si la casa tenía fotoceldas, o no servían, o no activaban todos los sistemas. Confiado, atisbó hacia adentro. El piso de la estancia era de mármol y su calzado tenía suelas de goma; siguiendo un impulso se quitó los zapatos, no quería hacer más ruidos innecesarios. Recorrió la sala, el comedor, la cocina. Buscó dentro de los baños de la planta baja. Nada. Con cuidado subió la escalera; el pasillo daba acceso a tres habitaciones, la más próxima, a la derecha. Ésta tenía la puerta abierta, las otras dos permanecían cerradas. Lo lógico era comenzar la inspección justo donde hubiesen menos obstáculos, así que sin más atravesó el umbral. Se topó con una cama perfectamente tendida, el mobiliario escaso y sin signos de uso reciente. Al fondo, un ventanal permitía ver hacia la entrada de la mansión. Tras cerciorarse de que no había nadie atisbó hacia abajo. Se veía la azotea del recibidor; sus dimensiones eran mucho mayores que las del departamento que compartía con Bruno. Chava sabía que allí se hallaba la entrada al sótano: sitio ideal para esconder a la doctora. Al frente, la gran cochera alojaba un par de biplazas, el de la derecha era de color beige, sin duda empleado por la Vinculante para secuestrar a Faustsch. Pero había espacio suficiente para más vehículos ¿sería que Fanny no estuviera en casa? Sólo podría saberlo si continuaba su revisión. Salió de la recámara, listo a inspeccionar la primera puerta a la izquierda en el pasillo, cuando el grito desaforado de Bruno le impulsó a salvar la escalera con un par de saltos. Atravesó la estancia lo más rápido que pudo, salió al jardín y se dirigió a donde Bruno. Su amigo estaba tendido en el suelo.

-¿Qué pasó?

-No sé de donde salió, la vi cuando la tenía a unos pasos. Le disparé pero alcanzó a golpearme.

-¿Está herida? ¿a dónde se fue?

-Creo que sólo la aturdí. Corrió hacia el gimnasio.

Sin pensarlo Chava le dio su pistola electrostática, cogiendo para sí la de Bruno confiado en que se cargaría en menos de un minuto, cuando él mismo ya estuviera frente a Fanny. Se ajustó con rapidez el calzado y en cuanto estuvo listo le advirtió a su amigo que, en caso de verse obligado, sólo disparara cuando la tuviera prácticamente encima. “Si no lo haces estás muerto” le previno. Acto seguido fue a toda prisa hasta la cabaña del sauna.

La puerta estaba entreabierta, su hemisferio izquierdo le impulsó a dar una patada y entrar apresurado, dispuesto a todo. Eso hizo. Ante él se extendía el gimnasio, con caminadoras y demás equipo, todo fabricado en fibra de carbono, con un diseño minimalista de ángulos muy delgados. Era imposible que Fanny se ocultara entre esa parafernalia, sin embargo revisó minuciosamente. Luego pasó a ver si pudiese haber salido por alguna ventana, pero permanecían cerradas y los cristales estaban intactos. Entonces se habría refugiado en el sauna, justo al fondo. Sin cautela alguna, entró con violencia. Casi al mismo instante vio cómo Fanny, frente a él, giraba igual que una bailarina, extendiendo una pierna con fuerza. No tuvo tiempo de agacharse. El Impulso de la Vinculante era imparable. Recibió el golpe de lleno en el pecho, pero éste no fue tan intenso como esperaba. Fanny debía seguir afectada por la descarga de electricidad estática que le propinara Bruno, con todo, se sintió adolorido y sin lograr incorporarse.

Desde su posición yacente vio cómo Fanny se colocaba una hipodérmica neumática en el cuello. Luego, con andar vacilante salió al jardín. Por fin, algo sofocado, Chava pudo ponerse de pie y la persiguió pese a todo.

-Dispárale -le gritó a Bruno.

-Pero está muy lejos.

-¡Corre, no importa, dispara!

Algo atemorizado pues venía en su dirección, Bruno se animó a acercarse a unos diez metros de Fanny y le disparó, justo cuando ella daba un tremendo salto hacia la cañada, apoyándose en la barra para salvar sin gran dificultad el barandal y la malla que le separaban del abismo. Con la inercia de su carrera, Chava fue a chocar, primero contra la balaustrada y luego en la protección. Desde allí contempló cómo la Vinculante giraba en el aire igual que una clavadista. Su cuerpo, iluminado por la luz tenue del sol que se ponía, emanaba una belleza singular. Pero inesperadamente, sus ojos se sorprendieron ante un espectáculo inaudito y desagradable; justo antes de tocar el piso, el cuerpo de Fanny perdió una a una las extremidades, dejando al tronco desmembrado igual que un rehilete arrojando sangre en surtidor.

Debe ser una alucinación provocada por la distancia y la poca luz, pensó. Pero tanto el oficial Márquez, que cuidaba el flanco de la barranca desde la casa de Grajales, como la propia jefa desde el *zoom* de su monitor de video, observaron *exactamente* el mismo espectáculo.

**

Bruno Almaraz y Salvador Contreras nacieron en el '23 y en el 2048 llegaron a la mayoría de edad. Para los estándares de la época eran unos jóvenes adelantados; la jefa, el Gordo de la Mora y los demás guardaespaldas comenzaron a respetarlos un poco más. Su rescate de la doctora Ivonne Faustsch fue inusualmente rápido y tranquilo. Ciertamente, Fanny Loof estaba muerta, pero aquel suicidio se antojaba inevitable: se había inyectado una sobredosis de nanosondas y al parecer de Bruno, la descarga electrostática de su pistola generó una suerte de alteración en el campo bosónico de los tejidos celulares, provocando el peculiar desmembramiento que ya conocían. De hecho, si conservó sangre fue por la rapidez y naturaleza de la descarga; de allí que tuviera tan fuerte hemorragia en torno a las amputaciones. Chava no estaba de acuerdo, tenía sus propias teorías al respecto, pero se las guardó.

En cuanto a la doctora Faustsch, de nuevo Chava y Bruno demostraron poseer conocimientos cruciales. No fue difícil localizarla, se hallaba en la recámara principal. De hecho, Chava estuvo a punto de descubrirla en su primera inspección de la casa, pero su precipitada alarma cuando escuchó los gritos de Bruno impidió que abriera la puerta. Fue mejor así. Quién sabe si hubiera conservado la calma en condiciones tan precarias como aquellas. El caso es que luego del suicidio de la Vinculante Transversal, mientras los guardaespaldas de Grajales bajaban al fondo de la barranca para resguardar sus restos desmembrados de posibles depredadores nocturnos, Chava y su amigo se dividieron la tarea de rastrear, y mientras Bruno iba al recibidor, Chava regresó a la casa.

Tendida en el *King Size* de la recámara principal, lívida como estatua de cera, Ivonne Faustsch parecía más un cadáver que otra cosa. En el techo, gruesos cables

evidenciaban que arriba había alguna fotocelda de alto rendimiento. Al parecer sólo alimentaba el instrumental en torno a la doctora y la luz *de esa* habitación. Su cuerpo estaba tapizado de ventosas y electrodos; a la derecha, el microinductor de campos bosónicos mostraba una secuencia activada desde el mismo día del secuestro. A la izquierda, un regulador de plasma oxigenante acoplado a un monitor de signos vitales le mantenía en un estado vegetativo muy precario. Era imposible saber si los órganos de la doctora podrían salvarse o si su cerebro tendría daños. Como fuera ¿qué debía hacer? Chava había perdido para entonces la *Intensión*; los hemisferios cerebrales ya no estaban separados y la efímera confianza en sí mismo dio paso a sus habituales titubeos. Ya era de noche, estaba solo. No podía tomar una decisión sin ayuda. Recurrió a Bruno. Fue a la otra habitación, abrió la ventana y gritó hacia el recibidor. En poco tiempo los amigos fraguaron un plan.

En su primer encuentro con la jefa se percataron de que ella tenía un armario con instrumental sofisticado; de allí sacó los supuestos intercomunicadores que demostraron ser nanosondas. Era probable que tuviera algún ensamblador de microambientes celulares, detectores de campo y sobre todo, sistemas para degradar nanosondas. La corazonada fue correcta. Con ese equipo, pese a estar aislados y en plena oscuridad, aún con el Golpe de Estado que tenía en paro al país, los ayudantes de Alberto Cruz le salvaron la vida a la doctora Ivonne Faustsch.

A la mañana siguiente, el viernes muy temprano, Chava insistió en bajar al fondo de la cañada con el Gordo de la Mora y otros dos hombres que se habían quedado de guardia en el “lugar del siniestro”, como decía la jefa. Ella estuvo de acuerdo pues requerían alguien con nociones de medicina forense para testimoniar la escena. Los “menos inapropiados”, otra vez según Grajales, eran los ayudantes del

Inspector Cruz pues tenían el grado de *doctor*, cosa útil a la hora de firmar. Podría haber ido Bruno, pero la idea más bien le repugnó, excusándose con el pretexto de una jaqueca tras los golpes que le había propinado la Loof. Así que Salvador fue solo. Gracias al Toque de Queda ningún curioso entorpeció la labor de los improvisados forenses. Luego de las acciones de rutina -que Ángel de la Mora sabía de memoria- Chava tomó fotografías del cuerpo sin vida de Fanny.

El cadáver yacía a medias sobre el costado izquierdo, con el torso arqueado elegantemente hacia atrás, los pechos aún firmes apuntando al cielo y cada extremidad cercenada con limpieza, en una posición que pese a lo macabro de la imagen, ofrecía una disposición dancística, como si la insólita bailarina hubiese cristalizado el instante mismo de su salto prodigioso. Para culminar esa estética necrófila, la cabeza, separada del resto del cuerpo, ofrecía el perfil delicado y presto para una contemplación minuciosa. El pelo no muy largo y castaño, desordenado, fundía su flujo con aquel de la sangre seca, que como río congelado, había salido del surtidor del cuello formando volutas y torbellinos. De hecho, cada extremidad cortada a tajo en su inserción al tronco, era un manantial de sangre turbulenta, petrificada en costras de brillo singular. Los restos de Fanny Loof, con todo y estar fragmentados, permanecían íntegros y el conjunto de ellos parecía una evocación exacta de la Coyolxauhqui. Chava no fue el único en pensar eso, la jefa, al mirar las fotografías exclamó: “es idéntica a la diosa azteca después de saltar del templo de Huitzilopochtli”.

Eran casi las tres de la tarde de ese viernes cuando, al fin, el inspector pudo

comunicarse con sus ayudantes. Pese a su renuencia, Marta Rosa en persona tuvo que ponerlos en contacto. A esas horas, la muerte del dictador anunciada en conferencia de prensa, había permitido instaurar un gobierno provisional. Por lo pronto, Carlos Rafael Achótegui fungía como jefe máximo. El general, de manera directa, *le había ordenado a ella* que Alberto y sus ayudantes entraran en comunicación, recordándole sin piedad, el hecho odioso de su falta de independencia.

Chava y Bruno, cuando menos, jamás pretendieron ser independientes, así que la carga adicional de trabajo que el inspector les encomendaba no los tomó por sorpresa. Luego de jornada tan agotadora, ahora tenían que seguir una serie de instrucciones muy precisas para buscar ciertas evidencias que, según su jefe, debían descubrirse en casa de *la Vinculante*. Empezaron la tarea de localizar cierto baúl de dimensiones y forma que a Chava parecieron familiares ¿Dónde lo había visto? No tuvo que hacer memoria, Alberto le indicó que lo buscara en la habitación más próxima al sitio donde Fanny había dado el salto. El Sauna. Cómo sabía los lugares exactos a los que dirigirían su pesquisa, pero sobre todo, qué *iban a hallar dentro*, era un enigma, el caso es que él era *su jefe* y Grajales pasaba a segundo plano.

Pero Marta Rosa tampoco podía quejarse. Los muchachos, por iniciativa propia, le entregaron un documento muy completo reseñando los últimos sucesos. Con tan óptimos ayudantes (el expediente que habían preparado, con las fotos de toda la operación impecablemente ordenadas, era espléndido), la secuestrada a salvo y la plagiaria *neutralizada*, Marta Rosa estaba complacida a plenitud. Sintió que habían trabajado en equipo, aunque claro, ella había sido *la jefa*. Con esa satisfacción no le dolió tanto que la Policía Militar, como medida de seguridad, se llevara a uno de sus hospitales a la doctora Faustsch, dejándole únicamente la responsabilidad judicial de

cuidar que la escena del crimen, con todo y suicida, permaneciera intacta.

Ocupada de cosas más importantes, en tanto hacía lo posible para resguardar el cuerpo de Fanny Loof hasta que personal designado por la nueva administración se hiciera cargo, pudo comunicarse con la CIS. Preparó un informe y en medio de la crisis por la que atravesaba México, a ojos de los jefes de la Internacional de Seguridad se convirtió en un elemento confiable, eficiente y profesional. Pensaron de manera unánime, que gente así se necesitaría para ayudar a la recuperación del país una vez que se aclararan las cosas; Marta Rosa lo sabía y en la soledad de su estudio brindó por Fanny Loof, por Ivonne Faustsch y cómo no, por la mismísima Coyolxauhqui.

VI

Lo primero fue el rostro de Alberto, luego percatarse de que ella era Ivonne Faustsch, no una máscara de tantas, sino *su propia máscara*, esa forjada a fuerza de historia. El flujo secuencial, de dirección única, irrefrenable, tiranizaba de nuevo su memoria. Pero se sentía agradecida. ¿Dónde había quedado la bruma sin tiempo? Qué importa –se dijo– la turbulencia terminó al fin. Con su cauce restablecido, el orden de las pulsiones del alma volvió a transitar sin piedad, dejando atrás al presente para acrecentar el pozo insondable del pasado. Y en su ánimo, *Urizen* dejó de ser el enano deforme para convertirse en el amigo pródigo, de toda la vida, el ausente que al fin regresaba.

**

Cuando al cabo se pudo comunicar con sus ayudantes desde Valle de Bravo, lo que más le inquietó de aquello que le había contado Bruno, fue saber que a la doctora Faustsch la habían llevado a un hospital militar. Por eso, antes que nada, decidió visitarla. Estaba pálida pero había recobrado la conciencia precisamente cuando él la estaba mirando. Esa sonrisa débil y a la vez cálida, jovial, le convenció de que Ivonne Faustsch poseía una belleza interior muy poderosa; cualidad mucho más perdurable que las formas cambiantes del cuerpo. ¿Por qué pensaba así, estaría enamorándose? La pregunta no sólo era impertinente sino también inútil: los médicos le impidieron permanecer con ella más de 10 minutos. Sin duda que volvería, claro. Pero de momento, sus obligaciones le relevaban de cualquier tendencia a la frustración. Había citado a sus asistentes en el departamento y tenía que verlos cuanto antes.

Llegó rápido. Apenas se dirigía a la sala para contemplar las luces de la ciudad cuando entraron sin tocar, como si estuvieran en su propia casa. Alberto no dijo nada y sin dar importancia a sus rostros apenados, antes de que dieran excusas, les hizo una seña para que lo acompañaran a la estancia. Ni siquiera se habían sentado, cuando sin preámbulos les urgió a hablar. Quien tomó la palabra sin dilación fue Chava. Ordenó su informe cronológicamente, apoyándose de vez en vez en el Expediente. Lo que más le sorprendió al inspector, fue la peculiar muerte de Loof. En cuanto a la teoría de Bruno para explicar el desmembramiento de Fanny, le pareció una muestra típica de la ñoñería a la que suele llevar el escepticismo extremo. Con lo que ahora sabía, el suicidio de la *Vinculante* daba verosimilitud a sus sospechas más excéntricas. De hecho, uno de los documentos rescatados por Achótegui de la valija de Plá, el día aciago de los crímenes del Century, podría ser prioritario. Su lectura le convencería, dentro de muy poco, que muchas de las teorías de Gossmann, con todo y ser insólitas, eran coherentes.

Sin embargo la mayor urgencia estaba, por lo pronto, en los encargos hechos a sus ayudantes. Para empezar, el análisis del baúl de Abeto y su interior laberíntico.

-Qué encontraron en el escaneo de ADN –preguntó el inspector.

-Mucho más de lo que se imagina –se apresuró a contestar Bruno.

-Véalo usted mismo –dijo Chava acercándole el Escáner que le había prestado Grajales.

-Vaya.

A pesar de o a causa de su sorpresa, el inspector se quedó mudo varios minutos.

Revisó una y otra vez los registros. La primera fase, como había indicado, fue un escaneo profundo de ADN nuclear. En el barrido del sinuoso tubo de madera dentro del cofre, se encontró el material genético de varios animales, que sin embargo, la resolución de la máquina no pudo discernir. Pero en lo que podría considerarse el corazón del baúl, exactamente en la parte central del volumen ocupado por el laberinto, se detectó el ADN de al menos diez personas distintas. Sólo cuatro pudieron identificarse por la base de datos de la CIS: Alicia Herrera, Aretta Usi, Ricardo Antaki y ¡César Arana! Pero eso no era todo. El escáner halló trazas del ADN de Isaac Gossmann. Aunque no en el laberinto, sino en la cara interna de la tapa del cofre. Conteniéndose para no mostrar su entusiasmo, Alberto preguntó en el tono más calmado que pudo.

-Les dije que además hicieran un análisis de ADN mitocondrial ¿qué pasó?

-Ahora mismo, en los laboratorios de la CIS, hacen esas y otras pruebas jefe.

-No sólo revisarán ADN mitocondrial sino que sacarán perfiles genómicos y determinaciones tisulares –agregó Bruno.

Alberto sabía que ningún escáner portátil era capaz de resolver registros tan precisos, de cualquier modo, si la CIS los efectuaba, él podría acceder desde su Expediente a los resultados. Abrió el artefacto electrónico, soportó el cosquilleo inevitable y activó la alarma para que éste le avisara en cuanto el laboratorio tuviese el informe completo. Lo volvió a cerrar y preguntó sin mirarlos, con la vista perdida en el ventanal.

-¿Qué opinan?

-¿Comienzo? –dijo Bruno dirigiéndose a Chava, quien asintió con la cabeza-. Pues lo hemos discutido en el trayecto y parece muy claro que la desaparición de Gossmann es un asesinato.

-Estoy de acuerdo jefe –dijo Chava sonriéndole a Alberto-. Sólo una duda ¿cómo supo donde hallaríamos el baúl? Fue la pieza clave para resolver el caso entero y para saber además que Fanny era una asesina serial.

-Más despacio Chavita, mucho más despacio. Para empezar no creo que el caso esté del todo resuelto, para seguir no podemos afirmar tan contundentemente que Fanny haya asesinado a más de una persona. Son pruebas circunstanciales. Aunque debo decirles que con todo, en general estoy de acuerdo con ustedes. Tenemos elementos para asegurar que mató a Antaki, pero recuerden que el grupo de Arana, sobre todo en los tiempos postreros de la vida del gurú, se convirtió en una secta bastante oscura. A lo mejor y los asesinos fueron otros miembros de tan exclusivo círculo de brujos. A ver, tú conociste bien a esos charlatanes, ¿sospechas de alguien?

-A decir verdad nunca me gustó Fanny. Creo que sólo sospecho de ella.

-¿Y las demás *Vinculantes*?

-No. No podrían haber sido. Murieron todas y Fanny sobrevivió.

-Eso no las exculpa.

-No podrían haber matado a Aretta ni a Gossmann, ellos desaparecieron más tarde.

-Bueno, eso no es tan seguro –intervino Bruno-. De Aretta tal vez estaría de acuerdo pues se le vio con Fanny tiempo después de la muerte de César y de la desaparición de Isaac. Pero nada más. Como sea el dilema se resolverá con los datos de la CIS. Usarán técnicas moleculares para ordenar cronológicamente cada una de las muestras de ADN.

-Jefe ¿y usted qué opina de que se haya encontrado el ADN de Arana en el núcleo del laberinto?

Lo mismo que Chava se preguntaba Alberto. ¿Fanny habría matado a César para obtener su páncreas? Según los informes de la propia CIS tal cosa era imposible, pues durante su agonía, Arana había permanecido en una cámara estéril, con sistemas de diálisis y procesadores hepáticos las últimas doce horas de vida; nadie, ni los médicos, pueden entrar a una cámara estéril pues ésta funciona con sistemas robóticos, además de que se encuentra en una zona de alta seguridad. Pero aún si con su extraordinaria destreza, Fanny hubiese entrado, la autopsia, también realizada por autómatas, habría registrado la falta de algún órgano.

-A lo mejor César dio parte de su propia sangre –dijo Alberto-. No sabemos qué salvajadas o locuras acostumbraban hacer los miembros más selectos del grupo de Arana.

Ante el comentario del inspector, Chava permaneció en silencio. Bruno también se dio cuenta de que su optimismo inicial no podía ser tan completo. El inspector los dejó solos, se levantó, fue a la cocina y abrió el frigorífico. Sacó una botella de vino espumoso, regalo del viejo artesano de Intermuros que le fabricaba sus navajas de afeitar. Regresó a la sala y repartió sus únicas dos copas a los muchachos. Él cogió un vaso, abrió la botella, y luego de servirles se sirvió también.

-Es justo que brindemos. Todas nuestras dudas las resolverá la CIS. Los expertos del

laboratorio ya nos dirán si hay datos suficientes como para cerrar el caso. Por lo pronto ¡salud!

Bebieron. En menos de dos minutos el Expediente de Alberto comenzó a emitir un pitido. El laboratorio tenía los resultados.

**

La CIS no sólo había analizado con premura inusitada las muestras, también daba un veredicto definitivo que ni Alberto ni sus ayudantes esperaban y que además, no podrían apelar. El ánimo confuso no les permitía reconocer si lo que sentían era frustración, enojo o alivio. Antes de que el tiempo sedimentara tanta turbulencia emocional, la llegada de Enríquez Espinal, con un mensaje directo de la junta de gobierno recién constituida, abrió un paréntesis en el caos. Luego de unas cuantas frases de cortesía y de declinar la invitación a tomar vino, el militar habló.

-Inspector, a diferencia de la CIS el general Achótegui lo respeta. Yo también. Tenía razón, la autopsia de Antaki demostró que *no tenía páncreas*. Un enigma, pues no hubo ninguna incisión. ¿Lo habrán destruido nanorobots? Eso creen en la Policía Militar, aunque no puedan decir exactamente *cómo*. El caso es que usted es muy perspicaz y Rafa se lo quiere reconocer adecuadamente. Por eso le manda esta nota, ande, lea.

El médico le entregó la carta, en papel y escrita a mano, como ya nadie acostumbraba, gesto que para Alberto resultaba muy significativo. Leyó las casi cuatro

hojas mientras los demás lo veían con impaciencia. Pese a todo, no pudo evitar que su semblante cambiara conforme avanzaba. Al final, estaba casi feliz.

-¿Qué dice? –preguntó Bruno, pues el silencio del inspector ya había durado demasiado.

-Pues nada –contestó Enríquez Espinal ante el mutismo de Alberto-, que su jefe ya no es su jefe. Ahora es un hombre libre, y según creo, bastante rico.

Achótegui le anunciaba que la Junta de Gobierno había resuelto indemnizarlo por los daños sufridos bajo la dictadura de Ugalde. Además le restituía la legítima posesión del edificio de Cuiculco, razón por la cual de ahora en adelante, las rentas íntegras del inmueble serían suyas. Lo relevaban de su puesto en la policía, dándole un reconocimiento por sus servicios y una liquidación proporcional a sus años como servidor público. “Claro –agregaba el general- usted puede, si lo desea, permanecer en su trabajo. Pero creo que no será así”. Alberto no estaba tan seguro de querer abandonar la policía. Sin embargo se sintió aliviado y con ganas de pensarlo. No pudo ocultar sus ansias ni su deseo de quedarse solo, para reflexionar y decidir.

-Bueno, el día ha sido muy duro –dijo el exinspector dirigiéndose a los militares-. Sí que deseo descansar. Les doy las gracias, en especial a usted doctor. Pero tengo unos detalles que discutir con los muchachos y quisiera terminar cuanto antes.

-Lo comprendo, no se preocupe –dijo Enríquez Espinal-, ya nos vamos. Tienen que saldar lo que queda del caso Gossman y nosotros que continuar con algunos encarguitos de Rafa. Nos veremos pronto ¡para celebrar!

Era curioso, pero Alberto no estaba tan entusiasmado como se hubiera pensado. Quedar libre de deudas, vivir de sus rentas, poder renunciar a su trabajo como policía, nada le apremiaba tanto como tratar de comprender los enigmas del caso Gossmann. Así, aprovechando que los habían dejado solos, el exinspector y sus ayudantes repasaron los hechos.

Según el análisis de la CIS, el ADN de animales pertenecía, en primer lugar a *Crotalus cerastes* (de la cual no pudo lograrse un apropiado perfil tisular). Literalmente, el informe señalaba: “en orden progresivo, las otras especies son *Leptonycteris curasoae*, *Dipodomys desertii* y *Panthera onca*. En estos tres últimos casos, el perfil tisular corresponde a páncreas”. En cuanto al material genético de humanos, todo, con excepción del de Gossmann, también proyectaba un perfil tisular pancreático. “Las cantidades arrojan un número de células alfa, beta y delta, equivalente al promedio que se encontraría en los islotes de Lagerhans de un órgano entero. Dado que la extracción del páncreas compromete la vida, concluimos que, Alicia Herrera, Aretta Usi, Ricardo Antaki y César Arana, así como otras seis personas no identificadas, fueron asesinadas por Stephanie Loof Van Beuren. En cuanto a Isaac Gossmann, pese a que los datos moleculares no son concluyentes en el perfil tisular, decidimos declararlo, por *parsimonia*, víctima de homicidio a manos de la mencionada Stephanie Loof”. Ni una palabra más. Ningún análisis molecular para deslindar la cronología de los asesinatos, ningún dato concreto del origen y modo en que el ADN de Gossmann llegó al baúl. En cuanto a la rareza del suicidio de Fanny, la CIS usaba al pie de la letra la teoría de Bruno. Por último un veredicto contundente coronaba el mensaje de la Internacional de Seguridad: relevaba de su puesto a Alberto Cruz; sólo

tenía que ir el lunes a las oficinas de la CIS, para firmar el informe final, que entonces, ya habría sido redactado *por especialistas*. Chava y Bruno quedaban a disposición de la jefa Grajales, con quien deberían reportarse a primera hora del mismo lunes, pero en las oficinas del Sector Coyoacán.

El trabajo de casi medio año, el núcleo de todas sus preocupaciones, evaporado en un santiamén. Todos, en mayor o menor grado, eran libres y no sabían qué hacer.

**

Chava y Bruno se fueron. Necesitaban rumiar sus confusiones. Ahora Alberto Cruz estaba solo. El Expediente había encriptado la información y él ya no podía acceder más a los archivos que con tanta dedicación acrecentara. No pertenecía más a la CIS y carecía de sus anteriores privilegios. Sin embargo aún tenía en su posesión las copias de aquellas notas halladas por Achótegui en la valija de Plá. También conservaba la libreta de Arana; podía estar seguro de que aparte de él nadie la había visto. Las notas más importantes estaban en un sobre cerrado, dentro de las gruesas pastas de vinil.

Por tercera vez las leía, pensando en las implicaciones, tanto para el caso que ya había cerrado autoritariamente la CIS, como para su cada vez más débil escepticismo.

“La Coyolxauhqui es una representación simbólica de gran pulcritud. Combina el arte semiótico azteca con un afán pedagógico invaluable. Dirigido a cualquiera que en verdad desee ver, Coyolxauhqui expresa lo que sucede cuando la

atención indispensable para cambiar de mundo no se logra: el desmembramiento. No necesariamente un desmembramiento literal; es una imagen del caos, del desorden inapelable cuando no se consigue plenamente la decoherencia de una superposición probabilística cuántica. El mito de la hermana de Huitzilopochtli es la descripción mítica de una visión del mundo que desconfía del poder femenino. La mujer, capaz de realizar proezas con su percepción, está sometida como cualquier humano a la fuerza irresistible del Emergente. Toda individualidad, incluso la femenina, queda atrapada en la telaraña pegajosa del orden social. Aunque la Intensionalidad otorga un potencial tremendo para la autonomía, las fuerzas del Emergente se confabulan, pues ellas conceden las condiciones para que la conciencia sea posible y aunque ésta descubra que es distinta del propio Emergente, aquel es el único que permite enfocar la atención como para dar forma al mundo. Los antiguos mesoamericanos trataron de remediar ese conflicto con técnicas que usaban los centros energéticos vinculados a las vísceras, como reservorios de poder para suscitar la Libertad. De ahí los sacrificios humanos que extraían el corazón, creyendo que en él radicaban los nodos fundamentales de la energía vital. Se equivocaron. Sin embargo confiaron en que la estructura femenina, con su energía desbordante, sólo tendría que ser capaz de enfocar correctamente la Atención. Creyeron que gracias a sus peculiaridades, las mujeres podrían “saltar” a otros mundos; lo único que faltaba era lograr que las redes de socialización y su descripción del mundo dejaran en libertad al perceptor.”

¿Por qué esa obsesión en “dejar este mundo”? Cuando Ruvalcaba se refería a los “complejos cristianos de los clasemediocres” quizás sólo aludía al desencanto. Era comprensible que Arana, como cualquier hombre de este tiempo, fuera un

desencantado. Pero la muerte de Fanny, el modo en que su cuerpo quedó, la disposición tétrica y a la vez hermosa que plasmaron las fotografías tomadas por Chava, le hacía pensar si no, en medio de toda esa palabrería, se ocultaba una terrible verdad.

“Si se tiene la energía suficiente al intentar enfocar un mundo alterno, es posible forzar al Emergente para que “suelte las puertas de la percepción” (para usar el término de Blake), dejando al perceptor desnudo, sin nada a que asirse. Pero de no lograrse la sobriedad necesaria para enfrentar lo infinito, el perceptor luchará patéticamente por elegir entre la memoria clara pero arbitraria que le dio el propio Emergente y la confusión verdadera y caótica que le deja entrever su percepción liberada. Los mesoamericanos se equivocaron, no tuvieron la intuición ni la suerte de los Cuseneris. Confiaron en que la configuración energética femenina era suficiente, así que la lucha entre el Emergente y la Libertad generó un fruto amargo, incoherente, símbolo profundo de su fracaso: el cuerpo desmembrado de Coyolxauhqui. De ese mito tan preciso surge la Gran Elección de los Toltecas: asumir un acuerdo social basado en la masculinidad. Huitzilopxtli es muy limitado, no tiene ni lejanamente el potencial de Coyolxauhqui, su hermana. Pero posee, por ser limitado, la consciencia de su pequeñez. Ella en cambio, por mantenerse enlazada al infinito, tiene consciencia de la estupidez que implica el ego o cualquier imposición de fronteras. Pero es incapaz de saber que ella misma, por estar, tiene límites. El hombre y la mujer en eso se distinguen. La lucha entre ambas consciencias explica la historia azteca, pero podría servir de metáfora a cualquier historia civilizada. Una historia que no ha sido capaz de hallar descanso.”

Por fin llegó a la parte más inquietante, la clave quizás que explicaría las muertes vinculadas al círculo de Arana, los cadáveres del Century y aún aquellos arcaicos sacrificios rituales que, en su intento por recobrar la paz, practicaran los toltecas.

“La Calzada de los Muertos en Teotihuacan es el testimonio arqueológico de un portentoso suceso mágico. En las excavaciones, los científicos descubrieron multitud de cuerpos cercenados. En su ignorancia, esos arqueólogos imaginaron sacrificios humanos de tremenda crueldad. No sabían que era la evidencia del fracaso de grupos enteros de practicantes de la Intensionalidad. Aquellos cuerpos estaban incompletos, faltaban partes. Lo que nunca supieron es que en el aparente caos de fragmentos perdidos, una parte faltaba por igual en todos ellos: la sangre. Ese líquido vital no deja huellas fosilizables. De haber hecho excavaciones diligentes en el centro mismo de la Pirámide de la Luna se habrían topado con otro descubrimiento definitivo. Allí, restos descuartizados pero completos de varias mujeres, se encuentran en una posición idéntica a la que representa la Coyolxauhqui. De haber dispuesto de un escáner de ADN hubieran descubierto trazas de sangre en torno a ellos. Nada raro, pues toda la sangre -los casi cinco litros que hay en cada cuerpo humano- bañó por completo, en el momento de la muerte, al grupo de mujeres mágicas en trance de saltar a otro mundo. A diferencia de la Calzada de los Muertos, las mujeres desmembradas de la Pirámide de la Luna son la evidencia de un gran logro: el traslado de la conciencia íntegra a otros mundos. Mientras que la sangre perdida de los hombres se debe a una falla, la integridad absoluta de los cadáveres femeninos

muestra que el cuerpo, ligado sin remedio a este mundo, permanece en él. Pero la conciencia, vinculada a los nodos de la trama infinita que es el Ser, vuela con libertad, eligiendo el mundo o los mundos por los que ha de transcurrir su existencia eterna. Es evidente que la sangre desaparecida de los hombres sustituyó a la conciencia. Pero la sangre es un fragmento nada más; lo mismo que aquellos otros (brazos, piernas, cabezas) perdidos en la inextricable red a la que se intentaron incorporar. Todos los hombres dejaron aquí su conciencia, ligada a un cuerpo muerto con el que ésta moriría también. Ese fue el gran error de los antiguos, creer que sus prácticas garantizaban la vida eterna, cuando nada más significaban una muerte inmediata, dolorosa e inútil.”

Los cadáveres del Century, la Masacre de Intermuros, el suicidio de Fanny, todo eso podría explicarse si lo escrito por Arana era verdad. Incluso la desaparición de Gossmann daría la prueba definitiva del éxito al intentar cruzar a “otro mundo”. Pero ¿cómo avalar declaraciones de ese talante? Tal vez los “expertos” de la CIS se vieron ante el dilema y decidieron por eso elegir soluciones convencionales. De haber sido así no los culpaba; el mundo es suficientemente confuso y desalentador. Las explicaciones razonables, aunque sean incompletas son muy cómodas.

Y es que en medio del desencanto ¿acaso tiene sentido incrementar la incomodidad? Como ya había anotado Arana, la historia de la civilización no ha sido capaz de hallar descanso. Pero el propio brujo, Gossmann y Fanny, ¿habrán sido capaces de lograr ese anhelo? ¿descansarían ya?

Algo era seguro, él mismo, Alberto Cruz, era un desencantado. Pero al menos conservaba cierta ilusión, quizás la última. Tomó su móvil y pese a la hora, reservó un

boleto de avión para Tijuana, muy temprano.

Si su vida quería hallar sentido, al menos sabía a dónde ir: con Silvia.

EPÍLOGO

“Reality is merely an illusion, albeit a very persistent one”.
Albert Einstein

“Nec mirum esse amorem quibus sit memoria”.
“Naturalis Historia. Liber VIII”. Gaius Plinius Secundus

Alberto Cruz, a dos años exactos de haber firmado el informe sobre el caso Gossmann, se hallaba en la sala de su departamento de Cuicuilco contemplando las luces de la ciudad. Ya eran las tres de la mañana, hora ideal para reflexionar. Iniciaba noviembre, faltaba poco para fin de año. Un fin de década también; el comienzo de la segunda mitad del siglo, además. ¿Cuánto había finalizado y cuánto estaba por empezar? Ciertamente, algunas cosas seguían igual, por ejemplo Intermuros. Pero el ritmo de las cosas tiene una velocidad distinta al ritmo de las gentes. Así pues, pensó en las secuelas que a lo largo de dos años se habían acumulado en quienes estuvieron ligados, de un modo u otro, al caso Gossmann.

Marta Rosa, por ejemplo, luego del éxito en el rescate de Faustsch, recibió una comisión en la CIS y paralelamente, un puesto de “asesora” en *Hughes Aeronautics*. La sensación incómoda que siempre le había mortificado, ser *subordinada* del sistema, llegó a su fin. Lo que empezó entonces fue la *ilusión cómoda* de tener autonomía. Ilusión porque si bien ya no tendría que rendir cuentas al *sistema* mexicano, ahora rendiría cuentas al *Sistema Mundial*. Todo un logro sin duda, pues en este universo sin dios ni dioses ¿qué podría haber más allá de ese gran *Sistema*?

Bruno, por su parte, fue invitado por la jefa a trabajar con ella. Entre los dos elaboraron el informe que ayudaría al nuevo gobierno a terminar con el mundo de los *Ches*. Todo lo relacionado con ciberhedonígenos pasó a ser secreto de estado, asunto de seguridad internacional. Esa rama de los narcóticos dejó de estar a disposición del crimen organizado tornándose en monopolio de la CIS y la industria militar. Así pues, cualquier indagación en torno estaba prohibida. La relación de Plá con Gossmann, con Antaki y con la elite burocrática de Ugalde quedó hundida para siempre en las tinieblas. Las esculturas de Plá que había en lugares públicos fueron exporpiadas por el

nuevo gobierno. En el mercado artístico la obra del catalán cayó en desgracia. Marta Rosa destruyó la colección que tenía de él. No le dolió demasiado, todas se las había regalado el artista. Ante tantos cambios, Bruno supo la razón por la cual Grajales los había inoculado a él, a Chava y a Alberto con nanosondas: quería convertirlos en adictos. De haber ido al Century antes que Alberto, o de no haber tenido éste la reacción que tuvo con las nanosondas, quién sabe si ahora mismo fuera un ciberyonqui. Era sabido que la experiencia de un *ciberave* generaba adicción en un 95% de los casos y bueno, pues la jefa usaba todos los recursos disponibles para controlar a sus subordinados. Dada la transformación que estaba experimentando en su visión de aquello que era *correcto*, a Bruno le pareció explicable esa práctica: un jefe *debe controlar*. Ese cambio de actitud le redituó frutos; a la larga, *Hughes Aeronautics* acabó por ofrecerle una plaza, nombrándole coordinador de investigaciones sobre el efecto de las nanosondas en el cuerpo humano, claro, bajo descargas electrostáticas: una forma barata de acrecentar el potencial militar de los ciberhedonígenos. El caso es que lo que terminó para él fue la ilusión de ser un científico y lo que comenzó fue la *realidad*. Vaya, Bruno al fin supo que era un hombre común y corriente, capaz de hacer trabajos sin más pretensiones que las de ganarse la vida. No más reflexiones rebuscadas, no más escrúpulos o gustos ingenuos. De hecho, su actual esposa (en sólo dos años se había casado tres veces) era una mujer *envidiable*: hiperdelgada, absolutamente lampiña y andrógina.

Como era de esperarse, Chava se distanció de Bruno. No podía tolerar que *entendiera* y aún justificara las prácticas de Marta Rosa, mucho menos que hubiera aceptado trabajar en una empresa militar. Luego de su corte definitivo con Grajales y todo lo que olier a *burocracia*, atravesó por un breve periodo de soledad. Muy pronto

el propio Alberto y Achótegui ocuparon el lugar del amigo perdido. Así, en el caso de Salvador Contreras, una amistad de toda la vida terminó y dio inicio *otra vida* abierta a nuevas amistades: a través del general conoce a Lumlitz y Finkelstein y es con ellos que decide su futuro. Entre los tres desarrollan un novedoso proyecto teatral: inventan técnicas de actuación inspiradas en la *Intensionalidad* aranesca, convirtiendo los sótanos del Century en el núcleo de un extravagante tipo de espectáculo: el “Teatro Mnémico”. Con ejercicios adaptados a partir de las Jornadas Óticas, el público se integra a la obra, formando en conjunto una “masa eutáctica” que, según Chava, “libera a los participantes del stress, algunas enfermedades y otorga un nuevo sentido a la Estética, convirtiéndola en disciplina terapéutica”. Alberto fue a una de esas representaciones y lo único que sintió fue pena ajena. Viendo en perspectiva lo sucedido en el Century, los defeños asistieron a la desaparición total de los *pinches argentinos* y al surgimiento de una nueva casta de expertos en aliviar el insoportable peso, que sobre los humanos civilizados, representa la simple existencia. Salvador, haciendo honor al nuevo sentido de su nombre, dejó de ser místico para transformarse en *show man*.

En cuanto a Achótegui, luego de convocar a unas elecciones fallidas en las que hubo muy poca participación, acepta el clamor popular y a través de un *Referéndum* se postula como candidato. Sí, ganó por mayoría absoluta y se comprometió a respetar la ley, ofreciendo que cada año, un nuevo *Referéndum* lo destituiría o lo conservaría en el puesto. Pero después de dos años, nada parece indicar que México vaya a tener otro presidente que no sea el general. En otras palabras, desapareció el militar para dar lugar a un ser nuevo: el político.

Totalmente opuesta fue la historia de Antonio Romo. A la Ciudad de México

regresó apenas por tres meses. No se adaptó; la tibieza del nuevo gobierno para investigar los crímenes de Ugalde y sobre todo, la indiferencia de la comunidad internacional ante el peor genocidio de la historia, le tornaron un pensador pesimista. Acabó en España. Ésta vez se instaló en Barcelona, comprando el piso más codiciado que la privatización de sitios históricos permitía. Junto con sus viejos contertulios Joan Martorell, Rodrigo Blasco y Antoni Galves, crearon el “Círculo Barcelona”, uno de los grupos más críticos del *Planet Management*. Sus análisis del estado actual de la civilización se tornaron el núcleo de toda discusión seria en torno a la ya obsoleta “postmodernidad”, reviviéndola. El libro “Mitología Postmoderna”, recién editado, bestseller en Europa y Estados Unidos, acrecentó aún más su considerable fortuna. Toño pasó de político poco conocido a intelectual de fama mundial, ensayista del desencanto que vivía de manera encantadora en el último piso de la Casa Batlló.

En este recuento de finales y principios, el caso de Eduardo Sánchez del Río resulta singular. Identificado con su *phersu*, acabó por creerse definitivamente Ramiro Ruvalcaba. Vaya, que el hijo renegado de Don Pedro murió para renacer en revolucionario. En su nueva personalidad, los medios le han convertido en modelo a seguir: el guerrillero que cambia las armas por los argumentos. Sin pertenecer al gobierno de Achótegui parece ser un observador neutral amén de crítico meticuloso. El presidente toma muy en cuenta sus opiniones; simbiosis que seguro durará muchos años, tantos como el gobierno de Carlos Rafael Achótegui, que apenas acaba de empezar.

Y, viéndolo con frialdad, ¿qué le pasó a él mismo? Si alguien preguntara ¿qué pasó con Alberto Cruz? ¿qué contestaría? Buen punto. Aparte de conservar su vieja costumbre de afeitarse con navaja, los cambios sí que existieron, sucediéndose en

varios actos.

El primer acto en cuanto finalizó todo el embrollo Gossmann fue pedirle a Silvia que viviera con él. Enríquez Espinal le advirtió “mejor deberías arreglar tu vida aquí”. No le hizo caso y al llegar a Tijuana supo que Silvia se había casado con un gringo de 60 años. Ya de regreso, el médico militar le explicó “mira, Achótegui fue amante de una de las bailarinas fundadoras del Foco al Aire, la madre de Silvia. La quiso mucho y siempre tuvo duda: se preguntaba si acaso fuera su hija. Por eso le procuró el viaje a Baja, no sólo para protegerla, pues encomendó a sus gentes que le hallaran un *buen partido*. Ni modo, aunque le simpatizabas, nunca le pareciste *buen partido*”. Alberto se sorprendió, aunque la verdad no demasiado. Siempre le había sonado sospechoso el interés del General por Silvia. ¿Entonces? Un poco para olvidar y otro para hallarle sentido a la vida, retoma el doctorado en física. Sin éxito. Fin del primer acto.

El segundo acto fue la consolidación de nuevas amistades. Una de las que más apreciaba, por cierto, era la del doctor Enríquez Espinal. Los jueves comían en el Tío Luis y de vez en vez, los sábados, disfrutaban un buen juego de dominó. Sin embargo, sus grandes pasiones, Silvia y la física, a las que tantas ilusiones había cedido, a las que tanto tiempo había dedicado, se diluyeron en el olvido. ¿Quedó algo de semejante esfuerzo? A juzgar por lo que estaba sintiendo en ese instante, sí.

Mirando por la ventana, la sombra oscura del Ajusco se extendía como velo ante el juego ilusorio de luces que exhala la ciudad. Era agradable percibir cómo, en medio de tanta incertidumbre, la contundencia impersonal de la naturaleza siempre prevalece. Vaya, que no todo son finales y principios, sino que aún hay lugar para lo que persiste. Descubrimiento merecedor sin duda de un brindis.

Al llegar a la cocina, mucho antes de coger la botella de whisky, Alberto sintió unas manos suaves y un cuerpo terso rodeándole la espalda. Sin voltear sonrió satisfecho. Ciertamente algo duradero quedaba de sus intentos pasados; esa mujer bellísima que ahora mismo lo besaba: Ivonne Faustsch.

Certeza que sin embargo no podía ser más perdurable que la transitoria seguridad de los sentidos. Esa que está en el terreno meramente experimental de constatar que la edad, como la memoria, puede llegar a ser el mejor ingrediente para la pasión.

*Versión preliminar terminada a las 5:08 de la tarde
Del domingo 2 de mayo del 2010
En Lomas de Lindavista, Querétaro
Una tarde soleada,
Luego de un fin de semana azaroso
(versión revisada el 29 de mayo, a las 2 PM de un día soleado)*